HQN

Las viejas heridas son hondas,
pero el deseo llega aún más profundo.

AUTUMN FALLS

EL ECO DE TU *Nombre*

¡La nueva serie de romance en
un pequeño pueblo que te robará
el corazón y no querrás soltar!

TAYLOR GRAY

Portadilla



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 917021970 / 932720447

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

© 2025, Taylor Gray
Título original: Silver Sky
Publicada originalmente por One More Chapter, una división de HarperCollins Publishers Ltd
© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé
© 2026, de esta edición, HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Enterprises Ltd.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd
Imágenes de cubierta: Kolpakova Svetlana/Shutterstock.com y Adobe Stock

I.S.B.N.: 9791370174712

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

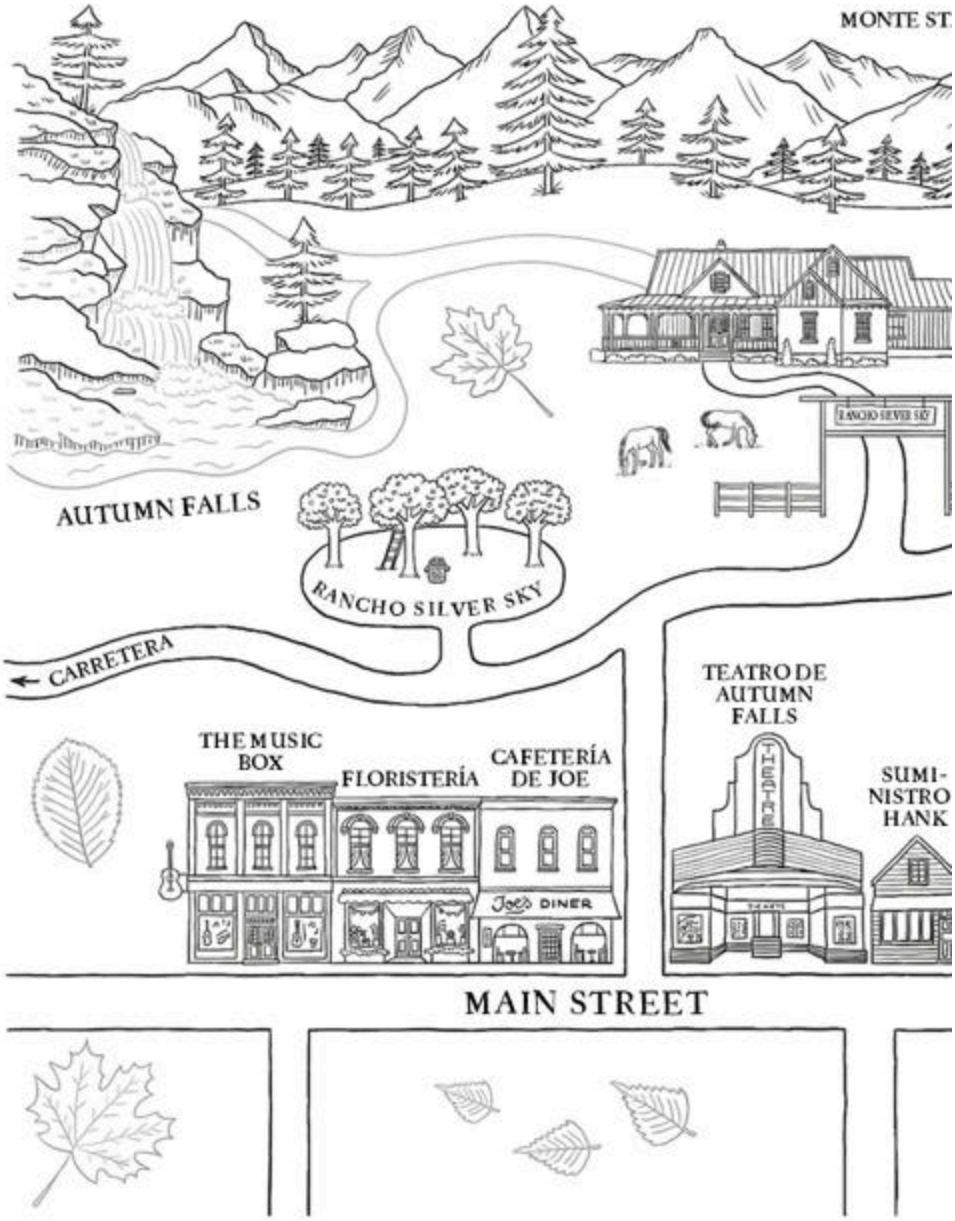
Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Mapa
Mapa
Playlist
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

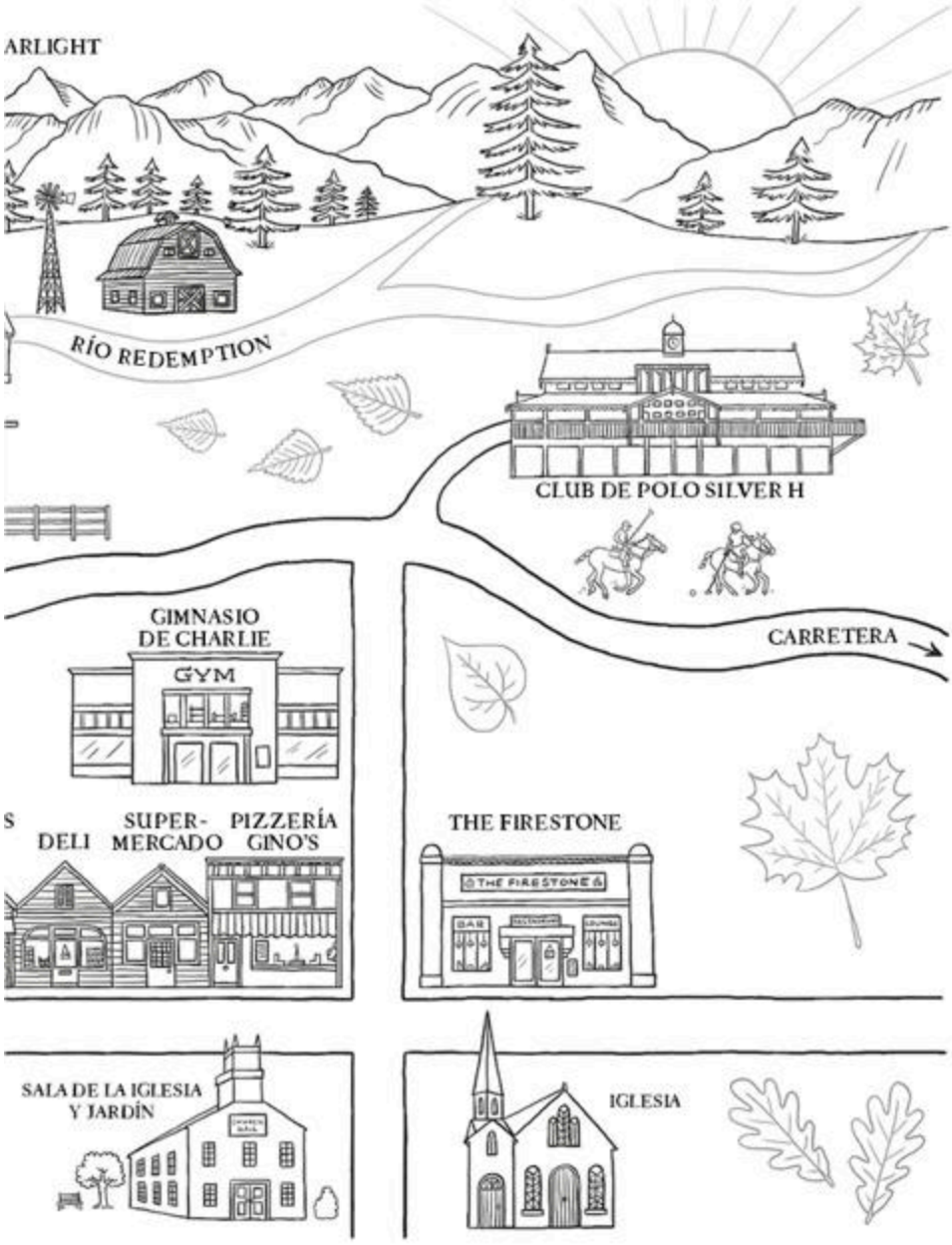
Dedicatoria

A mi hijo, porque cuando le pregunté a quién debería dedicar este libro, me dijo: «A mí».

Mapa


MONTE ST.
AUTUMN FALLS
RANCHO SILVER SKY
CARRETERA
THE MUSIC BOX
FLORISTERÍA
CAFETERÍA DE JOE
Joe's DINER
TEATRO DE AUTUMN FALLS
THEATRE
SUMI-NISTRO HANK
MAIN STREET

Mapa


ARLIGHT
RÍO REDEMPTION
CLUB DE POLO SILVER H
GIMNASIO
DE CHARLIE
GYM
CARRETERA
S
SUPER-
DELI MERCADO
PIZZERÍA
GINO'S
THE FIRESTONE
THE FIRESTONE
BAR
SALA DE LA IGLESIA
Y JARDÍN
IGLESIA

Playlist



Too Sweet — Hozier
Golden — Harry Styles
The Giver — Chappell Roan
Tornado Warnings — Sobrina Carpenter
Slow Burn — Kacey Musgraves
We Can't Be Friends — Ariana Grande
Can't Help Falling in Love — Lick The Tins
Look After You — The Fray
Stick Season — Noah Kahan
The Swimming Song — Loudon Wainwright 111
July — Noah Cyrus
They Don't Know About Us — One Direction
Perfect — Fairground Attraction
Bags – Clairo
Out Of The Woods — Taylor Swift
Need You Now — Lady A
Close To You — Gracie Abrams
She Calls Me Back — Noah Kahan
Landslide – Fleetwood Mac
Ophelia — The Lumineers
Say Don't Go — Taylor Swift
Tennessee Mountain Home — Dolly Parton
Daylight — Taylor Swift

Clic aquí para abrir Spotify y oir la playlist de este libro

Capítulo uno

Hacía un precioso día de primavera en Autumn Falls, los árboles estaban cuajados de frondosas hojas verdes, los pájaros cantaban y la luz del sol se reflejaba en los parabrisas de los coches.

Noah Carter estaba sentado a una de las mesas de la Cafetería de Joe, y se encontraba de muy mal humor. En menos de tres días tenía que trasladar quinientas cabezas de ganado y sus terneros al pastizal de verano, y tres de sus mejores empleados en el rancho habían caído enfermos. Había llamado a casi todas las personas a quienes conocía para ver si podían echarle una mano, pero hasta el momento no había tenido suerte.

—¿Qué le traigo?

Levantó la vista de su teléfono móvil y miró a la camarera: rubia, menuda, con los dientes delanteros algo superpuestos cuando sonreía.

—¿Dónde está Loriana? —preguntó con el ceño fruncido. El café siempre se lo servía Loriana. Loriana le servía el café a todo el mundo. Debería llamarse Cafetería de Loriana, pero Loriana prefería evitar la molestia de cambiar el letrero.

—Está en la parte de atrás. —La camarera aguardaba con la libreta y el lápiz. El uniforme le quedaba grande, de manera que se había anudado el delantal con mucha fuerza y lo llevaba con el cuello desabrochado para que se le vieran todos los collares que colgaban sobre su piel pálida.

A Noah no le entusiasmaban los cambios.

—¿Eres nueva?

—Sí, señor —repuso la chica con una sonrisa—. Soy nueva. ¿Qué le traigo?

Loriana sabía lo que pedía.

—Café.

—¿Solo?

—Con leche.

Lo anotó en su libreta. Noah se fijó en la insignia del nombre: *Ren*. ¿Qué clase de nombre era ese?

—¿Desea algo más?

Noah llevaba levantado desde las cinco de la mañana y se dio cuenta de que no solo estaba cansado, sino que además se moría de hambre.

—Sí, una porción de pastel.

Se le iluminó el móvil con la recepción de un mensaje de uno de los posibles candidatos a echar una mano en el rancho y, de inmediato, Noah lo agarró para ver si el tipo podía ayudar o no. Otra respuesta negativa.

La camarera se retiró de los ojos el flequillo, demasiado largo, y preguntó:

—¿Qué clase de pastel? Lo tenemos de arándanos azules, de melocotón, de frambuesa, de manzana. Tenemos uno nuevo de lima y…

—De manzana —respondió Noah, interrumpiéndola, molesto por el mensaje, tratando distraídamente de pensar a quién más se lo podría pedir. En aquel momento, todo en su vida iba mal.

—De acuerdo. —La muchacha anotó el pedido con sus grandes letras redondeadas, apretando con fuerza el lápiz con sus uñas rosa brillante—. ¿Quiere acompañarlo con helado o nata montada?

—Solo el pastel —dijo Noah, reprimiendo un suspiro.

La chica se detuvo y levantó la vista, con el lápiz aún colocado sobre el papel.

—Da gusto servir a gente como usted —murmuró con ironía.

Sobresaltado por el comentario, Noah se estremeció.

—¿Perdón?

—Ya me ha oído —replicó la camarera, se encajó el lápiz detrás de la oreja y regresó hacia la barra.

Noah resopló sorprendido por el comentario y, al pararse a reproducir mentalmente la conversación, se dio cuenta de que no se había mostrado muy amable. Pero tenía otras cosas en la cabeza. No

era solo el traslado del ganado, sino todo lo demás: desde su madre, que no paraba de darle la tabarra para que abandonara la caravana donde vivía en el rancho, hasta asuntos más asfixiantes como el aniversario del fallecimiento de su hermano Jack, que siempre lo eclipsaba todo, recordándoles no solo la pérdida de un hermano, sino la desmembración de su familia; a Noah le costaba respirar si se paraba a pensarlo demasiado.

Aun así, creyó que debería disculparse. Miró hacia la barra de la cafetería y trató de establecer contacto visual con ella, pero no la vio.

Mientras miraba, Logan, su hermano mayor, entró en el establecimiento. Ese era otro de los problemas de su vida. Su regreso había supuesto un punto de inflexión, más aún para su madre, que, al verlo feliz con su novia, Bella, había decidido que los demás también podrían aprender alguna que otra lección de los cambios que había implementado en su vida.

Logan se sentó a la mesa frente a él, en el banco, apoyó las manos en la superficie y contempló con curiosidad la expresión de Noah.

—¿Qué sucede?

—He cabreado a la camarera nueva. —Noah puso una cara para indicar que aquello era lo último que necesitaba en aquel momento —. ¿Dónde está Loriana cuando se la necesita?

A juzgar por la cara que puso Logan cuando lo dijo, Noah se dio cuenta, sin necesidad de darse la vuelta, de que la camarera, Ren, se encontraba de pie detrás de él. Miró y allí estaba, con la cafetera. No hizo nada por disimular la incomodidad, se limitó a dejarla suspendida en el aire mientras Noah sentía que se le encendían las mejillas. No recordaba la última vez que se había sonrojado.

Ignorándolo por completo, la chica le ofreció a Logan la radiante intensidad de su sonrisa y preguntó:

—¿Café?

—Gracias, señorita —respondió Logan, todo un caballero, para compensar la actitud de Noah, y acercó la taza para que a ella le resultara más fácil servirle.

A continuación, le llenó la taza a Noah sin mirarlo ni preguntarle.

—Gracias —masculló él.

—De nada, un placer —respondió ella, lanzándole una sonrisa falsa antes de volver a dejarlos.

—¿Cómo la has cabreado? —preguntó Logan enarcando una ceja, agarró la carta y le echó un vistazo por encima.

—Pidiendo pastel.

Logan lo miró extrañado, pero no insistió. En su lugar, volvió a dejar la carta entre los botes de condimentos y dijo:

—Bueno, ¿has conseguido encontrar a alguien?

Noah negó con la cabeza. Como si fuera una señal, volvió a vibrarle el teléfono para comunicarle otra respuesta negativa, y lo estampó frustrado contra la mesa de linóleo rojo.

—No hay nadie. O bien están enfermos o ya tienen trabajo.

—¿Y no puedes posponer el traslado?

Noah emitió un ruido como si no se creyera que Logan pudiera preguntar algo así.

—Perdona, sí, ha sido una pregunta estúpida —contestó su hermano con gesto afirmativo.

—Has estado demasiado tiempo en la ciudad.

Logan alzó su taza y dijo:

—Oye, pórtate bien conmigo, que he dicho que te ayudaría. —Dio un sorbo al café y sonrió, y Noah tuvo que disculparse, aunque no entendía por qué alguien necesitaría argumentos para participar en un traslado de ganado. A veces iba montado a caballo, con el sol asomando por el horizonte, la hierba aún cubierta de rocío, todo en silencio salvo por el murmullo de los pinos al vaivén de la brisa, y se preguntaba cómo era posible que sus hermanos no estuviesen allí, sin comprender cómo podían perderse algo así.

Sin embargo, no había contado con que el regreso de Logan sacase a la luz antiguos recuerdos, removidos como agua cenagosa que llevaba demasiado tiempo estancada.

—Puede que no te caiga bien —comentó Logan señalando con la cabeza a la camarera—, pero prepara un buen café.

Noah dio un trago a su taza y hubo de admitir que estaba bueno, quizá incluso mejor que el que preparaba Loriana.

Cuando regresó Ren y le puso delante la porción de pastel de manzana, Noah le dijo:

—Muy bueno el café, gracias.

—Su pastel —se limitó a responder ella sin parpadear—. Sin nata, sin helado, solo el pastel.

—Sí que está bueno, la verdad —dijo Logan, a quien claramente le hacía mucha gracia que la camarera estuviese ignorando a su hermano.

—Gracias —le dijo ella con una espléndida sonrisa.

Noah puso los ojos en blanco.

—¿Eres nueva por aquí? —preguntó Logan.

—Solo me quedaré el verano —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Es un bonito lugar para pasar el verano —afirmó Logan.

—Sí, todo el mundo parece muy amable. Bueno, casi todo el mundo.

Le dirigió una mirada a Noah y este se recostó en el banco con un suspiro.

—Perdona por lo de antes, estaba distraído. No es excusa, pero, bueno…, lo siento.

—Acepto sus disculpas —respondió ella, aparentemente sorprendida por el gesto—, muchas gracias. —Y entonces sonrió, y fue una sonrisa tan amplia que le ocupó la cara entera. Fue como si pudiera apagar cualquier rastro de animadversión pulsando un interruptor. Echó un vistazo a la cafetería, comprobó que no hubiese otros clientes a los que atender y agregó—: ¿Qué es lo que os preocupa, chicos?

Noah estuvo a punto de decir: «Nada», pero Logan se le adelantó y lo señaló con la cabeza.

—Mi hermano tiene que trasladar el ganado dentro de tres días y todos los empleados del rancho han contraído la gripe.

—Vaya, qué pena —respondió Ren con una mueca de disgusto.

Noah resopló como si se hubiera quedado corta y centró su atención en el pastel espolvoreado con azúcar, preguntándose por qué habría gente que lo tomaba de otra forma.

Justo entonces apareció Loriana, procedente de la parte de atrás, cargada con platos llenos de tortitas y beicon para una de las mesas del rincón más alejado. Se detuvo junto a la mesa de Noah.

Loriana, un personaje siempre divertido, tenía la misma edad que la madre de Noah, pero se vestía como si fuese veinte años más joven: melena rubio platino siempre recogida en lo alto de la cabeza con un moño descuidado y labios pintados de rosa chicle.

—He oído que Emmett está intentando reclutar a Hank para el traslado del fin de semana —comentó.

Hank era el marido de Loriana y el más viejo amigo de Emmett, el padre de Noah. Últimamente andaba un poco enclenque, pero, en su situación actual, Noah sabía que no podía ponerse exigente.

—Cruzaré los dedos —respondió mientras degustaba el pastel, tapándose la boca con la mano mientras hablaba.

Loriana se rio, haciendo bailar con el gesto sus enormes pendientes dorados en forma de corazón.

—¡Debes de estar desesperado si recurres a Hank!

—Sería un honor contar con alguien tan experimentado como Hank —declaró Noah.

—Qué lisonjero eres, Noah Carter. —Loriana le sonrió con cariño y Ren enarcó una ceja, visiblemente sorprendida por su cambio de actitud—. Pero te lo advierto, está aprendiendo a tocar el banyo.

—Qué suerte la nuestra —dijo Logan con una carcajada.

—Bueno, si es que acaba yendo —agregó Loriana, alejándose a servir las tortitas a los clientes—. Estaré encantada de pasarme por allí con vuestra madre para llevaros lo que necesitéis.

—Nunca le digo que no a tu chile con carne, Loriana —contestó Noah viéndola marcharse.

—Hecho —respondió ella.

Cuando Noah devolvió su atención al pastel, Ren, la nueva camarera, se quitó el bolígrafo del pelo, lo sujetó entre los dientes y volvió a recogerse la corta coleta rubia murmurando algo incoherente.

Noah notaba que empezaba a agotársele nuevamente la paciencia solo con pensar en el variopinto grupo de personas con el que contaba para llevar a cabo el trabajo.

—Perdona, ¿cómo dices?

Ren se sacó el bolígrafo de la boca y volvió a clavárselo en la coleta.

—He dicho que este fin de semana no trabajo, podría echarte una mano.

Desprevenido, Noah soltó una carcajada. Aquello era lo último que había imaginado que le diría. Dio por hecho que estaría bromeando, pero en su rostro se apreciaba un semblante serio.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que debía de ser una admiradora. Desde que Logan se había sentado a la mesa, Ren se había animado y ahora se mostraba simpática y alegre.

Cuando eran adolescentes, Noah y sus cuatro hermanos habían formado el grupo musical Silver Sky, en honor al nombre del rancho. La prueba que hicieron —un gesto impulsivo que, en un principio, tenía como propósito animar a su madre, que en aquella época estaba sometida a un ciclo de quimioterapia— acabó concediéndoles la victoria del concurso televisivo de talentos al que se habían apuntado. Después de cinco álbumes de platino y tres giras internacionales que agotaron las entradas, todo el mundo reconocía a Logan. A Noah no tanto. Si bien había contado con su propia legión de admiradoras en su época, en la actualidad estaba prácticamente irreconocible, se aseguraba de que así fuera. Llevaba el pelo más largo, casi a la altura de la mandíbula, en lugar de rapado por los lados y por la nuca como cuando formaba parte del grupo. Y se dejaba siempre crecer la barba como mínimo tres días. Su piel había adquirido un tono dorado como la melaza gracias a pasarse el día al sol y había ganado también bastante masa muscular debido al trabajo manual en el rancho; ya no era un adolescente fibroso.

En las raras ocasiones en que miraba fotos suyas de la época del grupo, apenas reconocía al sonriente chaval imberbe de quince años que veía en ellas. Se preguntaba, no obstante, si alcanzaba a vislumbrar la tristeza y el miedo detrás de aquellos ojos o si era algo que había conseguido ver con la perspectiva del paso del tiempo. De un modo u otro, era una época que preferiría olvidar. Pero, con el

regreso de Logan, y desde la muerte de Jack, las admiradoras parecían salir de debajo de las piedras.

Logan, por su parte, no lucía un aspecto muy diferente a cuando era integrante de Silver Sky; se había definido con la edad y ahora traslucía un aire de riqueza y madurez que resultaba aún más evidente con el polo azul marino que llevaba puesto, con el logo del Club de Polo Silver H bordado en la pechera. Había adquirido el club tras vender Carter Media, su exitoso sello discográfico, y se dedicaba a entrenar al equipo infantil. Nunca antes lo había visto tan relajado y feliz, cosa que a Logan le venía genial pero a él no tanto, pues ahora su madre estaba más empeñada que antes en lograr que todos ellos dieran un giro radical a sus vidas. De ahí que le hubiera hecho aquella advertencia acerca de su caravana, una solicitud que él había decidido ignorar por el momento.

Noah observó a la camarera y dedujo con cierto escepticismo que ese debía de ser el motivo por el que le interesaba participar en el traslado del ganado. Qué estúpido por su parte no haberse dado cuenta antes.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no es necesario —respondió, un poco más cortante de lo habitual.

Ren puso los ojos como platos al verse rechazada de forma tan tajante.

Logan, el empresario siempre diplomático, intervino diciendo:

—¿Tienes experiencia arreando ganado?

Noah lo dudaba.

Pero Ren dijo:

—De niña, pasé bastante tiempo en un rancho. Sé lo que hay que hacer.

—¿Y te gustaría ayudar? —preguntó Logan para confirmarlo.

—Soy nueva aquí —dijo ella encogiendo un hombro—, no tengo otra cosa que hacer.

Logan le dirigió a Noah una mirada para indicarle que debería aceptar el ofrecimiento. Noah, por su parte, comenzaba a enfurecerse y negó casi imperceptiblemente con la cabeza para rechazar la oferta.

—Si quieres —le dijo Logan a Ren—, puedes dejarnos tu número y nos pondremos en contacto contigo.

Ren miró a Noah, este apretó la mandíbula y ella se rio —un sonido mucho más aterciopelado de lo que habría imaginado—, antes de darse la vuelta para irse y, con una sonrisa, decir:

—Él ya sabe dónde encontrarme si me necesita.

Capítulo dos

La familia Carter se hallaba reunida en torno a la enorme mesa de madera de la cocina del rancho. Martha, la madre de Noah, estaba preparando la cena junto con Logan, quien se suponía que debía ayudarla, pero se detenía constantemente para darse la vuelta y sumarse a la conversación de la mesa mientras se comía la zanahoria que tendría que estar troceando. Rocky, el *border collie* de la familia, que por lo general adoraba a Noah pero seguía encandilado con el regreso de Logan, se encontraba apoyado contra sus piernas en actitud posesiva.

Noah —que se negaba a sentir celos del cariño de un perro, aunque en ocasiones anhelaba volver a estar solos sus padres y él en Autumn Falls, una vida sencilla en la que todos trabajaban duro y cada uno sabía cuál era el lugar que le correspondía— había puesto la mesa sin soltar ni un momento el teléfono, habiendo escarbado más aún en sus contactos en su afán por encontrar ayuda.

Emmett, su padre, acababa de regresar del establo y estaba sirviéndose un vaso de agua.

—¿No ha habido suerte? —preguntó una vez hubo dado un largo trago.

Noah meneó la cabeza.

Bella, la novia de Logan, estaba sentada en una de las sillas con una taza de té entre las manos, después de asegurarle en numerosas ocasiones que no era necesario que ayudara con la cena. Willow, la hermana de Noah —la más pequeña de la familia— había acudido a casa a pasar un par de días que tenía libres en su calendario de baile y se encontraba sentada frente a Bella, con las piernas recogidas bajo su cuerpo, poniéndose al día con todos los

cotilleos acerca de su noviazgo con Logan. Noah llevaba casi toda la velada tratando de ignorarlas.

En respuesta a su padre, sin embargo, Logan dijo:

—Sí que había una persona. —Le lanzó a Noah una sonrisa irónica y se metió una rodaja de zanahoria en la boca.

Noah le devolvió la mirada con los ojos entornados.

—¿Quién? —quiso saber Emmett con una ceja levantada.

—Nadie —murmuró Noah.

Bella y Willow dejaron de charlar para escuchar mientras Logan les hablaba sobre la camarera de la cafetería.

—Suena genial —afirmó Bella, soplando su taza de té antes de dar un sorbo.

—No era tan genial —se justificó Noah, queriendo matar a su hermano.

—¿Por qué, porque es una chica? —preguntó Willow, enarcando una ceja en gesto desafiante.

Martha se volvió hacia ellos mientras comprobaba cómo iba el pollo que había en el horno.

—No creo. Yo lo he hecho casi todos los años y tú también, Willow. —Su madre no podía ayudar ese año porque se había hecho daño en la espalda, y Willow porque su seguro de baile le prohibía montar a caballo.

—No es porque sea una chica —respondió Noah con un suspiro, tratando de desviar la atención consultando su teléfono.

Willow puso una mueca como si no se lo creyese ni por asomo y, recogiéndose los rizos pelirrojos en la coronilla, dijo:

—Entonces, ¿a qué se debe?

Noah se dio cuenta de que estaban todos mirándolo. No le gustaba tener tantos pares de ojos fijos en él y deseó zanjar el asunto.

—Porque es pequeña, habla mucho y no parece saber lo que está haciendo. Y está claro que solo se ofreció porque nos reconoció de la época del grupo.

—A mí no me dio esa impresión para nada —argumentó Logan con el ceño fruncido.

—Solo crees que es por lo del grupo porque es una chica. —Willow dejó que el cabello le cayera sobre los hombros—. Si fuera un hombre, ¿la aceptarías?

—No si fuera un hombre pequeño, hablase mucho y no supiera lo que hace.

Bella se rio. Él le dio las gracias sin palabras y sacó la silla situada a su lado para sentarse.

—¿Quieres venir tú? —le preguntó con cierta desesperación.

Logan resopló y dijo:

—¿Has visto a Bella montar a caballo?

Bella le lanzó una mirada a la que Logan respondió con una sonrisa engreída.

—Iré en coche con los sándwiches —se ofreció, dirigiéndose a Noah, y le apretó la mano en gesto de solidaridad.

Junto al fuego, Martha le dio un manotazo a Logan para que dejase de picotear el pollo asado.

—Noah, cariño, no sé si estás en condiciones de ponerte exigente.

Emmett ocupó una silla a la cabecera de la mesa.

—¿Y qué me dices de Rudy Myers? —sugirió mientras se desenrollaba las mangas de la camisa y se abrochaba los botones de los puños. En respuesta a lo cual Noah negó con la cabeza—. ¿Y los gemelos Sanderson?

—No.

Como si palpara su desesperación, Rocky abandonó a Logan y fue a tumbarse a los pies de Noah.

—¿Y Brodie? —sugirió Bella tras dar un sorbo a su té.

Se rieron todos, incluso Noah, ante la idea de que su gemelo participase en el traslado de ganado.

—Según vi ayer en Instagram, se encontraba a bordo de un yate en Saint-Tropez —explicó Logan.

Emmett chasqueó la lengua y el resto guardó un silencio incómodo ante la evidente desaprobación paterna.

Willow encogió una rodilla sobre la silla, se la rodeó con el brazo y, llamando a Rocky con la mano por debajo de la mesa, dijo:

—Creo que tu chica es la mejor opción.

Noah entornó los ojos y sintió la ausencia del reconfortante peso del perro a sus pies cuando este se dirigió hacia su hermana.

—Vamos a dejar una cosa clara: no es mi chica.

Volvieron a reírse todos. A excepción de Noah.

Capítulo tres

Cuando Noah Carter entró en la cafetería dos días más tarde, Ren dio gracias al cielo. Desde que mencionaran el traslado de ganado, había estado deseando que regresara y le pidiera ayuda.

Necesitaba desesperadamente un poco de espacio para despejarse la cabeza y aclarar sus ideas —o quizá solo algo de tiempo para reunir el valor— y pasar unos días en campo abierto le parecía el plan perfecto.

Cuando, tímidamente, le había comentado a Loriana que se había ofrecido a ayudar a Noah, pese a que, en teoría, no tenía el fin de semana libre, Loriana había abierto las manos de inmediato diciendo:

—No seas tonta. Si Noah dice que te necesita, tienes que ir. Eso es lo que hacemos aquí, nos ayudamos unos a otros. —Después, con un guiño travieso, había agregado—: ¿Y quién podría rechazar a Noah Carter? Es, sin duda, el más infravalorado de los hermanos. Si yo tuviera que elegir, lo elegiría a él sin dudar.

—Loriana, tienes edad para ser su madre.

—Soy tan capaz como cualquiera de apreciar la belleza en un hombre guapo —se defendió Loriana mientras sacaba los platos del lavavajillas.

—Se lo diré a Hank —respondió Ren entre risas.

Loriana soltó una carcajada cerrando la puerta del lavavajillas.

—¡Por favor, díselo! A Hank podrían venirle muy bien un poco de celos.

Cada vez que Ren hablaba con Loriana, se preguntaba si a mitad de frase la mujer dejaría de hablar y de pronto se daría cuenta de quién era ella. Pero nunca sucedía. En su lugar, los brillantes labios color coral de Loriana dibujaron una sonrisa pícara y dijo:

—Ay, lo que daría yo por volver a ser joven.

Ren era, por naturaleza, vagabunda, pero había acudido a Autumn Falls con un propósito. Cuando el detective privado al que había contratado rodeó con un círculo aquel pueblecito en el mapa y dijo: «Ahí es donde vive tu madre», Ren no tardó en hacer la maleta y cruzar el país. Había entrado en la cafetería con la intención de contarle a Loriana quién era, pero en su lugar había acabado pidiéndole trabajo, temiendo de pronto pronunciar aquellas palabras. No llevaba mucho tiempo en el pueblo, pero, observando a todos los amigos y a las familias mientras los atendía en la cafetería, pensaba: «Imagínate lo que sería crecer formando parte de esto».

Y sin embargo se sentía incapaz de confesarle a Loriana lo que había descubierto. Lo había intentado, en más de una ocasión, pero siempre se acobardaba. Se daba cuenta de que, con la verdad, se abría también la terrorífica posibilidad del rechazo. Nunca antes había pensado que le faltase arrojo, pero nunca había necesitado tanto como necesitaba ahora. Mirando a Loriana, que en aquel momento estaba gritándole a Maurice, el cocinero, con los brazos en jarras y un bolígrafo detrás de la oreja, lo único que veía era aquello que había deseado toda su vida.

Era una noticia demasiado importante. Venía acompañada de demasiada esperanza, pero también de la posibilidad real de un desengaño devastador. Eso la hacía recular cada vez que se mentalizaba para decir la verdad.

Por esa razón había estado cruzando los dedos desde que conociera a Noah para que este se viera obligado a aceptar su ofrecimiento.

Se había descubierto a sí misma contemplando con anhelo el agreste paisaje a lo lejos mientras regresaba a casa caminando después del trabajo. Un par de años atrás, había trabajado como guía de rutas a caballo en California; allí había visto cóndores volando sobre su cabeza mientras cabalgaba entre gigantescas secoyas que se alzaban hasta donde llegaba la vista, y en Autumn Falls serían águilas y pinos que apuntaban como flechas hacia el cielo. Necesitaba ese espacio, esa tranquilidad, sentirse tan libre

como los pájaros que planeaban sobre ella, y entonces, no le cabía duda de que encontraría el valor necesario.

De modo que, al oír a los hermanos hablando sobre reclutar gente para trasladar el ganado, le había parecido cosa del destino, y Ren nunca daba la espalda al destino. Sabía que la posibilidad vivía a la vuelta de la esquina.

Vio a Noah abrir la puerta de la cafetería y dirigir sus pasos con arrogancia hacia la barra. Tuvo que hacer un esfuerzo por controlar los latidos de su corazón, intentando que no se le notaran las ganas que tenía de que cambiara de opinión.

—Hola —dijo él sentándose en uno de los taburetes altos. Se quitó el sombrero, se pasó una mano por el pelo y se lo sujetó detrás de la oreja.

—Hola a ti también —respondió ella, tratando de transmitir indiferencia centrando su atención en la máquina de café.

Por el rabillo del ojo se daba cuenta de que estaba incómodo, nervioso incluso. Tamborileaba con los dedos de una mano sobre la barra y se mordía la comisura del labio.

—¿Un café y una porción de pastel, solo pastel? —preguntó ella, intentando no hacerse demasiadas esperanzas.

—No hace falta —respondió Noah negando con la cabeza—. No he venido a por café. Es que… —Se pasó de nuevo la mano por el pelo.

Ren dejó lo que estaba haciendo y enarcó una ceja para esperar a que le salieran las palabras. Le parecía que los latidos de su corazón le susurraban «por favor» en los oídos.

—Quería aceptar tu ofrecimiento. —Se le sonrojaron los pómulos —. Si sigues disponible.

Ren tuvo que hacer un esfuerzo por contener la sonrisa.

—Ah, así que es eso, ¿eh? —respondió con toda la indiferencia que pudo. El hecho de que fuera considerablemente guapo constituía, sin duda, una ventaja añadida.

Noah tragó saliva, asintió y con el dedo se tiró del cuello deshilachado de la camiseta blanca que vestía.

—Si aún quieres. O sea, si no, pues no pasa…

—Aún quiero —lo interrumpió ella, notando cómo se le levantaba la comisura de la boca en contra de su voluntad y empezaban a

sudarle de emoción las palmas de las manos.

Alcanzó a ver en el rostro de Noah una fugaz expresión de alivio.

—Ah, genial. Gracias. Te… te lo agradezco. —Se levantó de su asiento y le tendió una mano—. Soy Noah Carter, por cierto.

Ren se limpió las manos en el delantal blanco con volantes y le estrechó la mano fría y callosa.

—Ren.

—Encantado de conocerte, Ren —dijo Noah, pero, casi tan pronto como se tocaron sus manos, la soltó. Se guardó la suya en el bolsillo y procedió a contarle todos los detalles de la operación—. Podemos prestarte una tienda de campaña y un saco de dormir —aclaró cuando hubo abordado las cuestiones logísticas y de horarios—. Aparte de eso, necesitarás…

—Ya sé lo que necesito —lo interrumpió Ren—. No es mi primer rodeo, Noah.

—No es un rodeo —respondió Noah poniéndose el sombrero—. No vengas esperando un rodeo.

Ren se rio al ver su expresión ceñuda.

—¿Siempre eres así de serio?

—Sí —repuso él, calándose el sombrero mientras se levantaba—. Será mejor que te acostumbres. —A continuación se dio la vuelta y se marchó por donde había venido.

Capítulo cuatro

Noah había estado demasiado ocupado organizando la logística del traslado del ganado como para pensar mucho en su nueva recluta. Pero, cuando pensaba en ella, sí que le parecía que hablaba demasiado y le sobraba carácter. Sin embargo, no pudo negarlo cuando el destartalado coche de Ren se detuvo en el patio y, al bajarse, Willow soltó una carcajada y dijo:

—No habías dicho que fuera tan guapa.

Noah estaba tan centrado en sus rasgos negativos que, a decir verdad, había pasado por alto el aspecto de Ren. Viéndola tras la puerta del coche bajo la luz neblinosa de la mañana, contemplando el rancho unos instantes, trató de ver a Ren tal como debía de verla su hermana, de pie junto a él: la brisa que le revolvía la corta melena rubia antes de sujetársela detrás de la oreja, el cuello de la vistosa camisa azul que enmarcaba su rostro e, incluso desde lejos, iluminaba sus ojos con una palidez que recordaba a los de un lobo. No le gustaba admitirlo, pero, al observarla de manera objetiva en ese momento, se dio cuenta de que algunas personas podrían considerar a Ren una mujer increíblemente guapa.

Entonces cerró la puerta del coche y vio que iba vestida con unas botas de vaquero muy gastadas de color cereza madura, unos vaqueros azul claro perfectamente ajustados, un millón de collares dorados al cuello y una camisa de cuadros con ribete blanco anudada a la cintura como si estuviese preparándose para un festival de música *country.*

—Sabía que era muy mala idea —murmuró al verla agarrar su sombrero, colgarse la bolsa de viaje al hombro y caminar hacia él, más menuda que nunca, con una amplia sonrisa en sus labios pintados del mismo rojo que las botas.

—Pero ¿qué dices? —le espetó Willow con el ceño fruncido—. Si es fantástica.

—Hola —les dijo Ren conforme se acercaba.

Willow dio un paso al frente y le tendió la mano.

—Qué hay, soy Willow, la hermana de Noah. Justo estaba diciendo que nadie me había dicho lo guapa que eres.

Ren le estrechó la mano a Willow al tiempo que le lanzaba a él una mirada irónica.

—Supongo que a tu hermano no le habrá gustado mucho ese comentario.

—Qué bien lo conoces ya —respondió Willow riéndose sorprendida.

Noah no tenía tiempo para aquellas tonterías. Era muy temprano. Tenían que ponerse en marcha; los caballos se encontraban ya en sus remolques y estaban todos preparándose para marcharse.

—Tenemos que irnos —anunció—. ¿Estás lista?

—Desde luego. Me muero de ganas —respondió Ren, quizá demasiado alegre y sonriente para ser tan temprano. A continuación volvió a mirar en torno a sí con asombro y agregó—: Este sitio es realmente increíble. —Noah la vio admirándolo todo: los gigantescos graneros de tejado rojo, los amplios pastizales verdes que se expandían hasta toparse con la formación militar de pinos, y junto a ellos la casa principal del rancho, con el porche que la rodeaba y las rosas que crecían en torno a la puerta.

De nuevo, por un segundo, Noah se vio obligado a ver con otros ojos lo que veía a diario. El trabajo y el hogar que daba por hechos vistos con el entusiasmo de Ren de pronto se le antojaron mejor que la media.

—El espanto que ves ahí es la casa de Noah —dijo entonces Willow, señalando el punto por donde asomaba la esquina de su caravana.

Inesperadamente avergonzado por verse señalado de esa manera delante de Ren, Noah se vio tratando de cambiar de tema.

—Ya he dicho que tenemos que irnos —anunció. Entonces miró lo que Ren llevaba puesto y, lamentándose para sus adentros, añadió —: A esta hora de la mañana hace frío ahí arriba.

Ren desvió la mirada de Willow, que seguía quejándose del estado de su caravana, y dijo:

—He traído abrigo, no te preocupes, Noah. —Esbozó entonces una leve sonrisa—. Como ya te dije, no es mi primer…

—Lo sé, lo sé, no es tu primer rodeo, lo que tú digas. —Agitó una mano, se dio la vuelta y caminó en dirección a los vehículos ignorando a su hermana, que se mordía los carrillos para no sonreír mientras Ren lo seguía, todavía sonriente, con un entusiasmo inquebrantable.

Abandonaron el rancho en procesión de remolques de caballos. Dejó a Ren bajo el cuidado de Willow, que iba con su todoterreno cargado con todo el material. Podrían burlarse de él todo lo que quisieran siempre y cuando no estuviera delante. O tal vez no hablaran de él en absoluto, por supuesto. De un modo u otro, le daba igual.

A Noah le encantaba el trayecto hacia los pastizales de invierno. Llevar al ganado de vuelta al rancho para pasar allí los meses más cálidos del año siempre había marcado para él el comienzo de la primavera, había sido así desde niño, cuando daba saltos de alegría ante la idea de acompañar a su padre. Era él quien se colocaba junto a la puerta, impaciente, aguardando instrucciones con sus botas heredadas y su sombrero nuevecito, mientras que Logan maldecía a su padre por lo bajo y Jack se escondía en los graneros para hacer lo menos posible. Brodie, por lo general, seguía durmiendo y lo más probable era que a Ethan le hubieran prohibido ir porque se habría metido en problemas por una cosa o por otra. Pero, para Noah, era el mejor momento del año.

La ruta montaña arriba resultaba particularmente espectacular, llena de flores silvestres y unas vistas asombrosas de Autumn Falls, Main Street y el río Redemption serpenteando en paralelo. Por un instante, Noah se imaginó a Ren viendo aquel paisaje por primera vez y se sintió absurdamente orgulloso, como si las vistas fuesen suyas y estuviera confiándole un secreto. Captó su propia mirada en

el espejo retrovisor y enarcó una ceja en señal de incredulidad ante sus pensamientos.

Cuando llegaron al lugar donde comenzaba la senda y aparcaron los vehículos, se produjo el mismo caos organizado de todos los años. Willow tenía ensayo de baile a primera hora de la mañana, así que dejó a Ren y se largó haciendo chirriar los neumáticos del adorado todoterreno de Noah. Él trató de repartir las tareas, pero el asunto ya empezaba a salirse de lo planeado, pues oyó a Logan y a Emmett deliberando acerca de si Noah había escogido la mejor ruta. Distraído por lo que estaban diciendo, dejó a Ren con Hank Murphy para descargar a los caballos de los remolques mientras Bella y su madre seleccionaban el material. En circunstancias normales, él estaría con su padre, revisando la ruta y la climatología, pero tuvo que mantenerse al margen. Algo en la presencia de Logan le hacía sentirse un desconocido, temeroso de perder la capacidad de decisión y verse obligado a cumplir órdenes como le sucedía antes, le gustara o no. A su padre también le ponía nervioso, se le notaba; como si estuvieran todos en sus respectivos rincones, recelosos de lo que estaba por venir.

En su lugar, Noah se acercó a ayudar a Hank y a Ren, y llamó con un silbido a Rocky, que correteaba emocionado entre los árboles.

Al rodear el remolque, distraído por el hecho de que su padre y su hermano estuvieran desacreditando la ruta que había escogido, se detuvo en seco al ver a Ren susurrándole algo a Star, una cariñosa pero asustadiza yegua castaña con una estrella blanca entre los ojos a la que no le entusiasmaba el remolque.

Desde que la había visto abajo, en el rancho, Ren se había puesto un grueso abrigo de vellón con estampado de camuflaje de color berenjena y correas de cuero, se había recogido el pelo en una coleta baja, llevaba una bufanda gris metida por dentro del cuello del abrigo y un sombrero negro de gaucho colgado de un cordel alrededor del cuello. De pronto parecía una vaquera en toda regla.

Noah ignoró lo relajante que le resultaba aquella estampa y se acercó a acariciarle el cuello a Star para calmarla.

—¿Va todo bien?

Ren levantó la cabeza, sorprendida de verlo allí, y a continuación sonrió.

—Sí, solo quería salir del remolque —se volvió parar hablarle directamente a la yegua con arrobo—, ¿a que sí?

Por un instante, Noah deseó estar allí solo por los caballos. Que no hubiera complots familiares con los que lidiar.

—A Star nunca le ha gustado viajar. Es de Willow —aclaró apretando la silla de montar—. La he traído por ti, pensé que te iría bien.

—¿En serio? —A Ren se le iluminaron los ojos; Noah no pensaba que pudiera abrirlos aún más.

Ren rodeó a la yegua y puso el pie en el estribo.

—Hace demasiado tiempo que no monto.

Aquella declaración no le dio a Noah muchas esperanzas, pero entonces la vio subirse a la yegua con la facilidad de una jinete experimentada.

—Ahh. —Sonrió al relajarse sobre la silla y él sonrió también un poco por dentro, principalmente de alivio al comprobar que sí que sabía lo que hacía.

Cuando regresó para ver cómo estaba su caballo, Blue —bautizado así porque su pelaje negro adquiría un brillo cobalto cuando incidía en él la luz—, oyó decir a Ren:

—Este es el mejor lugar del mundo.

Se detuvo un momento porque él opinaba justo lo mismo, y estaba a punto de darle la razón cuando miró hacia atrás y se dio cuenta de que Ren estaba hablando con la yegua, perdida en su propio mundo, con el cabello rubio delante de los ojos, inclinada como estaba para hablarle a Star al oído, moviendo sus labios rojos con suavidad.

Como si hubiera notado que la observaba, alzó la vista y sus miradas se encontraron. Noah se quedó de piedra unos segundos, desconcertado por haberse quedado mirándola y porque ella lo hubiese pillado. Vio brillar en sus ojos una fugaz sonrisa de algo que quizá fuera triunfo.

—¡Noah, ven aquí! —gritó entonces su padre, y Noah se dio la vuelta, aliviado de poder marcharse.

Partieron poco después. Con Rocky dando saltos por delante. El sol estaba bajo en el neblinoso cielo azul. Llevaban las provisiones bien guardadas. Y, si bien habían acordado la ruta, se palpaba en el aire entre los tres hombres una leve tensión. Hank, muy sabiamente, se mantenía al margen.

Martha, Loriana y Bella irían con el coche y se reunirían con ellos en diferentes puntos del camino a lo largo de los dos días siguientes para suministrarles más comida y bebida. El aire era frío. Noah se subió el cuello de su vieja cazadora de cuero forrada de lana de oveja y se caló el sombrero. Su padre llevaba su chubasquero para protegerse del frío. Logan ya no tenía prendas adecuadas para la vida en el rancho porque acababa de trasladarse recientemente desde Nueva York, de modo que vestía un forro polar negro recién estrenado y una gorra de béisbol, y no paraba de quejarse de que se le quedaban frías las orejas.

—¿Vas a pasarte todo el día quejándote? —le preguntó Noah mientras avanzaban.

—No me quejo —repuso Logan, ofendido—, solo resalto el hecho de que, objetivamente, aquí hace un frío de pelotas.

—Pareces un niño pequeño —le reprochó Noah poniendo los ojos en blanco.

Desde la cola del grupo, Ren se rio y a continuación gritó:

—Estoy con Logan. Hace más frío del que pensaba.

—¡Gracias! —respondió Logan, como si esa fuese justificación suficiente—. ¿Así que tú también tienes frío?

—No, qué va —dijo Ren—. Estoy muy calentita. Vengo preparada.

Aquello hizo a Hank soltar una carcajada y Noah esbozó una sonrisa, pero no se dio la vuelta para mostrarla.

Capítulo cinco

Pasaron el primer día juntando el ganado, desperdigado por los prados donde habían estado pastando los meses invernales, acostumbrándose a trabajar juntos. Hank y Emmett, veteranos experimentados, se limitaron a desempeñar sus papeles. Logan tuvo que recuperar el hábito no solo de mantener vigiladas a las vacas, sino de recibir órdenes. Noah percibía en los hombros de su hermano la misma tensión de cuando eran niños, cuando su padre les daba una orden. Ahora Logan tenía que asimilar que Noah le dijera también lo que debía hacer. Noah hubo de admitir que Logan se esforzaba bien en disimular su frustración. No tenía claro que él pudiera hacer lo mismo si la situación hubiera sido la contraria. Últimamente, trataba de no hacer nada que no le apeteciese.

Para su sorpresa, Ren sabía perfectamente lo que hacía, se adentraba con destreza en los matorrales para recuperar al ganado extraviado y lo arreaba para devolverlo al rebaño.

A Rocky aquello le encantaba, como siempre, y correteaba por allí ladrando para acorralar a las vacas despistadas, o persiguiendo a aquellas que a Noah se le habían escapado al empezar a trasladar al rebaño.

Emmett se erigió en líder, como hacía siempre y como haría hasta que ya no pudiera cabalgar. Al emerger de entre los árboles a las vastas llanuras, Logan, Ren y Hank se situaron en los flancos. Noah se quedó atrás con Rocky, arreando a las vacas más lentas, sin detener el movimiento, todo ello al tiempo que observaba y evaluaba al equipo que tenía delante. Hank se mostraba erguido y firme sobre la silla, como un viejo general. Logan parecía bastante satisfecho, aunque Noah sabía que le costaría trabajo pasarse el día a caballo, pero nunca lo demostraría. Respecto a Ren no estaba seguro.

Parecía bastante ágil, casi como si se sintiera más cómoda a lomos de Star que en su día a día, pero la ubicó en la misma categoría que Logan: demasiado testaruda para admitirlo si estuviera pasando un mal rato.

Después de comer subió la temperatura. Ren se quitó el jersey y siguió cabalgando con la camisa y el sombrero de gaucho. Para gran alivio de Noah, se había desanudado la camisa por la parte delantera y se la había metido por dentro de los vaqueros, de manera que ya no daba tanto la impresión de encontrarse en un desfile de moda. Una vez alcanzado un ritmo estable, Logan situó su caballo en paralelo al de ella y fueron charlando amistosamente. De vez en cuando, cuando el viento soplaba en la dirección correcta, Noah la oía reírse por encima del ruido del ganado y, por un instante, se preguntó qué le parecería tan gracioso, pero acto seguido volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo, satisfecho de hallarse a solas en la parte de atrás, sin tener que hablar con nadie.

Al caer la tarde, se había impuesto el cansancio y ya nadie hablaba demasiado.

Cuando Ren clavó la última estaca de su tienda, se incorporó y, estirando los brazos por encima de la cabeza, dijo:

—No sé vosotros, chicos, pero yo estoy agotada. Se me había olvidado lo que es pasarse el día entero en la silla de montar.

Hank estuvo de acuerdo.

—Creo que ya soy demasiado viejo para esto —declaró, desenrollando su saco de dormir dentro de su tienda.

Emmett, cuya tienda ya estaba levantada y lista, atizó el fuego chisporroteante y frunció el ceño.

—Nunca se es demasiado viejo para esto.

—Demasiado viejo serás el día que te mueras —confirmó Noah, porque eso era lo que decía siempre su abuelo.

—Exacto —convino Emmett.

Junto a él, Logan puso los ojos en blanco al ver que seguían con la misma rutina de siempre.

A Noah le daba igual, se limitó a contemplar la luz del crepúsculo sobre las montañas, a escuchar los mugidos del ganado y el crepitar

del fuego, admirando el manto plateado de estrellas en el cielo, con la esperanza de no volverse nunca demasiado viejo para aquello.

—Seguro que no tenías esto cuando estabas en Nueva York, ¿a que no? —le dijo Hank a Logan, abarcando con los brazos el paisaje y lo que, en la penumbra, se le antojaba un horizonte infinito.

—No, señor. —Logan meneó la cabeza, sentado todo lo cerca del fuego que le era posible, con la cremallera del abrigo subida hasta la barbilla y una botella de cerveza en la mano, pero, al volverse para contemplar las vistas, agregó—: No veía este paisaje desde… —Guardó silencio, como si se arrepintiera de haber sacado el tema—. Bueno, supongo que desde antes de que nos fuéramos con el grupo.

A Noah se le formó un nudo en el estómago al oír la referencia.

Ren se acercó al fuego y dio un trago a su botella de agua antes de hablar.

—¿Qué grupo es ese? —preguntó.

Noah la miró fijamente. Deseaba comprobar si estaba de broma, pero su expresión era de genuina perplejidad.

Hank extendió los brazos y enarcó sus cejas canosas por debajo de su maltrecho sombrero color crema.

—Estos muchachos eran famosos —anunció—. ¿No lo sabías?

Noah vio a su padre fruncir el ceño.

—Hace unos años, formamos parte de un grupo musical de chicos —aclaró Logan—. Silver Sky, ¿te suena?

Ren puso los ojos como platos.

—No me digas.

—Sí te digo —afirmó Logan con una risotada.

Ren se quedó mirando al grupo con incredulidad.

Hank y Logan sonreían al verla tan desconcertada, pero su padre, al igual que Noah, parecía querer cambiar de tema. Para Emmett, Silver Sky solo había servido para distanciar a sus hijos, desmembrando la familia y desempeñando un inevitable papel en la muerte de Jack, y si bien ahora llevaba mejor que antes la mención al pasado, seguía sin hacerle mucha gracia. Pero las francas emociones de Ren parecían provocar un efecto en la gente, incluso en un viejo cascarrabias como Emmett Carter. Y, cuando quedó claro

que lo estaba mirando a él en busca de confirmación absoluta, finalmente asintió y respondió:

—Es cierto.

Entonces, de pronto, Noah sintió que ella le daba un manotazo en el brazo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó.

—Pensé que lo sabías —reconoció él frotándose el brazo, sorprendido, sin saber por qué habría tenido que ser él quien se lo dijera, pues con la pregunta Ren daba a entender que era su mayor aliado dentro del grupo.

—Es que… —Ren abrió y cerró la boca. Frunció el ceño. Se recogió el pelo con ambas manos y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos—. ¿Silver Sky? ¿El grupo Silver Sky? ¿Ese grupo?

Noah no pudo reprimir entonces una sonrisa resignada.

—Sí —contestó con las mejillas arreboladas por la atención, aunque por suerte nadie se dio cuenta gracias a la oscuridad.

Ren se dejó caer a su lado sobre el tronco de pino caído.

—No me lo puedo creer.

Hank abrió una cerveza y, sosteniéndola entre las rodillas para poder subirse la cremallera del abrigo, dijo:

—¿No los habías reconocido?

Ren miró a Logan y entornó los ojos.

—A ti quizá. Pero a ti… —centró su atención en Noah, quien trató de permanecer impasible mientras lo escudriñaba con la mirada, pero se notaba cada vez más incómodo conforme se prolongaba la inspección— en absoluto. —Ren sacudió la cabeza—. Solo recuerdo a un chico mono con el pelo rubio despeinado y hoyuelos.

—Brodie —aclararon Logan y Noah al unísono.

Ren seguía negando con la cabeza.

—Me he quedado alucinada.

Noah destapó su botella de agua y dio un trago largo, sorprendido de lo agradecido, o más bien aliviado, que se sentía de que Ren no estuviera allí en calidad de admiradora. Según su experiencia, el anonimato no se daba con mucha frecuencia en el mundo exterior.

—¡Me lo tenéis que contar con detalle! —exclamó ella, inclinándose hacia delante, con el brillo del fuego reflejado en los

ojos, mientras se frotaba las manos—. ¡Quiero saberlo todo!

—Qué va, mejor que no —respondió Noah, demasiado consciente de la incomodidad que el tema le provocaba a su padre, y también a él mismo—. Créeme.

—¡Sí que quiero! —repuso Ren, llevada por el entusiasmo.

Noah vio entonces que su padre apretaba la mandíbula y le dieron ganas de decirle a Ren: «Por favor, ahora no».

Pero ella estaba radiante de emoción.

—Es que no me hago a la idea. Debéis de tener muchísimas anécdotas.

Emmett se quitó el sombrero, se echó el pelo hacia atrás y volvió a ponérselo antes de ponerse en pie y anunciar:

—Voy a ver cómo están los caballos.

Noah vio que Logan seguía a su padre con la mirada y después lo miraba a él como para comprobar si también se había fijado en su reacción. Compartieron una mirada de preocupación. Noah habría cambiado de tema, pero Logan esbozó una sonrisa y le dijo a Ren:

—Adelante entonces, ¿qué deseas saber?

—Cualquier cosa —dijo Ren con la mirada encendida—. ¿Qué es lo más descabellado que os pasó?

Logan hizo una mueca.

—Trabajábamos demasiado como para hacer cosas descabelladas.

—Ay, por favor —repuso Ren con un resoplido—, ¿nunca destrozasteis una habitación de hotel?

Logan negó con la cabeza.

—No, ninguna habitación de hotel sufrió daños provocados por nosotros, estábamos muy bien educados.

Ren no pareció muy convencida y se volvió hacia Noah en su búsqueda de cotilleos.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Qué locuras hiciste?

—Ninguna —aseguró Noah con gesto negativo.

Ren frunció el ceño en señal de incredulidad.

—¡Ay, no fastidies!

Pero Noah se puso en pie y, sacudiéndose los pantalones, dijo con más brusquedad de la que pretendía:

—Lo cierto es que no hay nada que contar. —A continuación, al ver que los labios de Ren amenazaban con formular otra pregunta, agregó—: Mañana tenemos por delante un día muy largo, deberíamos irnos a dormir.

Ren alternó la mirada entre Noah y Logan, y finalmente lo miró de nuevo entornando los ojos con incertidumbre antes de asentir.

—Sí, por supuesto. Yo también estoy bastante cansada.

Capítulo seis

En cuanto Ren se metió en su tienda de campaña, buscó en Google: *Silver Sky*. La cobertura era bastante mala, así que la página tardó una eternidad en cargar, pero lo primero que apareció fue la reciente muerte de su hermano Jack Carter. Se llevó una mano a boca. Claro, Jack Carter, la estrella de cine. ¿Cómo había sido tan tonta de no asociar antes los apellidos? Se paró a pensar en todos los escándalos que solían publicarse sobre la vida de Jack Carter en los periódicos y en Internet. Ella no prestaba mucha atención a cosas como esas, pero era difícil que pasaran desapercibidas las noticias sobre Jack Carter, un chico guapo con un brillo travieso en la mirada; había vendido muchos periódicos.

Ojeó las fotos de la familia Carter durante el funeral. Los hermanos con la mirada baja. Luego aparecía una foto publicitaria de cuando eran más jóvenes y estaban en el grupo, haciendo el tonto, poniendo poses absurdas. Y luego estaba Noah al fondo, ligeramente apartado del resto, con una sonrisa tímida. Intentó hacer zoom, pero su teléfono no se lo permitía, la cobertura era demasiado débil.

Ren se quedó dormida preguntándose qué sería lo que habían preferido no contar en torno a la hoguera. Cómo sería realmente formar parte de un grupo musical de fama mundial, pero también se dio cuenta de lo distinta que era su vida en comparación con la de ella. Le daba la impresión de que acababa de dejar de pensar en ello cuando el cálido sol de la mañana la despertó y, al oír los mugidos del ganado, recordó dónde se encontraba. Abrió la cremallera de su tienda, asomó la cabeza y retorció el saco de dormir hasta quedar sentada en su interior, abrazándose las rodillas para ver cómo el alba comenzaba a iluminar el cielo.

Siempre se había despertado temprano, era una costumbre de la infancia que nunca había sido capaz de quitarse, pero para ella constituía la mejor parte del día; le pertenecía solo a ella, mientras todos los demás dormían.

O eso pensaba, hasta que un movimiento llamó su atención y vio que Noah regresaba de echar un vistazo a los caballos. Con el pelo todo revuelto por el sueño, su vieja cazadora de cuero colgada sobre la camiseta y las botas sin atar. Rocky daba saltos junto a él, esperando con ansia a que Noah le lanzara el palo que llevaba en la mano para salir disparado a buscarlo y volver a traérselo. Cuando regresaba, Noah se detenía para revolverle el pelo, tratando de no permitir que el perro le lamiese la barbilla y sin poder contener la risa cuando lo hacía.

Ren ladeó la cabeza mientras lo observaba. Era como ver a una persona diferente a la de la noche anterior, una versión de Noah libre de responsabilidades, en paz —habría dicho que feliz—, pero se dio cuenta de que esa era una palabra que jamás asociaría a Noah.

—Buenos días —le dijo al verlo acercarse, y de inmediato se le borró la sonrisa. Tan súbitamente, de hecho, que le habría costado creer que había sido real.

—Buenos días —respondió él con su habitual reticencia y, a continuación, se dio la vuelta para cambiar de rumbo e ir a ordenar un poco el campamento en lugar de regresar a su tienda, situada junto a la de Ren.

Antes de que ella pudiera decir nada más, Noah se llevó dos dedos a la boca y dio un silbido antes de gritar:

—¡Vamos espabilando!

Pocos minutos más tarde, Logan asomó la cabeza por la puerta de su tienda, bostezando, con el pelo revuelto.

—Si me vas a venir con silbidos, más te vale que tengas el café preparado.

Noah señaló la olla colocada sobre el hornillo.

—Me alegro —dijo Logan con los ojos entornados.

Ren sonrió. Se sentía a salvo al saberse rodeada de los hermanos y sus cariñosas disputas. Volvió a meterse en su tienda para vestirse. La noche anterior, Noah había dicho que podrían lavarse en el río

cuando se tomaran un descanso más tarde ese día e hiciese más calor. Se puso los vaqueros, una camiseta limpia, esa amarilla que tanto le gustaba y que era suave como una nube por haberla lavado tantas veces, y después todos sus jerséis y, por último, el forro.

Volvía a hacer frío cuando ensillaron. Cambiaron los caballos para darles un descanso. A Ren le tocó una bonita yegua negra de mirada triste color canela llamada Tatiana. Su aliento formaba nubes de vaho cuando se pusieron en marcha.

En un momento dado, Emmett miró hacia el cielo y anunció:

—Va a llover.

—No va a llover —repuso Noah con un resoplido de incredulidad.

Su padre se limitó a encogerse de hombros, claramente convencido de su predicción.

A Ren tampoco le parecía que fuese a llover, pero Emmett llevaba puesto su pesado chubasquero negro por si acaso, y su semblante adusto surcado de arrugas no admitía discusión. Se preguntó cómo habría sido crecer con un padre como él; ¿sería duro pero justo, o distante y obstinado? No sabría decir. Siempre andaba examinando las diferentes dinámicas familiares, preguntándose si la suya habría sido así de haberla tenido.

Conforme avanzaban, la ruta se volvió más angosta, discurriendo por una hondonada entre los pinos, y tuvieron que hacer pasar al rebaño por allí. Avanzaban despacio porque las vacas no paraban de apretujarse como el tráfico en la autopista. A Rocky aquello le encantaba, Ren lo veía correr de un lado a otro para mantener a raya al ganado. Con frecuencia, una de las vacas se adentraba en el bosque y Ren se encargaba de ir tras ella, agachándose para pasar por debajo de las ramas bajas, arreando a Star pendiente arriba para poder devolver a las vacas errantes al rebaño. Para cuando las hubieron recuperado a todas, avanzando a paso lento por una senda más estrecha entre los árboles, Ren salió de entre los pinos y se encontró a la cola con Noah, donde el espacio era demasiado angosto para poder adelantarse.

—Hola —le dijo.

Él asintió. Tenía el sombrero calado por delante, así que no le veía los ojos. Llevaba la cazadora abierta y la bufanda enrollada al cuello

con cierto descuido.

Cabalgaron en silencio. El ganado se apretujaba como un manto delante de ellos.

A Ren se le daban fatal los silencios, más aún en aquel momento. El silencio llevaba a su cerebro a pensar en el verdadero motivo que la había llevado a Autumn Falls y en aquello a lo que se enfrentaría cuando regresara. El silencio le recordaba todos esos meses y años de búsqueda y el terror acuciante a encontrar al fin lo que buscaba.

Se dedicó a mirar a su alrededor, torciendo la boca a un lado y a otro en su intento por pasar el rato sin decir nada. Al mirarlo, vio que Noah conservaba la misma postura, inmóviles la cabeza, los hombros y las manos.

—¿Sabes? —le dijo Ren al fin—. Nos quedan tres días haciendo esto. Si no vas a decir nada, resultará muy aburrido.

Por un segundo se preguntó si iba a decir algo, pero en su lugar Noah se limitó a mirarla antes de devolver la atención al parsimonioso y mecánico avance de los animales.

Ren apretó los labios, molesta porque la hubiera ignorado. Conversar era gesto de buena educación.

—Puede que no lo sepas, pero se llama conversación —prosiguió —. Puedes empezar con una pregunta. Algo así como: «¿Así que creciste en un rancho?».

Noah volvió a mirarla y, de nuevo, apartó la mirada, dejando llevar el cuerpo suavemente con el ritmo del paso de su caballo.

—Y yo podría decir —continuó Ren con la vista fija en su perfil—: «Sí, en un enorme rancho viejo de Texas. Fui niña de acogida allí durante varios años».

Aquello captó la atención de Noah, que giró la cabeza sorprendido por la información, con un gesto que indicaba que estaba viéndola realmente por primera vez.

Ella le dedicó una amplia sonrisa, consciente de que emplear su pasado para conseguir que la mirase era un truco sucio, pero mereció la pena con tal de ver aquella mirada, como si lo que él pensara de ella pudiera ser distinto de lo que de verdad era.

—¿Lo ves? Así es como se conoce la gente.

Ahora Noah parecía no saber qué decir, en lugar de negarse a decir nada, de manera que Ren agregó:

—Entonces yo podría añadir algo como: «Y, dime, ¿tú siempre quisiste ser ranchero?». Y tú me lo podrías contar. Y así pasaríamos el tiempo, nos conoceríamos y tal vez nos haríamos amigos.

Antes de que él pudiera lanzarle una de sus miradas sarcásticas de cejas levantadas, Ren espoleó a Tatiana para que apretara el paso y, sonriendo para sus adentros, se alejó para reunirse con Hank al otro lado del rebaño, aprovechando que había vuelto a ensancharse el camino.

Capítulo siete

A la hora de comer, el sol pegaba con fuerza y Ren se remangó la camisa. Empezaban a dolerle los músculos, pero no iba a quejarse, al menos a Noah, quizá a Logan sí, porque él llevaba toda la mañana quejándose del frío. Cuando llegaron a un punto en el que el río se bifurcaba entre los árboles, Emmett les dio un grito para que se detuvieran. Comerían allí y el rebaño y los caballos podrían beber; además, podrían lavarse en el río.

Ren recorrió a pie la ribera y encontró un poco de intimidad a la sombra de los árboles, por cuyas ramas se filtraban rayos de sol que iluminaban la superficie del río como peces dorados.

El agua fría supuso un golpe para su sistema nervioso pero un alivio para sus músculos doloridos. Mientras se frotaba la cara, recordó todas las veces que se había lavado en ríos, trasladando ganado en Texas, o cuando tenía que darse duchas rápidas de agua helada al tocarle la última en una larga fila de niños. Lo que más disfrutaba —igual que con tantas otras experiencias que se asemejaban a épocas de su infancia— era que ahora lo hacía por voluntad propia. De ella dependía si deseaba ponerse de pie dentro del agua para aliviar sus pies doloridos, o entretenerse mirando el sol que asomaba entre los pinos, o agacharse y dejar que el agua resbalase entre los dedos de sus manos. Lo que le encantaba era la libertad de controlar su propio destino. Por esa razón la noticia acerca de su madre le había supuesto tamaña sorpresa; había estado buscando la verdad, pero haberla descubierto significaba cederle sus emociones a otra persona. Y eso era algo que había aprendido a no hacer.

Cuando se hubo vestido, recogido el pelo y puesto las botas, regresó al lugar donde había dejado a los demás. El ganado pastaba

alegremente y los caballos descansaban a la sombra de los árboles, pero había un todoterreno aparcado en la hierba. Al acercarse, vio que se trataba de Loriana y de Martha, que estaban repartiendo sándwiches recién hechos y botellas de agua fría para la comida. La imagen le provocó un vuelco en el corazón, una extraña mezcla de anhelo y envidia que mitigó tan pronto como surgió.

—Qué lujo —declaró con entusiasmo—. Gracias. —Aceptó un enorme sándwich vegetal con queso que le ofreció Loriana, quien lucía para la ocasión una camisa de vaquero color mandarina y unos inmensos pendientes de aro con esmalte a juego. Dejó que sus manos se rozaran un instante más de lo necesario, pero no lo bastante para que a Loriana le pareciese extraño.

Bella había acudido también con ellas y estaba con Logan junto a la parte trasera del todoterreno, con el brazo de él sobre los hombros. A Ren le pareció que hacían muy buena pareja. Noah se hallaba de espaldas a ellos, hablando con su padre de logística. Hank estaba apoyado contra el vehículo comiendo Cheetos y tenía las puntas del bigote blanco cubiertas del polvo naranja del aperitivo, mientras que Rocky daba ansiosos lengüetazos al agua de un cuenco colocado a la sombra del coche.

—Hank —gritó Loriana—, límpiate la boca, ¡tienes el bigote naranja!

Hank se lo limpió con la manga, cosa que hizo a Loriana poner los ojos en blanco y acercarse con un papel de cocina, con un gesto de ternura que suavizaba su rostro conforme se aproximaba.

Gracias a sus sutiles interrogatorios en la cafetería, Ren sabía que Hank y Loriana llevaban juntos solo quince años, de modo que era imposible que Hank fuese pariente suyo, pero al contemplarlos juntos le fascinaba ver los serenos gestos de cariño de Loriana, que por lo general era una mujer sensata y práctica. Aquello agregó otro posible resultado a la fantasía de Ren, en la que le revelaba a Loriana su identidad y esta suavizaba el gesto con la misma expresión de afecto y ternura que le profesaba en ese momento a Hank.

Mientras Ren masticaba su sándwich, absorta en sus fantasías, Loriana se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Lo llevas bien, Ren? ¿Los chicos no te las están haciendo pasar canutas?

Ren estuvo a punto de atragantarse, temerosa de pronto de que Loriana le hubiese leído el pensamiento. Hubo de recomponerse y terminar de masticar antes de responder con una sonrisa:

—Claro, todo va de maravilla. Como siempre.

Noah se acercó entonces y, retirándose de la cara el cabello mojado por el río, declaró:

—Se apaña mejor que Logan.

Cosa que hizo reír a Bella y resoplar a Logan, mientras que Ren intentaba no sentir nada parecido al orgullo, pues sabía que era más una pulla a Logan que un elogio hacia ella.

Pero entonces Noah le dirigió una mirada que casi habría podido interpretarse como si estuvieran confabulados; quizá fuera su forma de compensar el hecho de que apenas le hubiese dirigido la palabra, si Ren escogía darle importancia, cosa que, tratándose de Noah Carter, era consciente de que constituiría un tremendo error.

—Eso me recuerda —dijo Bella, apartándose de Logan para rodear el todoterreno hacia el asiento trasero— que te he traído esto. —Sacó un enorme plumas negro y un gorro de aviador verde aceituna con orejeras forradas en piel y se los entregó.

Logan puso los ojos como platos al aceptar el abrigo y sostenerlo como si fuera un tesoro de valor incalculable.

—Te quiero —se limitó a decir.

—Sé que no soportas el frío. —Bella se rio y arrugó los ojos mientras le ponía en la cabeza el gorro acolchado.

Al igual que con las familias, Ren siempre se paraba a observar con asombro las relaciones de pareja —Hank y Loriana, Bella y Logan—, preguntándose cómo sería sentir eso por alguien, o que alguien sintiera eso por ella. Que alguien la conociera tan bien como para predecir sus incomodidades y tratar, sin preguntar, de aliviárselas.

Miró a Noah y vio en su cara un gesto de incredulidad compasiva ante el hecho de que Logan necesitara tantas comodidades de casa, pero percibió también en sus ojos una mirada de cariño. Había advertido que, cuando tenía algo que ver con su hermano y con

Bella —o con el perro—, Noah suavizaba el rostro. Se lo había visto hacer también con Willow, aunque en ese caso mitigado por las tomaduras de pelo de su hermana. Eso era lo que suponía ser una familia, y a Ren le resultaba casi adictivo, sabía que sumergirse en ello no era sano, pero no podía apartar la mirada. Por un instante se preguntó qué sentiría si Noah la mirase de esa forma, no de un modo romántico ni nada parecido, sino con algo que no fuera fastidio en el peor de los casos e indiferente cortesía en el mejor de ellos. Imaginaba que debía de ser una sensación muy especial haberse ganado el afecto de alguien como él.

Después de comer, Loriana les dio las indicaciones para el chile con carne, a continuación se subió al todoterreno con Bella y con Martha y se marcharon las tres juntas. Habían llevado más ropa de abrigo para todos, por si acaso la necesitaban. Ren tomó prestada una gruesa bufanda de lana de cachemir solo porque pertenecía a Loriana. Emmett se puso un chaleco extra de forro polar. Hank, un jersey y un par de guantes. Noah no se puso nada.

El tramo de la tarde resultó sencillo, siguiendo la dirección de un sendero ancho a un ritmo relajado. La temperatura descendió más rápido que el día anterior y las nubes taparon el sol, haciendo a Emmett murmurar nuevamente acerca de la lluvia.

Ren se enrolló la bufanda al cuello y hundió la barbilla en ella hasta la nariz, inhalando el perfume de Loriana, sabiendo que eso era lo que significaría haber tenido una madre: reconocer el aroma de una fragancia en una prenda prestada con cariño.

Se le formó un nudo en la garganta y, para aliviarlo, se volvió hacia Noah.

—¿Quieres volver a intentar lo de conversar? —le preguntó. Su voz sonaba algo amortiguada por la enorme bufanda, de modo que intentó bajar la tela empleando la barbilla.

—La verdad es que no —respondió él meneando la cabeza, pero en su voz captó un tono ligeramente distinto, una reticencia irónica, como si se hubiera resignado al hecho de que iba a suceder, le gustara o no.

Ren aguardó, dejando que el silencio los envolviera.

Noah giró la cabeza para ver si lo estaba mirando, cosa que hacía.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó al fin con un suspiro.

—No lo sé —respondió ella, teniendo que contener una sonrisa.

Él sacudió la cabeza como diciendo: «¿Por qué me lo preguntas entonces?».

Ren se metió la bufanda por dentro del forro polar para poder hablar y dijo:

—¿Estás casado?

Saltaba a la vista que la idea le había hecho gracia, porque dijo «No» con el atisbo de una carcajada.

—¿Lo has estado alguna vez?

—Qué va.

Siguió una pausa. El ganado prosiguió su lento avance, con Rocky siguiendo el ritmo junto a los animales.

—¿Y tú? —preguntó Noah transcurridos unos segundos, como si por fin estuviera aprendiendo las normas básicas de conversación.

—No —repuso ella, desconcertada también por la idea.

—¿Lo has estado alguna vez?

—Si en realidad ni siquiera he besado a nadie nunca —confesó con una carcajada.

Noah estuvo a punto de atragantarse por la sorpresa.

—Estás de broma.

Ren sonrió de oreja a oreja al ver su reacción; resultaba tan fácil pillarlo desprevenido que le parecía divertido intentarlo.

—Es cierto.

Noah detuvo en seco su caballo. Había logrado desconcertarlo por completo.

—¿Nunca has besado a un hombre?

—Bueno, un pico de Jordan O'Hara cuando iba al instituto, pero por lo demás… —respondió negando con la cabeza.

Visiblemente perplejo aún, Noah reanudó la marcha espoleando para que su caballo —un palomino llamado Dove— siguiera avanzando lentamente.

—Debió de ser un pico muy malo si te quitó las ganas de seguir probando.

—Calla —le dijo ella riéndose—. Fue muy dulce.

Noah enarcó una ceja en señal de incredulidad. Entonces, para sorpresa de Ren, esbozó con la boca una media sonrisa. No fue una sonrisa completa, pero lo bastante para demostrar que quizá hubiera logrado rasgar la superficie.

—¿De verdad nunca has besado a nadie? —volvió a preguntarle con asombro.

Entonces Ren se sintió demasiado vulnerable. Como si, al tratar de sorprenderlo, hubiera revelado excesiva información sobre sí misma. Supo que se le sonrojaron las mejillas al intentar explicarlo.

—Es que… nunca he encontrado a nadie que… Yo qué sé. —De pronto se sintió una idiota, sobre todo porque él debía de haber tenido una legión de admiradoras a su entera disposición—. Supongo que cuido mucho mis sentimientos. No me apetece ir regalándolos.

Noah ladeó la cabeza y ella no supo si significaba que la entendía o que le parecía que estaba loca.

—Quería encontrar a alguien especial —agregó—, y cuanto más tiempo pasaba sin encontrarlo, menos especial me parecía la persona. Y, bueno… —se encogió de hombros, más avergonzada ahora que se veía obligada a dar tantas explicaciones para justificarse—, lo de ser especial se convirtió en algo superimportante.

—No tienes que justificarte —dijo él como si le hubiera leído el pensamiento.

—No me estoy justificando —respondió, demasiado rápido, y le pareció que se había puesto a la defensiva.

—A mí me parece que sí —insistió Noah, mirando al frente, pero Ren volvió a ver esa sonrisilla dibujada en sus labios y, esta vez, la hizo resoplar, molesta un poco con él y un poco consigo misma.

Una de las vacas aflojó el paso y ella aprovechó la oportunidad para volver a colocarla en posición. Cuando volvió a situarse junto a Noah, ya había recuperado la compostura.

—Sí que me estoy justificando —admitió—. Sé que es una estupidez. Creo que debería besar a alguien sin más y quitármelo de encima. Superar ese obstáculo. —Volvió a mirar a Noah para ver su reacción y, al hacerlo, sus miradas se encontraron y le dio por

pensar que quizá diese la impresión de que se estaba refiriendo a besarlo a él. Notó que se le encendía la cara—. No me refería a ti, por cierto.

—Ya sé que no te referías a mí.

—No te ofendas —añadió.

—No me ofendo —respondió él, mirando de nuevo al frente, pero Ren vio de nuevo en su boca aquella leve sonrisa que la obligó a reprimir la suya. ¿Por qué se sentía tan bien al hacerlo sonreír?

Mientras cabalgaban sobre las ondulantes llanuras, dejando atrás áreas de matojos amarronados y frondosos campos verdes bajo las nubes esponjosas como algodón dulce, le dio la impresión de que tal vez hubiera abierto una diminuta grieta en la fachada de Noah. Lo bastante para atreverse a preguntar:

—¿Saliste con mucha gente famosa cuando estabas en el grupo?

—No —respondió él sin más.

—¿En serio? —Ren lo miró entornando los ojos, sin saber si creerlo o no—. ¿Me mientes para que no te pregunte con quién?

—No te miento. —La miró y, con semblante neutro, explicó—: Durante todo ese tiempo, tuve una novia aquí.

—¿Todo el tiempo? Vaya. Debió de suponer un gran compromiso, sobre todo con todas esas admiradoras que se os echaban encima. —Miró hacia delante y contempló el vasto manto de nubes, pensando de nuevo en lo estúpida que le parecía su revelación de no haber besado a nadie nunca. Debía de creerla una tonta.

—¿Y ya no estás con ella?

—No.

—¿Qué ocurrió?

Noah estiró los hombros como si se sintiera incómodo en su silla.

—Murió —dijo entonces.

—¡Oh! —Ren se llevó la mano a su estúpida bocaza—. Ay, Noah. Lo siento mucho.

Se acordó de la señora Robertson, su trabajadora social, mirándola en el Ford plateado mientras la llevaba de vuelta a su hogar de acogida tras una reunión fallida con una familia potencial. «Ren, cielo —le había dicho—, te he repetido mil veces que tienes que aprender a hablar solo cuando te hablen».

Noah se limitó a encogerse de hombros.

—Fue hace mucho tiempo. —A continuación, fijó la vista en el horizonte y, aparentemente, se dedicó a evaluar la ruta que debían seguir antes de añadir—: ¿Te puedo dejar aquí sola? Voy a hablar con mi padre.

Ren asintió. Estaba claro que la conversación había terminado.

Capítulo ocho

Noah se mantuvo ocupado cuando montaron el campamento aquella noche, recolectando leña para el fuego, ayudando a Hank a levantar su tienda porque le dolía la espalda tras pasarse el día montando, yendo a ver cómo estaban los caballos. Se había sorprendido a sí mismo al mencionar a Livvy delante de Ren, porque hacía años que no hablaba de ella. Su recuerdo se había mantenido firmemente protegido junto con el tiempo que pasó en el grupo, almacenado a buen recaudo. Pero Ren se había mostrado tan libre con sus recuerdos y sus vulnerabilidades que fue como si él se viera a obligado a contarle también uno de los suyos; era un truco con el que habría de llevar más cuidado.

Se encontraban todos sentados alrededor del fuego, comiendo el chile con tacos que les había llevado Loriana. Noah agradecía la comida caliente en una noche tan fría y notaba cómo le calentaba la tripa. No pensaba admitirlo, pero sin duda tenía más frío de lo que había previsto. Debería haber aceptado el jersey extra que le ofrecía su madre, pero había tratado de evitarla por miedo a que le diese la tabarra sobre sus decisiones, o quizá fuese la presencia de Logan lo que le volvía más obstinado, reafirmando más aún su manera de ser. Miró a su hermano, sentado al otro lado del fuego con su enorme abrigo de plumas, charlando distendidamente con Ren.

Algo en la presencia de Logan le hacía trasladarse a la época del grupo de música, cuando todos gritaban y reían, casi de forma obsesiva, mientras él lo observaba todo desde los márgenes, desvinculado, incapaz de comprender cómo podían comportarse de ese modo. No entendía de dónde salían todas esas risas y esa energía, cómo era posible que los demás gestionaran tan bien el aluvión de preguntas, las entrevistas invasivas con el micrófono en

las narices, las hordas de fotógrafos que se agolpaban frente a sus hoteles, las chicas excitadas que deseaban hacerse una foto y pegar las mejillas llorosas con las suyas.

En ese momento, mientras veía a Logan entretener a Ren con alguna de sus anécdotas, Noah sintió que se aislaba más aún, observando la manera que tenía su hermano de mover la boca cuando hablaba. Noah siempre lo había visto como el mediador, el negociador, el diplomático, el que los mantenía unidos como un todo. Se le daba de maravilla. Tanto era así que a él le permitió escabullirse, regresar al lugar donde se sentía cómodo, observándolo todo desde fuera.

Se terminó la cena, dejó el cuenco vacío en el suelo, a sus pies, y después acarició al perro, tumbado todo lo cerca del fuego que le resultaba posible, con el pelo ardiendo.

Ren era la que hablaba en ese momento:

—Hacíamos tareas muy normales, pero a mí me encantaban los caballos. —Noah se descubrió acariciando a Rocky durante más tiempo del habitual, deseoso de oír lo que fuera que estuviera diciendo—. Eso era lo mío. Me daba igual si no me tocaba montar, lo único que quería era estar allí cuidando de ellos, limpiando los compartimentos, peinándolos, lo que hiciera falta. Era la chica de los caballos. —Se rio—. Me pasaba allí el día entero si podía. Si estaba muy cansada, a veces me quedaba a dormir en los establos.

—Noah solía dormir en los establos, ¿a qué sí? —le dijo Logan—. Cada vez que algo salía mal, agarraba una manta y se marchaba enfurruñado —comentó riéndose.

Noah, negándose a ceder a la provocación de la infancia, arqueó una ceja y respondió secamente:

—Era el único lugar donde se podía estar en paz.

—¡Sí! —convino Ren.

—Una auténtica locura. —Logan sacudió la cabeza mirándolos a ambos.

Noah miró hacia su padre. Emmett no los estaba mirando, pero Noah sabía que los escuchaba y se preguntó en qué estaría pensando. Si se acordaría de la vez en que lo encontró en los establos una mañana después de haber ganado el concurso de

talentos que situó al grupo en el mapa, cuando él se despertó con los ojos rojos y, al verlo allí, le dijo:

—¿Cómo te las vas a apañar sin nosotros? —Aunque, viéndolo con perspectiva, desearía haberle dicho: «Por favor, no permitas que nos vayamos».

Pero Emmett se había limitado a levantar la vista de la tarea en la que estaba inmerso y a decir:

—Como he hecho siempre.

Qué diferente podría haber sido su vida si su padre lo hubiera detenido. O si tal vez él hubiera sido lo bastante valiente para detenerse a sí mismo. Pero, al descubrir que habían ganado, Noah se había mostrado tan entusiasmado como los demás, dejándose llevar por la euforia.

Oyó a Ren reírse de otra de las anécdotas de Logan y se preguntó por qué él no sería tan libre como su hermano con respecto a todos esos cuentos. Había perdido práctica, pensó, levantándose a echar otro leño al fuego. Se pasaba los días trabajando en el rancho a todas horas, no tenía tiempo para charlas insustanciales. Tampoco es que estuviera interesado en las charlas.

Volvió a sentarse. Aquel era un lugar donde podía estar en silencio, a solas con sus pensamientos. Al igual que su padre, que permanecía felizmente al margen, con las manos entrelazadas en el regazo y el rostro contemplativo mientras miraba la hoguera.

Así era como hacían las cosas. En silencio, de forma reflexiva. Un hombre y su perro. Los raros eran Ren y Logan.

Se inclinó hacia delante, agarró una de las ramas más finas que habían recolectado para el fuego, se sacó la navaja del bolsillo y empezó a tallarla.

—¿Dónde estabas antes de venir aquí? —oyó preguntar a Logan.

Siguió un silencio, como si Ren tuviera que pensarlo unos instantes, como si hubiera estado en demasiados sitios para acordarse de todos.

—El verano pasado estuve en Long Island, en casa de Liane, una amiga del rancho. Regenta un hotel en Montauk, así que me pasé el verano trabajando para ella. Luego, en invierno, me fui a Banff, en Canadá, porque tienen muy buenas pistas de esquí. —Noah vio a

Logan expresar su conformidad con un gesto de cabeza—. Luego estuve un tiempo en Vancouver solo porque nunca había estado, y después vine aquí.

Noah trató de concentrarse en la rama que estaba tallando, pero no pudo evitar distraerse por sus respuestas.

—¿Por qué viniste a Autumn Falls? —preguntó Logan.

—Me gustaba el nombre —repuso ella encogiéndose de hombros.

Noah frunció el ceño y detuvo la mano sobre la navaja.

—¿Solo por eso? —dijo Logan con un resoplido de sorpresa.

—Sí —confirmó Ren.

Noah sacudió la cabeza al pensar en lo ridículo de la respuesta.

Pero, para su sorpresa, desde el otro lado de la fogata, vio a su padre echarse hacia delante y decir:

—¿Tomaste la decisión sobre dónde vivir en base a un nombre?

Ren se rio de la incredulidad de su voz.

—No solo un nombre. Supongo que quiero ir a todos los lugares que me sea posible, y nunca antes había estado por esta zona.

Para sorpresa de Noah, Emmett inclinó la cabeza y respondió algo que la hizo reír de nuevo. Vio después a su padre acomodarse otra vez en su soledad, pero ¿era acaso una vaga sonrisa lo que se dibujó en su rostro? Noah no se lo podía creer. Ren había conseguido embrujar a su padre.

La velada continuó en un ambiente similar. Noah recordándose a sí mismo que la soledad era el estado que anhelaba mientras que, al otro lado del fuego, fluía la conversación. Hank, que había estado en su tienda haciendo los estiramientos de fisioterapia para la espalda, regresó para juntarse con ellos. Emmett intervenía de forma ocasional.

Noah se ciñó con determinación a su tallado, al principio molesto con Ren por lograr alterar el *statu quo* y hacer hablar incluso a su padre, molesto con Logan por mostrarse encantador como de costumbre, molesto consigo mismo por aislarse cada vez más. Y después dejó de estar molesto con ellos. Y sintió envidia. Y se molestó consigo mismo por sentir envidia.

Conforme oscurecía y los gruesos nubarrones iban encapotando el cielo sobre las montañas, Hank sacó su banyo y empezó a rasguear.

—¿Va a cantar alguien? —preguntó Ren. Como nadie respondió, agregó—: ¿No decís que teníais un grupo? Noah, ¿por qué no cantas?

Noah resopló con la cabeza agachada mientras tallaba la madera.

—No, gracias.

Pero Logan no pudo resistir la tentación.

—Sí, Noah, ¿por qué no cantas?

Noah le lanzó una mirada, y felizmente se habría puesto en pie para tirarle el tronco sobre el que estaba sentado.

—Porque no canto. ¿Por qué no cantas tú, Logan?

—Siempre tuviste mucha mejor voz que yo —respondió Logan con una sonrisa.

—Es la primera vez que dices eso —contraatacó Noah poniendo los ojos en blanco.

—Solo es cantar. —Ren hizo una mueca como si estuvieran dándole demasiada importancia. Pero Logan y Noah habían llegado a un callejón sin salida—. Si nadie canta, lo haré yo.

Y cantó, así, sin más. Con total naturalidad y una voz suave y dulce, como un colibrí, con un ligero temblor en las notas más agudas.

Noah se detuvo con la navaja suspendida sobre la madera, como si le resultara imposible no escucharla. No era la mejor voz del mundo, pero poseía una inocencia abrumadora que la convertía en una de las más hermosas. Era igual que escuchar cantar a su madre. La música debería ser aquello, y no lo que había llegado a ser para ellos.

Se le formó un nudo en la garganta. Tuvo que apartar la mirada. De pronto le invadieron toda clase de recuerdos, como atraídos por la música, instantáneas de otra época.

Vio la imagen desdibujada de veinte mil caras frente a él y el rugido ensordecedor de la multitud del estadio, sintió los nervios atenazantes que le provocaban arcadas antes de cada actuación, la experiencia extracorporal de poner un pie en el escenario, las manos temblorosas, el pánico que le aceleraba el corazón, la restricción del campo visual y, a continuación, la sensación de que todo había

acabado y él no recordaba lo que había sucedido; trozos enteros de su vida que se habían esfumado de golpe.

Y de pronto recordó con una claridad visceral la llamada telefónica para informarle de que Livvy estaba mucho más enferma de lo que habían creído al principio. Como si los recuerdos del grupo no existieran sin aquel último y tormentoso vuelo de regreso a casa. El fotógrafo de la prensa al que empujó en el aeropuerto, los suaves ojos sonrientes de Livvy en la cama del hospital, el horror de haber malgastado meses enteros en una gira en la que no deseaba participar, la frialdad de la mano de ella, el pitido de las máquinas, la asfixiante rabia que le provocaba el arrepentimiento.

Cerró los ojos con fuerza tratando de librar a su cerebro de aquellas imágenes. Mantuvo la cabeza agachada e intentó concentrarse en la madera, pero descubrió que le temblaban las manos y era incapaz de tallar nada.

Oyendo la voz de Ren inundar el aire frío de la noche, Noah notó una presión muy familiar en el pecho, como si la confusión de todos esos recuerdos le pesara y le impidiera llenar de aire los pulmones. No tenía escapatoria. No había establo al que huir, ni trabajo en el que refugiarse, no podía levantarse y marcharse a mitad de canción. Tuvo que aguantar, soportar la melancolía de su voz, que le trepaba por la espalda como fantasmas que reclamaban su atención.

Pero, cuando terminó de cantar, sintió el vacío en el aire. Se encontró a sí mismo en el mismo lugar de antes, solo en su lado de la fogata, mientras Logan aplaudía con entusiasmo y Emmett asentía en señal de aprobación; hasta Rocky ladró de alegría. Ren señaló a Hank, quien a su vez hizo una reverencia exagerada. Noah, por su parte, se limitó a intentar tomar aire para calmar su desbocado corazón y concentrarse únicamente en el trozo de madera inservible que tenía en la mano.

—Suficientes emociones para mí —oyó decir a Ren—. Me voy a la cama, caballeros.

—Sí, yo también —agregó Logan.

Noah fingió encontrarse absorto en el tallado del trozo de madera, con la mirada agachada, hasta que se fueron todos y entonces pudo alzar la cabeza hacia el vasto cielo negro y expulsar el aire. A

continuación se puso en pie, tiró el trozo de madera al fuego y se fue a dormir.

Capítulo nueve

Ren no podía dormir. Se notaba el cuerpo exhausto, pero tenía la mente muy despierta. No paraba de pensar en Noah, sentado al otro lado de la hoguera, con la cabeza agachada, más distante aún que antes. Lo recordó hablándole de su novia, oyéndole decir que dormía en el establo para encontrar paz. Sabía que debía dejarlo tranquilo, pero había algo en su postura, sentado junto al fuego, que era incapaz de ignorar.

Le recordaba a los novatos cuando llegaban al rancho de Texas, jóvenes y vulnerables, antes de encontrar a su tribu. A veces, cuando miraba a Noah, veía esa misma soledad y aislamiento, esa autosuficiencia desconfiada que lo mantenía apartado del mundo.

Sabía que no conseguiría dormir si se quedaba mirando el techo de su tienda, así que se puso su forro polar de camuflaje morado, salió del saco de dormir, abrió la cremallera de la tienda y fue a sentarse un rato bajo las estrellas.

Solo cuando se hubo enderezado y comenzó a caminar hacia la fogata se dio cuenta de que Noah ya estaba allí sentado. Le vio alzar la mano —no con mucho entusiasmo— cuando la vio.

Previamente habían acercado unos leños al fuego para usarlos a modo de asiento, de manera que fue a sentarse en el más cercano a él.

—No puedo dormir —dijo.

Él sacudió la cabeza con la mirada fija en las ascuas mortecinas de la hoguera.

—Yo tampoco.

Se aposentó en el aire el silencio. Ren notaba el fresco que se le filtraba por los *leggings* y se subió los gruesos calcetines.

—Me gusta este momento de la noche. A veces me levanto y salgo a mi balcón solo para mirar el cielo y las estrellas. Para recordar que estoy solo yo y el amplio mundo.

Noah se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y dejó la cabeza colgando. Se giró para mirarla mientras hablaba.

Ren guardó silencio. Tenía una forma extraña de mirarla, con sus ojos grises indescifrables, de modo que era incapaz de saber en qué estaba pensando; aunque, al mismo tiempo, parecía saberlo por completo. En aquel momento, no hacía falta ser ningún genio para saber que seguramente pensaría que estaba hablando demasiado.

—Me doy cuenta de que quizá sea eso lo que estás intentando hacer ahora, y yo aquí sin parar de farfullar, echando a perder el momento.

Él negó educadamente con la cabeza.

Ren no dijo nada más y, en su lugar, miró hacia arriba.

—Hace muchísimo tiempo que no veía las estrellas así. —No había una sola nube en el cielo, tan solo la infinita Vía Láctea. Con las manos a su espalda apoyadas sobre el leño, echó el cuello hacia atrás y se quedó contemplando el firmamento, tratando de asimilarlo todo.

Noah miró también hacia arriba.

—Es difícil cansarse de esto —comentó.

Ren miraba sin parar el deslumbrante manto de estrellas.

—¡Mira, esa es la Osa Mayor! —exclamó señalando la constelación en forma de carro.

—Esa no es la Osa Mayor —respondió Noah con un resoplido.

—¡Sí que lo es!

—Esa sí es la Osa Mayor —aclaró él señalando hacia otra parte totalmente diferente del cielo.

—Ah —admitió Ren, arrugando el gesto al ver dónde señalaba. La suya seguramente sí fuese la Osa Mayor. La de ella, en comparación, parecía una sartén plana hecha de estrellas. Cuando volvió a mirar a Noah, sintió un pequeño hilo de camaradería frente a aquel error, cosa que quizá él también percibiera, pues al verlo agachar la cabeza y mirar las puntas unidas de sus dedos, creyó ver en su

rostro una sonrisa—. Puede que tenga mejor suerte con el Cinturón de Orión.

—¿Son las únicas dos que te sabes? —le preguntó Noah con una ceja levantada.

—¿Cómo lo has sabido? —dijo ella riéndose.

—Porque son las que se sabe todo el mundo —respondió él, miró de nuevo hacia el cielo negro y se la señaló, junto con otro puñado de constelaciones, terminando con una en forma de uve doble que estaba bastante seguro de que era Casiopea.

Ren no alcanzaba a distinguir la uve doble, pero le daba igual. El hecho de que estuviera hablando con ella ya era más que suficiente.

—Siento lo de antes —le dijo tras unos instantes de silencio—, cuando te he dicho que mentías al asegurar que no salías con gente famosa. No sabía lo que le había pasado a tu novia. —Trató de imaginársela. La vio como algo etéreo, con una larga melena rubia ondeando al viento, labios de rosa y piel traslúcida. Angelical e intocable.

—No te preocupes —la tranquilizó él sacudiendo la cabeza. Las ascuas del fuego se encendían con la brisa. Se irguió más en su asiento y se recogió el pelo detrás de la oreja—. No hablo mucho de aquella época.

—Lo comprendo —le aseguró ella, observándolo entre las sombras de la noche.

La miró un instante, haciendo que el pelo le cayera nuevamente sobre el ojo y, a continuación, casi con la misma rapidez, apartó la mirada y se quedó contemplando las callosidades de las manos.

Ren levantó un palo del suelo y lo arrojó al fuego, formando una nube de polvo negro.

Noah se levantó del leño, se arrodilló frente a la hoguera y sopló contra ella hasta conseguir que las llamitas prendieran en el palo que había lanzado. Ella lo observó, agolpándose en su mente un sinfín de preguntas que sabía que no debía formular.

En su lugar, estaba a punto de preguntarle algo inocuo sobre la jornada cuando se produjo un súbito escándalo procedente de la zona de los caballos, como si algo los hubiera sobresaltado en la oscuridad.

Ren sintió que se le erizaba el vello.

Noah se levantó de un brinco.

—Iré a ver.

—Voy contigo. —Ren se levantó también, alerta debido a la adrenalina.

Noah fue a buscar una linterna a su tienda de campaña mientras ella se ponía las botas, y después caminaron juntos hacia el otro extremo del campamento.

Los caballos no parecían contentos. Resoplaban y se mostraban inquietos. Conforme se aproximaban, Ren alcanzó a oír los empujones de los animales, y la luz de la linterna captó el movimiento y el brillo nervioso de los ojos de los caballos en la oscuridad, por lo demás, total.

—Qué miedo. —Ren notaba una palpitación nerviosa en la cabeza.

—¿Quieres esperar aquí? —le preguntó Noah.

—¿Por qué? —repuso con el ceño fruncido.

—Porque acabas de decir que te daba miedo.

—Pero quiero saber qué ocurre.

Aquello hizo a Noah esbozar una media sonrisa en la oscuridad.

—¿Qué te hace tanta gracia? —quiso saber ella, recelosa de la completa oscuridad que los envolvía.

—Supongo que no me esperaba otra cosa.

Ren no tenía claro si era un cumplido o no, pero sus palabras ayudaron a aliviar la tensión del momento.

Los caballos parecían haberse calmado cuando llegaron. Noah echó un vistazo a cada uno y barrió el suelo con el haz de la linterna.

—¿Ves algo? —le preguntó ella en un susurro.

—No.

Ren empleó la linterna de su móvil para alumbrar los árboles a su alrededor. Y de pronto sintió el peso del brazo de Noah contra su cuerpo, empujándola hacia atrás para situarla a su espalda.

—No te muevas —le dijo en voz muy suave.

La seriedad de sus palabras la hizo quedarse quieta al instante, pero desvió la mirada en la dirección de la linterna y vio la serpiente de cascabel que los observaba. Parpadeó.

Noah seguía bloqueándole el paso con el brazo, con la mano apoyada firmemente contra su cintura. Ella se preguntó si alcanzaría a sentir el latido encabritado de su corazón.

—¿Qué hacemos? —preguntó sin mover los labios, como una ventrílocua.

—Quédate quieta —repuso él en un susurro igualmente rígido, y bajó la linterna para no alterar a la criatura, dejándolos a solas con la silueta de la serpiente.

Uno de los caballos resopló. La serpiente pareció estremecerse.

Ren tomó aire. Le sudaban las palmas de las manos.

—Trata de mantener la calma —murmuró Noah.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y distinguió con mayor claridad a la serpiente, que los observaba mientras ellos la observaban a ella. Noah había ralentizado su respiración y ella lo imitó, haciendo subir y bajar su pecho con cuidado. Notaba la presión de su brazo contra el cuerpo y pensó en cómo se había situado frente a ella de forma automática. Nunca nadie había hecho algo así por ella. No es que necesitara protección, pero la idea, el instinto, le dio ganas de agradecérselo.

Pasaron los minutos. El único movimiento parecía ser el subir y bajar de su respiración.

Ren había aprendido a ser paciente, creciendo siempre a la espera de un milagro. Podría quedarse allí parada toda la noche si fuera necesario.

Sin mover la cabeza, miró a Noah y pasó el rato contemplando su mandíbula, la sombra de su barba de dos días, la recta longitud de su nariz y el perfil serio de sus labios. Vio cómo se le rizaba el pelo detrás de la oreja y se le metía por detrás del cuello del abrigo. Olía a jabón y a cuero viejo.

En el cielo, se movieron las nubes y un rayo de luna iluminó el dibujo del lomo de la serpiente.

—No soporto las serpientes —murmuró Noah.

Ren apretó los labios para no sonreír.

La serpiente balanceó perezosamente la cabeza.

Noah le apretó la cintura con más fuerza.

Ren contuvo la respiración.

Se quedaron inmóviles.

Transcurridos un par de minutos, Noah preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí —replicó ella moviendo solo la comisura de la boca.

—¿Te gustaría haberte quedado en tu tienda? —susurró él.

—No.

Giró la cabeza y vio su sonrisa. Se preguntó cómo era posible que algo tan simple pudiera hacerla sentir tan bien cuando se encontraban frente a frente con una serpiente de cascabel.

Al minuto siguiente, se produjo un movimiento procedente del campamento, el sonido de una cremallera al abrirse en la lona y ruido de pisadas, y la serpiente salió disparada como si ella también hubiera estado esperando que algo pusiera fin a aquel punto muerto.

Noah apartó la mano de su cintura y ella sintió el frío de su ausencia.

Él inspeccionó el terreno con la linterna, pero la serpiente había desaparecido, así que echó la cabeza hacia atrás visiblemente aliviado.

—¿Qué pasa? —gritó Logan desde el campamento—. ¿Quién anda ahí?

—Somos nosotros —respondió Noah con otro grito.

Logan se acercó escudriñando la oscuridad.

—¿Qué sucede?

—Una serpiente de cascabel —le explicó a su hermano.

—¿Estás de broma? —Logan puso los ojos como platos—. ¿Estáis bien? —les preguntó a ambos, pero sobre todo a Ren.

Ella asintió y respondió:

—Menos mal que has aparecido.

Logan ladeó la cabeza y, mirando a su hermano con arrogancia, dijo:

—Así que, técnicamente, ¿acabo de salvarte la vida?

—Lo teníamos bajo control —repuso Noah con un resoplido.

Pero su testarudez no hizo sino provocar la carcajada de Logan.

—Sí, seguro —murmuró con un toque de placer—. Creo que habéis tenido suerte de que me haya levantado a mear.

Ren notaba cómo se iba disipando la adrenalina provocada por el incidente, causándole un escalofrío. Mientras que Noah se limitaba a sacudir la cabeza y a regresar hacia el campamento mientras le decía a su hermano:

—Ten cuidado dónde pisas. —Cosa que hizo que Logan perdiera de inmediato parte de su arrogancia.

Ren se rodeó con los brazos y lo siguió hacia el campamento, sin saber si la aliviaba o la entristecía que el momento hubiera terminado.

Noah se detuvo frente a su tienda con las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—¿Estarás bien tú sola?

Se produjo un instante de silencio incómodo durante el cual la pregunta podría haberse malinterpretado. Ren esbozó una sonrisa y Noah puso los ojos en blanco ante la idea de que su ofrecimiento pudiera considerarse poco caballeroso.

—Estaré bien, gracias —respondió Ren.

—Vale, si necesitas algo… —dijo él con un leve asentimiento de cabeza.

Señaló hacia su tienda y, de nuevo, pareció un poco desalentado cuando Ren reprimió una sonrisa y respondió:

—No pasará nada, pero gracias.

Aunque, una vez dentro de su tienda, se sintió extrañamente sola. No estaba acostumbrada a depender de los demás, pero aún sentía la presión protectora de su brazo pegado al cuerpo y la sincronía de su respiración. Daba la impresión de que, ahora que lo había experimentado, le daba pena haberlo perdido, cuando antes ni siquiera sabía de su existencia. Se quedó tumbada boca arriba pensando que probablemente sintiera lo mismo respecto a Loriana. Si nunca habías tenido algo, era difícil echarlo de menos. Por eso resultaba más sencillo mantener sus emociones bloqueadas. Solo con haber abierto una rendija de su corazón, ya temía que fuesen a escaparse por ahí todas las esperanzas que había abrigado en su vida.

Capítulo diez

A la mañana siguiente, Ren se despertó con los gritos de Noah.

—Arriba. ¡Larguémonos de aquí!

El tiempo era atroz. Las ráfagas de lluvia arreciaban contra su tienda de campaña y, al asomar la cabeza, vio los riachuelos de agua de lluvia que discurrían a través del campamento empapando cualquier cosa que hubieran dejado a la intemperie.

Noah, vestido con un largo chubasquero verde oscuro, se encontraba vaciando las ollas y los cuencos antes de guardarlo todo en bolsas.

Ren se vistió todo lo rápido que pudo. Hacía frío además de humedad. Se dejó los *leggings* debajo de los vaqueros, se puso todas las capas que había llevado y se enrolló al cuello la bufanda de Loriana. A continuación rebuscó en su equipaje y sacó su abrigo para la lluvia. Tenía un vibrante tono bermellón que le hacía difícil pasar desapercibido. El color hizo que Noah se detuviera una fracción de segundo al verla salir de la tienda, pero no hizo ningún comentario.

Logan, sin embargo, salió de su tienda totalmente despeinado y, al verla, dijo:

—Pareces una fresa gigante.

—Esa es la mirada que buscaba —contestó Ren riéndose, y se puso a desmontar su tienda de campaña.

Logan frunció los labios al contemplar el aguacero y murmuró:

—Nadie dijo nada de lluvia.

Emmett apareció en ese preciso instante, ataviado con su largo chubasquero negro y el cabello canoso pulcramente peinado hacia un lado.

—Yo dije mil veces que iba a llover, pero nadie me hizo caso.

Logan ahogó un quejido. Ren captó la mirada de Noah y, para su sorpresa, vio que le guiñaba un ojo, como si se disculpara por la actitud de su padre y, al mismo tiempo, la hiciera partícipe de aquella camaradería.

La lluvia cobró fuerza. El paisaje en torno a ellos se extendía envuelto en una niebla densa, con nubes bajas que se deslizaban como humo gris.

Ren, con los dedos fríos y empapados, encaraba con dificultad las partes más complejas del desmontaje de su tienda, y la capucha no paraba de írsele hacia atrás, haciendo que las gotas de lluvia le resbalaran por la columna.

Noah pasó junto a ella de camino a ver a los caballos, seguido de Rocky, que daba saltos a sus pies.

—¿Te echo una mano?

—No, gracias, lo tengo controlado —respondió ella, y trastabilló hacia atrás al conseguir soltar de golpe una estaca particularmente testaruda que se le había resistido.

Noah dejó en el suelo lo que llevaba y se acercó a ayudarla de todos modos. Llevaba puesta la cazadora de cuero bajo el impermeable, ambas abrochadas hasta casi la nariz, y su cabello empapado se negaba a permanecer recogido detrás de las orejas.

—Lo haremos más rápido entre dos —comentó sin dejar lugar a discusiones.

Ren no dijo nada, pero sonrió por dentro, preguntándose si la habría ayudado igual el día anterior.

A dos tiendas de distancia de la suya, Logan se puso la capucha por encima del sombrero y murmuró:

—Esto es una pesadilla.

Hank, cuyas molestias de espalda le habían retrasado a la hora de vestirse, salió retorciéndose de su tienda y, al mirar al cielo, dijo:

—Me gusta que llueva un poco. Hace que me sienta vivo.

—Yo me siento bastante vivo cuando brilla el sol —respondió Logan con ironía.

—¡Dejad de chismorrear y poneos en marcha!

Logan rezongó mientras terminaba de guardar sus empapadas pertenencias.

Con su tienda ya desmontada y guardada, Ren se acercó a ayudar a Hank.

—Eres un encanto —le dijo este, haciendo una mueca de dolor al agacharse para recoger sus cosas.

—¿Estás seguro de que puedes montar? —le preguntó ella.

—Montado a caballo es el único momento en que me siento mejor —respondió Hank, y se le arrugaron los ojos al sonreír.

Se pusieron en marcha bajo un cielo tormentoso. Un rayo de sol matutino iluminaba la hierba como esmeraldas, mientras sobre sus cabezas enormes nubarrones grises bramaban con la potencia de un dios furioso.

A Ren le tocó de nuevo volver a montar a Star, a quien no le gustaba especialmente la lluvia.

—Parece que no le gusta mucho mojarse las patas —le comentó a Noah mientras ensillaban.

—Preséntasela a Logan —bromeó él, atando su mochila a la silla antes de impulsarse para montarse en Blue con un movimiento tan natural como respirar.

—Me parto —masculló Logan, con el gorro de piel tan calado que Ren apenas alcanzaba a verle los ojos.

—¡Venga, no nos pongamos remolones! —gritó Emmett desde la parte delantera, cosa que hizo a Noah desorbitar los ojos, porque él llevaba toda la mañana diciendo lo mismo.

El rebaño estaba apiñado, pero no parecía molestarle especialmente la lluvia, más bien mostraba interés en los tramos de hierba larga y frondosa.

Más adelante, sin embargo, el agua caía en tromba por la montaña, arrastrando a su paso la tierra suelta y previamente seca y formando densos riachuelos embarrados que serpenteaban entre los pinos.

Noah y Emmett discutieron acerca de cuál era la mejor ruta con esa lluvia, habida cuenta del sombrío panorama que tenían por delante. Al mostrarse incapaces de llegar a ninguna conclusión, Logan se sumó a la discusión, cosa que pareció empeorar las cosas. Ren vio que Noah alzaba las manos al aire y Logan negaba con la cabeza, sus voces perdidas en el viento.

Ella se mantuvo atrás con Hank, que dijo:

—Mejor dejarlos solos.

Ren los veía discutir, Emmett sacudiendo la cabeza, con el marco de fondo de las nubes de tormenta a lo lejos y el perro correteando entre ellos, listo para irse.

Se volvió hacia Hank mientras esperaban uno al lado del otro. Moby, el caballo grande y gris que le tocaba montar aquel día, no parecía inmutarse con la lluvia y se alzaba estoico como un caballo de tiro esperando su carro.

—¿Hacen esto mucho?

—Uy, sí —contestó Hank con una risotada. La lluvia le había apelmazado el bigote, formando puntitas de pelo por encima del labio—. A veces tienen unas broncas increíbles. Pero, bueno, supongo que pasa en todas las familias.

Ren hundió la nariz en la bufanda de Loriana, sintió la suave calidez de la prenda y olió el perfume, preguntándose cómo sería tener una gran familia, muchas opiniones a las que prestar atención, relaciones que seguirían allí durante toda su vida sin importar lo que ocurriera.

—La familia Carter, sin embargo, ha vivido momentos muy duros —prosiguió Hank con una leve sacudida de cabeza.

—Leí lo que le pasó a Jack —dijo Ren.

Hank asintió y la lluvia goteó por el ala de su sombrero.

—Terrible. Y luego está Ethan. Hizo la maleta, se alistó en los SEAL y creo que no ha vuelto desde entonces.

Ren miró hacia donde discutían Noah, Emmett y Logan, que no se ponían de acuerdo.

—¿Se marchó tras la separación de Silver Sky?

Hank asintió y dijo:

—Si le preguntas a Emmett, te dirá que ese grupo no trajo más que problemas. Estuvo a punto de acabar con él, eso desde luego, al ver que todos sus hijos tomaban caminos diferentes. —Miró a Ren con sus grandes ojos tristes—. El rancho es una cosa de familia.

La experiencia de Ren en un rancho había consistido en luchar por su lugar en el mundo entre otros niños que también luchaban por el suyo, pero eso no se lo dijo a Hank.

—Bueno, pero ahora está Noah en el rancho.

—Ah, sí. Cuando Noah volvió a casa, para Emmett fue la salvación —convino Hank—. Puede que discutan… —como si fuera una señal, Noah alzó la cabeza hacia el cielo en señal de frustración por algo que había dicho su padre—, pero trabajan muy bien juntos. Fue Noah quien salvó el rancho de la ruina, porque hubo un tiempo en que ninguno creíamos que fuera a sobrevivir. Antes de que se fueran los chicos y enviaran dinero, era un negocio bastante robusto, pero tiene que apasionarte mucho algo para querer trabajar en ello. Y, durante un tiempo, Emmett se quedó sin pasión.

El cielo dejó escapar un rugido atronador y Hank alzó la mirada con recelo. Después gritó en dirección a donde discutían los Carter.

—¡Decidíos de una vez! ¡No podemos quedarnos aquí todo el día!

Los tres lo ignoraron.

A la yegua de Ren tampoco pareció gustarle el trueno y había que tranquilizarla, pero ella deseaba oír lo que pudiera sobre los Carter, lo escuchaba con fascinación porque constituían todo aquello que nunca había tenido, era como colarse entre las bambalinas de su programa de televisión favorito.

—Pero ahora Logan también ha vuelto para quedarse, ¿verdad?

—Desde luego —respondió Hank—, y con Bella, además, lo cual es maravilloso.

—Entonces imagino que Emmett se alegrará mucho.

Hank ladeó la cabeza en señal de incertidumbre.

Ren miró a Emmett y lo vio tirar de las riendas para situarse a la cabeza del rebaño.

—¿Crees que los ha perdonado? —preguntó.

—Quién sabe. Nunca lo admitiría, pero le rompieron el corazón. No me cabe duda.

—¿Qué es eso que dices, Hank? —La pregunta les llegó acompañada del galope de los cascos, y de pronto Noah apareció junto a ellos—. Nos ponemos en marcha otra vez.

—Ya era hora —replicó Hank, agarrando sus riendas.

Ren, que no habría querido dar la impresión de que estaban hablando a espaldas de Noah, explicó:

—Hank me estaba contando la historia de la familia Carter.

A juzgar por la expresión de Noah, apenas visible por lo calado que llevaba el sombrero, costaba saber si aquello le agradaba o no.

—A Hank siempre le ha pirrado un buen cotilleo, ¿a que sí, Hank? —comentó, dándole una palmada al anciano en la espalda.

Hank se molestó. El agua le goteó por el bigote al apretar los labios y, a continuación, dijo:

—La chica tiene derecho a saber con quién cabalga, y hablar con Emmett y contigo es como intentar sacarle sangre a una piedra.

Noah enarcó las cejas y en sus labios se dibujó una media sonrisa arrogante al percibir la actitud defensiva de Hank, pero no dijo nada más, se limitó a dar la vuelta a Blue para ir a acorralar a las vacas descarriadas del final del rebaño y gritó:

—¡Venga, vámonos!

Agitado tras la provocación de Noah, Hank ocupó su lugar en los flancos junto a Logan, arreando al ganado en dirección al denso manto de nubes negras.

Emocionado por poder volver a moverse, Rocky se mantenía a la cabeza con Emmett.

Ren conservó su lugar a la cola, injustamente humillada por la acusación de Noah acerca de los cotilleos sobre su familia.

Les había tomado cariño a las vacas del final, aunque no siempre fueran las mismas, pero con frecuencia había una negra y gorda que remoloneaba, sin ninguna prisa por avanzar, y distraía constantemente a Noah, y luego otra marrón más traviesa, con una pata blanca, que se adentraba entre los árboles siempre que veía oportunidad y había que traerla de vuelta. Para fastidio de Noah, Ren la había bautizado como Mildred. Se reía cada vez que aparecía un árbol y allí que iba ella, haciendo a Noah sacudir la cabeza en señal de desesperación.

Se acostumbró al ritmo de la mañana, con la lluvia incesante y la cabeza del rebaño envuelta en niebla. Hasta que oyó preguntar a Noah:

—¿Hank te ha contado todo lo que querías saber? —Y se plantó a su lado. Percibía en su voz un tono cortante, como si deseara asegurarse de que no volviese a inmiscuirse de esa forma.

Aquello le hizo erguir la espalda de inmediato.

—Noah, solo estábamos pasando el rato mientras vosotros tres discutíais. Pero te voy a decir una cosa: no pienso dejar de hacer preguntas cuando quiera saber algo y jamás me sentiré culpable por ello, ¿me oyes?

Le vio apretar la mandíbula.

—Me crie en un lugar donde la norma era que ellos hablaban y nosotros obedecíamos. No se nos permitía hacer preguntas y, si las hacíamos, no obteníamos respuesta. Así que me rijo por el principio de que, si deseas saber algo, lo preguntas. ¿Me entiendes?

Lo fulminó con la mirada y le vio hinchar las fosas nasales y resoplar como si acabara de recibir una reprimenda que no se esperaba.

—No llevo bien que la gente hable de mis asuntos.

—Noah, parece que no llevas bien que la gente hable de nada. ¿Y quieres que te diga otra cosa?

—Lo cierto es que no.

—Pues lo haré de todas formas. En mi opinión, con demasiada frecuencia el silencio es algo que la gente utiliza para esconderse. —Se ajustó el sombrero y se alejó cabalgando en actitud desafiante, con la cabeza levantada. Si Noah prefería quedarse atrás regodeándose en su mal humor, allá él.

Capítulo once

La lluvia no remitió en ningún momento, pero la temperatura del aire subió, porque el sol trataba de abrirse camino entre el manto de nubes y, de forma gradual, les fue invadiendo la sensación de encontrarse atrapados dentro de un horno. De sus abrigos mojados ascendía el vapor, y se vieron obligados a ir quitándose capas de ropa, hasta que finalmente Ren se quedó solo con un chaleco y su impermeable, y aun así seguía sudando.

Cuando Emmett detuvo al rebaño antes de lo previsto, Ren vio a Noah acercarse al galope para ver qué sucedía.

Dio la vuelta para juntarse con Logan, que se quitó el sombrero, se secó el sudor de la frente y dijo:

—Lluvia caliente, ¿quién habría dicho que la cosa podría empeorar?

Ren se rio y dio un trago de agua de su botella.

Esperaron allí, contemplando las finas líneas oscuras que trazaba la lluvia en el horizonte. Algunas de las vacas bebían del charco gigante que se extendía sobre la llanura, empapados y apelmazados sus pelajes, las patas cubiertas de barro.

Noah regresó al galope montado en Blue y anunció:

—Ha llamado mamá por el teléfono vía satélite para decir que la carretera está cortada. Ha habido desprendimiento de tierra y hay árboles caídos a causa del agua. No pueden cruzar, así que…

—¿Están todas bien? —preguntó Logan, visiblemente preocupado por Bella.

—Sí, están bien —respondió Noah, frunciendo el ceño como si su hermano estuviese centrándose en la cuestión equivocada—. Somos nosotros los que no vamos a recibir los suministros. Ni comida ni cena.

Logan extendió los brazos y echó la cabeza hacia atrás.

—¡La cosa mejora por momentos! —declaró con ironía, se le cayó el sombrero y tuvo que bajarse del caballo para recuperarlo, cosa que hizo que Noah le sonriera con suficiencia.

—Pero tenemos comida, ¿verdad? —quiso saber Ren.

—Sí, barritas de proteínas y cosas así —contestó Noah encogiéndose de hombros—, pero nada que sepa a algo.

—Podrías despellejar un conejo —sugirió Logan secamente.

—Ja, ja —le dijo Noah con una ceja levantada.

Ren puso los ojos en blanco y dijo:

—Ahora en serio, siempre podemos pescar.

—¿Lo ves? Por fin una sugerencia sensata —respondió Noah señalándola con admiración.

Logan hizo una mueca, como si estuvieran ignorando injustamente su sugerencia.

—Solo te pones de su parte porque es más guapa.

Noah abrió la boca, pero no emitió respuesta alguna. En su lugar, para sorpresa de aparentemente todos, se sonrojó. Y, al verlo, a Logan se le iluminaron los ojos con regocijo.

Noah no se entretuvo después de aquello, dio la vuelta a Blue y se afanó en conseguir que el rebaño volviera a moverse, mientras que Logan miraba a Ren y, con una sonora risotada, le guiñaba un ojo antes de alejarse cabalgando en dirección contraria.

Ren se descubrió a sí misma mirando hacia atrás, invadida por un extraño cosquilleo de entusiasmo ante la reacción de Noah, cosa del todo contradictoria con lo que opinaba de él desde que la acusara de andar por ahí chismorreando.

El tiempo avanzaba más despacio conforme la temperatura aumentaba y la lluvia se intensificaba. El ganado avanzaba a duras penas por lo que ya podía considerarse un barrizal. A Star no le gustaba el barro ni el clima, y no paraba de tirar de las riendas. Ren se notaba el cansancio en los brazos y en la espalda, y el sudor seguía resbalándole por la espalda. Se moría de hambre. Apenas alcanzaba a ver a los demás más adelante.

Pero entonces apareció Noah entre la niebla y se situó junto a ella, con la camiseta empapada de lluvia, pegada al pecho, y los brazos

relucientes.

—Pensé que a lo mejor tenías hambre. —Por su manera de decirlo, le pareció más bien una ofrenda de paz. Metió la mano en su mochila y le lanzó una barrita de cereales.

—Gracias. —Ren la atrapó al vuelo, sin soltar las riendas con la otra mano. De niña, en el rancho, había jugado mucho al béisbol y era una buena receptora, pero, además, no pensaba dejar que se le cayese al suelo algo que Noah le lanzara. Por alguna razón, con él todo parecía un desafío que no estaba dispuesta a perder.

Noah sacó otra barrita de cereales para él y, tras rasgar el envoltorio con los dientes, dijo:

—Lo siento. —Ren lo miró sorprendida, pero no dijo nada—. No se me da bien hablar de nada que tenga que ver con el grupo. Ya lo sé. Y sabía lo que estaba diciendo Hank y no me ha gustado.

Con la boca llena de cereales, Ren se encogió de hombros.

—A mí me parecía que solo estaba diciendo la verdad —dijo al fin, cuando hubo tragado.

—Bueno, pues preferiría que mantuviese la boca cerrada.

—¿Sabes, Noah? A veces es mejor decir las cosas abiertamente y airearlas. La luz del sol es el mejor desinfectante.

—No tengo ni idea de lo que significa eso.

—Sabes bien a lo que me refiero —insistió ella, como si estuviese mostrándose deliberadamente confundido—. Si dices las cosas en voz alta, todo mejor.

—¿A ti eso te funciona?

—A veces —respondió, pensando en lo hipócrita que era.

Noah se comió su barra de cereales en dos mordiscos. Después se giró para mirar al frente, hacia la niebla que los envolvía y el suelo herboso bajo las pezuñas de los animales, convertido ya en terrones embarrados.

—Yo prefiero ponerme a trabajar.

—No lo dudo.

Noah le lanzó una mirada irónica.

Ella lo miró de arriba abajo, una firme figura a lomos de Blue, con los hombros anchos y ceñidos bajo la camiseta, el sombrero muy

calado y siempre esa expresión rayana en la gravedad, y sonrió sin poder evitarlo.

—¿Sabes una cosa? Me cuesta imaginarte cantando y bailando en ese grupo.

Noah giró la cabeza hacia ella y enarcó una ceja.

—Vamos a ver si te queda clara una cosa: no bailábamos.

—¿No te gusta bailar, Noah? —preguntó ella, agrandando la sonrisa.

—No, no me gusta.

Ren contempló ante ella el vasto mar negro de pelaje húmedo y apelmazado.

—Ah, pues a mí me encanta bailar.

—No sé por qué, pero no me sorprende.

Ella se rio, lo miró y descubrió que había algo en su expresión desesperada que le provocaba un sentimiento cálido en el estómago. Y entonces, al verle arrugar los ojos, se dio cuenta de que no era solo desesperación lo que había en su mirada, sino quizá también un leve destello de cariño.

Justo en ese momento, sin embargo, le sonó el móvil.

—Creí que no había cobertura —comentó, sacándoselo del bolsillo —. ¿Diga? ¿Cómo? Perdona, no te oigo… —Se apartó el teléfono de la oreja y miró la pantalla—. Se ha cortado. No hay cobertura.

—¿Quién era? —preguntó Ren.

—Willow.

—¿No has oído qué era lo que quería?

—No. —Noah volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo—. Si es urgente, llamará a mi padre por el teléfono vía satélite.

Capítulo doce

Los animales lo percibieron antes que ellos.

Antes de que Noah viera a Logan más adelante tirar de las riendas para dar la vuelta a su caballo y gritarles palabras que no alcanzaban a oír.

Antes de que Moby, el viejo caballo de Hank, reculase y estuviese a punto de tirarlo de la silla.

Antes de que el cielo se oscureciera, la lluvia se convirtiera en alfileres y explotaran los truenos, reverberando en la montaña acompañados de un viento como nunca antes había experimentado Noah. En cuestión de un segundo, Ren había perdido el sombrero. Soltó un grito de fingida alarma al tratar de alcanzarlo.

—¿Alguna vez habíais tenido un tiempo así?

Noah estaba a punto de responder que nunca había sido tan inclemente, pero el vendaval arreció de pronto con más vehemencia entre los árboles y la lluvia comenzó a caer en ráfagas de viento huracanado. Vio las astillas y las ramas rotas pasar volando frente a ellos al tiempo que su sombrero salía despedido también.

—¡Agáchate! —gritó.

Más adelante, a través del viento solo le llegó la voz de Logan.

Y entonces lo vieron, girando endiabladamente, oscuro y gris recortado en el horizonte, un remolino destructivo que se dirigía hacia allí, formando nubes de polvo en su base; una columna de aire caliente que ascendía en espiral, imponente y negra contra el cielo gris, iluminada desde dentro por el destello de los relámpagos.

—¡Noah! —gritó Ren—. ¡Se dirige hacia aquí!

Noah sentía el latir desbocado de su corazón mientras miraba a su alrededor, tratando de evaluar la situación; aquello sí que nunca le

había pasado antes. A un lado estaban los árboles; al otro, las vastas llanuras ondulantes.

—Tienes que buscar cobijo —gritó, señalando hacia el pinar que se extendía en dirección opuesta a la trayectoria de la tormenta—. Métete ahí y agáchate.

Camino arriba, el rebaño se había desperdigado a causa del susto. Logan y Hank trataban de acorralar a los animales espantados para apartarlos de la trayectoria del tornado y conducirlos hacia el abrigo de los árboles.

Las vacas en torno a Noah se dispersaban llevadas por el pánico mientras los trozos de ramas arrancadas y tierra describían espirales por el aire, amenazando con hacerle perder el equilibrio y caerse del caballo.

—¡Vete hacia allá! —le gritó a Ren mientras espoleaba a Blue, tratando de reunir al asustadizo ganado, arreándolo para apartarlo del remolino negro de destrucción.

Pero Ren no se movió. Se quedó donde estaba y comenzó a juntar a las reses descarriadas, que se mostraban desorientadas entre la niebla, la lluvia y los relámpagos.

—¡Déjalas! —volvió a gritar Noah, pero su voz se perdió en el viento, y después dejó de verla entre la violenta lluvia.

¿Qué estaba haciendo?

—¡Déjamelo a mí! —gritó. Las ramas daban vueltas por el aire, una le golpeó con fuerza en el hombro y estuvo a punto de tirarlo de la silla. No veía a su padre ni a Logan, pero dio por hecho que correrían a guarecerse entre los árboles. El viento le cortaba la piel de la cara y le tiraba del abrigo.

Entonces volvió a verla.

—¡Si tú lo haces, yo también! —gritó Ren, apartando a las vacas asustadas de la trayectoria del viento más huracanado.

Noah solo alcanzaba a ver destrucción negra en el horizonte, azotando el paisaje, el cielo más negro a cada segundo, con una lluvia densa que emborronaba todo a su alrededor. Pero no lo bastante como para impedirle ver a Ren darse la vuelta cuando la maldita vaca que llevaba desde el principio causando problemas salió corriendo en dirección contraria.

—¡Déjala! —le gritó, furioso—. ¡Busca cobijo! —Pero Ren ya se había ido.

Se frotó la cara con las manos y fue tras ella. Buscó por todas partes algún destello fugaz de su abrigo rojo, pero solo alcanzaba a ver la neblina y la lluvia agitadas por el viento y el suelo embarrado y resbaladizo bajo los cascos del caballo. No veía a Ren por ningún lado. Gritó su nombre. Distinguió un grupito de vacas desorientadas, galopó hasta ellas y las arreó hacia la relativa seguridad de los árboles. Pero a Ren seguía sin encontrarla. A través de la neblina, veía aquella imponente fuerza negra amenazante en el horizonte, y contempló esperanzado cómo se desviaba de su camino.

—Vete —murmuró, con la piel quemada por el viento, viendo al tornado abrirse paso sobre la llanura—. Por favor. —Entonces, giró la cabeza de golpe y gritó—: ¡Ren! ¿Dónde estás?

Se le desbocó el corazón al pensar que pudiera estar herida, pues estaba bajo su responsabilidad. ¿Por qué narices no le habría hecho caso? Estaba furioso con ella. Qué mujer tan estúpida y obstinada. Las ramitas y las ramas que bailaban erráticas por el aire le golpeaban en la cara, rasgándole la mejilla, y se la imaginó tirada en el suelo, tendida en el barro solo por intentar salvar a una vaca tonta.

Volvió a salir a la tormenta y siguió gritando su nombre una y otra vez. La lluvia le impedía ver, el viento se le metía en los ojos. Blue avanzaba con estoicismo. Noah entornaba los ojos en busca de algún destello del chubasquero rojo. Regresó por donde había venido, notando el viento cada vez más violento. Pero nada. Dio la vuelta a Blue, protegiéndose los ojos con la mano para escudriñar la zona. Jamás debería haberle permitido ir con ellos. ¿En qué estaría pensando? El viento cobró fuerza, la visibilidad empeoró, la ropa tiraba de él hacia atrás, Blue trastabillaba bajo la arremetida de los elementos, una rama enorme pasó volando por delante y estuvo a punto de darle en la cabeza.

—¡Ren! —gritó de nuevo, con la voz ronca. Los giros erráticos del tornado azotaban el paisaje—. Vete de aquí, maldita sea —murmuró otra vez, cabalgando en dirección al viento inclemente, buscándola. Le embargaba la misma impotencia paralizante que cuando estaba

en Silver Sky y sentía que le habían arrebatado el control de su vida. Cuando se despertaba y no sabía en qué país estaba, en una gira sin saber el día de la semana; cuando trabajaban veinte horas diarias, seis o siete días por semana, la mente lastrada por el cansancio, sin nada tangible que lo demostrara más allá de un dinero que no deseaba y que tampoco habría podido gastar. Cuando tuvo que salir en mitad de la noche a buscar a su hermano pequeño Ethan, después de recibir una llamada de teléfono entre balbuceos, para sacarlo a rastras de un contenedor de basura, con la cara magullada, tan vulnerable como cuando era un niño pequeño, mientras, arrastrando las palabras, él le decía: «No se lo cuentes a nadie». O cuando Brodie invitó a la mitad del público a su habitación de hotel, aunque lo único que Noah deseaba era irse a la cama y dormir cien años seguidos. Pero allí estaban todas esas chicas, la música sonaba alta, las luces se apagaron y todas parecían querer tocarlo, agarrarlo, y no pudo escapar.

Oyó el crujido de un pino cuando una rama cayó al suelo con fuerte estruendo sobre la tierra. Blue reculó asustado por el impacto.

—¡Ren! —vociferó de nuevo mientras la lluvia le cortaba la cara y las riendas le rasgaban las manos. Y entonces lo vio, el impermeable rojo chillón, igual que un faro. Ren tenía la cabeza agachada y empujaba con todas sus fuerzas contra el viento, y la pesada de la vaca atada junto a ella con una cuerda, y Star, con las orejas encogidas hacia atrás y los ojos muy abiertos, enfrentándose a la fuerza del vendaval.

Con una mezcla de alivio y de rabia, Noah corrió hacia allí, le arrancó la cuerda a Ren y arrastró a la vaca hacia los árboles con una mano, empleando a Blue para hacer avanzar a Star.

—¡En qué estabas pensando! —gritó—. Eres la persona más…

Pero el viento le imposibilitaba hablar. Las palabras se le escapaban volando de la boca. No alcanzó a oír la respuesta de Ren, solo vio su cara arañada y pálida. De pronto le pareció del todo inútil decir algo, el tornado les pisaba los talones, de modo que empujó con la otra mano contra su espalda y, juntos, encararon la violencia del viento en dirección al precario refugio que constituía el bosque, las ramas volando en torno a ellos, haciendo frente a las embestidas

climatológicas, hasta que por fin se adentraron entre los árboles. Noah saltó de Blue y a continuación bajó a Ren antes de que tuviera oportunidad de hacerlo ella misma. Por último desató a la inquieta vaquita marrón para que pudiera ir a reunirse con su rebaño.

—¡Qué clase de estupidez es…! —empezó a decirle.

Ren se retiró el cabello de la cara y se lo sujetó con una mano.

—¡Tenía que rescatar a Mildred! —gritó.

Noah se notaba el palpitar desbocado de la sangre en la cabeza.

—¡Podrías haber muerto!

—¡Y tú!

El viento cobró fuerza, se acercaba, las ramas de los pinos se agitaban descontroladas sobre sus cabezas.

—Qué frustrante eres —le gritó él.

—¡Igual que tú!

De pronto se oyó un crujido ensordecedor y, sobre sus cabezas, el árbol se partió por la mitad y y el gigantesco trozo superior cayó contra las otras ramas en su descenso hacia la tierra.

Noah notó que Ren le agarraba con el puño el abrigo y tiraba de él hacia ella, haciéndole trastabillar, a mitad de insulto, al tiempo que el árbol caído se estrellaba contra el suelo, reverberando en torno a él. La rodeó con el brazo y la arrastró hacia el suelo, mientras la enorme rama rebotaba contra la tierra y volvía a caer con un estruendo desgarrador a escasos metros de donde habían estado discutiendo.

Ni Ren ni él se movieron.

Se quedaron como paralizados, abrazados. Noah no supo si fue la sorpresa, el miedo o la pura indefensión ante el destino lo que les dejó allí unidos, mientras fuera del bosque el viento asolaba el campo abierto, y sobre sus cabezas el vendaval succionaba las hojas de los árboles, sacudiéndole hasta los huesos.

Sin pensar, la rodeó fuertemente con el brazo y Ren se hizo un ovillo contra su cuerpo, con el tronco que había estado a punto de matarlos ofreciéndoles un precario cobijo. Con las cabezas muy juntas. Sin hablar. Noah oía el castañetear de sus dientes, olía la lluvia en su impermeable y la dulzura de su champú. Notaba los latidos secos de su propio corazón, y las palmas de las manos le

sudaban intentando controlar el miedo atenazante. Se imaginó a su padre, a Logan y a Hank, los visualizó buscando cobijo, rezó para que estuvieran a salvo, le embargó el miedo a que hubiera sucedido algo, a que aún pudiera suceder. Pensó en todo lo que le había dicho a Logan hasta el momento, en todas las discusiones e imposiciones. ¿Y si no sobrevivía? ¿Así terminaría su relación? Aquello le llevó a pensar en su hermano Jack, con quien Noah llevaba años sin hablar antes de su muerte. De quien se había distanciado deliberadamente porque le costaba demasiado desligar a Jack de cómo lo había tratado cuando estaban en el grupo; de cómo, hasta cierto punto, los había tratado a todos, como si sus hermanos no fueran más que peldaños en su ascenso hacia la cima. Pero fue Noah quien, de algún modo, se llevó la peor parte, quizá porque se notaba que era él quien menos cómodo se sentía. Si las cosas salían mal, Jack siempre lo culpaba a él, el blanco más fácil. Cuando Noah se enteró de la muerte de Jack, lo primero que pensó fue: «Déjame llamarlo una última vez». Poder hablar con él. Pero no volvería a tener la oportunidad de oír su voz, salvo que viera una de sus películas, cosa que no era capaz de hacer. A veces, entraba en la casa del rancho y oía que la televisión se apagaba de pronto, y sabía entonces que su madre estaba viendo una de las películas de Jack. Entraba en la cocina con los ojos llorosos, fingiendo que no había pasado nada.

Su padre no quería saber nada de lágrimas. No había derramado ninguna, hasta donde él sabía, a causa de Jack. El día que se enteró de la noticia, Emmett había abrazado a su madre mientras ella lloraba y había hecho todo lo que necesitaba, pero después se había marchado al patio como hacía siempre, sin detenerse un instante. Era la clásica reacción de manual que todos los hermanos de Noah habrían previsto en su padre. Pero fue solo Noah quien, un par de días después del funeral, salió a cabalgar por el río Redemption en dirección al lago Halfmoon, donde los chicos solían ir de acampada y de pesca y se quedaban despiertos toda la noche contando historias de fantasmas. Al aproximarse, se topó casi sin querer con la imagen de Emmett, la cabeza entre las manos, encorvado sobre una roca a la orilla del agua, el mismo lugar donde había enseñado a los chicos a echar la caña, rodeándolos con las manos en un gesto que era lo

más parecido a un abrazo que recibirían jamás. Noah habría dado cualquier cosa con tal de ir a sentarse allí con él, pero no tenía claro qué recibimiento le daría si se bajara del caballo y decidiera acercarse. Así que, en su lugar, lo había observado durante unos segundos antes de dar la vuelta a su caballo y volver a marcharse discretamente por donde había venido.

Mientras el viento soplaba con violencia a su alrededor, Noah cerró los ojos con fuerza al pensar en lo que había oído a Hank decirle a Ren acerca de que los chicos le habían roto el corazón a su padre. Muchos de sus hermanos mantenían una relación difícil con Emmett, pero él no. Él quería a su padre, lo admiraba, deseaba que fuera feliz. No soportaba el hecho de haberlo abandonado junto con el rancho en favor de sus hermanos y del grupo de música. Deseaba, viéndolo con perspectiva, haberse dado cuenta de lo que tenía, de aquello que quería, y no haberse marchado jamás.

No quería pararse a pensar en la destrucción que supondría que el tornado alcanzase el bosque. Pensó en su familia en casa, en su madre y Willow inquietas. Y Loriana estaría preocupada por Hank. Y Bella… Era él quien los había persuadido a todos para que acudieran a trasladar el ganado. Logan ni siquiera deseaba estar allí. Bella y él acababan de empezar su vida en común.

¿Y qué había de Rocky? Se le encogió el corazón al pensar que pudiera sucederle algo al perro.

Noah sentía en el pecho la misma claustrofobia asfixiante a la que se había enfrentado cuando estaba en el grupo, los destellos en los ojos, las vueltas incontrolables de su cerebro. Alerta y en guardia las veinticuatro horas del día. Sin apenas dormir. Le invadieron las náuseas. Recordó las horas transcurridas en soledad, quince años atrás, encerrado en el baño de una habitación de hotel, temblando, a la espera de que el pánico llegase a su zénit y a continuación disminuyese. Y, cuando no sucedía, uno de sus hermanos aporreaba la puerta, lo sacaban a rastras, alguien lo sentaba en una silla para peinarlo y maquillarlo mientras él vomitaba en un cubo. «¡Contrólate!», le gritaba Jack. Logan intentaba apaciguarlos. Brodie se dedicaba a hacer bromas, todo ello mientras a Noah la visión le iba y le venía.

No creía que el viento pudiera arreciar con más fuerza, pero lo hizo, azotándolos sin piedad. Notó que se le constreñían los pulmones y, justo cuando se preguntaba si alguna vez podría volver a respirar, sintió que Ren estiraba el brazo y le apretaba la mano. Y, llevado por la emoción, él le devolvió el apretón, con fuerza, hasta que se le pusieron blancos los nudillos, y lo envolvió la calma de aquella mano fría y decidida. Se le aquietó la respiración y le bajaron las pulsaciones mientras el pánico comenzaba a desvanecerse. Pudo imaginarse entonces a su padre y a los demás refugiados en alguna parte, guarecidos de la tormenta, y logró canalizar la esperanza de que la fuerza del viento se desviara hacia la llanura. El mero contacto de la palma de Ren contra la suya le permitió pensar, generó entre ellos un vínculo que apaciguó el miedo, y Noah se descubrió a sí mismo atento a las sensaciones de aquella caricia, a su firmeza, a la presión de sus dedos, a la suavidad del dorso de la mano y, en contraste con su aspecto frágil y menudo, la fuerza sólida de aquel apretón. En circunstancias normales, habría sido el primero en apartarse, pero en aquel momento se sentía incapaz de soltarse.

Capítulo trece

Noah no supo cuánto tiempo permanecieron allí, abrazados, empapados, a merced del viento. Pero, cuando sintió que la fuerza del vendaval aflojaba, contempló sus manos unidas y se notó un poco inquieto, avergonzado incluso, por la necesidad de aquel gesto.

Le soltó la mano con toda la sutileza que pudo y miró a su alrededor; el viento aún arreciaba, pero más allá del bosque alcanzó a ver un tormentoso horizonte gris, lo que indicaba que, o bien el tornado había perdido su fuerza y se había dispersado, o bien había cambiado de dirección hacia el otro lado de la llanura.

—¿Te encuentras bien? —Tuvo que gritar por encima del rugido del viento.

Junto a él, Ren alzó la mirada; tenía el pelo revuelto, la cara rasguñada, el chubasquero roto y los ojos muy abiertos. Dijo que sí con la cabeza.

—¿Y tú?

El viento agitó los pinos de forma siniestra sobre sus cabezas.

Noah vio las lágrimas agolpadas en sus pobladas pestañas negras.

—Sí.

Salieron arrastrándose hasta el bosque abierto y se pusieron en pie, con el pelo revuelto por la cara, la ropa empapada y arrugada, bajo la lluvia incesante. Ren miró hacia atrás, a los caballos y el ganado, apiñados bajo los pinos. Noah miró también y vio a la vaquita marrón con la cuerda aún anudada al cuello.

—No puedo creerme que volvieras a por ella —gritó sacudiendo la cabeza.

Ren abrió la boca para protestar, pero Noah se descubrió interrumpiéndola con una seriedad que eclipsaba toda su rabia anterior.

—Nunca vuelvas a arriesgar tu vida de esa forma.

Ren puso los ojos como platos en respuesta a su tono, pues incluso a él mismo le sorprendía la urgencia de su voz, y en lugar de contradecirle, vio que de pronto suavizaba el gesto y, con el labio inferior trémulo, asentía.

Y casi sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a resbalar por su cara, mientras hacía lo posible por secárselas con las manos, emborronándose las mejillas, con hombros temblorosos.

A Noah no se le daban bien las lágrimas. Deseó volver a estar en aquella burbuja protectora, los dos abrazados, y no haber dicho nada.

—Por favor, no llores. No quería hacerte llorar.

—No has sido tú —le aseguró Ren sacudiendo la cabeza. Se sonó la nariz con la manga del chubasquero. Más lágrimas, más labios temblorosos, más angustia interna para él—. Es que estaba muy asustada. Lo siento. Tiró del puño del abrigo por encima de la mano y trató inútilmente de secarse la cara, pero la lluvia seguía cayendo con fuerza—. Lo siento, es que he vuelto a buscarla y luego me he perdido y no te oía y sabía que te enfadarías, pero no podía dejarla ahí sola. Y luego… —Hizo una pausa para tomar aliento de forma entrecortada.

Noah buscó en su bolsillo un pañuelo, pero solo encontró el envoltorio de la barrita de cereales. Llovía demasiado y hacía demasiado viento para permanecer a la intemperie, de manera que le sugirió con un gesto que regresaran a la relativa protección del pino caído, utilizando los enormes helechos como toldo sobre sus cabezas.

Se estaba más tranquilo agazapados de nuevo bajo el tronco.

—Noah, cuando se ha caído el árbol —comenzó ella con la voz temblorosa—, he creído que íbamos a morir. —Lo miró con sus grandes ojos azules y llorosos, su expresión franca como la de una niña—. Nunca en mi vida había pasado tanto miedo.

Noah sabía que probablemente debería abrazarla. Que cualquier persona normal la abrazaría en aquel momento. Logan la envolvería en un cálido y reconfortante abrazo, le acariciaría el cabello y la haría sentir mejor, tendría un pañuelo de papel en el bolsillo, o uno

de tela con sus iniciales bordadas. Pero él solo tenía el envoltorio arrugado de una barrita de cereales y su propio miedo, que iba disminuyendo. El recuerdo de encontrarse los dos abrazados allí, escasos minutos antes, ya se le antojaba un sueño. Hacía tanto tiempo que no compartía emociones con otro ser humano que tocarla le parecía un paso demasiado atrevido.

—Lo sé —dijo finalmente, y estiró una mano en un intento inútil por reconfortarla.

Ren se secó la cara con la manga.

—Estoy bien. —Tomó aire—. En serio. Qué estúpida por ponerme a llorar. —Le dedicó lo que le pareció una sonrisa muy forzada y, a continuación, contemplando a su alrededor la destrucción del bosque, las ramas caídas y los riachuelos formados por la tormenta, agregó—: ¿Y qué pasa con los demás?

Noah no lo sabía. Habría sido una locura salir a buscarlos con ese viento, la única opción prudente sería quedarse allí, pero la idea de salir, de escapar, le provocó una inmensa sensación de alivio. Sentía la llamada del bosque abierto, que lo alejaba del miedo asfixiante provocado por la experiencia, por los sentimientos, por la fragilidad. Frente a él se extendía la agreste estampa de la libertad, como un trago de agua fresca.

Miró a Ren, la vio mordiéndose el labio, con los surcos de las lágrimas en la cara y los ojos rojos, e, inquieto por aquella imagen, por la presión que sentía en el pecho, asomó la cabeza por debajo de los helechos y vio a Blue allí de pie, con la cabeza agachada, haciendo frente a los elementos junto a la base de uno de los enormes pinos. Contempló casi con anhelo la posibilidad de marcharse, notaba que cada músculo de su cuerpo le impulsaba hacia delante, pero era una locura, no podía hacerle eso a su caballo, ni a sí mismo.

En su lugar, volvió a agacharse y, desoyendo su sentido común, le lanzó otra mirada rápida a Ren y vio su media sonrisa de alivio con los dientes torcidos, como si ella se hubiera dado cuenta de que, por un momento, se había planteado marcharse y dejarla allí sola, y de nuevo le invadió el conflicto de saber que lo necesitaba y la vergüenza de haber estado a punto de irse.

—Creo que acabo de oír tu teléfono —dijo ella.

Noah salió sorprendido de su ensimismamiento, rebuscó en el bolsillo hasta dar con el teléfono y, al sacarlo, vio el mensaje de Logan: *¿Estás a salvo? ¿Ren está contigo? Papá, Hank, Rocky y yo estamos todos bien*.

Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la corteza y le invadió un alivio que no se parecía a nada de lo que hubiera experimentado hasta entonces. Se lo mostró a Ren, quien echó la cabeza hacia delante hasta dejarla apoyada en su brazo, como si ella también hubiera estado manteniendo la calma llevada por el miedo. Noah sintió el contacto igual que antes, cuando tenían las manos unidas; deseaba apartarse, pero, al mismo tiempo, no quería moverse.

Respondió a Logan diciéndole que estaban a salvo, aunque tuvo que ponerse en pie y enfrentarse a la tormenta para que le llegara algo de cobertura.

Cuando volvió a sentarse, le pareció diferente. Ren se había envuelto con el chubasquero y se había recogido el pelo para que dejara de alborotarse con el viento. Daba la impresión de que eso era todo, de que tendrían que esperar allí sentados, juntos. Desaparecido ya el miedo por los demás, permanecerían los dos allí solos durante quién sabía cuánto tiempo, y aquella idea le provocó una nueva oleada de sentimientos que Noah no deseaba analizar. Se le alojó nuevamente en la garganta el impulso de huir a lomos de su caballo.

Pero, al pensar de pronto en el mensaje de Logan, miró a Ren y preguntó:

—¿Te has hecho daño en algún lado?

Ren se miró el cuerpo como si no se hubiera parado a pensar en posibles lesiones. Entonces negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

A lo lejos, oyeron un crujido y, a continuación, el suelo volvió a temblar con el estrépito de otro árbol caído. Por impulso, Noah se echó de pronto hacia delante y se agarró a Ren, rodeándola por la espalda, con una mano detrás de su cabeza. Pero la caída no se produjo lo bastante cerca como para causarles daño alguno.

La soltó de inmediato. Vio algo en sus ojos que le obligó a apartar la mirada y exhalar: gratitud. Lo mismo que cuando se habían enfrentado juntos a la serpiente de cascabel. Le recordó a cuando habían estado contemplando las estrellas; él no había querido mirarlas con ella, las había visto todas las noches de su vida, pero se descubrió atraído por el asombro con que ella miraba el cielo, aunque también lo hizo reír su error al tratar de identificar las constelaciones. No quería reírse. Del mismo modo que no quería preocuparse por ella.

—¿Te había ocurrido esto antes? —preguntó Ren.

—Habíamos tenido mal tiempo —respondió—, pero nunca así. —Como si fuera una señal, la lluvia pareció redoblar su intensidad—. El año pasado hizo un sol deslumbrante —agregó, teniendo aún que alzar la voz por encima del ruido.

Vio castañetear sus dientes mientras hablaba.

—Bueno, yo me quemo con mucha facilidad, así que mejor para mí.

Noah se rio sin poder evitarlo.

—Siempre ves el lado positivo de las cosas, ¿eh? —le dijo, sorprendido de que hubiera logrado encontrar uno en aquella situación.

—Lo intento —admitió Ren—. A lo largo de la vida, tendré que enfrentarme a muchos momentos difíciles, así que no voy a dramatizar.

Él la miró con una ceja levantada y dijo:

—Creo que podríamos decir que este es un momento difícil.

Eso la hizo reír.

Y hacerla reír le provocó un inesperado torrente de placer. Aun cuando su risa trasluciera cierta histeria, como si ambos siguieran presos de su propio pánico.

Cuando una ráfaga de viento bramó con la fuerza de un tren expreso, Ren se giró hasta quedar pegada a él, con la espalda contra el tronco y los brazos alrededor de las rodillas.

—Vale, admito que este es un momento difícil —gritó.

Al notarla pegada a él, a Noah le invadió el inusitado impulso de levantar el brazo y rodearla con él, solo para sentir su cercanía. Sí,

fue un momento verdaderamente difícil.

Capítulo catorce

Ren no quería verse atrapada debajo de un árbol con Noah en mitad de la tormenta. Pero, al mismo tiempo, en aquel momento no se le ocurría ninguna otra persona con quien prefiriese estar atrapada. No deseaba necesitarlo y, sin embargo, cada vez que el viento amenazaba con desgarrar el cielo o derribar el bosque entero, se sentía agradecida de contar con su sólida presencia.

Cuando había respondido a su comentario optimista diciendo: «Este es un momento difícil», se acordó de su llegada al rancho de Texas cuando tenía siete años. El terror que le atenazaba el estómago por encontrarse sola en un sitio nuevo aún hoy la despertaba por las noches. Tendida en la litera aquella primera noche, agotada y con un miedo paralizante a quedarse allí atrapada el resto de su vida, sin poder dejar de temblar, se vio embargada por un súbito rayo de esperanza cuando se levantaron las sábanas y Liane, la chica de la litera de arriba, se metió en la cama con ella, apretando los pies helados contra los suyos, y con una sonrisa cómplice le dijo: «Puede que te parezca horrible, pero tiene cosas buenas, te lo prometo». Y a continuación le contó cómo era aquello, mientras Ren la escuchaba, igualmente aterrorizada, pero al menos ya no estaba sola.

Le sucedió lo mismo al estrecharle la mano a Noah mientras el viento bramaba en torno a ellos y él le devolvió el apretón.

Intentaba no pensar demasiado en las sensaciones que le había producido aquel gesto. La fría rugosidad de su mano, la callosidad de la palma, la fuerza, la mano de un trabajador. Había disfrutado de aquello tan pocas veces en su vida —un salvavidas al que agarrarse cuando la cosa se ponía fea— que cada vez que se le presentaba la

ocasión la atesoraba como algo de valor incalculable en los recovecos de su mente.

Pero la vulnerabilidad era algo que Ren, al igual que sus amigos del rancho, había aprendido a evitar. Liane, la mayor de la pandilla, repartía una sabiduría infinita que los demás absorbían como esponjas. Atrevida, les decía cosas como: «Si no lloras, no te afecta», aun mientras ella misma se secaba las lágrimas.

En aquel momento, sin embargo, Ren se sentía muy vulnerable. No lograba controlar el temblor de las manos ni el castañeteo de los dientes. Pensaba en lo protegida que se había sentido mientras se abrazaban en el apogeo de la tormenta. El tiempo parecía detenerse y acelerarse después, y ella pensaba: «No he sido lo bastante valiente para decirle a mi madre quién soy antes de morir».

Otra rama cayó al suelo con un fuerte golpe y ella dio un respingo. Al otro lado del toldo que conformaban los helechos, oía el mugido del ganado y los relinchos asustados de los caballos.

—¿Tienes miedo? —le preguntó, notándose el corazón indomable en el pecho.

—Un poco —contestó Noah.

Lo miró y le vio levantar las comisuras de los labios como si se estuviera quedando corto.

—Yo también —admitió ella.

—Saldremos de esta —le dijo.

—¿Estás seguro?

—No.

Eso la hizo reír. Pero acto seguido ahogó un grito al notar que algo pasaba volando por delante y golpeaba el tronco caído, haciendo temblar su improvisado refugio.

—¿Quieres que probemos con una de tus conversaciones? —sugirió Noah.

Ella seguía tratando de recuperar el aliento y resopló sorprendida.

—Vale.

—Vale —repitió él.

Se volvió para mirarlo a la cara. Parecía estar intentando conservar la calma por ella.

—¿Quieres empezar tú, o lo hago yo?

—Creo que a ti se te da mejor que a mí.

—¿Qué quieres hacer si sales de aquí con vida?

—Vamos a salir de aquí con vida.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Sí. —Y, como si acabara de recordar las normas, dijo—: ¿Qué quieres hacer tú cuando salgas de aquí con vida?

—Muy listo, desviando la atención. —Sonrió, el cuerpo tembloroso por la adrenalina, y aunque Noah agachó la cabeza y miró al suelo, lo vio sonreír. Lo que Ren quería hacer era llegar a la cafetería y decir: «Loriana, tengo que hablar contigo». Pero no quería contarle eso a Noah, así que en su lugar dijo—: Aún me quedan muchos sitios por ver en mi lista.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—¡Un montón! —exclamó, retirándose el cabello empapado de la cara—. Dime un sitio y seguro que quiero ir. Me imagino que tú habrás estado en muchísimos sitios.

El agua fluía por debajo de ellos, procedente de la montaña, formando charcas sobre la tierra previamente seca.

—Demasiados —respondió él.

—¿No te gustaba viajar? —Ren frunció el ceño y levantó la cabeza para poder verlo mejor.

La boca de Noah formaba una línea fina que delataba su impasibilidad.

—Recorrí el mundo tres veces y digamos que, para mí, ya fue suficiente —contestó con sequedad.

—Pero ¿qué me dices de todas las cosas que hay que ver, tantos paisajes, sonidos y comidas?

Él meneó la cabeza, tenía el pelo echado hacia atrás a causa de la lluvia y los ojos oscurecidos por la sombra del tronco.

—Me han seguido por muchos aeropuertos, me han perseguido por las calles. Estoy feliz donde estoy.

Ren asintió, preguntándose cómo sería aquello, desear echar raíces en un lugar, haber encontrado lo que andabas buscando.

—¿Qué? —preguntó él, mirándola.

—¿A qué te refieres?

—Te has quedado callada. Nunca estás callada.

Ren se mordió el labio para contener una sonrisa. El viento rugía entre las armas, desperdigando por encima de ellos agujas de pino. No quería decirle en qué estaba pensando, de modo que, en su lugar, respondió:

—Estaba pensando que ese grupo sin duda te arruinó la vida.

Entonces fue Noah quien se rio, visiblemente desconcertado por el comentario.

Volvió a secarse la cara de agua de lluvia y dijo:

—No fue la mejor época de mi vida.

Viéndolo desde fuera, cuando era más joven, a juzgar por todas las fotos que salían en las revistas o las que veía por Internet, habría imaginado que su vida era perfecta.

—¿Y qué me dices de toda la gente que conociste, el estilo de vida y los aviones privados?

—Prefiero un caballo a un avión —respondió él, girando la cabeza en su dirección.

Ren se rio. Sus miradas se encontraron en la penumbra. Rostros empapados de lluvia que se sonreían bajo el azote de la tormenta.

—Yo también.

Capítulo quince

Cuando el viento por fin empezó a aflojar y dejó de llover, en el bosque reinaba la oscuridad. Salieron de su escondrijo entre los pinos y Noah contempló el paisaje empapado, barriendo la zona con la luz de la linterna de su móvil. Los árboles estaban negros por la lluvia, el suelo cubierto de charcos que parecían piscinas, las nubes densas como el humo sobre sus cabezas. Esa noche no había estrellas. Se acercó a ver cómo estaban el ganado y los caballos, cuyos ojos brillaban como canicas a la luz de la linterna. Confiaba en que el grueso del rebaño estuviera con Logan, Emmett y Hank, y que, como sospechaba, ellos se hubieran quedado principalmente con los rezagados de la cola.

Le llegó otro mensaje de Logan mientras echaba un vistazo a los caballos. *Esta noche, quedaos donde estéis. Iremos a buscaros por la mañana*.

Noah no entendía cómo hacía solo unas horas lo único que deseaba era que estuviesen todos vivos y ahora, sin embargo, le horrorizaba la idea de tener que pasar la noche a solas con Ren. Aunque no le hacía falta un mensaje para saber que era una locura atravesar el bosque a caballo en la oscuridad con un cuarto de rebaño.

Se guardó el teléfono y le gritó a Ren: «Voy a buscar leña seca», y se fue a inspeccionar la zona circundante, aliviado de poder estar a solas unos instantes. No pensaba con claridad. Necesitaba alejarse de toda esa intimidad, del miedo y de los recuerdos. Pero también del inquietante nuevo vínculo que se había fraguado entre ellos; del hecho de que se sintiera mejor teniéndola allí cerca.

Se dijo a sí mismo que solo tenía que superar aquella noche. El tiempo había mejorado, solo tenían que montar sus tiendas y dormir.

Encontró un montón de ramas por allí cerca y, al desarmarlo, descubrió que las del centro podrían estar lo bastante secas para prender. Las extrajo arrastrándolas, colocó la bota sobre la parte más gruesa y partió las ramas más pequeñas para formar un manojo. Le resultaba agradable hacer algo. Era más propio de él. Lo único que deseaba en la vida era sencillez. Sencillez y poder poner sus propias condiciones.

A continuación regresó al campamento y encontró a Ren con los brazos enredados alrededor del cuello de la vaquita a la que había ido a rescatar, con la cara hundida en la piel del animal y los ojos cerrados, como si quisiera absorber su calor y cercanía.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, negándose a sucumbir a la dulzura de aquella estampa.

Ren alzó la vista sin dejar de abrazar a la vaca, que masticaba agujas de pino ajena a todo.

—Abrazar a Mildred —respondió.

Noah siguió su camino y dejó caer las ramas en el centro del campamento, deseando no haber preguntado.

Ren respiró hondo antes de soltar a la vaca.

—Qué bien huele. A vida, a lluvia y a tierra.

De nuevo, Noah se negó a dejarse arrastrar.

—Si tú lo dices.

—¿Quieres olerla?

—No.

Ren se irguió con los brazos en jarras, una media sonrisa cómplice y una ceja enarcada en actitud fanfarrona.

—Seguro que sí que quieres.

Noah dejó de apilar las ramas.

—Te aseguro que sé a qué huele el ganado.

—No sabes a qué huele Mildred.

La ignoró.

Ella se acercó y se acuclilló frente a él mientras encendía el fuego, soplándose las manos para calentárselas.

—¿En qué puedo ayudarte?

—En no obligarme a oler a las vacas.

Ren soltó una carcajada.

Noah apretó la mandíbula mientras terminaba de apilar las ramas. Desesperado por oírla reír y, al mismo tiempo, desesperado por no oírla. Se levantó y fue a sacar su mechero de la mochila.

La temperatura había descendido de forma considerable y, ya que estaba allí, decidió cambiarse la camiseta mojada por otra seca.

—¿Quieres que…? —empezó a decir Ren, pero se quedó callada. Noah se giró para ver qué pasaba y, por la expresión de su cara, se dio cuenta de que era la sorprendente imagen de su torso desnudo lo que la había dejado sin palabras. Desvió la mirada y él tiró de su camiseta seca. Se debatía entre una punzada de arrogancia y la misma desesperación por que la mañana llegara cuanto antes.

Ren tragó saliva y volvió a intentarlo.

—¿Quieres que encienda el fuego?

—Claro —respondió él, lanzándole el mechero, y a continuación se puso un par de jerséis secos y el abrigo.

Mientras ella se centraba en el fuego, Noah regresó a las mochilas a por las tiendas. Cuanto antes las montaran, antes podrían irse a dormir. Encontró una, pero no la otra. Regresó junto a los caballos para comprobar que no hubiese ninguna tienda enganchada a la silla de montar.

—¿Va todo bien? —preguntó Ren, protegiendo con la mano la fajina del viento cuando empezaba a humear.

—Mi tienda no está —explicó Noah. Se pasó una mano por el pelo y apretó los labios.

Vio que Ren se estaba aguantando la risa.

—¿En serio?

Noah volvió a soltarse el pelo y la miró ofendido.

—No te lo diría si no fuese verdad.

Ren encendió una parte de la fajina.

—No creo que esa sea forma de hablarle a alguien en cuya tienda de campaña quizá tengas que pasar la noche.

Noah suspiró, contemplando la tierra empapada a su alrededor. Negó con la cabeza y dijo:

—Dormiré fuera. No pasa nada.

El fuego empezó a prender. Ren alzó la vista para mirarlo. Se sentía como un niño testarudo, como si ella fuera la maestra que

intentaba no reírse.

—Noah, ha habido una tormenta increíble, el suelo está empapado y hace un frío de muerte. No puedes dormir fuera y lo sabes. Puedes quedarte en mi tienda.

Noah ladeó la cabeza al escuchar su oferta y respondió:

—No pasa nada, en serio. Gracias. —De ninguna manera iban a compartir tienda. Ya habían estado lo bastante cerca el uno del otro.

—Bueno, vale —aceptó ella poniendo los ojos en blanco—, entonces yo también dormiré fuera.

—¿Qué? —Notó que se venía abajo. ¿Por qué no lo dejaba sufrir alegremente sin más?

Ren se puso en pie y se cruzó de brazos.

—Si tú duermes fuera, yo también duermo fuera.

—Hace demasiado frío para que duermas a la intemperie —le aseguró.

—Bueno —repuso ella enarcando las cejas—, entonces también hace demasiado frío para que duermas a la intemperie tú.

—Yo estoy acostumbrado —aseguró él sacando la mandíbula en actitud desafiante.

—He dormido en un establo en Nochebuena cuando había escarcha fuera —argumentó ella levantando la cabeza.

—No me lo creo. —Noah hizo una mueca—. Te lo estás inventando.

—¿De verdad? —respondió ella con las manos en las caderas y las cejas levantadas.

Noah tragó saliva, menos convencido de pronto.

—En Texas no hace tanto frío en Navidad.

—¿Qué te apuestas? —preguntó Ren riéndose.

Él se humedeció los labios y se cruzó de brazos.

—¿Lo dices en serio?

Ren asintió.

Él imitó el gesto, más despacio, mordiéndose el labio inferior.

—De acuerdo.

Ella se encogió de hombros como si no supusiera un problema y esbozó una media sonrisa.

—¿Te gustaría dormir en mi tienda, Noah?

Siguió una pausa. Él sabía que no tenía elección.

—Sí —contestó con un leve asentimiento de cabeza—, te lo agradecería.

—No hay de qué —dijo ella, y la sonrisa se extendió victoriosa sobre su rostro.

Capítulo dieciséis

Noah encontró una lata de sopa que había olvidado que llevaba en la mochila. La calentaron sobre el fuego y se turnaron para beber el contenido. Para hidratarse, encontraron un angosto afluente del río Redemption que serpenteaba junto a la linde del bosque a sus espaldas. Se había desbordado, así que caminaron con cautela hasta la orilla para llenar la lata y, a continuación, hirvieron el agua antes de verterla en sus cantimploras.

Habían levantado la tienda y recolectado más leña, pero, cuando estuvo todo demasiado oscuro para hacer algo de utilidad, Noah agarró un trozo de madera, sacó su navaja y, con la cabeza agachada, empezó a tallar.

Ren estaba sentada al lado, sobre una gran rama de árbol que habían acercado al fuego. Intentaba no mirarla.

Como ya había sucedido las noches anteriores, la temperatura siguió bajando. El viento soplaba con tanta fuerza que agitaba la tienda.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Ren rompiendo el silencio.

—¿Beber qué? —dijo él, levantando la vista de la madera con el ceño fruncido.

—Una especie de infusión de agujas de pino —respondió ella a modo de explicación.

—¿Sabe bien?

—No —admitió Ren—, pero está caliente.

A Noah le sorprendió que pudiera hacerlo reír con tanta facilidad. No se oponía a la risa como tal, pero no le gustaba que se desviara de su habitual manera de reírse: de algo que hubiera dicho uno de sus hermanos, o cuando parodiaba una de las ridículas historias de Brodie, o cuando provocaba a Logan; incluso por un chiste que se contaba en el bar o algún comentario hecho por uno de los

trabajadores del rancho. Una risa familiar, seca e inexpresiva; no algo que hiciese sonreír a todo su cuerpo. Aquello lo desestabilizó. Y lo último que necesitaba en su vida era una infusión asquerosa, pero, al verla levantarse le pareció tan segura de su idea que respondió:

—Vale, probaré un poco.

—Genial. Hierve agua. —Y se acercó al pino caído para empezar a arrancarle agujas.

Noah bajó la madera que estaba tallando y, resignado, cerró la navaja contra el muslo y se la guardó en el bolsillo.

—Cuando éramos pequeños, bebíamos mucho esto. No se puede preparar con tejos ni con árboles de Navidad porque son venenosos. Mi amigo Billy el Malo acabó en el hospital cuando lo preparamos con tejo.

—¿Billy el Malo? —preguntó Noah con una ceja levantada.

—Sí, era malo cuando llegó, pero mejoró. Ahora es abogado. Gana mucho dinero, pero aún lo llamamos Billy el Malo. Me hace gracia cuando aparece su nombre en mi teléfono.

Noah sacudió la cabeza y fue a echar más agua en la lata antes de ponerla sobre la rejilla improvisada que habían confeccionado colocando madera empapada sobre el fuego. Había algo en la facilidad con la que hablaba que hacía que conversar le resultase más sencillo, no tanto una tediosa obligación. Se dio cuenta entonces de por qué incluso su padre, que por lo general solo empleaba monosílabos, había estado charlando con ella la otra noche.

Ren regresó con las manos llenas de agujas de pino.

—Tienes que machacarlas —explicó, se arrodilló, extendió su chubasquero sobre la tierra y machacó las agujas con un grueso palo de madera, después agarró un par de puñados, los apretó con fuerza y los dejó caer en el agua—. Como ya te he dicho, no sabe muy bien, sobre todo porque no tenemos miel.

Noah la observó preparar la infusión con diligencia. El problema era que, si bien deseaba decir algo, no se le ocurría nada. Estaba muy acostumbrado a no hablar, a mantenerse aislado; las palabras, tal como había llegado a comprender, podían emplearse como

armas. Había visto cómo tergiversaban cosas dichas por él en el pasado y las citaban como si fueran ciertas, reformulaciones que desafiaban su lealtad o generaban animadversión con sus hermanos. Había leído comentarios hirientes de supuestos amigos que después siempre lo negaban, pero él ya no sabía en quién podía confiar. Su representante, Dexter, filtraba información a todas horas por el bien de las ventas de discos, de modo que Noah acabó por no decir nada. Había pasado años observando en silencio, sin palabras. Era una costumbre difícil de romper.

El anhelo por seguir tallando le provocaba un cosquilleo en las manos, algo con lo que ignorar el impulso de hablar. Dejar que ella siguiera con la infusión. Pero de pronto aquello se le antojó un fracaso por su parte, y Noah no soportaba fracasar. Si algo había aprendido de sí mismo era que, cuando le planteaban un problema, no paraba hasta resolverlo. En el grupo, tocaba cualquier instrumento que le pedían simplemente porque lo consideraba un desafío que superar. Aprendió a nadar lazándose al río cuando era pequeño. En el rancho, domaba a los caballos más duros y obstinados. Marcaba con fuego a los toros más bravos. Arreglaba el tejado cuando todos los demás pensaban que era demasiado alto o peligroso. Y siempre ganaba al *Monopoly*. Hacía lo que había que hacer porque se negaba a dejarse vencer en nada.

Pero aquello no era el *Monopoly*, y no se trataba de arreglar el tejado del establo, sino de una simple conversación trivial, y ahí sí que se sentía fuera de su zona de confort. Mientras el agua comenzaba a hervir a fuego bajo, él solo podía pensar en qué habría hecho Logan en su situación.

—¿Tienes un palo con el que removerla? —preguntó Ren.

Noah le alargó la rama que había estado tallando, sin la corteza.

—Anda, qué guay —contestó ella, haciéndola girar como si le hubiese entregado algo especial.

Noah esbozó una media sonrisa, pero no lograba concentrarse, estaba demasiado ocupado pensando en cómo Logan se haría con el control y conversaría sin dificultad, como hacía siempre. O en cómo Brodie soltaría algún cumplido del todo inapropiado que la encandilaría sin remedio.

Noah volvió a sacar la navaja y agarró otra rama del suelo.

En lugar de regresar al tronco caído al otro lado de la fogata, cuando Ren se sentó, lo hizo a su lado.

—Me sentaría ahí —dijo, señalando su asiento anterior—, pero hace mucho frío y detrás está todo oscuro —agitó la mano en dirección al bosque abierto e insondable—, y no es que me apasione la oscuridad. —Lo miró con sus esperanzados ojos claros—. ¿Te importa?

—De acuerdo —respondió, aunque habría preferido que se sentara al otro lado y así no alcanzar a oler el pino machacado de sus manos o el plástico frío de su impermeable.

Empezó a rizar astillas de la nueva rama mientras Ren removía la infusión y observaba el fuego, contemplando aparentemente embelesada las llamas que crepitaban y bailaban movidas por lo que quedaba de viento.

—Esta es la mejor parte —comentó Ren—. El momento anterior a que esté lista para beber, cuando te limitas a esperar, sin nada que hacer. La expectativa es siempre mejor que la cosa en sí.

Aquello no eran ocurrencias en el bar. No eran burlas hacia Brodie. Aquello fue una ligera tensión de sus músculos, porque Ren acababa de identificar justo su momento favorito.

—Si tú lo dices.

Ella volvió la cabeza y le sonrió; fue una sonrisa amplia que mostraba todos los dientes, una sonrisa amable, sencilla y natural.

—En especial cuando se trata de una infusión de agujas de pino.

Siguió un silencio en el que ambos se quedaron mirando el fuego. Noah contempló brevemente su perfil, su rostro arañado y sucio después de la tormenta, pero relajado, sereno y concentrado.

Tomó aire por la nariz. «Di algo», pensó.

Transcurrió demasiado tiempo.

Estaba a punto de seguir tallando la madera, pero en su lugar dejó caer las manos, que sujetaban la navaja y el palo tallado, apoyó los codos en las rodillas y se descubrió diciendo:

—¿Por qué tuviste que dormir en el establo en Nochebuena?

Sin desviar la mirada del fuego, Ren sonrió y respondió:

—Noah, ¿estás iniciando una conversación conmigo?

Él suspiró, pillado con las manos en la masa. Pero, si bien se sintió avergonzado un instante al saberse descubierto, se dio cuenta de que aquello servía para hacer que le pareciese más leve, menos importante.

—Pues sí —admitió con una sonrisa irónica—. Pero sí que me gustaría saber qué hacías a la intemperie en Navidad. —Y se dio cuenta de que lo decía en serio.

Ren lo miró para evaluar su expresión y, aparentemente satisfecha con su sinceridad, explicó:

—Fue por una disputa absurda sobre los regalos de Navidad. —Se inclinó hacia delante y removió la infusión burbujeante—. Podíamos llegar a ser muy precoces cuando nos aliábamos. Estábamos yo, mi amiga Liane, Billy —enarcó las cejas para dar a entender que se refería a Billy el Malo, de quien habían hablado antes—, y un par de niños más pequeños, todos sentados a un lado de la mesa frente a la señora Watson, que dirigía el rancho y cuidaba de nosotros, al menos en teoría, y se hallaba sentada al otro lado de la mesa. Viéndolo con perspectiva, éramos nuestro peor enemigo la mayor parte del tiempo. —Sacudió la cabeza al mirarlo con una sonrisa desesperada.

—¿Qué pasó con los regalos de Navidad? —quiso saber él.

Ren guardó silencio unos segundos y se mordió el labio como si, de forma inconsciente, hubiera desviado la conversación hacia un lugar al que no deseaba ir.

—No pasó nada con los regalos —respondió torciendo la boca en un gesto de resignación y cierta vergüenza—. Porque nunca tuvimos.

—¿Ninguno? —preguntó Noah con el ceño fruncido.

—Lo cierto es que no. Al menos no como los que les traían a los demás niños del colegio, y nosotros no entendíamos por qué Papá Noel nos ignoraba. —Se rio como si el razonamiento fuese absurdo, después se echó hacia atrás sin apartar la mirada del crepitar del fuego y, apoyando las manos tras ella sobre el tronco, estiró las piernas.

Se produjo un silencio que duró varios segundos y, entonces, Ren se tocó la cara y dijo:

—Vaya, se me han calentado las mejillas hablando de ello. Recuerdo la confusión con total claridad. —Se llevó la mano al pecho —. Lo siento aquí, ¿sabes? El recuerdo.

Noah no tenía muy claro qué decir. Supuso, por lo poco que la conocía, que no iba buscando su compasión.

—¿Cómo era? —preguntó en su lugar—. Vivir allí.

—No estaba mal —respondió ella sin más—. Podría haber sido peor. —Dejó escapar el aliento, que formó una nube de vaho frente a su cara—. No se me da muy bien vivir según las normas de otras personas. No tener opciones. Todo el tiempo que pasé allí, sentí que era uno de esos dibujos animados que corren muy muy deprisa, pero no llegan a ninguna parte porque hay alguien que tiene la mano puesta en tu frente y te impide avanzar.

—Sí —respondió Noah.

—¿Alguna vez te has sentido así? —preguntó ella mientras el cabello rubio le caía sobre los ojos.

Él se paró a pensar en la idea de sentirse atrapado por algo, de vivir casi siempre frustrado y furioso, y se dio cuenta de que, en lugar de compadecerla, lo mejor que podía ofrecerle era su comprensión.

—Yo me sentí así durante todo el tiempo que pasé en el grupo.

Ren lo miró durante un segundo y a continuación sonrió, sabiendo que aquella confesión no le salía de forma natural. Después devolvió la atención al brebaje de agujas de pino, lo removió y dijo:

—La verdad es que lo pasamos bastante bien en el establo. Liane juró que oyó las pezuñas de los renos en el tejado.

Noah cerró los ojos, desesperado.

—¡Que es verdad! —exclamó ella dándole un manotazo en la pierna.

Él se rio, demasiado consciente de aquel gesto como para negarlo.

Capítulo diecisiete

A veces, cuando Noah se reía, su risa no era más que un leve movimiento de los hombros, arrugando los ojos y sin llegar a abrir la boca. Nada especial. Pero eran esas veces las que le provocaban a Ren un vuelco en el estómago y la obligaban a girar la cabeza hacia otro lado para no quedarse mirándolo demasiado tiempo o permitir que aquel sentimiento arraigara en su interior. Descentrada, arrojó a las llamas una de las ramas más húmedas.

—Esas son las que estamos intentando evitar —le advirtió él cuando el fuego empezó a humear.

—Perdona.

—No hace falta que te disculpes —le dijo Noah con una mueca—, no hablaba en serio.

—Perdona —repitió ella, avergonzada por haberlo malinterpretado sin darse cuenta de lo que hacía—. No, perdona no. Perdona. Ay, joder. —Él enarcó una ceja, confundido, y ella sacudió la cabeza—. ¿Dónde estábamos? Navidad. Creo que la infusión está lista.

Empleó un paño húmedo para retirar del fuego la infusión de agujas de pino, a continuación, depositó la lata en el suelo y volvió a doblar el paño para poder agarrarla en condiciones y servir el contenido en las tapas de sus botellas de agua, que utilizaban a modo de vasitos.

—Supongo que tú habrás vivido Navidades muy bonitas en esa casa, ¿verdad? —le dijo, concentrada en no derramar nada—. Soy una escanciadora pésima.

—¿Cómo vas a ser una escanciadora pésima?

Como si fuera una señal, un pegote de agujas de pino resbaló desde el fondo de la lata y cayó dentro del vaso, haciendo que el líquido se desbordara y formara un charquito en el suelo.

—Ah, ya entiendo —comentó Noah.

Ren siguió concentrada, asomando la lengua entre los dientes sin darse cuenta, tratando de no distraerse mirando a Noah.

—Tu madre tiene pinta de saber organizar unas buenas Navidades.

Noah parecía estar observándola con interés cuando dejó de servir un segundo demasiado tarde y, por el borde de la tapa, se derramó un poco más de infusión.

—Tuvimos algunas Navidades fantásticas cuando éramos pequeños —contestó—. Joder. Es verdad que escancias de pena.

—Ya te lo he dicho. —Ren se rio. La lata había empezado a quemarle las manos, así que la dejó en el suelo. ¿Cómo era posible estremecerse solo porque él se hubiera fijado en algo de lo que hacía?

Noah levantó el tapón de su botella de agua y olfateó el contenido con cautela.

—Es raro, pero huele a limón.

Ren alzó la suya y la olió también.

—No te hagas muchas ilusiones, te aseguro que no sabe a limón.

Noah torció la boca al soplar y, a continuación, dio un sorbo. Ren observó con atención mientras tragaba y hacía una mueca.

—¿Y bien? —preguntó.

—Está caliente —contestó él, como si aquel fuese el mejor y único cumplido que se le pudo ocurrir.

Ren sonrió con complicidad mientras daba un sorbo a su vaso, y el sabor la trasladó de inmediato a los momentos que pasaba con sus amigos, cuando se escapaban al bosque de noche, encendían una hoguera, preparaban la infusión y comían los dulces que alguien —por lo general Billy el Malo— había robado de la tienda cuando habían ido al pueblo. Momentos fugaces de libertad.

—Seguro que tenéis un árbol de Navidad enorme, ¿a que sí?

Noah levantó la vista de su infusión y, casi con culpa, admitió:

—Hasta el techo.

Ren se llevó una mano al corazón solo de pensarlo.

—¿Con luces fuera? —preguntó.

Noah asintió.

—En forma de carámbanos —dijo secamente.

Ella se rio, aunque por dentro notaba que unos tentáculos le atenazaban el estómago, preguntándose lo que sería tener toda esa familia. Todo ese amor. Toda esa responsabilidad, las disputas, el deber y la dependencia. Se le antojaba como un regalo mayor de lo que era capaz de imaginar. Como si fuera la cúspide.

—Seguro que es asombroso.

—Antes lo era —admitió él, y Ren se descubrió muy pendiente de cada mueca de sus rasgos. Le vio soplar de nuevo la infusión, dar otro trago y dejar el vaso en el suelo antes de agarrar la navaja y el palo y seguir tallando.

Se quedaron en silencio, acompañados solo por el sonido del viento y el ruido que hacían los animales.

Observó sus manos. Él alzó la vista como si lo hubiera percibido. Sus miradas se encontraron un instante y, cuando eso ocurrió, en la oscuridad del bosque, de pronto Ren notó que le costaba respirar. En su lugar, pensó en algo que decir. Recordó lo que había dicho Hank acerca de su padre y del abandono de los chicos. A continuación, pensó en el artículo que había leído sobre su hermano Jack.

—Siento lo de tu hermano Jack. Debió de ser muy duro —se aventuró a decir, porque le parecía que antes se había abierto una diminuta grieta en su armadura al mencionar que no había disfrutado su época en el grupo, pero de inmediato supo que era una pregunta demasiado íntima.

—¿Has estado buscando información sobre Silver Sky cuando estabas en tu tienda? —preguntó Noah, deslizando la navaja sobre la madera.

Ren arrugó el gesto, avergonzada por el hecho de contar con información de la que antes carecía.

—Puede ser —admitió.

—¿Y has descubierto algo más?

No lograba descifrar su tono, no sabía si le molestaba o si estaba tratando de darle conversación. A juzgar por su experiencia, pensó que quizá fuese fastidio.

—No mucho, la cobertura no era muy buena.

Eso le hizo levantar la cabeza, y Ren pensó que tal vez el fastidio se hubiera transformado en asombro gracias a su sinceridad.

—Pero sí vi una foto tuya. Estabas mono. —Le golpeó la rodilla con la suya.

Noah miró el punto en el que se habían tocado sus rodillas y, acto seguido, se irguió, cerró la navaja y estiró las piernas, quizá para que ella no pudiera volver a tocarlo, pero en sus labios se adivinaba el vago recuerdo de una sonrisa. Cosa que le infundió valor para agregar:

—¿Cómo empezó todo?

Noah se guardó la navaja en el bolsillo antes de hablar.

—Siempre tuvimos el grupo —explicó—. La prueba para el programa la hicimos porque nuestra madre estaba enferma. En el hospital. A Ethan se le ocurrió que quizá eso la alegraría, así pensaría en otra cosa que no fuera el tratamiento.

—Seguro que le encantó.

Noah se pasó una mano por la barba de tres días, que empezaba a parecer más bien una barba en toda regla, después apoyó los codos en las rodillas, la barbilla en los nudillos y, mirándola de reojo, dijo:

—Sí, le encantó.

—Pero deduzco que a ti no.

Eso lo hizo reír, como si se hubiese quedado corta.

—Yo quería estar aquí, haciendo esto. Pero… —se encogió de hombros— los demás no querían.

Un leño crujió en la hoguera y salió rodando de las llamas, esparciendo por el suelo un polvo de ascuas rojas. Noah se levantó y volvió a echarlo al fuego de una patada antes de sentarse de nuevo, observando, con el cuello levantado, el cabello desgreñado y demasiado largo caído sobre la frente, los codos en las rodillas y las manos entrelazadas frente a él, mientras las llamas envolvían la nueva fajina.

Ren entendió instintivamente lo valiosas e infrecuentes que eran aquellas reflexiones. Así que ella también fijó la mirada en el fuego, pensando que, si ambos se quedaban contemplando las formas cambiantes de las llamas, no se rompería el hechizo.

—¿Y no podías renunciar a ir?

Noah frunció el entrecejo al girarse para mirarla.

—No. La cosa no iba así.

—¿Y cómo iba?

—Haces muchas preguntas.

—Me interesa. —Se encogió de hombros, tratando de asir de nuevo aquel momento—. Supongo que tienes lo que yo siempre he querido. Una gran familia, una casa grande, luces de Navidad en forma de carámbanos —agregó para aliviar la tensión.

—Puedes comprar esas luces en el pueblo —respondió él con un resoplido.

—Pero no es igual. —Dio un sorbo a su infusión porque se le había formado un nudo en la garganta al pensar en comprar sus propias luces de Navidad, colgarlas en su piso y, al mirarlas, imaginarse a Noah y a su familia reunidos en torno al árbol, abriendo regalos.

—No podría haber renunciado porque eran mis hermanos —dijo Noah al agacharse y recuperar su vaso—, y lo hacíamos todo juntos. Nos entendíamos unos a otros. Yo iba donde iban ellos. Éramos un equipo. Igual que tú con Billy el Malo y los demás.

A Ren la conmovió que se hubiera acordado de los nombres.

—Sí, supongo. Pero… —se mordió el labio tratando de explicarlo —, en nuestro caso, era más bien al revés. Estábamos desesperados por abandonar el equipo. Por que viniera alguien a recogernos y nos llevara a su casa, o por que un padre se encarrilase y pudiera recuperar la custodia de su hijo. Ese era nuestro sueño.

Noah agachó la mirada hacia el fuego.

Ella también miró las llamas que bailaban y saltaban con las ráfagas de viento. Resultaba curioso hablar de su infancia, expresar con palabras cosas que siempre había sabido pero que nunca se había parado a pensar con detenimiento. Nunca antes había hablado así con nadie.

—Imagino que, en mi caso, el equipo lo conformaban quienes se quedaban atrás. Cuando alguien se iba a iniciar una nueva vida, cerrábamos filas en un santiamén. —Chasqueó los dedos para ilustrarlo—. Nos reíamos de esa persona cuando se iba, éramos malos… Como Billy el Malo.

Noah giró la cabeza hacia ella y levantó la comisura de la boca.

Ella sonrió y, como una idiota, notó que se le sonrojaban las mejillas con aquel momento fugaz de sinceridad. Se sintió desnuda, como si fuera ella quien le estuviera entregando algo valioso, con la esperanza de que lo protegiera.

—Pero no era más que la envidia. Todos deseábamos que las personas del BMW reluciente nos hubieran escogido a nosotros. Hasta en cinco ocasiones de diez, acabaron regresando ya fuera porque sus padres habían vuelto a cagarla o porque los nuevos padres adoptivos no encajaban con ellos. Al final siempre se trataba de encajar.

Ren pensó en todo lo que habían tenido que hacer para impresionar. Ser más simpáticos. Sonreír más. Trabajar más duro. Ayudar más. Hablar menos. No ensuciarse la ropa. No comer demasiado. No responder. No hacer esto. No hacer lo otro. Siempre no.

—Te olvidas de quién eres porque te esfuerzas demasiado en ser otra persona.

Noah abrió los ojos de manera casi imperceptible y ella siguió hablando.

—Me imagino que será lo mismo cuando eres famoso. Todo el mundo quiere un pedazo de ti.

Él le sostuvo entonces la mirada, no la desvió como tenía por costumbre, como si escudriñara su rostro, con recelo y a la vez intriga. A ella le tembló la respiración al tomar aire.

—Sí —contestó Noah—. Es justo lo mismo. —Se agachó a recoger su infusión, como si no tuviera claro si deseaba decir algo más o no, pero a continuación la sorprendió al agregar—: Creo que lo que sucede es que, para darle a la gente lo que quieres, descubres que tienes que vivir fuera de ti mismo. —Se giró para mirar su infusión y, de forma más reflexiva, añadió—: Cosa que nunca es buena para la cabeza. —Entonces, dando a entender que quería cambiar de tema, dio un sorbo y puso cara de asco—. Esto está repugnante.

Se rompió el hechizo del momento. Ren sonrió.

—No te lo bebas.

Noah dio varios tragos de agua para quitarse el sabor.

Ella estiró las piernas, sonriendo, y apoyó las manos a su espalda sobre el nudoso tronco.

—¿Conociste a gente famosa interesante? —preguntó entonces.

Noah volvió a poner el tapón a su botella de agua.

—Lamento decirte esto —dijo, frunciendo las cejas en gesto de disculpa—, pero a menudo mis hermanos salían y yo me quedaba en el hotel leyendo libros sobre agricultura.

Ren soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—Perdona.

Él miró al suelo y sacudió la cabeza, fingiendo avergonzarse.

—Lo sé. Qué vergüenza. —Él también se echó hacia atrás, imitando su postura—. Mi única excusa es que era joven y tenía morriña.

Ren miró a su alrededor y contempló los pinos y la hoguera, y tras ellos la tienda de campaña y los ojos brillantes de los caballos.

—Me refiero a que esto es real —prosiguió él abriendo las manos para abarcarlo todo—. Las estaciones, la naturaleza, la tierra. Son cosas que puedes tocar.

Ella asintió.

—La fama no es real. No hay nada a lo que puedas aferrarte. Lo único que quiere todo el mundo es algo real.

Ren recordó el momento en que el detective privado le había entregado la hoja de papel con el nombre de Loriana, pensó en los latidos acelerados de su corazón, presa de la emoción y la esperanza.

Tuvo que apartar la mirada y quedarse mirando la densa oscuridad del bosque. Al volver a mirarlo, él la estaba observando con los ojos entornados, como si pudiera ver el fondo de su alma. Tragó saliva y, de pronto, deseó poder confiarle su secreto, aliviar la carga. Pero, en su lugar, dijo:

—¿Por qué no te marchaste?

—Lo hice —respondió Noah—. Pero enseguida me di cuenta de que no tenía ningún sitio donde ir. Mi madre se estaba recuperando del cáncer, lo último que necesitaba era tener hordas de admiradoras histéricas delante de su puerta. No podíamos ir a ninguna parte sin que nos acosaran. Y mi padre seguía enfadado con nosotros. Se

había cerrado. Nos había excluido. Y, en mi caso, creo que él era mi modelo a seguir. Pero, como ya te dijo Hank, le rompimos el corazón. —Se revolvió el pelo con ambas manos—. No podía estar en casa. Era demasiado para ellos. Livvy estaba en el instituto, ni se me ocurría volver allí. No podía estar ni en un sitio ni en el otro. —Entornó los ojos mirando al fuego. Ren observó el perfil de su cara —. Entonces apareció Logan y me convenció para volver al grupo, me dijo que había despedido a nuestro representante y que él se haría cargo de todo, que mejoraría las cosas. Lo haríamos a nuestra manera. —Giró la cabeza y la miró a los ojos—. Como te he dicho, yo quería estar con ellos, y quería creer que lo que me decía era cierto, así que regresé. Y la cosa sí que fue mejor durante un tiempo, pero después los egos crecieron y las disputas se agravaron. Logan lo intentó de verdad. Consiguió sacarnos adelante. Pero solo te das cuenta de lo mala que es una situación cuando consigues salir de ella. Cuando miras atrás y dices, vaya, sí que era difícil.

A Ren su franqueza le dio ganas de acercarse más a él y a sus ojos tristes y decaídos. Deseaba que se lo contara todo, que no terminara nunca la noche, que estuvieran solos él y ella, con el fuego y la repugnante infusión de agujas de pino.

Noah se pasó una mano por la boca, después giró la cabeza y le dirigió una sonrisa hastiada.

—Pero no se pueden cambiar las cosas, ¿verdad?

—No —respondió ella, y se ciñó el chubasquero al cuerpo al notar el frío en el aire—, pero tampoco puedes vivir preguntándote qué hubiera pasado. Si piensas demasiado en todos los caminos alternativos, te vuelves loco.

—¿Puedo preguntarte qué te ocurrió a ti? —quiso saber Noah tras una breve pausa, sorprendiéndola—. ¿Qué fue de tus padres?

—Puedes preguntármelo —contestó ella, y notó un inesperado escozor en la nariz y en los ojos al oír el tono serio de sus palabras —. Pero no puedo contestarte porque no lo sé.

—Qué duro —dijo Noah dejando escapar el aliento—. Lo siento.

—Sí. —Ren se encogió de hombros—. Sé muy bien lo que es preguntarte a todas horas lo que habría podido pasar.

—Me lo imagino.

Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en las manos entrelazadas.

—He llegado a la conclusión de que solo existe un camino posible y es aquel en el que nos encontramos, y debemos sacarle el máximo provecho.

Vio que Noah esbozaba una sonrisa torcida con la comisura de la boca y suavizaba la mirada, y de pronto notó que le costaba respirar al oírle decir, como si la conociera desde siempre:

—La eterna optimista.

Capítulo dieciocho

—Deberíamos irnos a dormir —sugirió Noah, desviando la mirada para no ver el semblante comprensivo de Ren, que pocos segundos atrás le había hecho querer contarle todo aquello que lo acuciaba acerca de los caprichos de la fama, la batalla constante con la idea del «yo» a la que ella misma había aludido, el conflicto entre la persona que era y la persona que los demás deseaban que fuera. Las admiradoras que lloraban y le escribían cartas como si lo conocieran y lo amaran y fuesen a cuidar de él, las que se tatuaban su nombre en la piel. La imagen de su cara en las enormes vallas publicitarias y el rechazo que le provocaba verse reflejado en el espejo. Quedarse mirando la alfombra de una habitación de hotel hasta que todos los dibujos se fundían en uno solo, preguntándose si quedaba algo de él más allá de lo que todos querían que fuera.

Pero no podía contarle nada de eso. Los recuerdos eran como un matorral de zarzas, demasiado dolorosos para encararlos, por miedo a quedar despedazado.

—Sí, buena idea —convino Ren, poniéndose en pie tan deprisa que tiró con el pie la lata que contenía la repugnante infusión y ambos se agacharon para recogerla y estuvieron a punto de chocarse las cabezas como los protagonistas de una comedia de situación, soltando a la vez la lata para que el otro la recogiera. Al final fue ella quien se adelantó y la levantó del suelo.

—Iré a ver cómo están los caballos —dijo Noah retrocediendo.

Ren asintió, y él se fijó en su tez pálida y en el fulgor de su cabello iluminado por la luz de la fogata. Con el forro polar color berenjena y el impermeable rojo abierto por encima, los mechones rubios y rebeldes y sin maquillaje, se le antojó más guapa que cuando la vio llegar al rancho.

Se giró sobre sus talones y se encaminó hacia donde estaban los animales, aliviado de poder poner algo de distancia entre ellos.

Tanto hablar de familia y de ser un equipo le había hecho recordar lo unido que estaba a sus hermanos cuando eran pequeños. Salían a cabalgar al caer el sol, iban a pescar al lago, a nadar cuando hacía calor, echando carreras para ver quién era el primero en llegar al centro y volver. Había competitividad, jerarquías, disputas y peleas, pero todo ello se reducía a las cosas tangibles de la vida. Subirse a una silla de montar, marcar el ganado, dar de comer a las gallinas, comer en torno a la mesa, reírse y darse empujones unos a otros de camino a la escuela. Estaba todo allí, era algo a lo que aferrarse. Pero en el grupo de música no había nada. Solo idolatría y gloria, y eso los cambio.

En el pasado, si surgía un problema, podían resolverlo a golpes en el patio o echar una carrera de caballos o desaparecer sin más hasta que se les hubieran bajado los humos y pudieran pensar con claridad. Pero en el grupo estaban siempre pegados unos a otros, atrapados en el autobús de la gira, en los hoteles, en los camerinos, y sus egos chocaban. Las disputas traviesas se convirtieron en súbitos enfrentamientos airados. Las costumbres se convirtieron en enfados.

Mientras revisaba los ronzales de los caballos, empezó a pensar en aquella vez que, situado frente a la puerta de su representante, había oído a su hermano Jack decir: «El problema es la novia. Si Noah no tuviera novia, todo iría bien. Pasaría por el aro».

Jack, que buscaba siempre la manera más rápida de llegar a lo más alto, ya fuera con halagos o con evasivas, sin importar lo egoísta que pudiera resultar. Jack, a quien le sentaba tan bien la fama. Y Noah, a quien no le sentaba nada bien.

Una semana más tarde, se publicó una noticia que vinculaba a Noah con una joven actriz. Recordaba haber empotrado a Jack contra la pared, furioso, antes de que Logan lo separase mientras Jack se limitaba a sonreír con las manos en alto, diciendo: «Lo siento, tío».

Le habría gustado disponer de una última oportunidad de liarse a golpes con su hermano. Solo para quitárselo de encima.

Se descubrió a sí mismo apoyando la frente en el cuello de Blue, con los ojos cerrados, para inhalar su cálido aroma familiar. Entonces, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, se apartó, sintiéndose como Ren cuando se había burlado de ella por abrazar a la astuta vaquita.

Se retiró el pelo de la cara y dejó escapar el aliento con un resoplido.

—Contrólate, Noah —se reprendió a sí mismo en voz baja.

Al mirar hacia donde ella se encontraba, trajinando con la tienda y las bolsas, de pronto la vio como una niña pequeña que anhelaba una familia, aguardando esperanzada cuando se acercaban los coches elegantes. Cerró los ojos, no quería imaginársela de ese modo, dulce y vulnerable. Pensó en su amplia sonrisa, en sus ojos enormes. Descubrió que quería que fuese feliz. Nunca antes había sentido algo así; había querido que la gente estuviese sana, a salvo, enamorada, pero jamás había mirado a una persona y había pensado que merecía ser feliz.

Sacudió la cabeza, dio una patada a un montón de agujas de pino secas y amarronadas y, con las manos hundidas en los bolsillos, regresó lentamente hacia el campamento, decidido a meterse en esa tienda de campaña e irse a dormir.

Hasta que la vio rebuscando en las mochilas y la oyó decir:

—Se me ha empapado el saco de dormir.

—¿Qué?

Ren se incorporó, llevando consigo un saco de dormir, cuyo tejido azul claro había adquirido un tono azul marino a causa del agua y goteaba formando un charco en el suelo.

—Se ha debido de estropear el aislante.

Noah cerró los ojos un instante, porque aquello era lo último que necesitaba. Se trataba del saco de dormir de Willow, y no tenía ni idea de la última vez que debía de haberlo usado.

Había refrescado conforme anochecía, de modo que dijo:

—No te preocupes, juntaremos todo lo que esté seco y haremos…

—… un nido —concluyó Ren por él, conteniendo una sonrisa nada más decirlo, porque ya parecía conocerlo lo bastante bien como para anticipar su reacción tanto a la palabra como a la situación.

Noah tuvo que hacer un esfuerzo por no sacudir la cabeza en señal de desesperación.

Cuando hubieron amontonado dentro de la tienda todas las prendas secas que tenían, Ren entró detrás de él y el cabello rubio se le enganchó en los dientes de la cremallera de la entrada, soltándole la coleta.

—¡Qué acogedor!

Noah solo quería irse a dormir. Le dolía la cabeza. No quería tener que seguir hablando. Deseaba poder recuperar la versión de sí mismo que habría dormido a la intemperie si se le hubiera olvidado el saco de dormir, la que no habría comido si no hubiera comida y no habría tomado infusión de agujas de pino a falta de una bebida caliente en condiciones.

Como si eso fuera poco, en cuanto Ren entró en la tienda, él alcanzó a oler su champú, y no quiso ni pensar en lo que sería tumbarse lo bastante cerca de ella como para verle las pecas de la nariz o fijarse en sus pestañas mientras dormía. Pero la temperatura seguía bajando y, si bien antes había asegurado que podría dormir fuera, sabía que sería una absoluta locura.

Ren sacudió el mullido saco de dormir gris y lo extendió sobre ambos.

—*Voilà!* —exclamó, y le dirigió su radiante sonrisa de dientes torcidos—. ¿Te parece bien?

Noah suspiró y, dejándose llevar por su entusiasmo, respondió:

—Me parece bien.

A continuación, Ren procedió a ponerse el sombrero y a envolverse alrededor de la cabeza la bufanda que le había prestado Loriana, confiriéndole un aspecto de momia egipcia. Después, tras muchas vueltas y reajustes, durante los cuales le dio una patada en la pierna sin querer, por fin se quedó quieta, pero él percibía lo cerca que estaba de su cuerpo.

—Estás temblando —le dijo.

—Qué va, estoy bien.

—Ren, te oigo castañetear los dientes.

—Ya entraré en calor.

Noah cerró los ojos, resignado.

—Puedes… eh… —Hizo una pausa, avergonzado—. Puedes pegarte más a mí si quieres. Para compartir el calor corporal, ya sabes.

Ella lo miró por encima del hombro con una sutil sonrisa de suficiencia.

—Por una cuestión de supervivencia —aclaró Noah.

—Por una cuestión de supervivencia —repitió ella en un tono de fingida seriedad.

—Vale, como quieras, solo era una sugerencia. —Se subió el abrigo hasta la mandíbula—. Si quieres quedarte ahí tiritando, por mí bien.

—Estaba de broma —le dijo ella riéndose—. No te preocupes, eres un chico guapo, Noah, pero no me pareces tan irresistible como para no acurrucarme a tu lado si eso impide que nos muramos de frío. Somos adultos.

Noah no se sentía como un adulto. Se hallaba dividido entre el inesperado placer que le provocaba que le hubiera llamado guapo y su deseo de alejarse todo lo posible de ella y de los sentimientos que despertaba en él.

Levantó el brazo y ella se acurrucó contra su cuerpo. Los separaban varias capas de ropa, pero encajaba con él a la perfección y le pareció un gesto tan natural que hubo de esforzarse por bloquearlo. Aunque le resultaba difícil teniendo la cara a escasos centímetros de su sedoso cabello, de un dorado pálido a la luz de la luna, y acomodó la mano por debajo de sus costillas para poder sentir el movimiento de su pecho con cada respiración. Se preguntó si, al igual que él, ella estaría atormentada por la cercanía, con los ojos como platos.

—Buenas noches, Noah —dijo entonces ella alegremente, con su buen humor habitual—. Que duermas bien.

Y Noah se dio cuenta de que, en efecto, no le parecía irresistible.

—Buenas noches, Ren —respondió, más resignado, y hundiendo la cara en el cuello de su abrigo, se quedó tumbado mirando la pared de nailon de la tienda, tratando de hacer lo que hacía siempre: bloquear todo lo que sucedía dentro de su cabeza.

Capítulo diecinueve

—¡Noah! ¡Noah, despierta! Noah, estás gritando. ¡Noah!

Ren había intentado despertarlo con suavidad, pero empezó a zarandearlo con fuerza. Estaba gritando y revolcándose, y tenía la cara bañada en sudor o en lágrimas.

—¡Noah! —gritó de nuevo, esta vez más cerca de su oído, al mismo tiempo que le daba un fuerte empujón en el brazo.

Noah se incorporó de golpe con un grito ahogado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Livvy? —Contempló la tienda a su alrededor, con los ojos desencajados por el pánico y la respiración acelerada.

—Noah, estás en la tienda de campaña conmigo, Ren. —Se señaló a sí misma tratando de aparentar calma, pero en la oscuridad, asustada de por sí tras verse arrancada del sueño por sus gritos, y aún más por la expresión atormentada de su mirada, se sentía cada vez más inquieta, como si el suelo bajo sus pies fuera menos estable —. No pasa nada —le dijo, acariciándole la espalda con suavidad. Daba la impresión de que hacía solo unos minutos estaba allí tumbada, tratando de dormir, con el brazo de él rodeándola, sintiendo el calor de su cuerpo, con los sentidos alerta y totalmente despierta, como nunca antes. Y en ese momento, sin embargo, le parecía que aquello había sido un sueño y esto otro la realidad—. Tranquilo, no pasa nada.

Evaluando dónde se encontraba, Noah apoyó la frente en el pulpejo de la mano y empezó a tomar grandes bocanadas de aire.

Ren, que sentía el estruendo de sus propios latidos, no pudo hacer más que esperar a que terminara de despertarse. Con una mano todavía en su espalda y la otra acariciándole suavemente el antebrazo.

Noah, tratando aún de sosegar su respiración, estiró la mano, se bajó la cremallera de la cazadora de cuero y se la quitó como si estuviera asfixiándolo, junto con los jerséis, hasta quedarse solo con una camiseta de manga corta. Tenía la piel empapada de sudor y el cabello despeinado tras haberse arrancado las prendas de ropa.

Tocarlo le parecía de pronto más íntimo al no tener todas esas abultadas capas de ropa. En su lugar, Ren se giró para agarrar su botella de agua, le quitó el tapón y se la alargó.

—Gracias —respondió él, todavía sin aliento, antes de dar un par de tragos largos.

Ella aguardó.

Noah bajó la botella y dejó la cabeza colgando mientras trataba de recuperar la respiración. Ella alcanzaba a ver el sudor sobre su piel, reluciente bajo la luz de la luna que se colaba en el interior de la tienda. El viento soplaba con fuerza en torno a ellos y reverberaba en el reducido espacio.

Mientras lo observaba calmarse, sintió que su propio miedo comenzaba a disminuir, siendo sustituido por otra cosa, algo que la dejó sin respiración al ser consciente una vez más de la cercanía, de la intensidad, de la dolorosa tristeza que traslucían sus ojos. Le vio pasarse una mano por el pelo.

—Vaya —murmuró tras respirar hondo—. Perdóname. Siento haberte despertado.

—¿Te ocurre a menudo? —le preguntó ella.

Noah sacudió la cabeza, dio otro trago de agua y a continuación le devolvió la botella.

Parecía que seguía costándole respirar con normalidad, de modo que le preguntó:

—¿Seguro que estás bien?

—No lo sé —respondió con un suspiro—. Parecía muy real. —Hundió ambas manos en su pelo y se quedó así, con los brazos levantados y los codos hacia fuera—. Nunca he soñado con ella… —Se detuvo y dejó caer las manos frente a él.

Con cautela, Ren estiró el brazo para tocarle el hombro en un gesto de consuelo, intentando ignorar lo consciente que era de aquel

movimiento. Estaban a oscuras, todo le parecía más cercano, más íntimo, el espacio más reducido.

Pero Noah no pareció darse cuenta y se apretó los ojos con el pulgar y el índice.

—Joder, ha sido…

—¿Quieres hablar de ello?

—No. —Noah se rio como si fuese incapaz de imaginar nada que le apeteciera menos.

—No es ningún delito hablar de las cosas que te han pasado, Noah —le dijo ella—. Lo sabes, ¿verdad?

Noah le dirigió una mirada ligeramente desdeñosa antes de responder con sequedad:

—Lo sé, Ren, pero muchas gracias por recordármelo. —A continuación volvió a tumbarse, con el saco de dormir por la mitad de las piernas, vestido aún solo con la camiseta y los vaqueros, y se quedó mirando el techo de la tienda.

Ren suspiró y se tumbó también, subiéndose el saco por debajo de los brazos, y miró con él el techo inclinado de la tienda.

—¿Nunca antes habías soñado con ella? —preguntó transcurridos unos segundos.

—No.

Giró la cabeza para mirarlo.

—¿Piensas mucho en ella?

—Intento no hacerlo —respondió él mirando al techo—. Intento no pensar en nada de eso. —Entonces la miró y reparó en su expresión —. No me mires así.

—¿Así cómo?

—Ya sabes —le dijo él incorporándose sobre un codo—. Juzgándome. Como si estuviera equivocado.

Ren se apoyó también sobre el codo.

—No he dicho que estuvieras equivocado.

—Pero lo piensas.

—Bueno, es que estás equivocado —respondió encogiéndose de hombros—. Pero antes no había dicho que lo estuvieras.

—Tu cara dice siempre lo que piensas —dijo él, dejándose caer de nuevo, exasperado.

—Entonces es una suerte que no me haga falta decírtelo. —Ren fingió una dulce sonrisa, pero él evitaba mirarla.

Se quedaron tumbados uno al lado del otro, ambos callados. Dentro de la tienda hacía frío. Ren veía en la penumbra la nube de vaho de su respiración. Notó que estaba temblando y trató de disimularlo.

—Si lo bloqueas todo, Noah —dijo suavemente en un tono conciliador—, no podrá salir nada. Ni siquiera las partes buenas.

Él no respondió, pero le oyó inspirar profundamente, con resignación.

—Estábamos de gira por Asia cuando me enteré de que se estaba muriendo —admitió entonces en el silencio—. Me levanté y abandoné el camerino del estadio sin mirar atrás. —Hizo una pausa y Ren sintió que los latidos de su corazón inundaban el silencio—. En aquel momento supe que jamás regresaría. Que jamás volvería a poner un pie en un escenario. Cosa que, en su momento, era lo único que deseaba. Pero de pronto el precio que tenía que pagar para conseguir lo que deseaba me pareció demasiado elevado. —Se rio con amargura. Ren se quedó mirando el tejido del saco de dormir —. En el avión, sabía que estaba volando de vuelta a casa para verla morir, y una parte de mí no quería aterrizar. Quería quedarme detenido en el cielo. Eso es lo único que recuerdo del sueño, dar vueltas y más vueltas, la sensación de no bajarme nunca de ese avión. —Cerró los ojos y ella vio sus pestañas extendidas sobre las mejillas.

Se preguntó si eso sería todo, si se daría la vuelta y volvería a dormirse. Ella no quería volver a dormirse. Se dijo a sí misma que era por el miedo, cuando lo que quería en realidad era un poco más de lo que fuera que tuvieran en aquel momento. Tiempo lejos del tiempo. Noah desprevenido.

Se giró hasta colocarse de costado, escondió las manos debajo de la mejilla y dijo:

—¿Tienes una foto suya?

—¿De Livvy? —preguntó él, girando la cabeza sorprendido.

—Sí.

Se quedó callado, evidentemente sin saber cómo responder, pero a continuación se incorporó y estiró el brazo para sacarse la cartera del bolsillo de atrás. Tras revisar los distintos compartimentos, sacó una vieja fotografía arrugada y se la entregó a Ren sin decir nada. Después se estiró para alcanzar los jerséis que había arrojado a un lado y volvió a ponerse uno.

Ren se quedó mirando a la chica de la fotografía para no mirar a Noah mientras se vestía. Allí estaba. Livvy. Cabello largo, brillante y castaño, ojos oscuros, una boca dulce. Como sospechaba, delicada, etérea, perfecta. No más de dieciocho años.

—Es preciosa —dijo, devolviéndole la foto.

«Ni te atrevas a ponerte celosa, Ren».

—Sí. —Noah aceptó la foto y se quedó mirándola también durante un par de segundos antes de llevarse la mano al pecho—. Qué curioso, es como ver a un viejo amigo al que no veías desde hace años.

Volvieron a quedarse tumbados en silencio. Ren observaba su perfil en la penumbra y él miraba al techo, sin parpadear. Oía los sonidos de la noche en el exterior de la tienda. El ruido de los caballos al moverse. El ululato de un búho. Los árboles como maracas en el viento.

—¿De qué murió?

—Un linfoma —respondió—. Fue muy rápido.

—¿Tú estabas allí?

Noah asintió despacio, como si solo estuviera prestando atención a medias.

—Al final sí. Pero… —tragó saliva— tardó un tiempo en decírmelo, así que… —Frunció el ceño y desvió la mirada durante un segundo.

—¿Por qué no te lo contó?

Entonces se rio, como si supiera que iba a hacerle esa pregunta porque siempre hacía demasiadas preguntas, pero se limitó a negar con la cabeza y respondió:

—Me dijo que era porque deseaba que fuese normal el máximo tiempo posible.

Ren descubrió que le costaba respirar mirándolo a los ojos. Deseaba estirar el brazo y tocarlo, apoyar la mano en su pecho. Y,

pese a no querer ser esa clase de persona, no pudo negar la punzada de envidia que la invadió al imaginar lo que debía de sentirse al gozar del amor incondicional de alguien tan inquebrantable como Noah Carter.

—Eso es lo que querría yo, que todo siguiera igual. En cuanto la verdad sale a la luz, bueno… —hizo una pausa, pensando en su situación particular, en el miedo a revelar su secreto—, ya no puedes volver a esconderla.

—No —respondió él con una sonrisa triste ante aquel razonamiento. Después dejó escapar el aliento lentamente, levantó la vieja fotografía y volvió a mirarla—. Pero sentí que la había decepcionado al no estar a su lado lo suficiente.

A Ren aquello la tocaba muy de cerca. La sensación de pérdida se agitó dentro de ella; la impotencia, el dolor implacable del amor que la impulsaba y la aterrorizaba al mismo tiempo.

Transcurrido un minuto o dos, Noah continuó:

—Mientras sucedía todo, cuando estábamos de gira, no pensaba que estuviera ocurriendo nada importante sin mí. Estaba donde estaba y pensaba que estaba metido hasta el cuello.

Ren sonrió también para transmitirle su comprensión, pero aquel deseo desconocido de acercarse y apoyar la cabeza en su hombro, de cerrar los ojos contra su cuello y abrazarlo, la hizo apartarse ligeramente y tensar el cuerpo.

Él tragó saliva y ella observó el movimiento de su garganta.

—Supongo que siempre me he sentido mal porque la dejé para irme con el grupo, con mis hermanos.

Ren miró la fotografía y dijo:

—Noah, eras un crío. ¿Cómo ibas a saber que sucedería algo así?

Fuera, una ráfaga de viento lanzó gotas de lluvia de las hojas contra el nailon de la tienda.

Noah ladeó la cabeza ligeramente mientras observaba la foto con mayor detenimiento.

—Sí. Viendo esta foto, me doy cuenta de lo jóvenes que éramos. Es fácil olvidarse de eso.

—Si nunca hablas de las cosas, Noah —respondió ella en voz baja —, no logras entenderlas y no las dejas atrás.

Noah la miró y asintió con un leve movimiento de la barbilla.

—Gracias —le dijo—, por escucharme.

—De nada.

Volvió a meter la foto en la cartera y se incorporó para guardarla en el bolsillo, y el movimiento de pronto los acercó más. Colocó la cabeza justo por encima de la de Ren y los ángulos de su cara se vieron realzados por la luz de la luna, sus ojos, al mirarla, parecieron oscurecerse, y dio la impresión de contener la respiración.

Fue como si la tienda, de pronto, se viera envuelta en una intensidad claustrofóbica. El aire, que hasta entonces era frío y convertía su aliento en nubes de vaho, de pronto se le antojaba asfixiante. Estaban solo ellos y el viento de fuera, que silbaba entre los árboles.

Ren no sabía qué hacer. Por lo general, diría algo gracioso o cambiaría de tema, añadiría algo liviano e inesperado para aliviar la tensión, pero era incapaz de pensar en nada que no fuera la expresión de sus ojos, la cercanía de su boca y la arruga que se le había formado en el cuello del jersey, y se fijó en el hueco de su garganta, en su piel bronceada y en esa boca que no sonreía con frecuencia pero que cuando lo hacía le provocaba un cosquilleo por dentro. Y de pronto le dio igual que no hubiera besado nunca a nadie. Lo único que deseaba era que Noah Carter agachara la cabeza en aquel preciso instante y se entregara a algo que, se daba cuenta en ese momento, llevaba cociéndose entre ellos desde que entrelazaran las manos cuando se guarecían de la tormenta. Pero algo le indicó que no lo haría. Que no se tomaría esa libertad. Y que no debería. Tampoco ella. Acababan de estar hablando de su pobre novia, con la que había soñado y que había muerto demasiado joven.

Pero aun así Ren solo podía pensar en la posibilidad de que la besara o no la besara, en el hecho de que deseaba, o había creído desear, que lo hiciera.

El viento sacudió la tienda, las mejillas empezaron a quemarle, carecía de experiencia suficiente para algo así, de manera que, sin saber qué otra cosa hacer, dijo para romper el tenso silencio:

—No vine a Autumn Falls porque me gustara el nombre.

Y aquello bastó para transformar la atmósfera de la tienda en un instante. De pronto Noah se quedó apoyado sobre la mano, mirándola con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

Ren sintió que el rubor abandonaba sus mejillas y el pánico disminuía. Tragó saliva, se incorporó y, con un suspiro resignado, confesó:

—Contraté a un detective privado para averiguar quiénes eran mis padres. —Ahí estaba, su enorme secreto, que había estado plantado en su cabeza, echando raíces cada vez más profundas. La pequeña fantasía que no le había contado a nadie.

—¿Estás de broma? —preguntó Noah, dejando escapar un suspiro de sorpresa.

—No —admitió ella recogiéndose el pelo detrás de la oreja.

Él enarcó las cejas, animándola a continuar.

—¿Y?

Ren se quedó mirando el patrón de diamantes cosido sobre el saco de dormir.

—Descubrió quién es mi madre. —Aquella era su preciada joya. Su secreto. Suyo y solo suyo. No quería decirlo. No quería que otras opiniones o pensamientos mancillaran su joya—. Es Loriana.

—¿Loriana la de la cafetería? —preguntó él, como si pudiera haber otra Loriana—. ¿Loriana la de Hank?

Ren asintió.

Noah abrió la boca para decir algo, después la cerró y, finalmente, dijo:

—Vaya.

Ren apartó la mirada y se quedó mirando el saco de dormir, plegando la tela con los dedos. Sentía como si le hubieran arrancado algo del cuerpo y deseaba recuperarlo de inmediato. Pero, al volver a levantar la vista, lo vio mirándola con lo que solo pudo describir como preocupación. Estaba tan poco acostumbrada a aquello que, de nuevo, pensó en lo que sentiría si Noah estirase el brazo, le rodeara las mejillas con las palmas callosas y frías de las manos y agachara la cabeza para besarla. O quizá si se limitara a darle un

abrazo y ella pudiera apoyar la frente sobre la suave lana de su jersey y sentir sus brazos rodeándola con fuerza para tranquilizarla.

Oyó en su cabeza la voz de Liane, su amiga del hogar de acogida: «Si no lloras no te afecta». ¿En qué estaba pensando?

Frente a ella tenía a un hombre que, al parecer, había rechazado cualquier atisbo de sentimientos desde hacía quién sabe cuánto tiempo. Un hombre que pensaba que ella hablaba demasiado, decía cosas que no quería oír, se reía con demasiada frecuencia, era un estorbo, hacía cosas que no debía y decía todo lo que pensaba. Y lo único que Ren había jurado proteger con mayor ferocidad que cualquier otra cosa desde que abandonara el hogar de acogida era la valiosa versión auténtica de sí misma.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie —se apresuró a pedirle.

—No lo haré —respondió Noah meneando levemente la cabeza.

Siguió una pausa. El viento agitaba los pinos de fuera.

—Estoy perplejo —añadió él volviendo a tumbarse.

Ella se tumbó también, aliviada de que no le hiciera más preguntas. De poder guardar de nuevo su secreto y encerrarlo bajo llave.

—Pero sí que me gusta el nombre del pueblo.

Noah soltó una carcajada grave.

Mirando al techo de la tienda, Ren sentía el pánico anterior con menor intensidad, como si el verdadero motivo de su presencia allí la ayudara a pensar con claridad.

Junto a ella, Noah entrelazó las manos por detrás de su cabeza y dijo:

—Bueno, desde luego has conseguido que me olvide de mi sueño.

—Me alegra haber sido de ayuda —contestó ella con una risa suave y, tras unos segundos, agregó—: Estoy segura de que volverás a encontrar la felicidad, Noah. No me cabe duda.

—Era perfectamente feliz antes de que aparecieras, Ren —respondió él con tono burlón—, ¡y me obligaras a hablar de todo!

Por instinto, Ren le dio un manotazo en el brazo a modo de respuesta y, de pronto, se sintió rara por haberlo hecho, por miedo a que pensara que estaba flirteando.

—¡Oye! —exclamó entonces él, como si le hubiera hecho daño de verdad. Y ella se rio con demasiada vehemencia. Daba la impresión de que ambos volvían a ser versiones más alegres de sí mismos. Exagerándolo todo para que pareciera normal. O quizá fuese solo ella.

Antes de que ninguno pudiera decir nada más, se dio la vuelta para no verlo.

—Buenas noches, Noah.

—¿Ren? —le oyó decir entonces.

—Dime. —Se quedó mirando hacia el otro lado.

—Estás temblando otra vez.

—Ya se me pasará —respondió ella cerrando los ojos.

Pero él se acercó más, la rodeó con el brazo y tiró de ella suavemente hacia sí. Aquella exquisita tortura casi le dio ganas de llorar. Jamás dormiría. En su lugar, se quedó allí tumbada, con los ojos como platos, tratando de no pensar en nada pero pensando en todo; en la adictiva preocupación de los ojos de Noah, en la severa desaprobación de Liane, en la tristeza inmortalizada de la hermosa y etérea Livvy, y en lo que significaría que Noah la mirase del mismo modo que miraba aquella fotografía.

Pero no había nada con lo que Ren estuviese más familiarizada que con la sensación de desear algo desesperadamente y ser incapaz de tenerlo.

Capítulo veinte

—¡Arriba, arriba!

Noah abrió un ojo y vio el sol que entraba en la tienda, junto con la cara sonriente de Logan.

A lo largo de la noche, Ren y él habían permanecido acurrucados juntos, pegados el uno al otro.

—¿Qué hora es? —preguntó, incorporándose para separarse de ella lo más posible de manera sutil. Aunque no lo bastante sutil para evitar la intrigante sonrisa de suficiencia de su hermano.

—¡La hora de que os despertéis de una vez, dormilones! —repuso Logan, ampliando más aún la sonrisa al ver a Ren bostezar y mirar a su alrededor con los ojos somnolientos—. No puedo creerme que aún no os hayáis levantado. Os estábamos esperando.

Entonces apareció de pronto dentro de la tienda otra cara, enmarcada por una rizada melena castaño rojizo, con una sonrisa tan amplia como la de Logan. Era Willow.

—¡Qué acogedor parece esto!

A Noah no le hacía ninguna gracia.

—Ah, hola, Willow —dijo Ren.

Viendo la cara de Noah, se notaba que Logan estaba intentando controlarse con las bromas y, en su lugar, dijo:

—Tenemos comida. Willow ha venido a caballo esta mañana temprano…

—Al despuntar el alba —aclaró Willow.

—Creí que no tenías permitido montar a caballo —le dijo Noah, mirando a cualquier parte menos a Ren. Muy consciente de la noche que habían pasado: la pesadilla, la cercanía, el deseo arrebatador de inclinarse para besarla, el anhelo evidente en los ojos de ella antes

de que revelara el verdadero motivo de su presencia en Autumn Falls.

—Era una emergencia —dijo Willow.

—Vestíos —concluyó Logan—, y os ayudaré a juntar a los animales. —Señaló al ganado, situado a su espalda.

Noah se levantó.

—Estamos vestidos —declaró, y pasó por delante de sus hermanos, sabiendo que estaba mostrándose excesivamente irritable, pero sin poder evitarlo; se sentía avergonzado, desprevenido al pensar que lo habían pillado acurrucado con Ren—. No sé cómo hemos podido dormir tanto —dijo pasándose las manos por el pelo. Después, ignoró deliberadamente la sugerente mirada que intercambiaron Logan y Willow y fue a lavarse los dientes.

Ren afrontó mucho mejor la situación y, mientras enrollaba el saco de dormir, y sin una pizca de vergüenza, dijo:

—Seguramente haya sido la infusión de agujas de pino.

A continuación siguió a Noah para ir a buscar la pasta de dientes.

—¡Bonito abrigo, Ren! —exclamó Willow.

Ren hizo un pequeño giro con su impermeable rojo fresa.

—¡Gracias! Pero se me desgarró con la tormenta.

—Y menuda tormenta —repuso Willow, recogiéndose el pelo mientras hablaba—. Mamá estaba muy preocupada por todos. Pero yo imaginaba que estaríais bien —agregó con un guiño.

—Qué mentirosa —dijo Logan—. Bella ha dicho que estabas aterrorizada.

Willow hizo una mueca como si aquello fuese una exageración.

—Yo sí que estaba aterrorizada —confesó Ren—. Ese árbol casi nos mata. —Señaló el pino gigante que había caído la noche anterior.

Mientras todos mostraban su asombro, Noah se dedicó a lavarse los dientes y después la cara con el agua de su cantimplora. Agradecía que hubiera más gente, que la noche hubiera acabado. Veía aún la cara de Livvy, recordaba el sabor del terror en la boca, la negrura vacía. Y sin embargo anhelaba curiosamente volver a estar a solas con Ren dentro de la tienda, con la mano de ella en la espalda, tan serena, ayudándolo a tranquilizarse. En su pequeño

mundo, los dos solos. Cerró los ojos un instante para intentar despejarse la cabeza.

—¿Papá y Hank están bien? —preguntó, tratando de aparentar normalidad.

—Sí. —Logan dio un par de pasos hacia él—. Hank se ha fastidiado la espalda. Papá se ha hecho daño en el brazo, algo le ha golpeado, pero está bien. Le he hecho un cabestrillo con una bufanda.

—Pareces Florence Nightingale.

Logan soltó una carcajada profunda y estruendosa.

—A mí me lo vas a decir. Willow ha venido esta mañana con un cabestrillo en condiciones.

—¿Y el rebaño? —quiso saber Noah.

—Asustado, pero parece estar bien —respondió Logan.

Noah intentó no distraerse con la risa de Ren al decirle algo a Willow, y se sintió avergonzado por la idea de lo que pudiera estar diciéndole. ¿Le contaría la pesadilla que había tenido en mitad de la noche, o la necesidad de abrazarse uno al otro para entrar en calor? Deseaba que no hubiera sucedido nada de eso. Que Ren pudiera volver a ser simplemente la chica que le servía en la cafetería.

Dejó escapar un resoplido de agotamiento.

Deberían ponerse en marcha.

—¿Nos vamos, entonces? —sugirió, recogiendo diversas pertenencias con una eficiencia veloz. Resultaba más fácil ignorarlos a todos.

—Sí. —Logan empezó a recoger sus mochilas mientras Ren y Willow volvían a guardar la tienda en su bolsa.

—¿Has dicho que había desayuno? —le preguntó Ren a Willow, esperanzada.

—Pues claro —repuso Willow—. Hay un montón: *muffins*, café, huevos, salchichas… Mamá ha metido ahí toda la despensa. Habría traído más cosas, pero Big Mac ya va bastante lento de por sí.

Noah se detuvo al terminar de recoger sus cosas y dijo:

—¿Has venido montada en Big Mac?

Willow puso los brazos en jarras y lo fulminó con la mirada.

—¡Le diste mi caballo a Ren! Así que sí, he venido con Big Mac.

Noah soltó una carcajada sin poder evitarlo. Aquella divertida conversación sirvió para aliviar la tensión de la mañana.

—¿Big Mac? —preguntó Ren.

Noah dejó que contestara Willow, pues le costaba trabajo mirarla directamente.

Willow sacudió la cabeza.

—En realidad se llama Macaulay, pero es tan viejo y gordo que todo el mundo lo llama Big Mac. —Señaló al enorme caballo color caramelo que pastaba plácidamente, con su abultado vientre y el pelo blanco bajo la barbilla que le había hecho parecer viejo desde que nació.

Ren se rio, aparentemente sin poder evitarlo, pero dijo:

—Me parece un poco cruel.

—A él le da igual —respondió Noah, pensando que no parecía en absoluto preocupada por lo que había sucedido la noche anterior—. Está siempre a dieta, pero se la salta y come todo lo que encuentra. —Pero ¿era posible que ella también estuviera evitando mirarlo deliberadamente? Terminó de sujetar el resto de las bolsas y agregó —: ¿Nos marchamos?

Logan asintió y contestó:

—Vamos a juntar a estas vacas.

—Tú llévate a Star —le pidió Ren a Willow.

Pero Willow negó con la cabeza y caminó con sus elegantes andares de bailarina hasta donde se encontraba Big Mac, dócil y a la espera.

—Qué va. A decir verdad, a mí me encanta ir montada en Big Mac. Es bastante cómodo. Como ir montada en un sofá.

Willow volvía loco a Noah, pero había de admitir que era divertido tenerla cerca. Era igual que su madre: siempre añadía algo de alegría a las actividades. Si fuera por su padre y por él, se pasarían en silencio las veinticuatro horas del día.

Lo cierto era que se parecía un poco a Ren.

Ren se había acercado hasta donde él estaba con Blue y Star, y lo miró con incertidumbre mientras metía el pie en el estribo.

—¿Estás bien? —le preguntó Noah, mientras en un acto reflejo estiraba la mano para ayudarla a montar, aunque enseguida se dio

cuenta de que no era necesario.

—Sí —respondió ella con una sonrisa, quizá algo cohibida, y Noah volvió a sentir el nudo en el estómago ante la posibilidad que se les había presentado en aquel instante fugaz en el que sus miradas se encontraron dentro de la tienda.

—Gracias por lo de anoche. Ya sabes, lo de la pesadilla y…

—De nada, Noah —lo interrumpió ella amablemente mientras se acomodaba en la silla.

Noah asintió, montándose en Blue, y reparó con fastidio en la mirada siempre atenta de Logan.

La tormenta había dejado a su paso un clima más amable. El sol asomaba entre los pinos mientras arreaban el ganado hacia el otro campamento.

Noah habría matado por una ducha.

Estaba agotado. Por lo general nunca dormía más de unas pocas horas, pero aquella noche se había quedado con los ojos abiertos escuchando la respiración de Ren y el viento que arreciaba contra la tienda, pensando lo que habría sido inclinarse hacia ella y besarla. La suave presión de sus labios. Le asqueaba pensar que había estado a punto de perder el control y permitir que sucediera. Debería haber sabido que no era apropiado. Ren nunca había besado a nadie, y ¿quién podría haber peor que él como primer beso? No se lo desearía ni a su peor enemigo.

Deseaba volver a estar solo en su caravana.

«Su caravana», pensó con melancolía. ¿Se habría deshecho de ella su madre para cuando regresara al rancho? No, jamás sería tan despiadada, pero el tiempo seguía pasando.

Cuando llegaron al lugar donde habían levantado el campamento los demás, Emmett y Hank los esperaban bebiendo café. Emmett tenía el brazo metido en el cabestrillo que Willow había llevado consigo.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Emmett mientras desmontaban y amarraban a los caballos. Noah sabía que no soportaría la debilidad que suponía la lesión. Rocky se le acercó corriendo y agitando el rabo de emoción—. Estábamos a punto de enviar una partida de búsqueda.

—Estaba durmiendo como un bebé —respondió Logan mientras entraban en el campamento, y se agachó para acariciar a Rocky.

—¡Durmiendo! —Emmett se recostó en la roca sobre la que estaba sentado, perplejo—. Ya hemos salido a reunir al ganado extraviado.

Sobre el fuego chisporroteaba una sartén con salchichas y había también cajas de *muffins* y una enorme jarra de café.

Noah se agachó a por el café y Rocky se le acercó corriendo. Puso los ojos en blanco mirando al perro y se preparó para otra ronda de burlas. Y, como era de esperar, Logan empezó a contarles a los otros dos que los había encontrado a Ren y a él durmiendo.

Pasándose la mano por el bigote, Hank intercambió una mirada de asombro con Emmett y, enarcando sus pobladas cejas blancas, dijo:

—¡Qué suerte tienen algunos!

—Pero Noah parece estar de muy mal humor después de haber dormido tanto —se burló Logan.

Ante lo cual Emmett se volvió hacia Noah y, con fingida amabilidad, preguntó:

—¿Querías que te lleváramos el desayuno a la cama, hijo?

Hank se rio.

Willow sonrió dando un mordisco a un *muffin*, mientras Logan hacía lo posible por no reírse, aunque se le notaba la sonrisa en los labios.

Noah los ignoró a todos y, en su lugar, se concentró en entregarle a Ren una taza y servirle un poco de café.

Mientras Emmett y Hank seguían riéndose a su costa, levantó la vista y, al cruzarse con la mirada de Ren, ella le guiñó un ojo. La solidaridad de aquel gesto lo detuvo. Notó que sus hombros se relajaban un poco, y en lugar de resistirse a las continuas burlas de los demás, de pronto se descubrió conteniendo una sonrisa. Como si el mero hecho de haber compartido un momento con Ren, de tener a alguien de su lado, hiciera que resultara divertido en lugar de algo que hubiese que soportar.

—Ren, ¿quieres huevos? —gritó entonces Willow. Y el momento pasó y Ren se acercó a hablar con ella sobre el desayuno.

Pero Noah se quedó con una sensación de sorprendente ligereza. Lo bastante como para ir a sentarse junto a su padre y, señalando el

cabestrillo con la cabeza, decir:

—¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Te has caído del caballo?

Cosa que hizo que a Emmett se le borrara de inmediato la sonrisa de suficiencia y lo mirase entornando los ojos.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió, y, a continuación, sacudiendo la cabeza, murmuró—: No me he caído de un caballo en toda mi vida.

Capítulo veintiuno

Se pusieron en marcha bajo un sol radiante. Las colinas bajas cubiertas de hierba se extendían hasta donde alcanzaba la vista, con tramos amarronados y las alargadas sombras de los pinos, que se desplegaban sobre la tierra como si fueran dedos. Emmett se puso a la cabeza del grupo como había hecho a lo largo del viaje y como siempre hacía. Hank se mantuvo en un flanco con Rocky, que disfrutaba metiendo en vereda a cualquier vaca descarriada. Ren y Willow se quedaron a la cola porque Big Mac tendía a pasear sin prisa y a Ren le gustaba arrear a Mildred y a las demás vacas rezagadas. De manera que Noah se vio obligado a cabalgar con Logan al otro extremo del rebaño.

Había perdido el sombrero en la tormenta, cosa que le resultaba molesta, porque le habría gustado calárselo hasta los ojos y subirse el cuello del abrigo para no tener que hablar, pero sin el sombrero veía a Logan mirándolo de vez en cuando, montado elegantemente sobre su caballo, Misty.

Oía a su espalda las risas de Ren y de Willow, y, a fin de no pensar en que había estado a punto de besarla, decidió pensar en su lugar en lo que le había contado acerca de Loriana. Intentó decidir si se parecían; desde luego compartían el mismo gusto colorido para la moda, y ambas eran proclives a expresar sus opiniones sin ningún filtro.

—¿Por qué no paras de mirar hacia atrás? —preguntó Logan.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

Noah miró hacia donde iban cabalgando Ren y Willow y se dio cuenta de que se sentía muy familiarizado con aquella imagen, pero no podía contarle a Logan lo que estaba pensando. No le gustaba

saber secretos. Según su experiencia, eso siempre conllevaba problemas. No le habían contado a su padre que habían hecho la prueba para el concurso de talentos. Livvy no le había contado que padecía una enfermedad terminal. Su hermano Jack no les había contado que su vida había saltado por los aires hasta que ya fue demasiado tarde. Ethan no quería contarles dónde estaba. Los secretos nunca eran algo bueno.

Pasaron junto a un inmenso charco formado por la tormenta de los días anteriores y un puñado de vacas, acaloradas, acudieron a meterse dentro para refrescarse.

—¿Todo bien entre Ren y tú? —preguntó Logan mientras esperaban.

Noah asintió. Volvía a ir montado a lomos de Dove y se concentró en su crin blanca como la nieve, pero, sin su permiso, el sueño de la noche anterior se reprodujo ante sus ojos como imágenes sueltas de una películas. Se tragó esa desagradable sensación, recordando cómo se había despertado gritando, el sudor que bañaba su piel, el miedo que aún aparecía reciente en su cabeza.

Levantó la vista hacia su hermano y descubrió que, por primera vez, deseaba contarle lo que había sucedido. Pero nunca hablaba de Livvy. Nunca hablaba de nada de eso.

Entonces pensó en Ren diciéndole que su manera de gestionar las situaciones era claramente errónea.

Desde la cabecera del rebaño, Emmett les lanzó un silbido para retomar la marcha. Rocky ladró.

Mientras arreaban a las vacas para que salieran del agua, se descubrió a sí mismo diciendo:

—Anoche soñé con Livvy. Fue bastante intenso.

Logan enarcó las cejas, visiblemente sorprendido por aquella confesión, pero no dijo nada, como si lo conociera lo bastante bien para saber que era mejor no presionarlo.

Pero, por primera vez, a Noah le apetecía hablar. Se sentía menos abrumado por el recuerdo. Le contó la esencia del sueño.

—Me desperté gritando, según parece —añadió, lanzándole una mirada avergonzada.

Logan sonrió con gesto comprensivo.

—Yo a veces sueño también con todo eso —le dijo, y se volvió para mirar hacia delante—. A veces es genial, es la primera época, los buenos tiempos. Pero a menudo sueño con Jack. —Noah se quedó mirando el pelaje de Dove, fijando la mirada en todos los pelitos individuales—. Por alguna razón, está bajo el agua y sé que no puede respirar, pero se ríe —prosiguió Logan—, y cuando trato de alcanzarlo para sacarlo del agua, retrocede. A veces logró asir el borde de su camisa, pero el tejido siempre resbala entre mis dedos y nunca consigo agarrarlo del todo antes de despertarme.

Se miraron el uno al otro. Noah no respondió, pero sintió cómo el horror de todo aquello le recorría el cuerpo. Logan se encogió de hombros como si no pudieran hacer nada al respecto.

En ese momento cabalgaban por un sendero embarrado, seco y agrietado a causa del calor del sol matutino, pero aun así conservaba tramos reblandecidos. A un lado había apilados un montón de árboles caídos, pero, más allá de eso, solo había hierba y pinos, las montañas y el cielo azul.

Hacía mucho que Noah y Logan no pasaban tanto tiempo juntos.

—Fue una época difícil para ti —comentó Logan.

Noah no respondió. Le resultaba incómodo ser el tema de conversación.

Tras ellos, alcanzaba a oír las risas de Ren y de Willow, que le llegaban transportadas por el viento.

—Fue demasiado tener que vivir algo así —agregó su hermano.

El sueño de la noche anterior había tenido un efecto sobre su cabeza, acercándolo todo más a la superficie, como si se hubiera formado una grieta en el tejido de sus recuerdos y todo ansiara escapar de allí. Recordaba el aeropuerto, los *paparazzi* con sus cámaras y sus preguntas incesantes. ¿Por qué volvía a casa solo? ¿Se había separado la banda? ¿Continuarían la gira sin él? Y él, en cambio, solo podía pensar que Livvy se estaba muriendo y que ella había sido su vínculo con la normalidad. ¿Qué haría sin ella?

Recordaba su puño al impactar contra el cámara. La escaramuza, los gritos, los insultos.

—¿Sabes que, cuando regresé, papá me estaba esperando en el aeropuerto? —le contó a Logan.

—¿En serio? —Su hermano abrió mucho los ojos en señal de sorpresa.

—Sí. —Noah asintió. Recordaba la mano de Emmett firme sobre su brazo, guiándolo entre la multitud hacia el coche—. Nunca en mi vida me alegré tanto de verlo —dijo, recordando aún el alivio que sintió—. Me llevó al hospital.

—Eso no lo sabía —contestó Logan, sonriendo con tristeza.

Aquella pequeña ventana de tiempo había sido igual que el avión que daba vueltas. Cuando pensaba que todo podría detenerse sin más. Jamás se había sentido tan pequeño como en aquel momento. Entonces recordó llegar al hospital y el peso de la mano de su padre aferrada a su hombro, y supo que todo iba a empeorar. Nada lo había preparado, no obstante, para la velocidad a la que cambiaron las cosas. La vida se encogió en un instante. Livvy en el hospital, sus suaves ojos esperanzados y llenos de valor conforme su cuerpo se debilitaba día tras día. Tubos y enfermeras y tristeza allá donde miraba. Su madre, con los ojos rojos; su padre, con rostro pétreo. Fragilidad. Pruebas. Resultados. Después, los cuidados paliativos. Y durante todo ese tiempo ella le hacía preguntas sobre Silver Sky: la gira, las riñas entre los hermanos, las travesuras que cometía Ethan o a quién había encandilado Brodie. Y cuando él respondió que nada de aquello importaba, Livvy lo miró y le dijo: «Eso es lo que me mantiene viva, Noah. Oír cosas sobre tu vida».

Cabalgando a través de las llanuras, de pronto sintió el mismo escozor de las lágrimas en los ojos. Recordó la voz dentro de él que le decía que solo tenía diecinueve años y que era todo excesivo, que solo deseaba volver a estar con sus hermanos, lejos de aquella responsabilidad.

—En el hospital, hubo un momento —le contó a Logan, sin dejar de mirar fijamente al frente— en el que no pude aguantarlo más y… —hizo una pausa, avergonzado por el recuerdo— me levanté y me fui.

—¿Qué ocurrió?

—Papá otra vez. —Noah miró a su hermano y vio de nuevo la sorpresa dibujada en su rostro—. Me encontró a punto de montarme en el caballo para marcharme a cualquier lugar con tal de huir. Y me

miró a los ojos y me dijo: «Vas a volver. Y te vas a sentar junto a la cama de Livvy y le estrecharás la mano. No vas a huir de esto, Noah. ¿Me oyes?».

—Muy propio de papá —contestó Logan con un resoplido.

—¿A que sí? —Noah miró hacia Emmett, situado a la cabecera del rebaño, y se quedó contemplando la silueta familiar de su padre.

—¿Y regresaste?

—Regresé.

Se decía a sí mismo que habría regresado de igual forma, pero nunca podría estar del todo seguro. Y siempre estaría agradecido a su padre por ello.

Le había estrechado la mano a Livvy y le había hablado sobre el grupo y sobre el futuro que habían imaginado. Lo había dicho como si aún hubiera esperanza de que se hiciera realidad: la casita que construiría en el rancho, la familia que formarían, sus hijos cabalgando a lomos de su primer caballo, comprarles sus primeras botitas, enviarlos a la escuela. La vida que habían planeado. Livvy y él. Así eran ellos. Novios desde siempre. Nadie los conocía como algo distinto, eran simplemente Noah y Livvy.

Pero Livvy se estaba muriendo y, en cierto modo, Noah se estaba muriendo también por dentro. Todo a su alrededor estaba impregnado de un miedo tan denso que se le había pegado a la piel como la oscuridad del bosque, siempre presente e impenetrable.

Más adelante, su lado del camino volvía a juntarse con el río Redemption, cuyas aguas se desbordaban sobre la llanura, resplandecientes a la luz del sol, y tres gansos planeaban por encima.

Al oír a su espalda la risa de Ren, pensó en todas las preguntas que le había hecho la noche anterior. Pensó en sus grandes ojos al decirle, sin la habitual desconfianza que empleaba la gente cuando le hablaba de Livvy, que ella también le habría ocultado su enfermedad solo para aferrarse a la normalidad. Siendo sincero consigo mismo, nunca había llegado a creer del todo a Livvy cuando se lo dijo, siempre sospechó que se lo ocultó a fin de protegerlo. Pero ahora, con aquellas palabras de validación por parte de Ren, cuando pensaba en Livvy y él riéndose al teléfono estando en Japón,

él quejándose sobre lo que fuera que le volviese loco y ella pidiéndole que le enviara fotos de la comida que estaba comiendo en Bali, y riéndose de sus irónicas anécdotas, que él siempre adornaba para hacerla reír, le parecía todo muy diferente a cuando su avión aterrizó y vio que ella ya no era simplemente Livvy, sino una Livvy enferma, una Livvy cautelosa, atenta a los gérmenes, incapaz de contraer un simple resfriado. De pronto, todos sus chistes se le antojaron forzados y su expresión se tornó preocupada. Le hizo preguntarse qué versión de él preferiría Livvy, y no le costó hallar una respuesta. Quizá sí que le hubiera ocultado su enfermedad para protegerlo, pero quizá también lo hubiera hecho para poder seguir siendo durante un tiempo la Livvy normal, despreocupada y divertida.

Contemplando las resplandecientes aguas del Redemption, se preguntó por qué aquello le parecía más doloroso. Porque, entendió entonces, en una versión la culpa era de él, en la otra versión no era más que un hecho de la vida. Y resultaba mucho más sencillo echarse esa carga al hombro. Creer de forma obstinada lo que deseaba creer, recordarse que, siendo por entonces tan jóvenes, y considerándolo ahora, tal vez el futuro no habría sido necesariamente tal como lo había imaginado. Su mecanismo de afrontamiento, al parecer, consistía en crear un mito y después grabarlo en piedra.

Siguieron cabalgando un rato más. Más zarzas y matorrales poblaban la ribera del río; flores de espino blanco, cardos espinosos, las onduladas hojas verdes del enebro. Penachos de nubes se deslizaban por el cielo azul y sus sombras dibujaban nuevas siluetas sobre el monte Starlight, siempre presente, observándolos a todos sin juzgar.

Había pasado mucho tiempo contemplando esos picos. En especial al verse enfrentado a la ausencia total de todo aquello que había conocido y amado. Pero, si bien había decidido alejarse de la fama, los paparazzi desde luego no se habían alejado de él. Aparecían allá donde iba y le sacaban fotos con el rostro demacrado y ausente. Especulaban acerca de una posible crisis nerviosa, seguían su camioneta cuando salía del rancho, y luego aquel vídeo en el que se

le veía salir del bar dando tumbos antes de caerse de cara. A Noah le daba igual. Lo deseaba. Deseaba que lo destruyeran. Había leído las declaraciones de prensa de Logan en las que pedía que lo dejaran en paz, que le permitieran llorar su pérdida en la intimidad, que mostraran algo de respeto. Pero Noah anhelaba pelearse. El futuro con el que había soñado —el que le había permitido soportar la locura de los años del grupo— se había esfumado por completo. Recordaba mirar hacia el monte Starlight y darse cuenta de que no sabía quién era. Tan solo el cascarón de una persona. Hueco por dentro. Y ni siquiera podía caminar por la calle sin que lo abordaran. De manera que se aisló del mundo y volvió a ser quien era a los diecisiete años: un ranchero. Y no había dejado de serlo desde entonces.

Logan estaba mirándolo con un gesto de preocupación fraternal. Noah pensó en lo horrible que le resultaba ser el objeto de la preocupación de los demás.

Mientras avanzaban en paralelo al cauce del Redemption, Logan se aclaró la garganta y, con menor autoridad que de costumbre, dijo:

—Me gustaría mucho disculparme, Noah. Creo que, como nunca antes habías hablado de ello, no había tenido que pedirte perdón… por obligarte a regresar al grupo. Ojalá te hubiera dicho que te quedaras, que estuvieras con Livvy en el rancho, que disfrutarais de aquel tiempo juntos antes de que ella se pusiera tan enferma. Yo sabía que no querías volver. Y te obligué a hacerlo. —Tragó saliva, elevó la cabeza hacia el cielo, después volvió a mirar a Noah y repitió—: Lo siento.

Noah se sintió horrorizado.

—No quiero que lo sientas —dijo casi sin pensar. ¿Era aquello lo que Logan había estado guardándose todo ese tiempo? ¿A todos sus hermanos les daba demasiado miedo decirle algo?

Miró hacia el horizonte, deseando de pronto encontrarse solo. ¿Culpaba a Logan?

La disculpa avivó algo oscuro dentro de él que yacía latente y deliberadamente ignorado; la creencia de que, en el fondo, tal vez sí

lo culpara, los culpara a todos. ¿Por qué no podían haberse quedado donde estaban, felices con lo que tenían?

Pero al mismo tiempo sabía que había ido por voluntad propia. Si de verdad hubiera deseado quedarse en el rancho, se habría quedado. Con el beneficio que le brindaba la distancia, sabía que no era una persona que hiciera las cosas que no quería hacer. Había abandonado el rancho porque era joven y todos sus hermanos se iban y, sin importar lo bien o mal que lo pasara estando de gira con Silver Sky, deseaba estar donde estuvieran sus hermanos. Eran divertidos, ridículos y estúpidos, y cuando no estaba con ellos los echaba de menos. Le gustaba más estar con ellos que sin ellos. Algo que, una vez más, seguramente nunca antes había admitido porque habría supuesto que deseaba estar con ellos más de lo que deseaba estar en casa con Livvy, iniciando el camino hacia la vida adulta.

Miró a su hermano y, en ese instante, se dio cuenta de que con la distancia llegaba la perspectiva. La lógica, la razón. La complejidad de los sentimientos, esa de la que no paraba de hablar Ren, pensó poniendo los ojos en blanco. Pero era innegable que constituía un alivio contar con una nueva manera de ver las cosas. Poder decirlo en voz alta. Como quitarse del pecho una enorme roca que lo oprimía. Tragó saliva y dijo:

—Sí que fue una época difícil. Pero siempre fue decisión mía regresar, Logan. Siempre.

Capítulo veintidós

Era la última noche del traslado del rebaño. La carretera para llegar hasta ellos seguía cortada por los destrozos de la tormenta, impidiendo que Bella y su madre pudieran llevarles provisiones, pero Willow había llevado consigo suficiente comida para alcanzarles hasta que volvieran a casa. Levantaron el campamento a última hora de la tarde y, en comparación con la noche anterior, no hacía frío. Podría decirse incluso que el clima era templado.

—¡Así debería haber sido el clima durante todo el viaje! —exclamó Logan al ponerse a encender el fuego.

El Redemption fluía al otro lado de los árboles y Ren sacó ropa limpia de su mochila y anunció:

—Voy a darme un baño. —Cosa que hizo reír a Willow.

Mientras Ren caminaba río arriba, se dio cuenta del alivio que sentía por poder alejarse de todos. Había intentado estar presente cuando cabalgaba con Willow, pero no podía parar de pensar en la noche que habían pasado dentro de la tienda. Sus ojos parecían desviarse con voluntad propia hacia Noah, que cabalgaba más adelante junto a Logan. El ancho de sus hombros, la silueta de su perfil cuando miraba hacia un lado. Pero, al quitarse la ropa y frotarse con el agua gélida del río, supo que tendría que olvidarse de ello. Noah Carter, perdido y atormentado, era una complicación que no podía permitirse en su vida. Por muy desgarradoramente perfecto que le hubiera parecido el momento, sabía que no era real.

Pero, cuando salió de detrás del montón de rocas donde se había vestido, allí estaba él, esperándola mientras se ponía un jersey gris limpio, descalzo, con el pelo mojado y retirado de la cara. Al verlo, se le cortó la respiración.

—¿Te has dado un buen baño? —preguntó él.

—El agua estaba helada —respondió, tratando de recuperar su habitual entusiasmo.

Se miraron el uno al otro durante un momento. Ren sintió que empezaban a calentársele las mejillas y el aire chisporroteaba en torno a ellos.

—No dirás nada de lo que te conté sobre Loriana, ¿verdad?.

—Jamás —respondió él.

—Gracias —le contestó con una sonrisa.

Noah volvió a echarse el pelo hacia delante y, caminando hacia donde ella se encontraba, dijo:

—He hablado con Logan… sobre el sueño de Livvy. No se lo habría contado de no ser por ti. Así que quería darte las gracias.

Ren intentó hablar, pero descubrió que no le salían las palabras teniéndolo tan cerca, tan familiar de pronto.

A lo lejos oían la charla de los demás en torno al fuego, preparando la comida. Noah no parecía tener prisa por volver. Se movió hasta quedar apoyado contra la roca que había a su lado y añadió:

—¿Qué vas a hacer con lo de Loriana? ¿Se lo vas a decir?

Ren se sentó en la roca también, quedando situada al lado de donde se había apoyado él, e intentó actuar con normalidad.

—No lo sé. Estoy tratando de reunir el valor.

Noah frunció el ceño.

—Eres una de las personas más valientes que conozco.

—No es cierto.

—Te enfrentaste tú sola a un tornado para salvar a una vaca.

—Supongo que sí —respondió ella riéndose.

—Me obligaste a mantener una conversación.

—Eso sí que fue valiente.

Noah arrugó los ojos, como si sonriera solo por el hecho de estar mirándola.

—A mí me parece que podrías enfrentarte a cualquier cosa. —Entonces pareció contenerse y, mirando hacia otro lado, añadió—: Sabrás lo que tienes que hacer.

Ren encogió las piernas sobre la roca y se las rodeó con los brazos.

—Eso espero.

Se quedaron callados un momento. Ren oyó el característico sonido de una lata al abrirse en el campamento, y a continuación risas, quizá porque el contenido hubiera salpicado por todas partes.

Miró entonces a Noah y él le devolvió la mirada.

Se recogió el pelo con timidez detrás de la oreja.

Él observó el movimiento, pareció reflexionar unos instantes y dijo:

—En la tienda, después de la tormenta, pensé que… —Hizo una pausa—. Puede que me equivoque, pero me dio la impresión de que iba a pasar algo.

Ren guardó silencio, sin atreverse a respirar, notándose el corazón en la garganta.

—Corrígeme si me equivoco —continuó él, como si se la estuviera jugando.

—Lo haré —contestó ella.

Noah se mordió el labio superior y asintió. A continuación desvió la mirada.

—Esto no me resulta fácil.

Ren se rio. Aquello ayudó a aliviar la tensión.

—No quiero que te quedes con eso —le dijo él, mirándola. Se quedó callado y se pasó una mano por el pelo en señal de frustración—. No sé qué es lo que estoy intentando decir. No me gustaría que ese hubiera sido tu primer beso, ¿sabes?

Ella tragó saliva. Los ruidos del campamento y del río se desvanecieron y solo pudo pensar en su boca mientras hablaba, en las diminutas pecas azules de sus ojos grises y en las arrugas que se le formaban alrededor al sonreír.

—Estaba pensando que —cerró los ojos un segundo, se estremeció y siguió hablando—, si quisieras a alguien a quien besar… Bueno, ya sabes, para que no…

A Ren le dieron ganas de hacer algún chiste, de romper la tensión, de decir algo frívolo y desacertado sobre su ofrecimiento de besarla, pero se obligó a guardar silencio, a dejar que se desarrollara el momento, escuchando los encabritados latidos de su corazón.

Noah la miró, preguntándole con la mirada, y ella asintió de forma casi imperceptible.

El movimiento hizo que le cayera el pelo por delante de los ojos. Noah estiró la mano y, con cautela, se lo recogió detrás de la oreja, después dejó la mano ahí, acariciándole la mejilla con la palma callosa y fría. Ren se preguntó si se le habría parado el corazón. Lo vio inclinarse hacia delante y, con gran delicadeza, sus labios rozaron los de ella, como un susurro. Tras ellos, tan solo los sonidos del río y del bosque. Entonces notó la otra mano de Noah en su espalda, atrayéndola hacia sí, igual que la había atraído durante la tormenta, cercano y protector, pero esta vez, cuando sus labios se encontraron, fue con urgencia, con necesidad, igual que respirar, igual que vivir, como si todo ese deseo acumulado tuviera de pronto un lugar al que dirigirse. Se descubrió a sí misma echándose hacia delante, dejándose envolver por el calor de su pecho, alzó los brazos y le rodeó el cuello, notó sus manos firmes en la cintura, agarrándola con fuerza, y su cuerpo entero se encendió con una intensidad que le provocó el deseo de apretar la boca contra la suya y pegarse por completo a él.

Hasta que, de pronto, en el silencio, oyó el crujido de una pisada y Noah se apartó de inmediato.

Ren sintió el frío de su ausencia.

Acto seguido apareció Willow a través de un hueco entre los árboles.

—¿Estáis ya listos? Nos estamos muriendo de hambre.

Avergonzada, Ren se bajó de la roca de un brinco.

—¡Sí, ya íbamos! —respondió alegremente, y corrió para reunirse con ella, dejando a Noah donde estaba, observándola sin palabras mientras Willow enlazaba el brazo con el suyo.

—¿Qué tal el baño? —le preguntó.

Se estaba poniendo el sol y comenzaba a refrescar.

—Ren, ¿quieres una cerveza? —le ofreció Logan conforme se aproximaban a la hoguera.

Willow había llevado una para cada uno.

Ren aceptó la cerveza cuando Noah regresó al campamento. Se sentía incapaz de mirarlo y, en su lugar, se quedó mirando a

Emmett, que sostenía su lata de cerveza entre los muslos y la abría con una sola mano a causa del cabestrillo.

—Por nuestra última noche —brindó Logan, alzando su lata, que rebosaba espuma de cerveza—. Lo hemos conseguido… relativamente indemnes.

Hank se carcajeó. Emmett levantó el brazo lesionado con una sonrisa irónica. Y todos brindaron para dar su conformidad.

—Por nuestra última noche —repitió Noah, y su mirada se encontró con la de Ren.

Ella notó que se sonrojaba y miró hacia otro lado. No hacía otra cosa que pensar en el beso. Entendió entonces que la versión de sí misma que había esperado un beso lo había hecho esperando exclusivamente aquel momento.

Noah se sentó en la hierba y se estiró hacia atrás para alcanzar su vieja cazadora de cuero y echársela por encima. Ren había escogido su asiento —un trozo de rama— junto a Emmett y Hank, y trataba por todos los medios de no quedarse mirándolo. Logan estaba cocinando en el fuego mientras Willow se mantenía al margen, con sus extremidades largas y elegantes, sus gestos refinados, vestida con un pichi color crema carísimo y del todo inapropiado, haciendo sus estiramientos de piernas mientras le decía a Logan lo que estaba haciendo mal. Rocky estaba tumbado lo más cerca del fuego que le era posible sin salir ardiendo. Habían montado ya todas las tiendas; esa noche Noah compartiría tienda con Logan, gracias a Dios, y Willow dormiría con Ren.

—Bueno, ¿qué es lo que más deseáis hacer cuando lleguéis a casa? —quiso saber Willow, inclinándose hacia delante para hacer un estiramiento.

A Ren le recordó a Liane, cuando estaban en el rancho. Liane había sido una bailarina asombrosa, pero era impensable que tuviera tiempo, dinero o a un adulto dispuesto a llevarla a clases de baile y que pudiera llegar a ser algo más que un mero sueño. A veces se encargaba de las tareas de limpieza de Ren si esta se aprendía un baile que ella hubiera coreografiado. Ese era el nivel de sus sueños.

Una vez más, Ren trató de imaginarse lo que debía de haber sido criarse en la casa de los Carter, con el porche que rodeaba la

vivienda. Se imaginó tener cinco hermanos mayores, aunque se hubieran marchado en la adolescencia, preocupándose por su hermana pequeña, riéndose con ella, chinchándola.

Rodeó con más fuerza su lata de cerveza.

El guiso burbujeaba suavemente sobre el improvisado bastidor de madera situado sobre las llamas.

—¡Willow, solo han pasado cuatro días! —exclamó Logan.

—Pues yo estoy deseando tomarme una buena taza de café —declaró Hank.

—¿Es que no te gusta mi café? —repuso Emmett con fingida indignación; o quizá no fuera fingida, a Ren le costaba distinguirlo.

—Claro, no está mal —respondió Hank—, pero no está tan bueno como el de mi mujer.

Al oír mencionar a Loriana, Ren sintió el cosquilleo de los nervios recorriendo su cuerpo. Giró la cabeza y vio que Noah estaba observándola, como si adivinara en qué estaba pensando. Trató de mantener una expresión neutral, no llamar la atención, pero entonces alcanzó a ver en sus ojos el destello de una sonrisa, cosa que la serenó y, al mismo tiempo, la desestabilizó.

—Una ducha y una cama calentita —anunció Logan, ajeno a lo que sucedía, inclinándose hacia delante para comprobar si el guiso estaba listo.

—No sé cuándo te has vuelto tan blandengue —rezongó Emmett.

—Si estuviéramos hechos para dormir en el suelo —replicó Logan, yendo a buscar los cuencos para poder servir—, no habrían inventado las camas.

—Ni los abrigos de plumas —bromeó Ren.

—¡Exacto! —dijo Logan riéndose.

Willow se situó junto a Logan y fue repartiendo los cuencos conforme él los iba llenando.

—Yo echo de menos mi libro.

—Si solo llevas fuera una noche —le respondió Noah, divertido, echándose hacia delante para aceptar un cuenco.

—Ya lo sé —contestó su hermana, y fue a sentarse en el suelo con las piernas cruzadas y el cuenco entre las manos—, pero voy por una parte muy buena y se me ha olvidado traérmelo. ¿Te parece

bien así, Noah? —Le lanzó una de sus características miradas fulminantes, cosa que hizo que Noah pusiera los ojos en blanco, aunque sonreía. Parecía más contento de lo que Ren lo había visto nunca, como si de pronto se permitiera disfrutar.

A través de la fogata, sus miradas volvieron a encontrarse. Recordó la presión de sus labios, el calor de su mano en la parte baja de la espalda. Y, de nuevo, notó que se sonrojaba en la oscuridad.

—¿Y qué me dices de ti, papá? —preguntó Willow.

Emmett se detuvo con la cuchara a medio camino de la boca.

—Hace años que no tengo tiempo de leer un libro —declaró, como si semejante capricho fuese una pérdida de tiempo.

—No me refiero a lo que hayas leído, papá —aclaró Willow con un suspiro—, sino a lo que te gustaría hacer al volver a casa.

—¡Perderos de vista a todos! —zanjó Emmett secamente, pero se adivinó en sus ojos una sonrisa al llevarse la taza de café a los labios.

—¿Y tú, Noah? —preguntó Logan, apoyándose contra el tronco de un árbol, con las piernas estiradas frente a él.

Noah pareció intentarlo, pero saltaba a la vista que no se le ocurría nada.

—Nada —admitió, echándose hacia delante para rascarle la panza a Rocky—. Si pudiera, me quedaría aquí un mes más. No hay ningún otro sitio donde preferiría estar.

Ren recordó haberle contado su deseo de ver mundo y la absoluta indiferencia que le provocó a él la idea. Le venía bien no olvidar lo distintos que eran, a fin de no sucumbir al persistente deseo de volver a encontrarse a solas con él, de hablar más con él, de estar a su lado mientras le señalaba las constelaciones.

—¿Y tú, Ren? —preguntó Willow, rebañando con la cuchara hasta la última gota de su cuenco.

A Ren la pregunta la pilló desprevenida pensando en Noah.

—Ah, pues seguramente un gran plato de tortitas con sirope de arce de la cafetería —se apresuró a responder—. ¡Loriana prepara las mejores tortitas que he probado!

—¿A que sí? —convino Hank, chocando su cerveza con la de ella para expresar su conformidad.

Percibió que Noah la miraba. Notó su preocupación. Recordó estar tumbada contra él, la calidez de su cuerpo, el olor del humo de la madera, el viento que azotaba la tienda y las nubes de vaho que formaba su aliento. Y de pronto le pareció que aquello significaba demasiadas cosas.

Siendo sincera, al verlo por primera vez —dejando de lado su actitud hosca en la cafetería—, le había parecido lo bastante guapo como para haberlo besado solo para quitarse de encima esa cuestión. Un par de días atrás, cuando todavía estaban en camino, lo habría hecho solo para no pensar más en ello.

Pero en ese momento, siendo de pronto muy consciente de su atenta mirada desde el otro lado de la hoguera, se dio cuenta de que le gustaba. De que deseaba besarlo. Y sí, quizá besar a Noah hubiera servido para salvar un obstáculo, pero a la vez había generado otro más. Porque representaba justo todo lo que deseaba y aquello que sabía que no podría tener. Ya había padecido suficientes desengaños en su vida. Y hasta un tonto se daría cuenta de que la estoica y sufrida tristeza de los ojos de Noah no haría sino provocarle más tribulaciones.

Capítulo veintitrés

—¡Ha llegado la hora de la música! —anunció Hank, levantándose achacoso de la rama baja en la que estaba sentado para ir a por su banyo.

Si bien todos se quejaron ante aquel panorama, cuando empezó a tocar, se pusieron a cantar. Emmett no —y nadie esperaba que lo hiciera—, pero sí Willow, quien, a pesar de pertenecer a una familia de músicos, era incapaz de afinar una melodía ni aunque su vida dependiera de ello, pero cantaba a voz en grito las canciones con igual entusiasmo. Ren, con el dulce gorjeo de su voz. Incluso Logan se sumó en esa ocasión, con esa voz grave y estruendosa tan familiar, compitiendo en entusiasmo con Willow.

Noah observaba la escena, ignorando la vergonzosa actuación de Logan y Willow, y buscaba a Ren con la mirada, desde el otro lado del fuego, preguntándose cómo se le había podido ocurrir besarla en el bosque. Había buscado darle algo con lo que agradecerle su ayuda, pero temía haber complicado una situación que habría sido mejor dejar como estaba. Cuando la canción cambió, Willow lo señaló y dijo:

—¡Vamos, Noah, acompáñanos!

Cuando su hermana lo señaló con la cabeza, animándolo con el brillo de su mirada, pese a intentar no hacerlo, Noah no pudo evitar recordar los ensayos del grupo en el establo, antes de su primera prueba, cuando Willow se sentaba en las vigas y, con las piernas colgando, les sonreía con sus dientes de conejo y su cabello rizado, acompañada a veces por Bella, que llevaba el pelo trenzado con las creaciones de su hermana. Pero en otras ocasiones estaba Livvy, que agitaba las piernas al mismo ritmo que Willow, compartiendo sus sándwiches de mermelada y mantequilla de cacahuete y guiñándole

un ojo a Noah con complicidad cada vez que Jack y Logan se enzarzaban en una discusión acerca de qué canción tocar después o quién había desafinado.

Pensó en las palabras de Ren: «Si lo bloqueas todo, no podrá salir nada. Ni siquiera las partes buenas». Y él quiso decirle: «Las partes buenas son las más dolorosas».

—¡Noah! —le rogó Willow, sacándolo de su ensoñación con un sobresalto.

Sintió todas las miradas puestas en él y no le gustó nada. Notó el inconfundible tamborileo de su corazón. Las palmas de las manos empezaron a sudarle. Para librarse de las súplicas de Willow, dijo:

—Lo mío son los instrumentos.

En Silver Sky, por lo general, tocaba la batería. A veces era el teclado, en otras ocasiones el bajo; lo que fuera necesario él aprendía a tocarlo, negándose a dejarse vencer. Incluso había llegado a dominar el xilófono.

Hank dejó de tocar el banyo de inmediato y, tras rebuscar unos segundos en el bolsillo delantero de la funda, sacó un objeto y Noah contempló horrorizado cómo se lo lanzaba.

Lo atrapó al vuelo y lo giró entre sus manos. Una armónica, antigua, gastada y con un complejo grabado.

Lo cierto era que no había tocado una nota en ningún instrumento desde que abandonara la gira y el grupo. Salvo una vez en la que había tocado una melodía a la guitarra para Livvy, mientras ella lo observaba con una desgarradora sonrisa.

A Noah no le temblaron las manos al mirar la armónica, pero deberían haberlo hecho, habida cuenta de lo que sentía.

Cuando Hank comenzó a tocar de nuevo, el instinto le llevó a querer dejar la armónica en el suelo y decir: «Lo siento, nunca he tocado esto».

Pero entonces oyó la suave voz de Ren, quebrada en las notas más agudas, y aunque no estuviera mirándolo, vio en ella toda su determinación y valía, y recordó el tacto de sus brazos rodeándole el cuello mientras inhalaba su aroma, y sintió de nuevo en su interior la presión que conllevaba que alguien esperase algo de él. Y, sin embargo, oyéndola cantar e intentar animar a su padre para que,

como mínimo, siguiese el ritmo —y pese a todos los reveses de su vida y al secreto sobre su ascendencia que con tanto celo guardaba —, se dio cuenta al mirarla desde el otro lado de la fogata de que, cuando sonreía, lo hacía con toda su esencia, sin reprimirse en absoluto, el rostro abierto y franco, sin miedo. Y, en respuesta, y desoyendo su obstinada reticencia, se descubrió a sí mismo llevándose la armónica a los labios.

Capítulo veinticuatro

Al regresar, les brindaron el recibimiento propio de los héroes.

El rancho estaba precioso a la luz del sol, los rayos se reflejaban en la frondosa hierba y conferían a la tierra un tono ocre oscuro. Allí estaba la madera roja del establo y, tras ella, el monte Starlight, alzándose en toda su majestuosidad. A Noah aquella estampa le cortaba la respiración y le serenaba el corazón.

Martha, Bella y Loriana estaban esperándolos, frescas y asesadas en comparación con los jinetes. Como si se hubieran arreglado especialmente para su regreso: Martha, con los brazos abiertos, una falda azul cáscara de huevo y una camiseta negra; Bella, junto a ella, con un vestido de tirantes de algodón color caramelo y una sencillas deportivas blancas, fue directa a Logan y le dio un gran abrazo, dejándose envolver por sus brazos. Después, tras saludarlo con un amoroso susurro, se acercó a Noah. Él cerró los ojos cuando sus brazos lo rodearon y, al inhalar su perfume, le invadió la sensación de hogar: siempre como una especie de hermana mayor. Incluso Loriana se despojó temporalmente de su fachada cínica al ver a Hank y le dijo:

—¡Pensé que con la tormenta te perdía!

—No vas a librarte de mí tan fácilmente —bromeó Hank.

Loriana sonrió rodeándole la mandíbula con las palmas de las manos y lo besó en la mejilla, dejando una ligera marca de pintalabios color coral que a continuación procedió a borrarle con cariño.

Noah miró a Ren, que lo fulminó con la mirada como si estuviese siendo demasiado descarado.

Entonces empezaron todos a hablar unos por encima de otros, relatando lo sucedido: qué tal esto, qué tal lo otro, quién tenía

hambre.

Martha se acercó a Noah y le dijo:

—Te veo distinto.

—¿Cansado? —sugirió él, desconfiando del rumbo que pudiera tomar la conversación, con la esperanza de que nadie más pudiera oírlos. Por suerte, los demás estaban absortos contando sus anécdotas sobre la tormenta.

—No, cansado no —insistió Martha, y lo inspeccionó con los ojos entornados—. Relajado.

Noah resopló con incredulidad.

—Es por la barba.

—No. —Su madre sonrió como si se alegrara de ver aquella transformación en él—. Creo que tienes la cara más relajada, los ojos. —Procedió a retirarle el pelo de la frente y él la apartó con un manotazo igual que un adolescente.

Martha se rio.

—¿Mi caravana sigue aquí? —quiso saber él.

—Por ahora —respondió ella.

—¡Me la juego a que durante la tormenta te arrepentiste de haber dicho que sí! —estaba diciéndole Loriana a Ren, con los brazos cruzados, evaluando con la mirada su aspecto cansado, algo desaliñado, y su tez ligeramente bronceada.

Martha se reunió con ellas y posó la mano en el brazo de Ren.

—Sí, pobrecilla. ¡Has elegido el peor momento para sumarte al traslado de los animales!

Ren, como ya imaginaba Noah, restó importancia a la preocupación de las otras dos.

—Qué va, no ha estado tan mal. Lo he disfrutado mucho.

A Noah le vino a la cabeza la imagen de sus ojos azules muy abiertos justo antes de que la besara.

Martha pareció escéptica, pero no quiso insistir.

—Bueno, pues me alegro de que estéis todos sanos y salvos. Entrad y comemos algo. —Les hizo un gesto a Ren y a los demás para que la siguieran.

Ren sonrió con cierta incomodidad y respondió:

—Gracias, pero debería irme.

—No seas tonta —le respondió Martha negando con la cabeza—. Te has pasado cuatro días a caballo con estos muchachos. ¡Tienes que comer!

—Mamá —intervino Noah—. Deja que se vaya a casa. Creo que a estas alturas ya estará harta de nosotros.

Al oír sus palabras, Martha entornó los ojos y alternó la mirada entre ambos, como si estuviera percibiendo algo.

—Bueno, vale, si tienes que irte, vete, por supuesto. Pero vuelve a vernos siempre que quieras.

Se despidieron todos. Willow le dio un fuerte abrazo mientras ella le daba las gracias por haberle prestado su caballo.

Logan le dio también un gran abrazo, de esos que a Noah le hubiera gustado darle cuando arreciaba la tormenta, y le dijo:

—Ha sido un placer montar contigo.

—Lo mismo digo —respondió Ren.

—¿Logan no se ha quejado mucho del tiempo? —preguntó Bella.

—Pues sí, la verdad —admitió Ren—. Pero aun así ha sido agradable ir con él.

Logan agachó la cabeza como si agradeciera el cumplido.

Por último, Emmett se acercó y dijo:

—Si alguna vez quieres venir a montar a caballo, siempre habrá alguno que necesite ejercitarse un poco.

—Gracias —le dedicó una sonrisa de agradecimiento—, es muy amable por tu parte.

—No hay de qué. Lo digo en serio —repuso Emmett—. Te daré el código de la verja. Verás dónde guardamos todo en el establo. —Le tendió la mano para estrechársela y agregó—: Gracias por echarnos una mano, Ren. Has sido todo un descubrimiento.

A Noah le asombró que incluso a su padre aquello se le diese mejor que a él.

Ren pareció conmovida y le estrechó la mano a Emmett.

—Gracias por aguantarme. Espero no haber hablado demasiado.

—En absoluto —respondió Emmett con una sonrisa imperceptible.

Hank le dio un beso en la mejilla y Loriana dijo:

—Descansa bien antes de volver a la cafetería, ¿vale, cielo? Concédete un par de días.

Noah sintió lástima por Ren, vio que se le enrojecían las mejillas al recibir tanta atención de Loriana y que trataba de disimularlo con su habitual sonrisa para todo, metiéndose las manos en los bolsillos antes de responder:

—Así lo haré.

—Te acompaño a la salida —se ofreció Noah.

Fue a levantar la bolsa de Ren, pero ella se agachó a recogerla antes de que le diese tiempo a alcanzarla y se la echó al hombro para dirigirse después hacia su coche. Rocky los acompañó saltando junto a Noah, como si, ahora que estaba de nuevo en casa y se había pasado el entusiasmo, volviera a serle fiel.

—¡Eres libre! —bromeó él en referencia a su familia.

—Son encantadores —respondió Ren. Y Noah se dio cuenta de que también se refería a que era libre de él.

Cuando llegaron al coche, Ren dejó su bolsa y se sacó la llave del bolsillo.

—Me parece que hace meses que aparqué aquí.

—Gracias por tu ayuda —le dijo él.

Ella giró la cabeza y el pelo se le enganchó en la mejilla con el movimiento.

—De nada —respondió con educación—. Ha sido divertido.

—Ha sido divertido a veces —matizó él, y la vio recogerse el mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ha sido divertido siempre.

—Vale, si tú lo dices —aceptó riéndose, y a continuación se dirigió hacia el maletero para meter su bolsa.

—El maletero está atascado, no puedes abrirlo. Tienes que meterla en el asiento de atrás —explicó Ren, abriéndole la puerta trasera.

Noah no dijo nada, pero no le sorprendió que Ren tuviera un coche con el maletero atascado. Arrojó la bolsa al asiento trasero y después se quedó allí plantado con las manos en los bolsillos. Ella se volvió hacia él, imitando su postura, con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Tenía buen aspecto, con el pelo ondulado y el rostro salpicado de pecas a causa del sol.

—Envíame tus datos bancarios y te haré llegar el dinero —le dijo él.

Resultaba todo incómodamente correcto.

—¿Me vas a pagar? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos en señal de asombro.

—Por supuesto. —Noah señaló el maletero con la cabeza—. Podrías utilizar el dinero para arreglar el coche.

—Noah —respondió ella con una mueca—, el dinero me lo gasto en cosas más divertidas.

—Claro que sí —respondió él con una media carcajada.

Se produjo un silencio y, de pronto, no quiso que se marchara. Se sentía vacío al pensar en volver a entrar en casa sin ella, pero no quedaba nada más que decir. Se quedaron así, prolongando el silencio, hasta que el perro se aburrió y salió corriendo hacia la casa.

—¿Se lo vas a contar a Loriana? —preguntó Noah.

—Sí.

—¿Cuándo?

Ren volvió a recogerse el pelo y se lo dejó agarrado con la mano.

—Pronto.

Arañó el suelo con la bota.

Él miró hacia el rancho, donde pastaban los caballos en el prado y las gallinas rebuscaban en la tierra seca.

—Respecto al beso… —Se pasó la mano por el pelo y se atrevió a mirarla un momento mientras trataba de formular lo que iba a decir.

—Lo sé.

Hizo una mueca, intentando averiguar si había herido sus sentimientos, pero, como no podía quedarse callado, agregó:

—Probablemente no debería haber…

Ella lo interrumpió con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te preocupes por ello, Noah, estuvo bien, me lo quité de en medio. Hacía años que necesitaba que ocurriera.

—¿Estás segura? —le preguntó, sin tener claro si estaba siendo sincera.

—Desde luego. —Ren se echó hacia delante y le dio un manotazo en el brazo—. Me has hecho un favor.

—¿En serio? —Creyó que tenía que decir algo más, pero no podía, debatiéndose entre el deseo de que todo volviera a la normalidad y una emoción en la garganta que no lograba descifrar, quizá arrepentimiento—. Bueno, vale… —sacó la mano para estrechársela —, gracias por todo.

—Gracias a ti, Noah —le dijo ella sonriendo mientras se la estrechaba. Después se apartó, sin dejar de sonreír, como si marcharse no le supusiera ningún dilema.

La vio montarse en el coche y ponerse las gafas de sol; nada más poner en marcha el motor, empezó a sonar una música atronadora.

—Ya nos veremos, Noah —le gritó por encima del ruido. A continuación, dio marcha atrás, describiendo un arco que levantó el polvo de la tierra, y se despidió con la mano a través de la ventanilla mientras atravesaba las enormes verjas del rancho Silver Sky, dejándolo a él allí solo.

Capítulo veinticinco

Ren apoyó la cabeza en el reposacabezas y suspiró. Se dijo a sí misma que no era más que una forma de liberar tensión, habiendo tenido que fingir durante todo el rato desde el beso, pero, conforme conducía por Main Street, se sentía totalmente desanimada.

Una vez llegó a su apartamento, se duchó para quitarse de encima toda la mugre acumulada durante el viaje, deshizo la bolsa, remendó el desgarrón del impermeable, y todo ello mientras intentaba no pensar en Noah. Se decía a sí misma que no era solo a Noah a quien echaba de menos, sino también a Logan, a Hank, a Willow y a Emmett. Esa noche nadie tocaría el banyo.

Pero era a Noah a quien echaba realmente de menos. Sonsacarle historias. Verle curvar los labios para esbozar el fantasma de una sonrisa y el sentimiento de júbilo al haberlo logrado. Su manera de asegurarse de que no pasara frío. Su manera de montar a caballo.

Su manera de darle la mano durante la tormenta. El brillo que veía en sus ojos cuando sus miradas se encontraban y la sensación de que se debía solo a ella.

Se sentó a la barra del desayuno de su diminuta cocina y se apretó los ojos con los dedos. «Deja de pensar en él». Nunca pensaba en la gente en esos términos.

Debía centrarse en el motivo de su presencia en Autumn Falls, en por qué se había embarcado en aquel viaje; si los últimos tres días no le habían enseñado a ser valiente, entonces, nada lo haría.

A la tarde siguiente, Ren se acercó a la cafetería justo cuando estaba a punto de cerrar. Había estado tumbada en la cama dando vueltas a lo que iba a decirle a Loriana. En cómo expresarlo.

Después había repasado todas las respuestas posibles, todas ellas reproduciéndose en su mente como una película de Hollywood; un grito ahogado y un abrazo, o quizá un rechazo. Le sudaban las palmas de las manos, el corazón le latía demasiado deprisa.

Se miró en la cristalera del local para ver si no parecía tan nerviosa como de verdad se sentía, pero, tal como había dicho Noah, todas sus emociones se le notaban en la cara. De pronto deseó que él estuviera allí con ella, solo para darle apoyo moral. Se detuvo y se recogió el cabello en una coleta, rebuscó el maquillaje en su bolso para aplicarse un poco más, pero le temblaban las manos. Tomó aliento y volvió a mirar su reflejo en el cristal. Pensó en Noah cuando le había dicho que era una de las personas más valientes que conocía.

A continuación, se frotó las mejillas con las manos para darse un poco de color y empujó la puerta de la cafetería.

Loriana estaba haciendo caja. Se había quitado el delantal y llevaba una fina chaqueta de punto color zumo de uva sobre el uniforme de la cafetería, y junto a ella, en el mostrador, aguardaba su enorme bolso de ante marrón. Parecía cansada, deseando irse a casa. Maurice, el cocinero, estaba en la parte de atrás recogiendo los cacharros.

Ren fue y se plantó delante de ella. Reunió el valor y le dijo:

—Loriana, ¿podemos hablar?

Loriana levantó la cabeza y sus ojos adquirieron de inmediato un brillo de preocupación.

—Ay, no. ¿Te marchas? ¿Eso es lo que me vas a decir?

Ren tenía los nervios de punta. Negó con la cabeza.

—No, no me marcho.

Loriana salió de detrás de la barra y le hizo un gesto para que se sentara en uno de los reservados.

—¿Te encuentras bien? Te veo muy pálida.

Ren se sentó en el banco rojo de polipiel, dejando su bolso sobre el regazo a modo de protección, viendo cómo Loriana giraba el cartel de la puerta para indicar que estaban cerrados y regresaba para sentarse delante de ella.

Ren se fijó en todas las pulseras de plata que colgaban de las muñecas de Loriana, en los pequeños dijes que chocaban contra la superficie de fórmica de la mesa cuando gesticulaba, en los grandes pendientes de amatista, en el pelo recogido en lo alto de la cabeza y fijado con laca Elnett. Se fijó en cómo abría sus ojos azules hasta mostrar las escleróticas cuando estaba preocupada. Los de Ren hacían lo mismo. Las arrugas que se le formaban en torno a los labios de su época de fumadora. El colorete en tono melocotón que lucía en las mejillas y el rímel azul de sus pestañas. Nada de eso volvería a ser igual después de aquella conversación; esas cosas pertenecerían a otra persona, a una versión diferente de esa misma mujer. Su madre.

—Loriana, creo que soy tu hija. —Lo dijo deprisa, como si se quitara una tirita. Sin rodeos. Y las palabras vinieron acompañadas de la tensión de su cuerpo provocada por la anticipación. El tiempo pareció detenerse. Como si el mundo hubiera dejado de girar. Loriana suavizó el rostro por la sorpresa. Enarcó las cejas perfiladas.

Ren pensó en el largo y agónico proceso de callejones sin salida, de accesos restringidos y documentos perdidos. No había constancia de su certificado de nacimiento original, nadie capaz de confirmar en qué estado había nacido porque sus padres de acogida originales se mudaron, de modo que fue brevemente adoptada de niña en otro estado. Casi alcanzaba a saborear los recuerdos viscerales de todas aquellas decepciones y esperanzas hechas añicos. Se había topado con tantos callejones sin salida que al final había contratado a un profesional para ver si podía hacer lo que ella no podía. Lo cierto es que nunca tuvo fe en que fuese a conseguirlo, pero, cuando lo hizo, jamás había experimentado nada semejante. El premio fue tan grande que estuvo a punto de abrumarla, de consumir cada una de las horas que pasaba despierta. Y ahora estaba sucediendo, acababa de decir esas palabras en voz alta y la embargaba el súbito deseo de detener el momento. Como Noah en su sueño queriendo detener el avión en el cielo y parar el tiempo.

Pero, en su lugar, daba vueltas como una ruleta. La pelota giraba y giraba sin parar.

No podía respirar. No podía creer que hubiese confesado su secreto en voz alta. Se imaginó a Liane y a Billy el Malo escuchando junto a la puerta. Deseando que consiguiera lo que tanto quería y, al mismo tiempo, consumidos por una envidia que les hacía desear un poco que no lo lograra.

—Contraté a un detective privado —explicó para llenar el silencio, llevada por los nervios— para que averiguara quién era mi madre. Y le llevó hasta ti.

Pensó en todas esas noches solitarias que había pasado rezando para que sucediera. Todas esas caras fantasmales de su recuerdo, observando, aguardando, con la respiración contenida.

—Ay, cielo —dijo Loriana echándose hacia delante para estrecharle la mano—. Yo no soy tu madre, lo siento.

Ren sintió que el suelo se abría bajo sus pies. De todo a nada. Sintió un súbito dolor en el pecho, como si un puño de hierro le aplastara las costillas.

—No soy yo, Ren —continuó Loriana, su mano fría sobre la de ella —. Ay, Dios mío.

Ren oía su torrente sanguíneo en los oídos.

—Debería haberte reconocido de inmediato. —Loriana estiró la otra mano hasta dejar ambas sobre las de Ren—. Lo siento, cariño. Pusimos mi nombre en el certificado, pero no soy tu madre.

Ren no lo entendía.

—¿Quién… quién puso mi nombre? —Volvió a sentir de nuevo ese destello de esperanza. La ruleta giró una vez más.

Loriana suspiró mirando al techo.

—Tu madre se llamaba Candy. Era mi hermanastra.

Ren supo cuando la oyó hablar en pasado que jamás conocería a Candy, pero aun así oyó el temblor de su voz al preguntar:

—¿Dónde puedo encontrarla?

Loriana suspiró y Ren obtuvo la confirmación con su mirada.

—Lo siento, Ren. Murió. Poco después de que tú nacieras.

Aquello no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. El suelo temblaba bajo sus pies. Los rasgos, las palabras y los olores se agudizaron. La sangre le palpitaba en los oídos y se le nubló la vista como si fuese a desmayarse. Toda esperanza se desvaneció. Toda

posibilidad. Noah había dicho que era capaz de enfrentarse a cualquier cosa, pero se equivocaba.

Ren supo que tenía que salir de allí. Agarró su bolso y dijo:

—Bueno, vale, gracias por decírmelo… —Y se levantó de la mesa como si huyera por su vida.

—Ren, cielo —la llamó Loriana—, espera un segundo.

—¡Tengo que irme! —respondió, haciendo un esfuerzo por caminar, cuando lo que de verdad quería era salir corriendo de la cafetería antes de que las lágrimas que nunca se permitía derramar resbalaran por sus mejillas.

Capítulo veintiséis

Noah se encontraba echando un vistazo al rebaño, en el pastizal norte, a la sombra del monte Starlight, cuando le sonó el teléfono. Por lo general, nunca había cobertura en aquella zona. Tenía un ojo puesto en Mildred, la vaquita de la que se había enamorado Ren, que había salido corriendo con su sombrero y se lo estaba pasando en grande al negarse a devolvérselo.

—¿Diga? —contestó, distraído. No podía perder otro sombrero.

—Noah, soy Loriana.

—Hola, Loriana —respondió, preguntándose por qué lo llamaría.

—Noah, no sé a quién más llamar. Se trata de Ren…

Noah dio la vuelta a Blue y emprendió el camino de vuelta al galope antes de que Loriana hubiera terminado la frase.

Conforme Loriana le contaba lo sucedido, solo podía imaginarse a Ren envolviéndose la cabeza con la enorme bufanda de Loriana cuando estaba en la tienda, dejando ver solo sus sonrientes ojos azules, y el impulso de protegerla de la dulzura casi dolorosa de su secreto le provocó una presión en el pecho. Sentía una lástima que sabía que a ella no le gustaría nada, porque él mismo tampoco querría que lo compadecieran.

—He estado llamándola sin parar —le decía Loriana—. He ido a su apartamento. Pero no está. Nadie la ha visto. Ay, Noah. Se ha quedado muy triste. Se notaba que estaba intentando disimular, pero yo me he dado cuenta.

—La encontraré, Loriana. No te preocupes.

—Sí, por favor —dijo ella, perdido en la voz su habitual tono de seguridad.

Al llegar al rancho, Noah le lanzó un silbido a Rocky y se montó en el todoterreno.

Mientras recorría Main Street, mirando por calles laterales, atento a los rostros de los viandantes, pensaba que, hasta entonces, no había querido volver a pasar por todas esas molestias. No quería emociones. Preocuparse por alguien. Cuidar de esa persona.

Pero, ahora que le estaba sucediendo, no se paraba a pensar, porque no se trataba de él, de lo que sintiera, sino de ella. Se trataba de que Ren no estuviera triste. De asegurarse de que estuviera bien. Fue a su apartamento y aporreó la puerta, habiendo dejado el motor del coche al ralentí. Claro, Ren no abrió la puerta. Sin embargo, su coche estaba allí. De manera que condujo hacia la estación de autobuses. Exploró las calles secundarias. La luz del día comenzaba a disminuir cuando llegó a las estribaciones de las montañas, gritó su nombre en mitad del bosque y envió a Rocky en una breve misión de reconocimiento antes de volver a llamarlo. Nada.

Se quedó a la sombra de la montaña, con el manzanar a su espalda, mientras Rocky perseguía a las abejas, con la dulce fragancia de las flores inundando el aire penumbroso, y con las manos en las caderas empezó a pensar en todo lo que había dicho Ren. No paraba de ver sus ojos, su aspecto cuando estaba contenta. Pensó en su franca y extraña sabiduría. En sus preguntas molestas. Sintió la presión en el pecho al pensar en besarla, la sensación de su boca suave contra la suya. El dolor que ensombrecía su semblante. «No necesitas esto, Noah». Recelaba de la responsabilidad sobre los sentimientos de otra persona mientras daba vueltas de un lado a otro, y en ese momento el embriagador aroma de las flores del manzanar se le antojaba abrumador, y el sonido de las abejas aumentaba en un *crescendo*, como el crepitar de las llamas. Debería volver a montarse en el todoterreno y dejarla con sus cosas. Ren era una mujer dura, independiente. Había demostrado estar más que capacitada para cuidar de sí misma y, se recordó, lo último que necesitaba eran sus inapropiados sentimientos de protección.

Pensó en ella alrededor de la fogata, cantando, bromeando, engatusando a su padre, o en la tienda de campaña, envuelta como una oruga, o riéndose montada en su yegua.

«El mejor lugar del mundo en el que estar».

Cerró los ojos. Por supuesto.

Ren estaba dormida sobre el heno cuando la encontró. Acurrucada en el rincón del compartimento de Star. Noah suspiró aliviado y a continuación le envió un mensaje a Loriana para hacerle saber que estaba a salvo.

Descorrió el pestillo de la puerta y le rascó el pelaje a Star.

—Hola, chica. —Entonces fue a sentarse en la paja delante de Ren.

Estaba pálida, profundamente dormida, vestida con unos *leggings* rosas con estampado de leopardo y un jersey negro, el rostro maquillado como si se hubiera preparado para una ocasión especial. Tenía marcas de rímel corrido en las mejillas. Noah se quitó el abrigo y la cubrió con él. Entonces volvió a sentarse y apoyó la cabeza contra la pared de madera, los antebrazos sobre las rodillas, y aguardó.

Capítulo veintisiete

Había oscurecido fuera cuando Ren se despertó. Cansada y desorientada, al parpadear con sus grandes ojos, a Noah le recordó a uno de los potrillos.

—Hola —le dijo mientras ella miraba a su alrededor y, al ver que estaba cubierta por su abrigo, se incorporó y se lo devolvió.

—Gracias —contestó sin ninguna emoción.

No sonrió, no aludió a lo extraño que resultaba que se hallaran allí, se limitó a resoplar y, alisándose el pelo y comprobando si tenía trozos de paja, se dejó caer contra la pared de madera.

Noah no dijo nada.

—¿Te lo ha contado Loriana? —le preguntó ella, mirándolo.

Él asintió.

—Qué tonta —murmuró en alusión a sí misma.

—No eres tonta —le aseguró él.

Ella se rio con ironía, la mirada perdida. Era una mirada que ni reconocía ni esperaba en ella. Le provocó un pequeño escalofrío de pánico que le subió por la columna.

Empezó a toquetear el heno situado junto a ella, agarró un pedazo y, pasando la uña por el centro, lo partió en dos y después dejó caer ambas mitades al suelo.

Noah aguardó.

Ren cerró los ojos y se los apretó con los dedos durante un segundo. Cuando los abrió, levantó la cabeza hacia las vigas de madera del techo del establo. Tras quedarse mirándolas unos instantes, dijo:

—Se está bien aquí.

Él asintió. Era un establo precioso.

Estuvo partiendo más paja con la uña. La partía y la tiraba. La partía y la tiraba. La mirada fija en la tarea.

Star los observaba con vago interés.

Conforme se prolongaba el silencio, Noah contempló los ojos sabios de la yegua, grandes, como canicas gigantes, enmarcados por unas espesas pestañas, y sintió que no tenía ni idea de qué hacer.

Star se limitó a parpadear.

Consciente de que quizá Ren deseara privacidad y tal vez él estuviera entrometiéndose, hizo ademán de levantarse y entonces ella le dijo:

—¿Sabes que en una ocasión me adoptaron?

Noah se quedó donde estaba.

—Una pareja que estaba desesperada por tener una niña. —Ren hablaba sin levantar la mirada, con los ojos fijos en el trozo de paja que sostenía—. Eran muy amables conmigo. Me ponían vestiditos y me trenzaban el pelo. Me abrazaban mucho y salíamos de paseo. Era como un sueño. —Lo miró entonces sin mover la cabeza—. Tartas de cumpleaños. Grandes Navidades, aunque no muchos regalos, porque no tenían mucho dinero, pero era más que suficiente, y un montón de acebo y hiedra en las escaleras y villancicos. —Hizo un nudo con la brizna de paja.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Noah con cautela.

Ren se incorporó y tiró la brizna.

—La mujer se quedó embarazada. Fue una sorpresa absoluta; llevaban mucho tiempo intentando tener un bebé. No tenían dinero suficiente para criar a dos hijos. Y tuve que volver. Se quedaron destrozados. —Colocó las manos extendidas sobre la paja a ambos lados y apoyó la cabeza con pesar contra la pared—. Se disculparon entre sollozos. ¿Y sabes lo que le dije a ella cuando lloraba y me decía lo mucho que lo sentía? Le dije: «No pasa nada». —Sacudió la cabeza—. Tenía nueve años. Sí que pasaba. Fue el peor momento de mi vida.

Noah se recordó a sí mismo con nueve años, saliendo con su padre y sus hermanos a trasladar el ganado, lanzando piedras al lago, dejándose arropar en la cama por su madre con un beso en la

frente y un cariñoso «te quiero», mañanas de Navidad con pijamas festivos a juego, abriendo cajas de Scalextric, PlayStations y botas de vaquero nuevecitas.

—Volví donde la señora Watson, el hogar de acogida, con cara de valiente, muy sonriente, diciendo: «Sí, estoy bien, me alegra haber vuelto. Sabía que no saldría bien».

Noah la vio cerrar los puños sobre los montones de paja.

—Y los demás críos no eran estúpidos, lo sabían, pero nadie dijo nada. —Hizo una pausa—. Era lo peor. Vivíamos con temor a eso. A encontrar una nueva familia y que después nos rechazaran. Y, cuando sucedía, era tan horrible como pensábamos que sería.

—Lo siento, Ren.

Ella sacudió la cabeza como si tratara de desprenderse de la lástima.

—Con el tiempo lo superé. Con todo ese rollo optimista de Annie la huerfanita, cantando que mañana saldrá el sol. Es una forma de sobrevivir. Pero tú mismo sabes que, al final, lo que uno puede hacer para mejorar las cosas es limitado.

A Noah no le gustó cómo sonó aquello, como si estuviera poniéndose a su nivel cuando ese no era su lugar. De pronto, no deseó ser él quien llevase razón.

Ren suspiró como si hubiera llegado al final del camino y dejó caer los puñados de paja.

—Ya he tenido suficiente. Estoy agotada. No sé cómo mejorar la situación. —Cuando lo miró, había desaparecido hasta el último resquicio de su energía.

Noah sintió que se le quedaban las palabras atascadas en la garganta ante aquella incertidumbre.

—No debería habérselo contado —dijo Ren con un resoplido frustrado—. Fui feliz durante un tiempo sin saberlo con certeza. Pero luego fui tan estúpida como para creer que quizá esta vez las cosas irían a mi favor. Qué tonta.

Noah miró al suelo; una parte de él lo animaba a acercarse y rodearla con el brazo, pero la otra parte lo obligaba a quedarse donde estaba. Sabía que, de un modo u otro, a ella no le habría gustado.

Ren se quedó pensativa unos instantes y partió otra brizna de paja antes de hablar.

—Mi amiga Liane diría: «La posibilidad vive a la vuelta de la esquina, la esperanza te lleva hasta allí». A saber a quién se lo oyó decir, pero todos creíamos que era el oráculo. —Se quedó callada y se mordió el labio—. ¿Qué narices ocurre cuando no te queda ninguna esperanza?

Noah dejó escapar lentamente el aliento, porque se consideraba la peor persona para responder a eso.

Ren dejó caer la cabeza hasta quedarse mirando la paja. Noah se quedó sentado donde estaba, con los antebrazos alrededor de las rodillas, tratando de encontrarle sentido, consciente de lo frágil que estaba ella en comparación con lo fuerte que era antes.

—No lo sé, Ren —admitió, con cautela, alzó la vista hacia Star y sintió que la yegua lo observaba, quizá a modo de advertencia—. Quizá ahora que sabes la verdad…

Ella no levantó la vista, en su lugar se quedó concentrada en el trozo de paja que había levantado.

—No puedo imaginarme lo decepcionante que debió de ser hablar con Loriana. —Tragó saliva e intentó hacerlo como lo haría ella. Star resopló. Él lo interpretó como una señal para continuar—. Pero debe de haber un lado positivo. —Se sentía superado por la situación, buscando desesperadamente en su cabeza una posible alternativa.

—Noah, no —le advirtió ella con una leve negativa de cabeza—. ¿Sabes la energía que requiere encontrar un lado positivo? ¿La cantidad de mentiras que tienes que contarte a ti mismo todos los días, las muchísimas cosas que debes ignorar? —Cuando lo miró esta vez, casi se le rompió el corazón.

Noah cerró los ojos un segundo, deseando que hubiera en el establo alguien más capacitado que él para hacer algo así. Su madre o Willow.

El silencio se prolongó, suspendido entre ambos, y Noah sintió que cuanto más la miraba más se alejaba de ella. Tenía razón, ¿quién era él para decirle que encontrara el lado positivo? Pero él mismo se había dado por perdido hasta que llegó ella. No soportaba la idea de que Ren se rebajase a su nivel, de que perdiera la energía radiante y

efervescente que lo sacaba de quicio, pero, al mismo tiempo, también admiraba. Se pasó una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—Ren, me has hecho ver las cosas de un modo diferente. Eres… —Hizo una pausa—. Sé que esto suena muy cursi, pero a mí me pareces inspiradora.

Ella meneó la cabeza, arrojó una brizna de paja al suelo y, cerrando los ojos, volvió a apoyar la cabeza contra la pared.

—Siento que podrías sobrevivir a cualquier cosa —prosiguió Noah, y las palabras quedaron suspendidas en el aire, amplificadas por el silencio.

Vio entonces las lágrimas que brillaban sobre sus pestañas cerradas. Deseó estirar el brazo y secárselas, acariciar su suave piel enrojecida, pero no lo hizo, porque sabía que no tenía nada que ofrecerle. Nunca cambiaría lo suficiente. Ren necesitaba a alguien mejor que él. La clase de amor que merecía era demasiado grande, demasiado abrumadora, exigía más compromiso y garantía de los que él podría brindarle jamás.

La vio secarse los ojos con el pulpejo de la mano.

—Ya puedes irte, Noah.

Él suspiró. Entonces, con una sucinta afirmación de cabeza, Ren se puso en pie y se sacudió la paja de los vaqueros.

—Lo siento, Ren —le dijo él—. Por si sirve de algo —añadió sin pensarlo realmente—, cualquiera sería muy afortunado de quererte.

Ren levantó la mirada y, por primera vez, Noah vio auténtica vulnerabilidad en sus grandes ojos. Se dio cuenta de que todo lo demás, toda la franqueza de la que presumía a diario, no era más que una fachada. Aquello, por el contrario, era auténtico. Pero le resultaba demasiado abrumador, como mirar al sol directamente; era algo demasiado poderoso, demasiado absorbente, demasiado aterrador. Así que, en lugar de sostenerle la mirada, la desvió. Tal y como, imaginaba, ella sabía que haría.

Capítulo veintiocho

Un par de días más tarde, Noah salió a montar con su padre. El sol brillaba alto sobre el monte Starlight, confiriendo al frondoso pastizal que los rodeaba tonalidades que iban desde el verde lima al esmeralda.

—¿Ren está bien? —preguntó Emmett mientras se subía al caballo, con el brazo todavía débil tras la lesión durante el traslado de las reses.

Noah frunció el ceño, sorprendido.

—¿Te has enterado? —Todas las noches desde entonces, se había quedado tumbado en la cama mirando al techo de su caravana y pensando en Ren acurrucada en el establo.

—Si vives en un pueblo como este, te enteras de algo así. —Emmett se acomodó a lomos de Bandit, sujetando las riendas con una mano, molesto con el cabestrillo—. Todos conocíamos a su madre —explicó, finalmente satisfecho con su postura como para ponerse en marcha—. Candy Miller. Era una niña salvaje. De buen corazón. Con un padre cruel. Sin embargo, nunca supe que hubiera tenido un bebé.

A Noah el instinto le decía que lo ignorase. Lo único que quería era montar. No había dormido bien y llevaba en pie trabajando desde las cinco.

—Estoy seguro de que Loriana se lo contará todo en algún momento.

—He oído que iban a reunirse esta mañana —contestó Emmett con gesto afirmativo.

—¿Sí?

—Según parece.

La expresión de su padre quedaba ensombrecida por el ala del sombrero, pero Noah sabía lo que estaba insinuando.

—Me alegro —respondió, negándose a morder el anzuelo. Se amoldó al ritmo de Blue y deseó haber dejado que su padre saliese solo, pero su madre le había dicho que lo vigilara, puesto que estaba lesionado.

Visiblemente insatisfecho con la respuesta de Noah, Emmett agregó con mayor claridad:

—¿No crees que le vendría bien ir acompañada?

—Es bastante independiente —dijo Noah encogiéndose de hombros, sin querer implicarse.

Sintió la mirada de su padre fija en él, aunque no le viera los ojos. Se sentía vulnerable sin el sombrero, tendría que comprarse uno nuevo en el pueblo.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros? —preguntó Emmett.

—No. —Afloraron las imágenes en su mente: sus manos unidas durante la tormenta, el beso en la roca, la devastadora mirada de Ren en el establo.

Su padre asintió.

Cabalgaron en silencio, con nubes que en ocasiones tapaban el sol y proyectaban sus sombras oscuras sobre la montaña.

—¿Cómo estaba cuando la viste? —preguntó Emmett.

—¿A qué viene este interés por Ren? —dijo Noah con una media carcajada.

Emmett inclinó la cabeza mientras reflexionaba sobre la pregunta.

—Me cae bien. Trabaja duro. Es una pena pensar que ahora está sola. Nada más.

Noah cerró los ojos y, de pronto, supo supo exactamente hacia dónde iba aquello.

—¿Mamá te ha dicho que hagas esto?

—Desde luego que no —resopló Emmett antes de continuar—. Pero estaría bien saber que hay alguien a su lado.

—¿Y por qué no vas tú entonces? —preguntó Noah, sabiendo que se ganaría una mirada reprobadora por su sarcasmo.

Eso fue justo lo que hizo Emmett. Inclinó la cabeza para que Noah alcanzara a ver sus ojos entornados.

—Me parece, Noah —respondió con una lentitud deliberada—, que yo no sería la primera persona que querría que la acompañara.

—¿Y crees que yo sí? —preguntó Noah con una ceja levantada.

Emmett se detuvo, se giró y miró a su hijo.

—Bueno, no eres la última, eso seguro.

La insinuación era tan cristalina como el lago Halfmoon en un tranquilo día de verano. Con un suspiro resignado, Noah inclinó la cabeza hacia el cielo y, tirando de las riendas de Blue, dio la vuelta al caballo y dijo:

—De acuerdo, iré.

Capítulo veintinueve

Ren había permanecido los últimos días en su apartamento, se despertaba con una asfixiante sensación de indiferencia y se quedaba tumbada en la cama durante horas. Tenía la cara hinchada y los ojos irritados. Miraba los *leggings* rosas con estampado de leopardo, que seguían tirados en una silla, donde los había dejado, y le parecían absurdos en su luminosidad.

En más de una ocasión había pensado en abandonar el pueblo en mitad de la noche, pero algo la hacía quedarse. No paraba de pensar en Noah, esperándola en el establo. En la bondad de aquel gesto. Aunque también era dolorosamente consciente de que nunca llegaría a ser más que eso. Le parecía todo demasiado abrumador. Y entonces la había llamado Liane y, si bien Ren era ahora una mujer adulta, al ver su nombre en la pantalla había vuelto a saborear la humillación de volver a entrar por la puerta del rancho de Texas. Como un animal que ha escapado y al que atrapan de nuevo para devolver al zoo.

—Siento que he fracasado —le dijo a Liane—. Soy una estúpida por haber creído que podía conseguir todo aquello que soñábamos.

Al otro lado de la línea telefónica, la voz de Liane sonó apremiante:

—No has fracasado, Ren. Escúchame. Lo has intentado. No ha sido lo que pensabas, pero ¿cuándo lo es? Lo has intentado… Con eso basta.

A Ren se le formó un nudo en la garganta al pensar en Liane, de pie tras el mostrador del motel que poseía, e imaginársela cuando tenía diez años, acurrucada en su litera con ella mientras lloraba en silencio por la noche, diciendo: «Algún día sucederá, lo prometo».

Cerró los ojos y dijo:

—Si no lloras, no te afecta.

Pero, en lugar de darle la razón, Liane soltó un quejido y contestó:

—Dios, qué idiota era.

—¡Eran unas palabras que servían como guía de vida! —exclamó Ren, sorprendida por la respuesta.

—No, Ren, no servían.

Aquello le hizo pensar en lo mucho que les importaba a todos. Todos ellos con el mismo deseo ilusorio que les animaba a continuar: que algún día llegase alguien y dijera «¡Ese es mi hijo, ese de ahí!», y se los llevara para tener una vida feliz.

—Ren —dijo Liane en voz baja—, los sueños pueden cambiar.

Ren se quedó callada.

—Quizá tengas que verlo de otro modo —prosiguió su amiga—. Me tienes a mí, tienes a Billy. Nuestra familia es diferente a ojos de la gente, nada más. Vete a hablar con esa tal Loriana, descubre de dónde viniste, pero eso no debe cambiar el lugar al que te diriges, Ren.

Ren asentía, pese a que Liane no pudiera verla.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, estaba asintiendo.

Liane se rio.

—Puede que tengamos suerte, Ren. Puede que alcancemos a formar la familia que queremos.

Ren volvió a pensar en Noah, sentado y esperando mientras ella dormía.

—Yo sé que tengo suerte de tenerte —le dijo Liane.

—A mí me pasa lo mismo contigo.

—Ve a reunirte con ella, ¿vale?

—Vale.

Había llegado el día de su encuentro y Ren sentía mariposas en el estómago, no podía comer, era incapaz de concentrarse. Se había cambiado dos veces de ropa cuando sonó el timbre.

Estaba poniéndose un jersey rojo cuando bajó a abrir.

En la acera la esperaba Noah Carter.

Al verlo allí, con una camiseta deshilachada de manga corta estampada con las fechas desgastadas de un rodeo, unos vaqueros viejos y su cazadora de cuero, con el pelo recogido detrás de las orejas y un brillo de incertidumbre en la mirada, el corazón le dio un vuelco. La invadió un inesperado destello de algo que debía de ser alivio. Pero, a fin de disimularlo, ya que no deseaba sentirse así, no deseaba depender de él y estarle agradecida por el apoyo, le dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Noah encogió un hombro.

—Pensé que igual querías compañía.

Ren tuvo que desviar la mirada hacia la calle, cualquier cosa antes que mirar a los ojos tristes de Noah.

—¿Cómo sabías cuándo íbamos a vernos?

—Se lo he preguntado a Loriana.

Ren asintió. ¿Por qué tenía que ser tan amable con ella? No quería que fuera amable con ella porque sabía lo fácil que sería que empezara a gustarle demasiado. Cuando le había dicho que cualquiera sería muy afortunado de quererla, le resultó casi imposible no oír las palabras que no decía: «Pero yo no soy ese».

—Te agradezco que hayas venido, Noah, pero creo que es algo que debería hacer sola.

—No hay ningún problema —respondió él asintiendo con la cabeza. Como se trataba de Noah Carter, no intentó convencerla de lo contrario y, como una estúpida, ella no tuvo claro si le estaba agradecida por ello o no.

Le dio las gracias de nuevo por venir mientras caminaba hacia su coche. Pero, una vez dentro, giró la llave en el contacto y no ocurrió nada. El motor hizo un par de intentos, pero no arrancó.

Vio que Noah la observaba.

Volvió a intentarlo. Nada. Y una vez más.

Noah se acercó, se apoyó en la ventanilla abierta y dijo:

—Creo que deberías dejar de gastarte el dinero en cosas emocionantes y comprarte un coche nuevo.

—Gracias por el consejo —respondió ella poniendo los ojos en blanco.

Noah se metió las manos en los bolsillos y dio un paso atrás con una sutil sonrisa dibujada en la cara.

—¿Quieres que te lleve?

—Sí, por favor, gracias.

Él asintió y regresó hacia su todoterreno.

Ren lo siguió, pensando en lo que había dicho Liane, en lo afortunada que sería una persona por tener a Noah en su familia.

Cuando se detuvieron frente a casa de Loriana, la vio allí de pie con las manos entrelazadas en un gesto de nerviosismo, vestida con mayor elegancia que habitualmente con una camisa blanca y unos vaqueros, observando con atención mientras se aproximaban a la casa.

—¿Quieres que entre contigo? —le preguntó Noah.

Ren había pensado decirle que no, pero ahora que estaba allí y notaba que iba perdiendo valor, contestó que sí con la cabeza.

Una vez dentro, lo primero que dijo fue:

—Siento haber montado tanto escándalo, dejándote tirada en la cafetería.

—¡No digas tonterías! —la reprendió Loriana—. No es ningún escándalo, es la vida.

Los condujo hacia el salón. La casa olía al perfume de Loriana, dulce como la cobertura de vainilla. Estaba abarrotada de cosas, pero resultaba agradable, con los trastos de pesca de Hank y muchos adornitos de todo tipo, animales de porcelana en las estanterías y un exceso de plantas. Las paredes estaban cubiertas de fotos, apenas quedaba un hueco libre. Así era justo como Ren se había imaginado que sería la casa de Loriana.

Noah las siguió unos pasos por detrás, manteniéndose al margen.

—He preparado café —anunció Loriana, que al parecer estaba tan nerviosa como ella y, cuando regresó con una bandeja, tuvo que apartar unos periódicos y sus gafas de lectura para dejar espacio en la mesita. Sirvió el café en tazas desparejadas. La de Ren era de rayas blancas y azules, y había servido también bizcocho de limón casero en unos platos con delicadas florecitas azules pintadas en los bordes. Ren rodeó su taza con las manos y se sentó nerviosa en el

borde del sofá. Noah se sentó junto a ella. Loriana se acomodó en el sofá de enfrente.

Se produjo un momento de silencio. Ren se preguntó si alguno de ellos alcanzaría a oír los latidos de su corazón.

De pronto, se sintió agradecida por la presencia de Noah junto a ella.

Loriana dejó su taza sobre la mesa y dijo:

—Déjame que te hable de tu madre, Ren.

Y, nada más decirlo, Ren notó que Noah le tocaba la espalda fugazmente con la mano. Le hizo pensar que tal vez, solo durante una hora o el tiempo que estuvieran allí, podría permitirle estar con ella, como un amigo que le ofrecía su apoyo cuando lo necesitaba, y después lo olvidaría.

Capítulo treinta

Ren escuchó a Loriana contárselo todo acerca de Candy Miller. Quince años, hija del novio de la madre de Loriana; al parecer, un hombre diabólico.

Ren deseaba grabar cada segundo de su discurso para poder reproducirlo más tarde. Sus ojos reparaban en todo. En cómo movía la boca Loriana al hablar: «Era muy divertida. Si pudieras embotellar la diversión y convertirla en una persona, esa era Candy». La diminuta mancha de pintalabios que asomaba en su diente delantero cuando sonreía. «¡Te habría encantado, Ren!». El gesto nervioso con que se rascaba el dedo índice con la uña del pulgar. «Pero su padre, menudo pieza era, créeme».

Ren descubrió que tenía las manos entrelazadas con fuerza, y al darse cuenta las movió hasta esconderlas bajo sus muslos, consciente de pronto de que Noah observaba todos sus movimientos, y no queriendo revelar lo mucho que significaba para ella cada palabra.

—Y encontré una foto —dijo de pronto Loriana, como si hubiera querido decirlo al principio.

El sofá se movió cuando Noah se echó hacia delante, claramente sorprendido.

A Ren se le desbocó el corazón llevada por la curiosidad cuando Loriana se levantó y fue a por el álbum de fotos que se notaba que había dejado colocado en el aparador con antelación.

—Es del grupo de jóvenes de la iglesia. —Regresó con el álbum abierto por la página en cuestión y lo dejó sobre la mesa como si les mostrara un tesoro—. Creía que tenía una foto, pero no estaba segura. —Se trataba de un grupo de adolescentes de distintas

edades, de pie contra el muro de la iglesia, con los ojos entornados por el sol.

Loriana se acercó para sentarse junto a Ren, haciendo sonar las pulseras de su muñeca al señalar a una de las chicas de la fotografía.

—Es ella.

Ren se preguntó si se le habría parado el corazón en ese momento. Sintió a Noah junto a ella mientras miraba la cara de la adolescente con la sonrisa de oreja a oreja, la voluminosa melena rubia, los ojos enormes y la brillante camiseta amarillo fosforito que le resbalaba por un hombro. Esa era su madre.

Tragó saliva. Se quedó mirándola. Notó que Noah se inclinaba hacia delante y echaba un vistazo antes de mirarla a ella. Alcanzó a oler el reconfortante aroma del humo de leña que aún impregnaba su cazadora.

Loriana agarró su taza de café y dio un trago, aparentemente para concederle unos instantes a Ren para asimilarlo.

—Tenía una risa que te daba ganas de reírte también. ¿Sabes cómo te digo? Hacía que la vida fuera divertida.

—Has heredado eso de ella, Ren —oyó decir a Noah, y lo miró sorprendida, pero él se limitó a asentir para confirmárselo. Así que atesoró el comentario para poder reflexionar sobre ello más adelante.

—Desde luego que sí —convino Loriana, envolviendo su taza de café con la mano—. La cuestión era que su padre no le permitía hacer nada ni ir a ningún lado. Mi madre descubrió demasiado tarde qué clase de hombre era. Pero Candy ya lo sabía, y no le hacía ningún caso. —Sonrió con melancolía para sus adentros—. Se escapaba, se metía en toda clase de líos. Se marchaba de aquí haciendo autostop, pasaba la noche en Jackson o en Sweetwater Springs, pero aparecía a la hora del desayuno fresca como una lechuga.

Mientras Loriana hablaba, Ren seguía mirando la fotografía. Intentaba verse reflejada en el rostro de su madre.

—Pero recuerdo el día que vino a mi habitación para contarme que estaba embarazada. Dios mío, qué miedo. —Loriana se llevó la

mano al corazón—. Estaba aterrorizada, y no hacía falta que dijera por qué, créeme. Si su padre se hubiera enterado de lo tuyo, cielo, la habría matado, no me cabe duda.

Ren alzó la mirada y vio a Loriana abrir mucho los ojos por la emoción del recuerdo.

—Intentamos ocultarlo hasta que se nos ocurriera un plan. Candy llevaba ropa más holgada. Empezó a comer más para dar la impresión de que estaba engordando por eso. —Sacudió la cabeza con desesperación—. Éramos muy ingenuas. Pero, para entonces, mi madre y su padre habían empezado a discutir y, si nos quitábamos de en medio, no nos prestaban atención. Estaban demasiado ocupados despellejándose.

»Candy tuvo un parto muy prematuro. —Mientras Loriana hablaba, Ren percibió la realidad de que ella era el bebé del que estaba hablando. Aquello no era un cuento. Era su vida. Era la explicación de su existencia—. Metí a Candy en el coche de mi madre y la llevé al hospital.

A Ren se le nubló un poco la vista mientras miraba el rostro sonriente de la fotografía. Aquel era el lugar al que pertenecía. La persona de la que provenía.

—Como en aquel entonces ella solo tenía dieciséis años —continuó Loriana—, le daba miedo que se lo contasen a su padre. O que él lo averiguase de algún modo, que alguien reconociera el apellido o que quizá le contase a la policía que era muy joven. De manera que, desde el momento en que Candy entró en el hospital, decidimos que debería convertirse en mí. Loriana Mendez. Ese fue el nombre que escribimos.

Ren pensó en el detective privado diciéndolo en voz alta, como los números ganadores de la lotería.

Loriana desmenuzó con gesto ausente la esquina de su porción de pastel de limón y después volvió a dejarla sobre su plato.

—En el hospital se hicieron cargo de todo desde ese momento. Candy tuvo que decirles que no podía cuidar de ti. Fue horrible. —A Loriana se le quebró la voz—. No creas ni por un instante que no lo fue. Pero es que estábamos… asfixiadas por el miedo.

Ren alzó la vista para mirarla y vio el brillo de las lágrimas en los ojos de la mujer.

—Eras un bebé diminuto, precioso y perfecto —agregó Loriana con tristeza—. Pero no podía quedarse contigo.

Ren cerró los ojos un segundo. Sentía que en su interior iban rellenándose los huecos de su corazón. Tenía una historia. Venía de alguna parte. Se quedó mirando una vez más el rostro sonriente de la fotografía, la hermosa joven con la voluminosa melena rubia y los ojos grandes y centelleantes. Tenía una persona que era suya.

Loriana procedió entonces a contarle que, poco después de aquello, la relación del padre de Candy con su madre se rompió. Candy se fue del pueblo y perdieron el contacto. A través de la iglesia, Loriana descubrió que Candy había sido atropellada por un coche cuando cruzaba la carretera en la oscuridad, a escondidas, quería pensar Loriana, para ir a pasárselo bien.

Loriana siguió hablando mientras Noah comía pastel de limón. Ren conocía la respuesta antes incluso de hacer la pregunta, pero necesitaba hacerlo.

—¿Tienes idea de quién era mi padre?

—No —confirmó Loriana con gesto negativo—, lo siento, cariño.

Noah hizo una mueca de dolor. Pero esta vez Ren meneó la cabeza.

—No pasa nada. Sabía que era improbable.

Tendría mil preguntas más, pero en aquel momento no se le ocurría ninguna, le bastaba con tener la foto y la historia.

—Gracias por hablar conmigo, Loriana.

—Ha sido un placer, Ren —dijo Loriana mientras los acompañaba hacia la puerta—. Creo que Candy habría estado muy orgullosa de ver en lo que te has convertido.

Ren se rio como si el cumplido no fuese más que mera cortesía.

Pero Loriana negó con la cabeza.

—Lo digo en serio —insistió—. Y… —Hizo entonces una pausa, como si albergara reticencias a decir lo que fuese que estuviese a punto de decir.

Ren levantó la mirada.

—Si te sirve de consuelo, me gustaría considerarme tu tía. —De pronto, Loriana parecía nerviosa, como si acabara de exponerse, pero posiblemente hubiese sido demasiado atrevida y ahora se enfrentara al rechazo—. No es lo mismo que una madre, y quizá no sea la persona más indicada para el puesto, pero… eres de la familia.

Ren pensó en la familia que estaba construyendo a su alrededor. El nuevo sueño.

—Significaría mucho para mí, me encantaría.

—Me alegro mucho. —Loriana le dedicó una cariñosa sonrisa de oreja a oreja—. ¿Quieres volver mañana? Creo que puedo encontrar más fotografías, si quisieras ayudarme a buscar en el desván.

—Sí —contestó Ren con una sonrisa—. Gracias.

Y cuando Loriana fue a darle un abrazo de despedida, sus pulseras se le clavaron a Ren en la espalda, la envolvió el perfume a cerezas y a laca para el pelo, notó sus grandes pendientes contra la mejilla y, al cerrar los ojos, supo que aquello era lo que una sentía al recibir el abrazo de la familia.

Capítulo treinta y uno

Era ya última hora de la tarde cuando Noah y Ren caminaron hacia su todoterreno. Ella se quedó sentada en el asiento delantero, con la fotografía de su madre aferrada en la mano.

Noah se sentó junto a ella y se quedó mirándola. Le había resultado difícil apartar los ojos de ella durante todo el tiempo que había estado sentada en el sofá de Loriana. Había escuchado con mucha atención y, al ver la fotografía de su madre, su rostro había adquirido una expresión difícil de describir. La clase de expresión que se te pondría al contemplar algo tan exquisito, tan valioso, que lo deseas y, al mismo tiempo, lo veneras.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—Sí —contestó ella, agachándose para guardar la fotografía en el bolso—. Gracias por acompañarme.

—Gracias a ti por permitírmelo —le dijo él con un gesto afirmativo.

Ren lo miró con complicidad.

—Imagino que te sentías como un pez fuera del agua, Noah.

Él se encogió de hombros, tratando de contener una media sonrisa.

—Bueno, por lo menos no ha habido lágrimas, así que no ha estado tan mal.

Ren sonrió, se recostó en su asiento y se quedó mirando por la ventanilla mientras él arrancaba el todoterreno y se incorporaba a la carretera.

Le había costado trabajo sentarse a su lado en casa de Loriana, queriendo abrazarla para ofrecerle consuelo y, al mismo tiempo, sabiendo que era mejor no involucrarse, sin querer ver sus grandes ojos mientras escuchaba el relato, ni cómo sus manos se entrelazaban con fuerza sobre su regazo.

Cuando ya estaban a medio camino, Ren giró la cabeza para mirarlo y dijo:

—Siento haberme puesto así en el establo. Estaba enfadada y fue injusto pagarlo contigo.

Noah sacudió la cabeza y mantuvo los ojos en la carretera.

—No pasa nada. Siento no haber podido ayudarte más.

—Me has ayudado, Noah.

Él la miró, pero vio que había vuelto a quedarse mirando por la ventanilla. Se sintió extrañamente decepcionado, como si estuviera distanciándose de él de forma consciente. Pero entonces se recordó a sí mismo que eso era precisamente lo que quería.

Mientras contemplaba las casas y los jardines que pasaban de largo, él observaba su perfil con disimulo y percibió en su rostro una expresión de calma que no había visto antes. Serenidad. Y, de nuevo, por un segundo deseó recuperar la versión de ella que los desafiaba a él y a sus decisiones vitales, o la que lo acribillaba a preguntas. O la que le preguntaba si quería probar la asquerosa infusión de agujas de pino.

Y solo para lograr que girase la cabeza y lo mirase, se descubrió diciendo:

—Ayer la vaquita que salvaste durante la tormenta se comió mi sombrero.

—¿Mildred? —preguntó Ren con una carcajada.

—Sí, Mildred —respondió, resignado tanto por su nombre como por su existencia—. Es el segundo sombrero que pierdo esta semana.

—A Mildred hay que quererla. —Ren sonrió al imaginarse a la vaca masticando su sombrero, pero no dijo nada más.

Como siempre hacía, Noah dejó que se instalase el silencio, pero se le antojaba menos cómodo que de costumbre, más silencioso, si acaso era posible.

Cuando se detuvieron frente al apartamento de Ren, él le dijo:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Seguir adelante —respondió ella.

Él asintió, como si fuese la respuesta que esperaba.

Ren abrió la puerta del coche y se bajó.

Él salió también, rodeó el vehículo y se situó frente a ella en la acera.

—Gracias por traerme.

Se quedaron mirándose. El aire pareció comprimirse de pronto, hacerse más pequeño a su alrededor.

—De nada —respondió Noah.

Pero Ren no se volvió para marcharse. Ninguno de los dos se movió. Él deseaba estar lo bastante cerca para pasarle una mano por la cintura y mirar las pecas de su nariz. Y, sin pensar, se descubrió dando un paso al frente, levantando una mano y recorriendo con ella la línea de su pelo para apartárselo con suavidad de los ojos. La vio parpadear. Dejó que el pulgar le acariciara la mejilla; la piel suave y pálida. La vio separar los labios. Inclinar la cabeza. Y entonces, ante sus ojos, vio a Livvy. Vio a su madre en el hospital. Vio a su hermano muerto. Se vio a sí mismo tratando de tomar aire en el camerino de un país sin nombre en un estadio sin nombre, aterrorizado de sus propias emociones.

Se detuvo donde estaba y apoyó la frente sobre la de Ren mientras, por dentro, trataba de llenarse los pulmones de aire. Vio la confusión en su mirada, el dolor.

Ren dio un paso atrás. A continuación sonrió. Fue la clase de sonrisa que había esbozado la primera vez que la vio, educada y amable. Como si supiera qué cosas necesitaba en la vida y tuviera claro que él no podía ofrecérselas.

Capítulo treinta y dos

Pasaron unas semanas durante las cuales Noah se levantaba todos los días a las cinco y hacía el mismo trabajo que hacía siempre. Después, al ponerse el sol, dejaba de trabajar, cenaba y se iba a dormir. Lo único que había cambiado en su vida era que algunos días encontraba un motivo para ir a tomar café a la cafetería.

Algunos días era Loriana quien le servía y se detenía mientras le llenaba la taza para contarle cosas sobre Ren, como que iba a veces a cenar a su casa, o el montón de álbumes polvorientos que habían encontrado en el desván, y él escuchaba y asentía y, si bien normalmente habría querido quedarse a solas con su café, se descubría a sí mismo haciendo alguna que otra pregunta.

Pero siempre que acudía a la cafetería, sabía que iba buscando el café de Ren.

Cuando lo veía, sonreía y se acercaba a su mesa con su uniforme, todos esos collares y el delantal bien ceñido, y le preguntaba:

—¿Café con leche, sin azúcar, y pastel a secas?

Y, si no había mucho ajetreo en el local, a veces se sentaba frente a él y se servía ella también una porción. Pero Ren siempre lo tomaba de cereza, de arándanos o de melocotón; algo distinto cada vez. Mientras que Noah siempre tomaba el pastel de manzana.

Aquel día, Ren estaba probando el nuevo pastel de kiwi y, cuando le ofreció un pedazo, Noah negó con la cabeza, porque le parecía que tenía una pinta asquerosa, pero era demasiado educado para decírselo. Sin embargo, Ren supo exactamente lo que estaba pensando y se rio al dar el primer bocado.

—Noah, probar un nuevo pastel no te va a matar.

Él se estremeció al pensar en el kiwi verde y viscoso.

—Puede que sí, nunca se sabe —respondió.

Cosa que hizo a Ren poner los ojos en blanco y dar un bocado aún mayor solo para demostrarle lo bueno que estaba.

Intentaba masticar al tiempo que se reía porque se había metido en la boca un trozo demasiado grande, y Noah sacudía la cabeza con desesperación mientras le alargaba una servilleta cuando vio entrar en la cafetería a su madre y a Willow.

Identificó el momento exacto en que repararon en él, allí sentado con Ren, y se fijó en la mirada conspiradora que se cruzaron entre ellas.

De inmediato, la situación perdió todo su humor y se vio a sí mismo girando la cabeza hacia la cristalera mientras Ren se tapaba la boca con la mano e intentaba terminarse el pastel antes de que Martha y Willow llegaran a la mesa.

Después del traslado de las reses, su madre le había interrogado sobre lo sucedido, aunque, por suerte, el asunto sobre Loriana no tardó en desviar la atención de todos. Pero aquello no había puesto fin a las caras de preocupación de Martha. En un par de ocasiones lo había acorralado, al pasarse él por la casa del rancho, a fin de descubrir si había hecho algún avance acerca de dónde pensaba vivir; ¿se había planteado quizá construirse una casa en la parcela? De modo que Noah dejó de pasar por casa y se quedaba en su caravana todas las noches. Y cuando su madre llamó a su puerta, había fingido estar dormido. Su madre comenzó a dar de comer a las gallinas cada vez más temprano para poder pillarlo cuando se iba a trabajar, así que él empezó a madrugar más con el fin de evitarla. Descubrió que era perfectamente posible vivir tan cerca de ella y conseguir existir en una soledad casi absoluta.

En ese momento, sin embargo, se vio acorralado como un animal. Willow y su madre caminaban hacia él. ¿Por qué, de todas las personas posibles, tenía que ser Willow quien lo pillara comiendo pastel con Ren? Ya se imaginaba las elucubraciones de su mente.

Willow fue la primera en llegar a la mesa y dijo:

—Qué acaramelados.

Noah la miró con los ojos entornados.

Ella le guiñó un ojo.

Completamente ajena, o al menos en apariencia, Ren preguntó:

—¿Cómo estás, Willow?

Willow sonrió, toda ella dientes blancos y melena voluminosa, como una extra de *Fama,* con sus *leggings* y sus calentadores.

—Muy bien, gracias, Ren. Confío en que mi hermano no te esté causando demasiados problemas.

—Qué va, en absoluto —aseguró Ren negando con la cabeza.

Noah solo quería largarse de allí. Empezó a levantarse del banco acolchado.

—Tengo que irme.

Su madre le puso una mano en el hombro y dijo:

—No te vayas por nosotras, Noah.

Tuvo que hacer un esfuerzo por no apartarle la mano de un manotazo. Se apartó para recoger su sombrero.

—No te preocupes, no es por eso.

—Solo estamos de paso —explicó su madre, que claramente querría no haber interrumpido a Noah cuando estaba en el pueblo, cosa que, hasta ese momento, apenas hacía—. Es que tengo un cartel para el Spring Fling que quería que Loriana pegara en el escaparate.

—Puedo encargarme yo —dijo Ren, y Willow metió la mano en su bolso y sacó uno de los carteles—. ¿Y qué es un Spring Fling? —preguntó al desenrollarlo.

Willow ladeó la cabeza, haciendo bailar los rizos de su melena.

—En realidad es un festival, en el salón de la iglesia; en el jardín si hace bueno. Nos ponemos un vestido bonito, bebemos ponche y bailamos, si te gusta bailar. —Le lanzó a su hermano una mirada penetrante—. Será divertido, muy informal. Deberías venir.

—Me encantaría. ¿Cuándo es? —preguntó Ren, observando el cartel en busca de la fecha.

—A comienzos del mes que viene —contestó Willow.

—Jopé, para entonces ya me habré ido —respondió Ren, compungiendo el gesto en señal de arrepentimiento.

Noah se detuvo en seco. No pudo evitarlo. Sintió de pronto el escalofrío de la pérdida.

—¿Cómo que te habrás ido? —Vio a su madre mirarlo y, de inmediato, intentó comportarse con normalidad, pero notaba que se

le había acelerado el corazón llevado por el pánico mientras se calaba el sombrero.

—Sigo mi camino —explicó Ren, como si la noticia constituyese una información carente de importancia—. A final de mes.

—Es una pena —lamentó su madre.

Ren se encogió de hombros para restarle importancia.

—Es el momento.

Noah se esforzaba en comprender lo que estaba ocurriendo, deseaba preguntarle adónde iba, por qué se iba, pero sentía de nuevo las miradas de su madre y de su hermana fijas en él, de manera que se limitó a asentir y dijo:

—Vale. Ya nos veremos.

Y abandonó la cafetería sin vacilar.

Capítulo treinta y tres

Noah y su padre llevaban en pie desde el amanecer trasladando el rebaño a un nuevo pastizal. Era su momento favorito del día; la neblina se cernía sobre la frondosa hierba y los animales parecían fantasmas: el ganado, con su aroma cálido y la hierba en los labios; el faisán, con su trino y su pechera esmeralda; los pinos, que se agitaban con la brisa suave como gigantes entre la niebla. Era una auténtica delicia, o debería haberlo sido, si Noah no hubiera estado distraído casi permanentemente por la idea de que Ren iba a marcharse.

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó Emmett al emprender el camino de vuelta a casa.

—Sí —respondió Noah, calándose el sombrero.

—Pareces un poco distraído. —El sol se abría paso entre las nubes y Emmett se subió el cuello del abrigo para protegerse del frío.

—No —dijo Noah, y le lanzó un silbido a Rocky para que los siguiera.

El perro se acercó dando saltos y ocupó su lugar entre los dos caballos, trotando como si fuera uno de ellos.

—¿Tiene que ver con la chica? —le preguntó su padre, el rostro desprovisto de emoción y la mirada fija al frente.

—No, papá —respondió Noah con una mueca.

Emmett proyectó la barbilla hacia delante como si lo hubiera oído, pero no estuviese necesariamente de acuerdo.

Cabalgaron en silencio durante un par de minutos, mientras el sol se elevaba despacio sobre la montaña, proyectando nuevas sombras conforme entraba la mañana.

—¿Sabes una cosa? El traslado… —dijo entonces Emmett, y tomó aire como si las palabras no le salieran con facilidad—. El traslado

que hicimos de los animales, Noah… —le lanzó una mirada desde debajo del sombrero, sus ojos como los de un perro que duerme—, fue uno de los mejores momentos que he vivido en años.

—¿En serio? —preguntó Noah con el ceño fruncido por la sorpresa. Si no le fallaba la memoria, su padre no había sonreído en ningún momento del viaje.

Emmett abarcó el paisaje con un gesto de la mano y añadió:

—Lo único que he deseado en la vida ha sido trabajar con mi familia.

Noah asintió. La culpa estaba impregnada en el tejido de su ser.

—Y sé que la gente que tenemos aquí trabajando no es desconocida, son buenas personas, trabajan mucho más duro de lo que lo hacíais vosotros, pero no son familia.

Conforme se aproximaban al rancho, Rocky empezó a tomar la delantera, ansioso por desayunar otra vez.

Emmett se quitó el sombrero, se secó el sudor de la frente y volvió a ponérselo.

—Nunca se me da muy bien decir estas cosas, pero teneros allí, a Willow, a Logan, a Hank, que para mí es como de la familia, fue algo… —se limitó a asentir, no pronunció las palabras. Pero, transcurridos un par de segundos, agregó—: Y también fue agradable contar con Ren. Fue una buena incorporación.

Noah se limitó a asentir con la cabeza en un gesto evasivo y, por suerte, su padre no dijo nada más.

De vuelta en el establo, se aseguraron de que los caballos estuvieran a gusto y después salieron juntos al sol de la mañana. Noah agarró una botella de agua y se bebió la mitad mientras caminaban en dirección a la casa. Su caravana quedaba de camino y pensaba pasar por allí para prepararse algo de desayunar. En el escalón de arriba estaba sentada una de las gallinas.

Antes de que Noah pudiera espantarla, Emmett dijo:

—Ren está bien ya, ¿verdad?

Noah gimió para sus adentros, con la mano apoyada en la barandilla oxidada que conducía hasta la puerta. Sabía que su padre tenía algo más que decir.

—Está mejor, creo.

Emmett se rascó entonces la nuca.

—Un asunto complicado.

—Sí. —Noah se dispuso a subir el resto de escalones. La gallina sentada en medio no le prestó ninguna atención.

—¿Y ella y tú?

Noah puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que diga? —continuó su padre encogiéndose de hombros—. Me cae bien la muchacha.

—No te hagas muchas ilusiones —Noah se volvió y se apoyó contra la barandilla de la escalera—, se marcha a final de mes, no quiere quedarse aquí.

—¿Y dónde va a ir? —Emmett frunció el ceño al enterarse de la noticia.

—Creo que quiere seguir viajando —respondió Noah.

—Creí que le gustaba estar aquí.

—Desea ver mundo.

Emmett inclinó la cabeza y frunció las cejas.

—¿La chica que se crio en un hogar de acogida, que iba de un lado a otro, que nunca tuvo estabilidad, no desea echar raíces en un sitio?

Noah negó con la cabeza y torció la boca hacia abajo.

—No.

Emmett entornó sus pesados párpados mientras reflexionaba sobre el asunto.

—¿No quiere tener cerca una familia, una comunidad, una estabilidad?

Noah se mordió el carrillo por dentro.

—¿Prefiere irse sola a viajar por ahí?

Él asintió.

Entonces fue su padre quien torció la boca hacia abajo.

—Me sorprendes —dijo, y comenzó a alejarse en dirección a la casa.

Noah se quedó mirando la figura de su padre.

—¿Cómo es que te has vuelto tan profundo de pronto? —le gritó.

Emmett se giró y lo miró por encima del hombro.

—Ya te lo he dicho, me cae bien.

Capítulo treinta y cuatro

Las últimas dos tardes, Ren había ido a casa de Loriana a tomar algo después del trabajo y se ponían a mirar fotos en busca de aquellas en las que salía Candy, o se sentaban en el porche delantero de casa de Loriana y Hank mientras ella le contaba todas las anécdotas que recordaba. Esa noche, Hank había ido a jugar a los bolos, o «a ver a otros jugar a los bolos por lo de su cadera, y a beber cerveza», resopló Loriana mientras rebuscaba en su bolso y volvía a aplicarse el pintalabios.

—En fin, yo voy a cenar *pizza*. Siempre pido *pizza* las noches de bolos. ¿Te apuntas?

Ren quería.

De manera que cerraron la cafetería y caminaron juntas por Main Street con sus uniformes a juego, Loriana con su bolso apretado debajo del brazo, mientras el sol iba ocultándose por detrás de las montañas, proyectando franjas sobre la acera. Pasaron de largo el teatro, cuyas puertas ya estaban abiertas para la función de esa tarde; la tienda de suministros de Hank ya estaba cerrada aquel día.

—Te echaré de menos cuando te vayas —le dijo Loriana mientras caminaban.

Ren se vio invadida por un torrente de emociones al oír ese comentario.

—Yo también te echaré de menos.

—¿Vendrás a visitarme?

—Por supuesto —aseguró Ren con gesto afirmativo.

Llegaron a Gino's en lo que se estaba convirtiendo en una agradable noche de primavera. «Mi tía y yo», se repetía Ren una y otra vez.

—Podríamos pedir una mesa dentro, pero por lo general me siento en el banco a comer porque me gusta mirar a la gente.

—¡Vale! —Ren sonrió. Le gustaba que su tía fuese alguien que come *pizza* en un banco en lugar de andarse con formalismos.

Gino's se hallaba en un cruce de aceras y tenía bancos fuera y maceteros con geranios rojos. Desde el lugar donde se sentaron, alcanzaban a ver desde la carretera que pasaba por delante hasta la iglesia, y junto a esta el salón de la iglesia y sus jardines. Colgados en las farolas había carteles del Spring Fling.

Colocaron la gigantesca caja de *pizza* en equilibrio sobre el banco, entre ambas, y fueron arrancando las calientes porciones chorreantes. Ren saboreaba no solo cada bocado, sino también cada momento. No estaba simplemente comienzo *pizza* con Loriana, estaba comiendo con su familia.

—Te envidio —le dijo Loriana—, eres joven y libre. Tienes mucha vida por delante.

—¡Si tú no eres vieja, Loriana!

—Ya lo sé. Pero tú, tú acabas de empezar.

—Me da la impresión de que empecé hace mucho tiempo —respondió Ren, pensando en la foto de su madre que llevaba en el bolso.

Loriana dejó su porción de *pizza* y, limpiándose las manos y la boca con una servilleta, dijo, con mayor seriedad que antes:

—Quería decirte, Ren, que siento que no nos preocupáramos más sobre lo que te pasó.

Ren detuvo la mirada sobre la caja de *pizza*.

—En el hospital nos prometieron que estarías bien cuidada, y los creímos… O quisimos creerlos…

Ahí estaban de nuevo los latidos de su corazón, como los golpes de un tambor al oír esas palabras.

—Creo que, sobre todo, nos aliviaba que todo pudiese seguir siendo un secreto. Pero recuerdo que te miramos allí, tan pequeñita, vestida de blanco, y pensamos que ibas a un lugar mejor; ese lugar esquivo del que pensábamos que los adultos estaban al tanto. —Le tocó brevemente el brazo a Ren y, cuando esta la miró, vio en su expresión el arrepentimiento.

En ese instante fue como si toda su vida apareciera ante sus ojos: el rancho, la adopción, Liane, Billy, todos los días y las noches, las lágrimas, la decepción, la rabia. Estaba todo allí, frente a ella. Junto con la imagen de un diminuto bebé y de dos chicas jóvenes deshaciéndose de ella. Era difícil no imaginarse lo que debía de haber sido, pero quién sabía si habría sido para mejor o para peor. Recordaba cabalgar muy rápido, todo lo rápido que podía, Liane junto a ella, sin hacer ninguna de las dos lo que se suponía que debían estar haciendo, escapando, riéndose, mientras Billy el Malo les gritaba para que regresaran, para que parasen porque se iban a meter en un lío. Hubo buenos momentos, pensó. Había un lado positivo.

Dejó que su mano cubriera la de Loriana durante unos segundos y después respondió:

—Lo sé. Lo comprendo.

Y Loriana asintió con un brillo de alivio en la mirada, como si hubiera estado cargando con algo que por fin podía quitarse de encima.

Capítulo treinta y cinco

Después de la *pizza*, Loriana se fue a su casa conduciendo y Ren caminó el resto del trayecto hasta su apartamento. Se había puesto el sol, y sus últimos rayos pintaban las nubes de rosa, como algodón de azúcar. Se sentía extrañamente tranquila, casi por primera vez en su vida, como si las piezas del rompecabezas estuvieran encajando. Había encontrado por fin aquello que siempre le había faltado.

Entonces se dio de bruces con Noah Carter.

—Ay, Dios mío, perdona.

Él la sujetó por los hombros para enderezarla.

—Qué va, ha sido culpa mía.

Estaba tan cerca de él que alcanzaba a oler el perfume de su detergente para la ropa en la camiseta que llevaba, y el polvo y los caballos; era justo lo que deseaba y todo aquello que no podía desear. Dio un paso atrás para apartarse de sus brazos, lo miró y vio todos aquellos rasgos tan familiares, el cabello castaño demasiado largo que le caía por la frente, esos ojos que siempre ocultaban algo. No lo había visto desde que se marchó de la cafetería, no tenía motivos para ello, pero, desoyendo su sentido común, se había descubriendo mirando hacia la puerta sin darse cuenta, esperando verlo, cada vez que esta se abría.

Se produjo una pausa durante la cual ninguno dijo nada. Y entonces, al mismo tiempo, ella dijo: «Bueno, yo iba para casa», y él dijo: «Yo acabo de dejar una cosa», señalando hacia atrás.

Ren asintió, alisándose la pechera de la camisa del uniforme para tener algo que hacer.

Él se mordió el labio, arañando la acera con su bota de trabajo.

—Así que te marchas —comentó él.

—Sí.

Noah se metió las manos en los bolsillos.

—¿Y adónde irás?

Ren se encogió de hombros, sonrió con cierta reticencia, sintiéndose vulnerable en su presencia.

—Aún no lo sé. Lo decidiré cuando llegue allí.

—Noah asintió despacio.

—¿No te apetece quedarte? ¿Por Loriana? —agregó a toda prisa.

—No —contestó Ren meneando la cabeza—, pero me gusta saber que estará aquí, alguien a quien poder venir a visitar.

Noah levantó la cabeza y la miró a los ojos, y ella se preguntó si sería capaz de ver lo que estaba pensando, que le estaba costando mucho trabajo mantenerse firme en su presencia. No fijarse en la manera en que vestía su cazadora, en la forma en que la camiseta deshilachada se le ajustaba al cuello, en cómo se recogía el pelo detrás de la oreja al tiempo que decía:

—Te acompaño a casa.

Ren debería haberle dicho que no hacía falta, pero no lo hizo.

Siguieron caminando. Empezaba a refrescar. Ren sacó el jersey del bolso mientras Noah se lo sostenía y después se lo puso. Aquel gesto dio la extraña impresión de que fueran pareja.

Noah señaló la luna, que, enmarcada por los picos más altos de las montañas, asomaba como si fuese el amanecer.

Ren miró y, a continuación, echó la cabeza más hacia atrás para ver las estrellas mientras caminaban.

—La Osa Mayor —señaló ella.

Noah cerró los ojos y meneó la cabeza con desesperación.

—Otra vez. —Colocó ambas manos en sus brazos, le dio la vuelta y señaló en una dirección totalmente distinta.

Ren se rio, porque esta vez estaba convencida de haber acertado. Notó en la piel un cosquilleo donde la habían tocado sus manos.

—Puedes venir a visitarme —sugirió Noah transcurrido otro momento de silencio.

Ren notó que se le encogía el corazón. Sonrió al ver el rubor en sus mejillas.

—Quizá te busque cuando venga al pueblo.

Él arrugó los ojos al esbozar una sonrisa.

—Tú podrías visitarme a mí si quisieras —respondió ella.

Noah se rio como si fuese una idea descabellada.

—Tengo el rancho —se excusó él.

Ren suspiró con una sonrisa. La decepción le produjo un ligero escozor.

—Lo sé, pero valía la pena intentarlo.

Noah pareció estar a punto de hablar, pero no dijo nada.

Siguieron andando. Cuando se disponían a cruzar la calle, un coche dobló la esquina a demasiada velocidad y Noah estiró la mano por instinto para impedirle cruzar. No la tocó, fue algo fugaz, pero Ren sintió en su interior la dulzura del gesto; así era Noah Carter.

Caminaron en silencio el resto del trayecto hasta su apartamento. Ren vivía en West Starlight Street, al lado de Main Street. Se alojaba en la primera planta, tenía un balconcito con espacio para una mesa diminuta y una silla, sobre la Barbería Starlight.

Cuando llegaron a su puerta, se produjo otra pausa. Noah se quedó mirando al frente, hacia la carretera, rascándose la nuca con gesto de incomodidad, como si tuviera algo que decir pero no pudiera.

En el escaparate de la barbería había un cartel del Spring Fling.

—¿Vas a ir a eso? —le preguntó ella.

Noah miró hacia dónde señalaba y dijo: «No» sin siquiera pensarlo.

Claro que no iba a ir. Ren se rodeó con los brazos.

—Yo sí —anunció—. Willow me ha convencido para que aguante hasta entonces antes de irme. Deberías venir.

Noah hizo una mueca, como si no se le ocurriese nada peor.

—No es lo mío.

—Pero podría serlo —insistió ella inclinando la cabeza.

Él enarcó una ceja, como si nunca fuese a serlo.

—Quizá si intentaras hacer algo distinto, te sorprenderías. —Ren se quedó mirando la acera y después sus ojos grises y entornados—. Noah, la vida tiene mucho que ofrecer, muchas posibilidades que te estás perdiendo.

—Es un festival de primavera, Ren —le recordó él con una ceja levantada.

Pero ella no se rio, no le quitó los ojos de encima, se quedó mirándolo por primera vez con algo que le recordó a la lástima.

—¿Sabes lo que he conseguido con toda esta historia sobre mi madre? He conseguido sanar una parte de mí que ahora puedo dejar atrás.

Noah no le sostuvo la mirada, la desvió hacia las letras inclinadas del escaparate de la barbería, con las manos en los bolsillos traseros de los pantalones.

Pero Ren prosiguió de igual forma.

—He encontrado lo que estaba buscando. Las piezas que faltaban. —Dio un paso hacia delante, obligándolo a mirarla—. Ahora entiendo mejor quién soy, qué necesito. Me he dado cuenta de que no se trata de los demás, se trata de mí. Puedo decidir si estoy feliz o triste, a quién amar, lo que deseo. La vida trata del futuro, Noah, no del pasado. —Le vio crispar el gesto con aquella última frase—. Hay cosas que tienes que dejar atrás.

Noah tomó aire y se pasó una mano por el pelo.

—Estoy bien, Ren —aseguró él.

—No, no lo estás.

—Lo estoy —insistió.

—¿Por qué me besaste?

—Porque decías que nunca te habían besado —respondió mirando hacia otra parte.

Ren sintió la punzada humillante de sus palabras, pero se mantuvo firme.

—Ese no fue el motivo.

Noah echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo, con la clara sensación de estar dando una noticia que no quería dar, pero que no le quedaba otro remedio que dar. A continuación la miró a los ojos y, con más dulzura, pero también con rotundidad, dijo:

—No puedo ofrecerte nada. Soy egoísta, Ren.

—No lo eres —respondió ella, resuelta, porque ya le había roto el corazón y no tenía nada que perder—. Tienes miedo.

Le vio apretar la mandíbula y tensar el gesto con sus palabras.

—Te da miedo bailar, cantar, hablar, probar otros tipos diferentes de pastel. Maldita sea, Noah. Te da miedo vivir.

Noah fijó la mirada en la acera y ella vio el tic del músculo de su mandíbula.

Se recogió el pelo con las manos y después se quedó plantada frente a él con los brazos cruzados.

—Durante toda mi vida, Noah, he tenido que vivir según las condiciones de otras personas. «¡En mi casa no, jovencita!». «¡Aquí hacemos las cosas así!». «¡No hablamos así, no nos vestimos así ni decimos eso!». Tú tienes una familia maravillosa que te adora. He visto cómo te mira tu madre. Y tu hermano. Logan estaba muy preocupado por ti en el traslado de las vacas. —Se quedó callada y alzó la vista hacia la luna, colgada junto a la sombra del monte Starlight, que se levantaba imponente a lo lejos—. Crees que llevas una vida de libertad y campo abierto. Pero no eres libre. Te estás escondiendo.

Noah la miró con una media carcajada, como si estuviese siendo una melodramática. Pero, una vez más, Ren no se rio. Se quedó mirándolo, viendo por primera vez el miedo detrás de aquellos ojos, y en ese momento supo que había vivido demasiado tiempo buscando el amor en alguien que no podía dárselo.

—Buena suerte, Noah —le dijo, a continuación se dio la vuelta, abrió la puerta de su apartamento y entró sin mirar atrás.

Capítulo treinta y seis

Nunca en su vida Noah había trabajado tan duro. La frente le chorreaba sudor, manchando el ala de su sombrero nuevo, mientras clavaba los postes de la alambrada, reparaba los comederos, revisaba y volvía a revisar la alambrada perimetral, todo ello mientras las vacas lo observaban curiosas, masticando con sus bocas babosas, viéndolo machacarse todos los días hasta el punto de caer rendido en la cama y no tener que pensar. Era un fastidio tener que salir casi a diario a buscar a Mildred, que seguía escapándose al bosque. Siempre que la encontraba y la veía parpadear ingenuamente con sus grandes pestañas negras, pensaba en Ren.

Al final de la semana, regresó al rancho y se encontró un reluciente Aston Martin plateado aparcado junto a la casa, cosa que solo podía significar una cosa: Brodie, su hermano gemelo, estaba en el pueblo.

Noah hizo una mueca de dolor. No quería tener compañía. Había abrigado la esperanza de poder escabullirse a su caravana, pero tendría que acercarse a la casa para saludar.

Solo de pensarlo, le dieron ganas de volver a montarse en Blue y volver a salir a los pastizales, pero estaba bañado en sudor y se moría de hambre, y justo cuando se preguntaba si podría desaparecer en el interior de su caravana, Brodie apareció en el porche seguido de su madre. Nada más verlo, lo saludó con la mano.

—¡Hola! ¿Dónde estabas? Ven aquí.

Noah se lavó las manos en el grifo, se salpicó agua en el cuello y la cara y se encaminó hacia allá.

—¿Me echabas de menos? —preguntó Brodie con una sonrisa conforme se acercaba, mostrando los hoyuelos de las mejillas que

volvían locas a todas las chicas. Lucía un aspecto relajado, sereno y, por algún motivo, caro, vestido con una sencilla camisa azul claro y unos vaqueros. A Noah siempre le quedaba clarísimo que no eran gemelos idénticos.

—No me había dado cuenta de que no estabas —respondió Noah, impávido.

Brodie soltó una carcajada.

—Te abrazaría, pero… —Puso una mueca al ver la camiseta gris sudada de Noah.

—Me parece bien no abrazarnos. —Noah levantó una jarra de limonada de la bandeja que había sacado su madre y se sirvió un vaso.

Brodie lo observó intrigado, como si estuviese escrutando cada movimiento para evaluar un juicio.

Noah, que no soportaba que lo miraran, levantó la vista y dijo:

—¿Qué?

—Nada —repuso Brodie, encogiéndose de hombros, aunque sin dejar de estudiarlo con la mirada.

Noah se negaba a morder el anzuelo y, mientras se bebía la limonada, se dirigió hacia el interior de la casa a por algo de comer. Fuera, oyó el crujido de la silla de mimbre cuando se sentaron.

—¿Estás seguro de que no quieres nada de comer? —oyó que le preguntaba su madre a Brodie.

—De verdad, no tengo hambre. He comido algo en el avión.

—Ojalá nos avisaras cuando vienes.

—Hasta el último momento no sabía lo que iba a hacer.

Noah salió con un trozo de queso entre dos rebanadas de pan.

—¿Te han dejado plantado?

Brodie ladeó la cabeza mientras reflexionaba la declaración.

—Yo no lo llamaría un plantón. Más bien una «diferencia de opiniones». Brodie había logrado perfeccionar la combinación ganadora de sus ojitos de cordero degollado y su inocente sonrisa con hoyuelos, esa que le permitía salirse con la suya en casi cualquier situación.

Noah sonrió con suficiencia.

—¡Ay, Brodie, otra vez no! —suspiró Martha.

—No pasa anda —aseguró Brodie restándole importancia con un gesto de la mano.

—Me caía bien Jessica —comentó su madre.

—No era Jessica —contestó Brodie, confuso.

Martha sonrió entonces con mayor profundidad y dijo:

—¿Por qué siempre…?

Brodie se echó hacia delante para agarrar su vaso, interrumpiéndola con un:

—No hace falta que hablemos de mí. —A continuación, se volvió hacia Noah—. ¿Qué es eso que me han contado de que has pasado la noche en una tienda de campaña con una joven muy atractiva?

Desprevenido, Noah se quedó demasiado sorprendido para formular una buena respuesta.

—¿Cómo lo sabes? —se limitó a preguntar.

—Me lo contó Logan. —Brodie se arrellanó, con los brazos sobre el respaldo del sillón, atento a las reacciones de su hermano.

Noah estaba a punto de darse la vuelta para marcharse cuando el sonido de un coche que se acercaba a gran velocidad, escupiendo gravilla del suelo, llamó la atención de todos, y de pronto Willow vino corriendo, vestida con sus *leggings* de bailarina y su camiseta corta, una nube de rizos enmarcando su rostro.

—¡Brodie! —exclamó con regocijo.

Brodie no tuvo problema en abrazar a su hermana. La rodeó con los brazos y la levantó del suelo.

—¡No sabía que estuvieras aquí! ¡Pero mira qué pelo me llevas, se ha descontrolado!

Willow se retiró de la cara su voluminosa melena.

—De momento lo llevo *au naturel*. Me lo alisaba demasiado y empezaba a volverse quebradizo.

—A mí me gusta rizado —declaró Martha—. Te pega.

Willow puso cara de no estar nada convencida y se recogió el cabello en un moño en lo alto de la cabeza.

—No me quedaré mucho —anunció—. La semana que viene retomo la gira. —Se sentó en el brazo del sillón de Brodie.

—¿Con lo mismo que te vi en Londres? —preguntó él.

Willow asintió y se echó hacia delante para dar un trago a uno de los vasos de limonada, sin importarle a quién pertenecía.

—Y —agregó—, sí, Gabriella sigue en el elenco, ¡así que, por favor, no vengas a verme porque sigue queriendo matarte!

Brodie captó la expresión sorprendida de su madre y se puso las gafas de sol con gesto de culpa.

Martha sacudió la cabeza con desaprobación y decidió cambiar de tema:

—¿Cuánto tiempo te quedas, Brodie?

—Solo un par de días —contestó él sin especificar más. Brodie no soportaba hacer planes, y todos lo sabían.

—¡El sábado es el Spring Fling! —exclamó Willow con más entusiasmo del que Noah pensaba que mereciese el evento.

—Me encanta el Spring Fling —contestó Brodie extendiendo las manos.

—Mamá va a tocar el dobro en la banda —le informó Willow con orgullo.

Martha le restó importancia con las manos, pero dijo:

—Podrías cantar si quieres, Brodie.

—Si tú quieres, sí —repuso él, que no tenía recelo a plantarse encima de un escenario.

Noah recordó con un escalofrío un mensaje que Brodie le había enviado unos seis meses atrás, cuando otro grupo musical de su misma época anunció una gira de reencuentro, y le preguntó: *¿Quizá algún día?* Se había apresurado a borrar el mensaje aunque sabía —o creía saber— que Brodie estaba de broma.

—También irá la novia de Noah —agregó Willow, mirando a su hermano con picardía.

Noah cerró los ojos con un suspiro. No pudo evitar, sin embargo, imaginar lo que sería que Ren estuviese allí con ellos en ese instante, la mirada cómplice que quizá le dedicaría desde el otro lado de la mesa y que, de inmediato, le haría sentir en calma.

Pero entonces apareció Emmett, procedente del establo, limpiándose las manos con un trapo, y el ambiente cambió de golpe.

Noah vio a Brodie erguirse más y se sintió aliviado de dejar de ser el centro de atención, aunque eso significara situar a su hermano en

el punto de mira de la habitual desaprobación paterna.

—Hola, papá.

Emmett se secó las manos y se guardó el trapo en el bolsillo trasero.

—Me había parecido ver tu nuevo coche.

Brodie asintió. Willow se quedó mirándose las manos. Noah estaba bastante seguro de que la ausencia de un saludo por parte de Emmett no había pasado inadvertida para nadie.

Brodie y su padre nunca habían tenido una relación fácil. No era tan mala como la que había mantenido Emmett con Jack, pero no andaba lejos. Emmett creía firmemente en los propósitos y en el trabajo duro, cosa que por desgracia se hallaba en las antípodas de los valores de Brodie.

—Bueno, pues me alegro de verte —dijo Emmett, sin detenerse a sentarse con ellos, y siguió su camino hacia el interior de la casa.

Brodie se recostó en el sillón de mimbre con una exhalación.

—¡Y decís que ha cambiado!

—En cierto modo sí —intentó justificarlo Willow—, aunque quizá se tarde un poco en verlo.

Noah estudió la veta de los tablones del suelo. No soportaba que hablasen de su padre con una desconsideración tan flagrante. Le hacían sentirse como un traidor. Pero tampoco le gustaba cómo trataba a Brodie, y rememoró todas las excusas que había inventado para su hermano en el pasado.

Brodie arrugó el gesto.

—A mí no me lo ha parecido —comentó.

—Lo que pasa es que creo que está preocupado por ti —lo excusó Martha levantando su vaso de limonada y haciendo tintinear los hielos de su interior.

—¡Llevo una vida maravillosa! —aseguró Brodie con un resoplido de incredulidad.

—Nos preocupamos por todos vosotros —prosiguió Martha, haciendo oídos sordos al comentario. Le lanzó una mirada incisiva a Noah al decirlo—. Se supone que deberíamos estar empezando un nuevo capítulo, cambiando las cosas, pero de momento no veo nada de eso.

Noah miró hacia el cielo y Martha enarcó una ceja en actitud desafiante.

—Noah, si no haces algo pronto, haré que se lleven tu caravana contigo dentro. —A continuación centró su atención en los demás—. Una de las cosas de las que más me arrepentiré siempre es que Jack nunca tuvo la oportunidad de cambiar, y me niego a permitir que eso vuelva a suceder, ¿entendido? —Los miró a todos. Willow se quedó observando sus puntas abiertas, Brodie parecía estar aguantando las ganas de soltar una risita, cosa que hacía siempre que lo regañaban. Noah se quedó impávido, mirando fijamente el collar con la cruz dorada que llevaba su madre a fin de no tener que mirarla a los ojos.

El silencio restalló en el aire durante unos segundos y, después, aparentemente satisfecha de haber transmitido el mensaje, Martha se recostó, levantó su vaso de limonada y dio un trago.

Brodie, a quien nunca se le había dado bien gestionar ningún tipo de tensión, se inclinó hacia delante un segundo más tarde y, apoyando los codos en las rodillas, sonrió de oreja a oreja y dijo:

—¿Podemos seguir hablando de la novia de Noah?

Willow soltó una risita.

Noah cerró los ojos un segundo y, sin decir nada, retiró su silla y se marchó.

Oyó a Brodie saltar del porche e ir tras él.

—Perdona —se disculpó,, con la risa aún en la voz—. Lo siento —insistió cuando lo alcanzó.

—No tiene importancia —repuso Noah sin darse la vuelta para mirarlo y siguió caminando hacia el patio.

Brodie mantuvo su ritmo, con las manos en los bolsillos, y miró al sol, que se elevaba sobre la montaña.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Por favor, Noah, ¿en serio? —Brodie suspiró como si lo conociera mejor que todo eso.

—De verdad, estoy bien —le aseguró Noah, dirigiéndose hacia su caravana.

—Vale, lo que tú digas. —Brodie resopló y se puso las gafas de sol —. Aunque, si es un problema de mujeres, estás hablando con la persona equivocada. —Se rio, aparentemente del caos de su propia vida amorosa, aunque también, a Noah no le cabía duda, muy consciente de que él era precisamente la persona más indicada para tratar el tema.

Conforme se aproximaban a la caravana, Brodie se agachó, levantó una pelota de baloncesto que habitaba relativamente nueva en el suelo junto a los escalones y se la arrojó.

—¿Hacemos unos tiros?

Noah atrapó la pelota por instinto y se quedó quieto unos segundos, plantado frente a su gemelo. Reconoció aliviado que no había seguido intentando persuadirlo para charlar.

Rememoró los días del grupo en los que Brodie lo encontraba en alguna parte —el baño de un estadio, la sala de mantenimiento, el aparcamiento—, demasiado aterrorizado para subir al escenario, y se sentaba a su lado y le hablaba de sus propias ideas acerca del mundo, sin presión, sin preguntas, sin complicaciones. Lo miró en ese momento y sintió el alivio de tenerlo allí, de pie frente a él con su ropa de diseño y sus Wayfarers rojas, esbozando esa sonrisa torcida tan familiar, a la espera de jugar a la pelota.

Noah la hizo botar un par de veces.

—Claro, ¿por qué no?

Estuvieron lanzando tiros a la vieja canasta oxidada que usaban de niños. Y, mientras se turnaban para intentar encestar desde la línea de media cancha —que Logan había delimitado en una ocasión con un trozo de roca que nadie había movido desde entonces—, Noah se descubrió hablándole de Ren. No mucho, pero lo suficiente.

—Según mi experiencia —dijo Brodie, colocándose en posición para lanzar—, siempre es mejor despedirse correctamente. No es justo dejar a una persona colgada. —Dobló las rodillas y soltó el balón—. Esta va a entrar.

—Ni hablar —se rio Noah al pensarlo.

Falló. Brodie fue a recogerla, la botó un par de veces y se la lanzó a su hermano.

—Como mínimo le debes una despedida.

Noah atrapó el balón justo cuando Willow doblaba la esquina de la caravana, con el cabello recogido de cualquier manera en la coronilla y un brillo pícaro en la mirada que hacía sospechar que había estado escuchando toda la conversación.

—Se marcha después del Spring Fling, Noah —le informó, apoyándose en la pared de listones trasera de la caravana, que tenía la pintura descascarillada.

Brodie la miró y sonrió con suficiencia ante el hecho de que Willow hubiese estado escuchando a escondidas.

Noah la ignoró y se colocó para lanzar su tiro desde mitad de la cancha.

Sabía que Ren se marchaba después del Spring Fling, y Brodie tenía razón, debería despedirse, pero no estaba acostumbrado a acudir a los eventos del pueblo —no soportaba la atención ni las multitudes—, aunque sentía que, en cierto modo, se lo debía a Ren. El recuerdo de su beso, que a veces lo despertaba en mitad de la noche, la suavidad de su piel, el aroma de su champú de fresa y del agua del río, sus brazos enlazados alrededor de su cuello.

—Si encesta ese tiro —le dijo Brodie a Willow—, irá al Spring Fling.

Willow enarcó una ceja y contestó:

—Creo que es mejor al revés.

—Bien pensado.

Noah trató de ignorarlos y lanzó el balón, que golpeó el tablero, bordeó el aro de la canasta y cayó al suelo.

—Ha estado cerca —dijo Brodie con una mueca.

—¿Significa eso que va a ir o que no va a ir? —preguntó Willow con los brazos en jarras.

Noah se vio invadido por la sorprendente certeza de que seguramente acudiría al Spring Fling solo para despedirse de Ren. Pero jamás se lo contaría a Willow.

—Supongo que tendrás que esperar a ver —respondió, botando la pelota con indiferencia y sin mirar a su hermana, cosa que hizo que Willow, como ya sospechaba, saliera frustrada corriendo hacia él para intentar arrebatársela.

—Demasiado lenta —le dijo Noah, lanzándosela a Brodie, quien de inmediato aceptó el desafío de provocar a su hermana para intentar

interceptar el balón.

Fue igual que en los viejos tiempos. Viendo sus caras, Noah no pudo evitar reconocer la soledad de los años que habían pasado separados.

Capítulo treinta y siete

Ren terminó de guardar sus últimas cosas en la maleta. No tenía muchas pertenencias —así era más fácil levantar el campamento e irse a otro sitio—, pero por primera vez se descubrió doblando la ropa con un sentimiento reticente. Lo último en entrar en la maleta era la camisa azul con los ribetes blancos que se había rasgado el primer día del traslado de las vacas. Casi no deseaba levantarla porque llevaba consigo un aire decisivo; la metió en la bolsa y cerró la cremallera.

Miró en torno a su pequeño apartamento, desprovisto de su sello y personalidad sobre las cosas; el dormitorio estaba desnudo, la vistosa colcha de retales y las suaves bufandas tiradas sobre el sillón y el espejo habían desaparecido, las macetas con las plantas se las había regalado a Thomas, el de la barbería de abajo, y las fotografías que había pegado al frigorífico ya estaban guardadas. Su uniforme de la cafetería había sido limpiado, planchado y devuelto a Loriana. Por lo general, notaba el entusiasmo en la boca del estómago cuando ya estaba lista para marcharse a otro lugar. Pero aquel apartamento le había recordado peligrosamente a un hogar, y abandonarlo suponía una pérdida inesperada.

Salió y se plantó en el balcón. Sobre su cabeza, el cielo estaba salpicado de hileras de nubes de dibujos animados y el sol se reflejaba en el cristal de las ventanas. Hacía un día perfecto para el Spring Fling, no demasiado caluroso, con una brisa suave que agitaba las hojas de los árboles. Se apoyó sobre la barandilla metálica para poder asomarse a Main Street y al ajetreo que rodeaba las instalaciones del evento. Previamente había visto a Martha Carter pasar con la camioneta cargada de suministros.

Al volver volver a mirar, le sorprendió reconocer el todoterreno de Noah y casi se quedó sin respiración al verlo detenerse detenerse en la señal de stop, hasta que se dio cuenta de que era Willow y no Noah quien conducía.

La decepción fue palpable.

No debería haberlo sido. No lo había visto ni había hablado con él desde aquella noche frente a la puerta de su apartamento, cuando le había dicho todo aquello que creía que necesitaba oír, aunque sabía que la odiaría por ello. Había dejado de acudir a la cafetería a tomar café y pastel. Ya no le enviaba mensajes con fotos de Mildred cuando esta se escapaba del cercado. Y, si bien Ren seguía mirando cada vez que alguien pasaba por delante del ventanal de la cafetería con un sombrero negro de vaquero, o veía pasar un coche que se parecía a su todoterreno, se había reconciliado con el hecho de que lo que fuera que hubiera habido entre Noah y ella se había extinguido ya. La suya era una llama que no estaba destinada a arder con fuerza.

Capítulo treinta y ocho

Noah era el único que quedaba en el rancho. Su madre se había marchado temprano para ayudar a montar el Spring Fling y había arrastrado consigo a Brodie y a Willow.

Emmett había aducido que tenía demasiado trabajo que hacer como para ir a echar una mano, pero conforme avanzaba el día —y las tareas «absolutamente necesarias» disminuían—, recibió una llamada de Martha preguntándole dónde estaba e, incapaz de posponerlo por más tiempo, acabó por ceder a regañadientes, se cambió de ropa y se fue.

—Te veré allí —le había dicho Noah, habiendo decidido ya que se pasaría, solo para despedirse de Ren antes de que se fuera. Se había cambiado, se había puesto una camisa por primera vez en bastante tiempo, se había afeitado y estaba listo. Pero, a la hora de la verdad, descubrió que no podía marcharse.

Estaba sentado en los escalones de su caravana, solo, después de la partida de los demás. Paralizado. Igual que le sucedía cuando estaba de gira. Con el tiempo suspendido. El cerebro le iba a mil por hora. Esto. Aquello. ¿Por qué? ¿Y si? No quería ir, no deseaba ver a la gente, enfrentarse a sus miradas, no deseaba ver el escenario ni a su hermano allí subido.

Pero, al mismo tiempo, le daba igual. ¿Por qué entonces era incapaz de ir? ¿Por qué no podía moverse?

Como decía Brodie, le debía a Ren una despedida.

Se obligó a levantarse del escalón, pero la cabeza le daba vueltas y tuvo que volver a sentarse.

Oyó un coche que entraba en el patio. Levantó la mirada y vio a su madre bajarse de la vieja camioneta verde. Cerró de un portazo

y, al verlo allí sentado, se acercó. Iba ya vestida para el festival, con un conjunto verde, cinturón de cuero y botas nuevas.

—¿Te lo puedes creer? —dijo, levantándose las gafas de sol y colocándoselas en la cabeza—. Se me había olvidado la guitarra.

Noah intentó recomponerse, pero, conforme se acercaba, su madre le dijo:

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió él con demasiada premura.

Ella se detuvo, miró a su alrededor un segundo, después se acercó y se sentó en el escalón junto a él.

—Noah, me doy cuenta cuando sucede algo, te lo veo en los ojos.

Él se echó hacia delante y apoyó la frente en el pulpejo de la mano.

—De verdad, estoy bien, solo necesito un minuto.

Su madre no se fue a ninguna parte, se quedó allí a su lado. La miró con su vestido verde y sus joyas elegantes y dijo:

—Estás guapa.

—Gracias. —Martha sonrió, lo miró de arriba abajo y agregó—: Tú también.

Él sacudió la cabeza al oír el cumplido.

Martha se giró y miró tras ella, hacia la caravana.

—Veo que ya has empezado a despejar cosas.

Noah no pudo por menos que reírse. No había tocado nada.

Su madre apoyó las manos tras ella y se recostó.

—Siempre me imaginé que construirías una cosa preciosa en algún lugar de nuestra propiedad. Quizá dejarías que te ayudara Logan, o tu padre. Por eso quiero que te deshagas de la caravana, Noah, no porque quiera dirigir tu vida, sino porque quiero mejorarla.

Noah miró hacia el patio y notó que se le calmaba la respiración mientras ella hablaba.

Un par de gallinas, que adoraban a Martha porque les daba de comer, se acercaron y empezaron a picotear a su alrededor. Su madre agarró a una de ellas, se la puso en el regazo y empezó a acariciarla como si fuera un gato.

—Quizá quieras trasladarte al pueblo, o incluso descubras que deseas comprar tu propio terreno y fundar tu propio rancho. —Rascó

a la gallina alrededor del cuello, cosa que al animal le encantaba—. Tu padre me mataría por decírtelo, pero no tienes por qué quedarte aquí, no sientas esa obligación.

—No siento ninguna obligación —respondió Noah, irguiéndose más mientras se retiraba el pelo de la cara con las manos—. Solo quiero seguir igual que estoy.

—¿Así? —preguntó ella, con un escepticismo sutil, señalando su complicada situación actual: pálido, inestable, obligado a sentarse en el escalón superior de arriba de su caravana.

Noah cerró los ojos y se los apretó con los dedos.

—Puedes tener más que esto, Noah. Tu padre y tú os parecéis mucho, pero no te olvides de que él tiene mucho más que el rancho. Me tiene a mí, la casa, a vosotros. Es una vida plena y rica. —Se detuvo y añadió con ironía—: Aunque a veces elija no ver todas esas cosas.

Al ver que Noah no respondía, Martha se quitó con cuidado del regazo a la gallina que había estado acariciando y la colocó en el suelo.

—¿Quieres que demos un paseo?

—Claro —aceptó Noah, porque sabía que no le convenía llevarle la contraria a su madre.

Cuando llegaron a la hierba, ella se quitó los zapatos y, sosteniéndolos en una mano, lo condujo en dirección al prado, bordeando la cerca de madera cuando se acercaron, con las montañas y los pinares a lo lejos.

—¿De qué tienes miedo, Noah? —preguntó Martha—. Porque no creo que se trate solo de la caravana o de acudir al Spring Fling.

Noah no respondió y, en su lugar, se concentró en Blue y en Big Mac, que pasaban alegremente en la frondosa hierba del prado. Detrás de los caballos, el sol pendía sobre la montaña. Y el cielo de la mañana, antes neblinoso, lucía en ese momento el azul radiante de una piscina.

—Es normal sentir recelo al volver a amar a alguien.

Noah sintió un nudo en la tripa. Notó el pellizco del miedo, como si se hallara al borde de un lugar donde no quería estar. Llamó a Blue para que se acercara.

—Fue hace mucho tiempo.

Martha se apoyó contra la cerca, a su lado.

—No quiero decir que no hayas pasado página. —Blue se acercó y su madre le espantó una mosca del hocico—. Me refiero a que hace falta mucho coraje para decidir exponerse nuevamente a algo así.

Noah no quería oírla, pero no podía dejar de escucharla, porque era su madre quien hablaba y, cuando lo hacía, todos ellos estaban programados para oír lo que tuviera que decir. Sintió de pronto la asfixiante claustrofobia de la emoción, como le sucediera en la adolescencia cuando Martha estuvo enferma. Cuando les sonreía desde la cama del hospital al contarle ellos que iban a hacer la prueba para el concurso musical. Noah deseaba huir de aquella habitación y regresar a la seguridad del establo, o del campo, incapaz casi de mirarla porque le resultaba demasiado horrible. Y después, allí estaba de nuevo, otra vez en el hospital, pero entonces con diecinueve años, consumido y sin saber cómo afrontar el hecho de que su novia se estuviese muriendo.

El aire cálido parecía oprimirle. En ese momento se preguntó si iría a desmayarse por la presión que sentía en el pecho.

—Hay cosas buenas, gente buena más allá de esas verjas, Noah, más allá de Autumn Falls. —Martha se incorporó y le rozó ligeramente el hombro con el suyo.

Noah cerró los ojos. Apoyó la frente contra Blue, sintió el calor del cuerpo del caballo, el olor dulce y terroso.

Después giró la cabeza hasta quedar mirando a su madre y dijo:

—Es que no sé si puedo volver a pasar por eso.

Ella le devolvió la mirada con una sonrisa cálida en los ojos y respondió:

—Lo sé. Eso es lo que tienes que decidir.

Capítulo treinta y nueve

El festival Spring Fling se celebraba en los jardines del salón de la iglesia. Había coloridos farolillos de papel y guirnaldas de luces, además de banderines colgados de un alto alerce situado en el centro del jardín, simulando la carpa de un circo.

También había un puesto de bebidas con el consabido ponche y un escenario donde tocaba la banda de Autumn Falls, liderada por John Luke, el padrastro de Bella, a la guitarra, con Hank al bajo y Jacob, el nuevo pastor, al teclado. La amiga francesa de Bella, Claudette, toda sensual vestida de negro, era la vocalista y entonaba canciones de folk francesas mientras tocaba una pandereta.

Ren llegó sola. Escrutó a la multitud de asistentes y distinguió prácticamente a toda la comunidad de Autumn Falls. Vio a Bella y a Willow de pie junto a la ponchera, observando a Martha sobre el escenario. Willow lucía un aspecto muy bohemio con un vaporoso vestido de flores, mientras que Bella se había decantado por líneas sobrias, una túnica en tono crema y sandalias doradas.

Ren tendía a no ponerse vestidos bonitos si podía evitarlo; no desde que la vestían como a una muñeca para ir a visitar a posibles familias de adopción. Llevaba puesto un mono de pana rosa de manga corta con un cinturón de cuero ancho y zapatos de tacón rojos con la punta abierta. Llevaba el cuello del mono levantado y un millón de collares dorados. Se había recogido el pelo y se había sujetado el largo flequillo a un lado.

Cuando Willow la vio, le hizo un gesto de entusiasmo con la mano para que se acercara.

—¡Ren, estás increíble! ¡Me encanta esto! —Deslizó la mano por la manga aterciopelada del mono.

—Gracias —repuso ella, pero, antes de poder devolverle el cumplido, el hombre situado junto a Willow se dio la vuelta y Ren, deslumbrada, tuvo que dar un paso atrás. Nunca había conocido a nadie tan atractivo: pelo rubio alborotado, hoyuelos como botones en un sofá Chesterfield, ojos almendrados y ligeramente somnolientos como si acabara de despertarse. Era arrebatador.

—Ren, te presento a Brodie.

—Qué hay —dijo ella, casi riéndose, sin siquiera aspirar a mostrarse indiferente.

—Hola a ti también —respondió Brodie teniéndole la mano.

—Esta es Ren, ya sabes —le dijo Willow dándole una patada—. Así que borra esa sonrisa.

Brodie ladeó la cabeza, fascinado.

—¡Esta es Ren!

—¿A qué viene eso? —preguntó Ren con el ceño fruncido.

—A nada —le dijo él con una sonrisa inocente y unos dientes blancos y rectos como no había visto jamás.

—Ignóralo —agregó Willow, restando importancia a la situación con un gesto de la mano.

Brodie se puso sus gafas de sol —unas Wayfarers rojas totalmente incongruentes con sus pantalones de vestir color crema y su camisa de lino azul claro— y se giró para contemplar a la banda, sin perder, eso sí, la sonrisa juguetona.

Ren se sonrojó, sabiendo que tenía algo que ver con Noah.

Logan y Bella se acercaron con vasos de ponche para todos.

—Aquí tienes, Ren —dijo Bella, alargándole un vaso de plástico con un líquido de un rosa casi neón en el que flotaban trocitos de fruta.

—¡Ponche de Autumn Falls! —exclamó Willow, dio un sorbo y puso cara de asco porque siempre estaba excesivamente dulce.

Brodie aceptó su vaso y, señalando con la cabeza el escenario, dijo:

—Mamá me ha pedido que cante. ¿Quieres subir tú también, Logan?

Él puso una cara que indicaba que ni en un millón de años.

—Venga, hermano —insistió Brodie dándole un empujón en el hombro con su sonrisa fácil y su encanto infantil.

Pero Logan se mostró firme, rodeó a Bella con el brazo y respondió:

—Mis días en el escenario quedaron atrás.

Bella contempló a la multitud.

—¿No dijo alguien que iba a venir Noah? —preguntó, probablemente para cambiar de tema, porque sabría que Logan no soportaba tener que decirle que no a Brodie.

Ren sintió que se le sonrojaban las mejillas con la alusión a Noah, y el corazón comenzó a aletearle como un colibrí ante la idea de que acudiera al festival.

—Dijo que a lo mejor —contestó Willow consultando su reloj.

—¿En serio? —Logan no pareció muy convencido, y señaló las decoraciones, la multitud que rodeaba la barbacoa y los amigos y vecinos que bailaban al ritmo de la música, como si estuviera enumerando razones por las que su hermano no aparecería.

—Yo creo que vendrá —opinó Brodie, su mirada se encontró con la de Ren y le guiñó un ojo, haciendo que se sonrojara más aún y que la traicionera chispa de esperanza que había anidado en su pecho se convirtiera en una llama intensa.

Logan, que claramente había visto la expectativa dibujada en su rostro, dijo:

—Lo dejo a tu criterio.

Por suerte, cambiaron de tema cuando Willow señaló hacia la verja.

—Mirad, ha vuelto mamá.

Se giraron todos y vieron a Martha, que venía con la funda de su guitarra, abriéndose paso entre la gente con una sonrisa, saludándolos a todos.

Pero, cuando se reunió con ellos, de pronto se puso más seria y, colocándole una mano a Logan en el brazo, dijo:

—¿Puedo decir algo rápido?

Willow se puso de puntillas, escudriñando a la multitud.

—¿Has visto a Noah en el rancho? —preguntó—. ¿Viene de camino?

Durante un segundo, la esperanza y la decepción se alternaron dentro de Ren como en un balancín.

Pero entonces Martha negó con la cabeza y respondió:

—No. No creo que Noah vaya a venir hoy. Lo siento.

Capítulo cuarenta

Daba la impresión de que Blue alcanzara a sentir la urgencia de Noah mientras galopaban por el pastizal, cada vez más rápido, con el bosque a lo lejos y el sudor goteándole por la espalda en su afán por liberar parte de la tensión que le invadía.

Cabalgaron hasta que Blue comenzó a cansarse. Noah habría podido seguir eternamente.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de lo cerca que estaban del lago. De inmediato, la sombra de los recuerdos le hizo desear darse la vuelta, pero sabía que Blue necesitaría descansar, y también la sombra de los árboles y el agua, de forma que siguió avanzando sin muchas ganas hasta que distinguió las aguas cristalinas del lago, lisas como el hielo, resplandecientes bajo los rayos del sol.

Desmontó y condujo a Blue hacia el lago, percibiendo todo a su alrededor cual fantasmas en el aire. En la orilla, se quitó la camisa para quedarse solo con la camiseta de manga corta y se salpicó la cara mientras Blue bebía. A continuación, con un suspiro, se obligó a girarse y mirar a su alrededor, ver el lugar donde solían acampar, los árboles entre los que anudaban la hamaca y después se peleaban para ver quién dormía en ella. El tocón con el que practicaban lanzando la cuerda; Noah siempre era el mejor, nunca fallaba un lanzamiento. Vio la vieja canoa encallada en la orilla, desvencijada ya y cubierta de liquen y barro. Recordó cuando se turnaban para remar en ella, o se retaban para ver cuántos cabían dentro sin que la embarcación volcara. Cerró los ojos al sonreír sin pretenderlo.

Entonces, cuando empezó a caminar, en uno de los pinos más altos vio las iniciales N y L talladas en el tronco. Le recorrió la sangre un escalofrío provocado por la sorpresa. Avanzó por el camino hasta

quedar lo bastante cerca para estirar la mano y recorrer las letras con los dedos.

Recordó haberlas tallado con su nueva navaja. Y vio a Livvy allí de pie, riéndose porque era más difícil de hacer de lo que había pensado que sería. Y se vio a sí mismo sonriendo, ofreciéndole la navaja y diciendo: «¡Hazlo tú entonces!», y ella fue y lo hizo realmente bien. Al pensar en ella riéndose, la vio en la escuela carcajeándose de algo con sus amigas. Se vio a sí mismo dando patadas a un balón de fútbol. La vio a ella esperándolo en la parada del autobús. Los vio uno al lado del otro en los columpios cuando ya eran demasiado mayores para parques infantiles. Vio su juventud y vitalidad. Qué jóvenes. Apoyó la frente contra la corteza rugosa del árbol y se recordó estudiando, embelesado, los pelillos de su nuca en la iglesia cuando se sentaba delante de él. Cuando tenía algo de dinero, le compraba una Coca-Cola y un cuarto de libra con queso, pero sin pepinillos. Cabalgaba con ella hacia las montañas cuando estaba fuerte y en forma y le brillaban los ojos.

De pronto echó el puño hacia atrás y lo estrelló con fuerza contra el árbol. Después volvió a hacerlo. La corteza le cortaba la piel y los nudillos empezaron a sangrarle. A continuación dio patadas y gritó y, después, apoyó de nuevo la cabeza contra el tronco y se dio cuenta de que estaba llorando.

Pero no lloraba por Livvy. Había llorado ya su muerte, la vida que ambos compartían. En aquel momento, sin embargo, lloraba por su juventud. Una época en la que tenía a su alrededor a todos a quienes amaba. Momentos valiosos que había dado por sentado. Ver a Livvy morderse el labio en un gesto de concentración mientras tallaba la corteza con la navaja, o la sonrisa de su hermano Jack al hacer volcar la canoa para que todos cayeran al agua. Deseaba retroceder en el tiempo y recuperar todos esos instantes.

Noah no había vuelto a ser esa persona que tallaba iniciales en el árbol o remaba en el lago o se peleaba por una hamaca. Había partido con el grupo y había regresado a casa siendo alguien diferente.

Alguien con miedo, reservado, roto. Alguien lleno de tanta rabia y arrepentimiento, de tanta frustración, que lo único que pudo hacer

fue enterrarlo todo en las profundidades de su alma.

Dejó caer la cabeza y sintió que le temblaban los hombros con los sollozos callados. Se tapó los ojos con las manos ensangrentadas. No habría parado aun si hubiese querido, sobrecogido por la triste futilidad de todo aquello.

Y entonces oyó de pronto el golpeteo de los cascos de un caballo y, al darse la vuelta, vio a Logan bajarse de un salto de Misty, su hermosa yegua gris moteada, y dirigir sus pasos hacia él con visible gesto de preocupación. Sin decir nada, lo envolvió en un fuerte abrazo fraternal. Fue justo la clase de abrazo que sabía que le daría Logan: firme y tranquilizador. Y mientras trataba de recuperar el aliento, sintiendo que le habían arrancado las entrañas después de llorar por primera vez en años, se descubrió eternamente agradecido por la presencia fuerte y reconfortante de su hermano mayor.

—No pasa nada —oyó decir a Logan.

Noah se apartó, frotándose la cara primero con la mano y después con el dobladillo de la camiseta.

—Sé que dijiste que no nos culpas, pero, Noah… —Logan sacudió la cabeza—, no fue solo que te convenciéramos para volver y que no pudieras estar allí con Livvy, fue todo lo demás. Deberíamos habernos dado cuenta de lo mucho que te costaba en lugar de empujarte a un escenario delante de miles de personas cuando lo detestabas tanto que te ponías enfermo. Te decepcionamos. Solo mirábamos por nosotros mismos y tú te perdiste en todo aquello.

—Eso no es cierto. —Noah trató de limpiarse la sangre del dorso de las manos frotándoselas contra los vaqueros.

Vio que Logan se daba cuenta y entornaba ligeramente los ojos. Entonces le vio mirar el árbol y reparar en las iniciales talladas. Se metió la mano en el bolsillo y le ofreció un pañuelo de tela. Con sus iniciales bordadas, como era de esperar.

—¿Crees que te has roto algo?

—Me parece que no. —Noah se envolvió los nudillos con el pañuelo—. Tú no mirabas solo por ti mismo, Logan. Y a Ethan, a Brodie y a Jack aquello les encantaba. Te quedaste por ellos igual que lo hice yo. —Noah se sentía consumido y se frotó la cara con las manos tratando de volver a la normalidad. Después miró hacia el

lago y añadió—: No te culpo. Quería culparte, quería culparos a todos, pero no es así. No puedo. —Notaba el dolor palpitante en el dorso de la mano—. Me quedé porque me gustaba más estar con vosotros que sin vosotros. No quería volver aquí yo solo. Tenía a Livvy, pero éramos jóvenes, y hablábamos de sentar la cabeza, pero… —miró a Logan con un suspiro— éramos unos críos. Yo quería estar donde estuvierais todos, aunque no lo soportara.

Sintió de nuevo la presión de las lágrimas. Solo de verse con quince años en el grupo, intentando por todos los medios aparentar que lo disfrutaba, aunque se sintiera fuera de lugar. Incapaz de escapar, día tras día, hasta que acabó viviendo sin más. Anestesiado, solo con el miedo de lo que estaba por venir y con el vacío.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Logan.

Él asintió.

—Creo que ya iba siendo hora de que ocurriera —dijo su hermano, y agregó con ironía—: Y me ha librado del Spring Fling.

Noah se rio.

Un águila planeó sobre sus cabezas y Logan se quedó contemplándola unos segundos antes de ir a sentarse en las rocas. Se quedó mirando al frente, con los antebrazos alrededor de las rodillas y las manos entrelazadas.

—No fue todo malo —dijo—. A veces tengo que recordarme que también hubo momentos buenos.

Noah se sentó a su lado y observó las olas que acariciaban la orilla del lago.

Logan prosiguió:

—¿Te acuerdas de aquella vez que a Brodie se le enganchó el traje en la trampilla que había debajo del escenario?

Desprevenido por aquel recuerdo, Noah se rio inesperadamente.

—¡Sí! Se quedó allí abajo gritando: «¡Chicos, ayuda! ¡Estoy atascado!».

—Y todos riéndonos de él.

—Ethan no podía cantar porque no paraba de reírse.

Hacía años que Noah no había sentido aquello, esa clase de risa que hacía que le doliesen la tripa y los costados y le dejaba sin aire.

Logan sonrió con cariño.

—¿Sabes? Algunos de mis momentos favoritos son de cuando íbamos de gira en el autobús o en avión. Estar todos juntos, saber que nos quedaban varias horas hasta llegar allí.

Noah giró la cabeza para poder mirar de soslayo a su hermano.

—Eso fue lo que dijo Ren cuando estábamos trasladando el ganado. Que los mejores momentos son aquellos en los que no haces nada.

Logan lo reflexionó y respondió:

—En el autobús de la gira hacía menos frío.

Noah se rio.

Siguió un silencio y entonces Logan agregó:

—Sé que me quejaba del frío, pero el traslado de las vacas fue uno de los mejores y más memorables momentos que he vivido en mucho tiempo.

Noah se preguntó qué habría tenido aquel acontecimiento para que todos lo hubieran disfrutado tanto. Para él había sido un día más.

Pero entonces contempló el agua cristalina y se obligó a recordar esos días. Lo que acudió a su cabeza no fueron los grandes acontecimientos, sino Logan sonriendo mientras se ponía el abrigo de plumas, Willow haciendo los estiramientos mientras daba órdenes sobre la comida, Hank tocando el banyo, la ancha espalda de Emmett meciéndose con suavidad de un lado a otro mientras lideraba al grupo… y Ren montada en Star, riéndose con su sombrero de gaucho mientras intentaba controlar a la pequeña y descarriada Mildred.

Estiró las piernas frente a él y pensó que tal vez sí que hubiera sido uno de los mejores traslados de ganado y él lo había dado por sentado. Quizá debiera empezar a diferenciar mejor entre lo bueno y lo malo; o entre lo cotidiano y lo extraordinario. Darse cuenta para variar de que su vida era considerablemente mejor que la media.

Desde luego, su cotidianidad tenía menos brillo desde el traslado de los animales. Desde que Ren no estaba allí cada mañana cuando abría los ojos.

Se recogió el pelo detrás de las orejas y, al hacerlo, sintió el escozor de los cortes en las manos. Se recostó contra las rocas, miró

a su hermano y dijo:

—Me he sentido muy solo sin vosotros… —Al notar que se le quebraba la voz inesperadamente, desvió la mirada.

Notó los ojos de su hermano fijos en él.

—Lo sé —respondió Logan, y Noah tuvo que mirar de nuevo el agua, sintiendo otra vez la presión en el pecho. Pero esta vez tragó saliva para aliviar la sensación. Tomó aire y lo dejó escapar lentamente.

Se quedaron sentados uno al lado del otro sin decir nada. Regalando su tiempo a la contemplación del lago, de los pinos reflejados en el agua y las ondulaciones que provocaban los peces bajo la superficie.

—Siento que tengas esos sueños sobre Jack —dijo Noah.

Logan se levantó con un suspiro y caminó hasta la orilla del lago.

—A veces voy a su tumba. Intento centrarme en los buenos momentos.

Los rayos moteados del sol entre los pinos bailaban y destellaban sobre el terreno en torno a ellos.

—Estoy enfadado con él por muchas cosas —continuó Logan—. Sobre todo por cómo trató a Bella. —Noah también estaba furioso por eso; que Jack hubiera tratado mal a Bella mientras estuvieron casados era algo que no sabía si algún día sería capaz de perdonarle —. Pero, si se lo permites, la rabia te devora por dentro, así que me obligo a pensar en lo bien que lo pasábamos, cuando veníamos aquí, por ejemplo —Logan señaló el lago—, o cuando jugábamos al polo, o nos escapábamos por la ventana de noche para ir a Jackson sin que papá lo supiera. —Miró a Noah con una sonrisa triste en la mirada.

Noah se situó de pie junto a su hermano.

—Ojalá hubiera hablado con él más recientemente. Me arrepiento de que no nos conociéramos de verdad. —Hizo una breve pausa—. Pienso que me hubiera gustado tener más tiempo, pero aun habiéndolo tenido, algo habría debido cambiar, y creo que no habría cambiado nada. No lo soporto.

Logan asintió. A continuación se agachó, agarró un guijarro y lo lanzó sobre la superficie del agua. Lo vieron rebotar hasta casi llegar

al centro del lago.

—Volvería alegremente a la época en la que acampábamos aquí. Solo durante cinco minutos. Solo por las risas.

Noah lanzó otra piedra y consiguió que rebotara una vez más que la de Logan. Lo miró entonces con una sonrisa irónica.

Logan sacudió la cabeza como si le diese igual, pero aun así probó a lanzar otra piedra.

Cuando ya no les quedaban piedras planas y Noah hubo ganado tres de cuatro, volvieron a sentarse en las rocas.

—Lo que pasa contigo, Noah —dijo Logan—, es que siempre supiste lo que querías. Puede que no hayas hecho lo que querías —le lanzó una mirada de soslayo, arrepentido—, pero desde luego siempre has sabido quién eres. Sabías que este era tu lugar.

Noah pensó en lo mucho que disfrutaba cabalgando con la salida del sol, cuando la neblina se pegaba como un manto a la hierba, con el ganado más adelante, el canto de los pájaros y la sombra de la montaña. Eso era todo lo que siempre había necesitado.

—Creo que todos envidiábamos… o envidiamos un poco eso.

Noah frunció el ceño, sorprendido, pero Logan se limitó a asentir.

Ninguno dijo nada. Noah estaba intentando procesar la idea de que alguien pudiera llegar a sentir siquiera una pizca de envidia hacia él, que vivía en su ruinosa caravana y trabajaba sin parar. No lo habría imaginado ni en un millón de años.

Una garza pasó volando rasa sobre el agua y se posó en la orilla. La vieron acechando en el lecho de juncos.

—¿Qué vas a hacer respecto a Ren? —preguntó entonces Logan estirando las piernas frente a él.

Noah estaba todavía asimilando lo que le había dicho Logan acerca de sus hermanos, no estaba preparado para hablar de Ren.

—¿Qué pasa con Ren?

—Venga, Noah, no fastidies. Todos sabemos que te gusta. Y tú le gustas a ella, cosa que, si tenemos en cuenta el humor de perros que has tenido los últimos años, es poco menos que un milagro.

Noah sacudió la cabeza. Pensar en Ren era como visualizar en el horizonte una joya que estuviera fuera de su alcance.

—No quiere quedarse aquí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Logan—. ¿Se lo has preguntado?

—No, pero… —Noah suspiró— creo que está mejor sin mí.

—A mí no me ha dado esa impresión cuando se ha enterado de que no ibas a acudir al Spring Fling —comentó Logan arrancando con gesto ausente el musgo que crecía en la roca.

Noah tragó saliva, pensando que alguien pudiera albergar la esperanza de que apareciese en algún sitio. Aquello le produjo un sentimiento de terror inimaginable, y al mismo tiempo la idea encendió una chispa en su pecho, como cuando pensaba en algo emocionante que tuviera en el horizonte.

Un pez saltó a lo lejos, los patos navegaban por las aguas someras, mientras el reflejo de las nubes se deslizaba sobre la superficie del lago. Pensó que a Ren le encantaría el lago si fuese a verlo. Había muchos sitios que podría mostrarle y le encantarían. Contempló el agua cristalina y refulgente e imaginó, solo por un segundo, lo que sería que Ren se instalara en el pueblo: enviarle un mensaje para ir a tomar algo, que fuera quizá a montar a caballo en el rancho, incluso vivir algún día en la casa que él construyese en sus terrenos. Quizá podría construirla justo en la orilla del lago. Sintió un revoloteo interior que le recordó a su cara cuando hablaba de las luces de Navidad. De pronto comprendió el poder esperanzador de un sueño. Se imaginó viéndola todos los días, cabalgando con ella, mostrándole todos los lugares que le gustaban y descubriendo otros nuevos.

Fue como si abriera una puerta en su mente para permitir entrar a la posibilidad, y de pronto veía toda clase de cosas. Pensó en irse a California, a Hawái o incluso a Italia, con Ren. ¿Acaso la idea de estar en esos lugares atenuaba la emoción que sentía por dentro ante la idea de que ella estuviera en Autumn Falls? Un poco. Más que un poco. Pero, si situaba a Ren en la imagen con él, montados en un autobús rojo de dos plantas recorriendo Londres, o contemplando la Torre Eiffel en París, era como trasladar esa agradable sensación a cualquiera de esos lugares.

Pero también estaba esa otra parte. Giró la cabeza para quedarse mirando a Logan y, con gran franqueza, dijo:

—¿Sinceramente? Estoy aterrado.

Logan se recostó apoyándose sobre los codos y vio cómo la garza desplegaba sus alas y acariciaba con la punta de las plumas la superficie del agua al levantar el vuelo.

—Supongo que has de decidir si vale la pena —respondió, viendo al pájaro desaparecer sobre los árboles—. Todo es un intercambio. En mi experiencia, un día con Bella es mejor que cualquiera de los días que pasé sin ella. —Volvió la cabeza y miró a su hermano a los ojos—. Lo que sea que ocurra a continuación, me quedaré con ese día y, si después tengo otro más, me consideraré un hombre afortunado.

Noah guardó silencio, escuchándolo. Después enarcó una ceja y dijo:

—¿Ese va a ser tu discurso de boda?

—Bastante bueno, ¿a que sí? —respondió Logan con una risotada —. Quizá sea mejor que se lo pida primero.

Capítulo cuarenta y uno

Noah atravesó el bosque a lomos de Blue, salió a Main Street y puso rumbo a los jardines del salón de la iglesia. Logan, junto a él, iba montado en Misty. No iba vestido para el Spring Fling. Tenía la camiseta sucia y manchada de sangre, los nudillos partidos, pero no le daba tiempo a ir a cambiarse.

Oyó la música antes de doblar la esquina. Detuvo a Blue al ver a su hermano Brodie subido al escenario, compartiendo el micrófono con Claudette, la amiga de Bella. Verlo allí, con esa sonrisa de oreja a oreja, disfrutando de ser el centro de atención, de la diversión y de la multitud, le hizo tensar los músculos y querer tirar de las riendas para alejarse a toda velocidad, pero sentía que ahora se conocía un poco mejor. Logan tenía razón, sí que sabía lo que deseaba, y eso ya nadie podría arrebatárselo. Era más viejo y más sabio. Vio a Brodie levantar una guitarra de sobra, ir a situarse junto a su madre y dejar que Claudette cantara el estribillo sin él. Era un artista nato.

Mientras Logan y él contemplaban la escena desde lejos, Noah se descubrió sonriendo y se dio cuenta de que podía verlo todo de forma objetiva sin sentirse presa de un miedo atenazante.

Logan se bajó de la silla y dijo:

—¿Vienes?

Noah agachó la cabeza un instante e inhaló el aroma de su caballo, del cuero de la silla y del agua del lago en su camiseta. Pensó en Ren abrazando a la vaquita. Qué reconfortante era poseer aquella sensación de hogar.

A continuación se bajó del caballo y, junto con su hermano, ataron a los animales en el cementerio de la iglesia y atravesaron las verjas de los jardines. Era la primera vez que Noah acudía a un evento de Autumn Falls desde que era adolescente.

Sentía un zumbido en la cabeza que trataba de ignorar. Vio el familiar puesto del ponche, y los banderines, y a Hank Murphy a cargo de la barbacoa; nada había cambiado.

En el escenario, captó el momento en que Brodie lo vio y reparó en su cara de sorpresa. Después le vio darle un codazo a su madre para que mirase quién había venido. Cuando Martha lo vio, Noah percibió en sus ojos la preocupación por su estado. Se contempló y vio en su ropa las manchas de sangre y de tierra. Pero después levantó la vista y, al captar su mirada de preocupación, alzó la barbilla y esbozó una media sonrisa, y vio que, en respuesta, ella tomaba aire, relajaba los hombros y suavizaba el semblante.

Noah miró hacia Loriana, que lucía sus enormes pendientes plateados y un traje pantalón color lila; vio a los gemelos Sanderson, que en ocasiones trabajaban para él, y a Bella con su madre y con gente del hospital. Vio a los niños jugando y bailando al ritmo de la música, y a su padre con la camisa recién planchada y el sombrero bueno, de pie con los brazos cruzados bajo el alerce charlando con los vecinos de toda la vida. Vio prácticamente a todos los habitantes de Autumn Falls.

Pero no vio a Ren.

Dio una vuelta completa al evento, se hizo con un poco de papel de cocina y un vaso de agua y se limpió las manos. Se dio cuenta de que se moría de hambre y, al pasar por delante, le compró algo de barbacoa a Clay Murphy, el sobrino de Hank, propietario de The Firestone, que se enorgullecía de sus costillas ahumadas a baja temperatura.

—Juraría que el otro día vi a tu hermano Ethan —comentó Clay mientras le servía.

—Lo dudo —respondió Noah negando con la cabeza—. Por aquí, no creo. —Hacía años que nadie veía a Ethan. Y, por mucho que deseara pararse a rememorar con Clay, tenía otras cosas en la cabeza, y miró a su alrededor en busca de la melena rubio platino de Ren.

—Eso pensé yo —contestó Clay, dando la vuelta a las chisporroteantes costillas sobre las brasas—. Pero imaginé que era él

porque antes conducía aquella Desert Racer, ¿no es cierto? La vi, hace un tiempo, circulando por la autopista. Menuda moto.

Noah asintió y dio un paso atrás sin dejar de buscar con la mirada.

—Debía de ser otra persona.

Clay puso cara de no estar de acuerdo.

—No hay muchas motos de esas por la zona.

Noah devoró las costillas en un santiamén, se limpió las manos y siguió su camino entre la multitud. La gente se detenía en seco al verlo. «¡Hola, Noah!», «Me alegro de verte, Noah». Y él tenía que responderles a todos.

Pero entonces oyó la voz de su hermana. Willow se le acercó con su vestido floreado y su alborotada melena pelirroja, como cuando era niña, y dijo:

—Llegas demasiado tarde.

Y a Noah le dio la impresión de que la fiesta al completo se detenía.

—Se ha marchado.

Capítulo cuarenta y dos

Noah estaba otra vez montado a lomos de Blue antes siquiera de que Willow terminara de regañarlo por llegar tarde.

Recorrió Main Street hasta el apartamento de Ren, pero lo encontró cerrado. Con las persianas bajadas y la mesita y las sillas del balcón plegadas para el siguiente inquilino. La llamó, pero le saltó directamente el buzón de voz. Thomas, el de la barbería de abajo, salió a la puerta cuando lo vio y dijo:

—Ha tomado un taxi, Noah, se ha ido con la maleta.

Noah dejó caer los hombros en señal de decepción, pero le dio las gracias a Thomas —quien le dijo que se pasara por allí pronto a cortarse el pelo—, volvió a montarse en Blue con menos energía esta vez y cabalgó de vuelta hacia el rancho Silver Sky.

El trayecto nunca se le había hecho tan largo.

Atajó por el pinar, oyó la cascada a lo lejos, el incesante rumor del agua, y se preguntó si Ren la habría visto ya, incluso se desvió para acercarse más y comprobar que no estuviese allí. Se dio cuenta de que estaba pensando como ella; detener el taxi para ver la cascada de Autumn Falls antes de marcharse sería la clase de cosa que haría Ren.

Pero no estaba allí.

Tampoco se encontraba en el establo, acurrucada en el compartimento de Star.

Dejó a Blue pastando alegremente en la frondosa hierba del prado y regresó andando a su caravana. Le dolían las manos ahora que se le había bajado la adrenalina. Al doblar la esquina, casi abrigaba la esperanza de que Ren estuviera sentada allí, esperándolo sentada en los escalones, pero solo estaba la gallina blanca, calentándose al sol.

Al mirar la caravana, no pudo creerse que siguiera viviendo allí. Pensó en Willow, de pie con los brazos en jarras, mirándola y diciendo: «Literalmente es una cama, un baño y ropa. Ni siquiera tienes un cuadro en la pared. ¡Es como si fueras adolescente, Noah!».

Quizá fuera allí donde se hubiera quedado estancado tantos años atrás.

Al mirarla en ese momento, se fijó en la pintura blanca descascarillada, el musgo que crecía en torno a las ventanas, el óxido, y se dio cuenta de que, en efecto, deseaba algo más maduro que poder llamar suyo.

Pasó por encima de la gallina y entró. Se dio una ducha, se puso una camiseta limpia y unos vaqueros, se peinó hacia atrás el cabello mojado, sacó de debajo del fregadero el botiquín y, tras sentarse a la mesa abatible de madera chapada, procedió a vendarse las manos.

Cuando hubo terminado, levantó el teléfono y llamó a Loriana. Cuando esta respondió, oyó de fondo el bullicio del Spring Fling.

—No sé dónde está, cielo. Me dijo que ya me informaría cuando estuviera instalada.

Le dio las gracias, colgó y dejó el teléfono sobre la mesa frente a él.

Se quedó mirándolo, tratando de averiguar qué hacer a continuación.

Debía de haber alguna solución práctica.

Trató de ponerse en la piel de Ren. No era la persona más convencional que conocía, pero, cuando hablaba en serio, no paraba de mencionar que deseaba tener una familia como la suya. Y Logan había dicho que parecía disgustada al saber que Noah no acudiría al Spring Fling. Y su padre había dicho: «¿La chica que se crio en un hogar de acogida… no quiere tener cerca una familia, una comunidad, una estabilidad?».

Se arrellanó en la silla, pero no había espacio suficiente bajo la mesa para estirar las piernas, de manera que volvió a erguirse. Pensó en Logan al decir: «Supongo que has de decidir si vale la pena».

La recordó cuando se presentó en el rancho para trasladar el ganado con sus botas rojas y sus collares dorados. La vio riéndose con esos dientes ligeramente torcidos y su sombrero de gaucho. Acurrucada a su espalda mientras se enfrentaban a una serpiente de cascabel, estrechándole la mano bajo el pino caído, animando a su padre a balancearse al ritmo de la música en torno a la hoguera. Lo vio todo. Y la vio de pie frente a él en la acera, mirándolo con aquellos grandes ojos azules y diciéndole que le daba miedo vivir.

¿Seguía dándole miedo?, se preguntó.

Sin pensarlo dos veces, se echó hacia delante y buscó en Google: *Liane, motel, Montauk, Long Island*.

Capítulo cuarenta y tres

—No la he visto.

Noah aún seguía recuperándose del vuelo. Brodie dijo que lo acompañaría, pero él respondió que no hacía falta. Después había alquilado un coche y había conducido desde el aeropuerto JFK hasta Montauk. Nada de ello, sin embargo, resultó tan intimidatorio como enfrentarse a Liane, la amiga de Ren.

—¿Has sabido algo de ella?

Liane se cruzó de brazos, sus uñas como garras, golpeteando con ellas. Era casi tan alta como él, sobre todo con su larga cabellera rubia recogida en la coronilla. Era preciosa. De manera exquisita, y aterradora. Bajo un flequillo recto y tupido, mostraba unos ojos que recordaban a los de un gavilán.

—Ya te he dicho que no la he visto ni he sabido de ella, y, aunque no fuera así, dudo que te lo contara a ti. —Apoyó una cadera contra el mostrador de su motel. Alzó la barbilla como si estuviera defendiendo su territorio.

Noah asintió para traslucir que lo entendía.

—Antes de irme, ¿puedo preguntar si sabes dónde podría encontrar a alguien llamado Billy el Malo?

Liane soltó un resoplido.

—Pues sí —respondió, entornando sus ojos de gavilán—. Pero, te repito, no creo que quiera contártelo.

Noah aguardó unos instantes para ver si cambiaba de opinión, después volvió a ponerse la gorra y dijo:

—Gracias por tu tiempo.

Una vez fuera del motel, Noah no sabía qué hacer a continuación. Se sentía idiota siquiera por intentarlo. Estaba atrapado en Montauk sin ningún plan. Caminó hasta la playa y se quedó sentado en la

arena un rato, contemplando el mar. Hacía mucho tiempo que no veía el horizonte de esa forma; cielo pálido como la neblina unido al profundo azul marino del mar. Las nubes salpicaban el cielo. Pensó entonces que tal vez se hubiera perdido más cosas de las que creía.

Había todo un mundo ahí fuera esperándolo. Eso no significaba que tuviera que renunciar a su hogar.

Tomó una profunda bocanada de aire marino, se puso en pie y dio un paseo hasta el centro del pueblo, pasando de largo tiendas de regalos y restaurantes, hasta llegar a la cafetería. Ocupó un asiento y miró la carta y, cuando se le acercó la camarera, pidió café, cortado, sin azúcar. A continuación sacó el móvil y comenzó una tediosa e improbable búsqueda en Google: *Billy, abogado, criado en Texas*.

Otros clientes entraron y salieron. Noah se tomó el café.

La camarera atendió a la mesa que tenía detrás.

—¿Qué te pongo?

Y fue entonces cuando la oyó.

—Solo café, gracias.

Se quedó paralizado.

—¿Solo?

—Con leche.

Noah se notaba los latidos del corazón con tanta fuerza en los oídos que temía no ser capaz de oír nada.

—¿Quieres algo más?

—Sí —respondió ella con risa en la voz—, tomaré una porción de pastel. De frambuesa.

—¿Quieres nata o helado?

—Pastel a secas, gracias.

Noah se quedó quieto, apenas capaz de moverse. Vio a la camarera alejarse con su pedido. No se atrevía a darse la vuelta por miedo a que su cerebro le estuviese jugando una mala pasada, pero no pudo evitarlo, miró y allí estaba ella, y se sintió como en la mañana de Navidad cuando era niño.

Estaba sentada como si tal cosa, con todos sus collares y el pelo echado hacia un lado, la camisa anudada por la cintura y los codos sobre la mesa, esperando. Cuando sus miradas se encontraron, Ren

enarcó una ceja en actitud desafiante y Noah se sintió incapaz de contener una sonrisa. Inclinó la cabeza a modo de saludo y dijo:

—¿Te importa que te acompañe?

—Si quieres —respondió ella encogiendo un hombro.

Noah levantó su taza de la mesa y su gorra del asiento y fue a sentarse frente a ella. Apenas podía quitarle los ojos de encima. Como si le hubieran hecho entrega de un tesoro. Su cerebro no alcanzaba a creer lo que estaba viendo.

—Liane me ha dicho que no estabas aquí.

—Liane te ha mentido —repuso Ren con una mirada inescrutable —. Somos muy protectoras la una con la otra.

—Me alegro —dijo él, pensando que jamás le diría a nadie dónde estaba Willow si ella no quisiera que la encontraran.

Llegaron el pastel y el café.

—¿Quieres probarlo? —preguntó Ren empujando el plato hacia el centro de la mesa.

Noah agarró el tenedor.

—Es de frambuesa —le advirtió ella.

—Lo sé. —Dio un bocado y descubrió que no estaba tan malo como pensaba—. Qué rico —comentó—. Para no estar siempre con el de manzana.

Ren enarcó de nuevo una ceja y dio la impresión de estar conteniendo una sonrisa.

—Siento no haber llegado a tiempo al Spring Fling —se disculpó Noah.

—¿Fuiste? —preguntó ella con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Pues sí.

Ren se recostó en su asiento, jugueteando con el tenedor mientras esperaba lo que iba a decir a continuación.

—¿Recuerdas que dijiste que vivía escondido y con miedo?

Ella lo miró muy seria entonces, evaluándolo con los ojos bajo sus densas pestañas negras. Se acabaron las cejas enarcadas y las sonrisas disimuladas.

—Tenías razón —prosiguió Noah, embargado por la necesidad de mirar hacia la mesa, pero no lo hizo, siguió mirándola a ella, a esos

ojos claros como los de un lobo que lo observaban muy abiertos, desconfiados—. Era así y así es, pero voy mejorando. Te lo prometo.

La vio observándolo, examinando su rostro, su expresión, preguntándose si podría creerlo.

—Sí que tenía que dejar atrás algunas cosas.

Ren asintió.

—Pero creo que ya estoy preparado —zanjó él—, para el futuro, no para el pasado.

—¿De verdad? —preguntó ella con voz suave, algo reticente.

—De verdad. —Noah se echó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa, sin querer apartar la mirada de ella ni por un segundo—. He encontrado lo que estaba buscando.

Capítulo cuarenta y cuatro

Y allí estaba Noah. Camiseta gris jaspeado, vaqueros, botas. El pelo lavado, sin sombrero, barba de dos días, cortes en los nudillos.

Ren no podía hablar, sentía el corazón en la garganta. Pero fue incapaz de evitar que las comisuras de los labios se curvaran para esbozar una sonrisa.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

Noah asintió.

—Iría a cualquier lugar donde quisieras que fuera —aseveró al instante, casi como si no pudiera retener las palabras en la boca un segundo más—, siempre y cuando tú estuvieras allí también.

Ren notó que empezaba a temblarle el labio inferior.

Noah la miró con una sinceridad inquebrantable en aquellos ojos grises de párpados caídos.

—¿De verdad?

—Sí —confirmó él.

Ella sintió que todos los músculos de su cara componían una sonrisa.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Por mí?

—Por ti. —Se quedó callado y luego agregó—: Pero también por mí.

Por un momento temió echarse a llorar.

—Voy a construir una casa en Autumn Falls. Hay un lago justo en el otro extremo del rancho y es precioso. Creo que te gustaría mucho.

Ren asintió, sin permitirse aún hacerse demasiadas ilusiones, pero le temblaban los dedos cuando se retiró el pelo de los ojos.

—Confiaba en que tal vez, algún día, quisieras vivir allí conmigo. No tenemos por qué hacerlo. Es solo una idea.

Ella se mordió el labio para contener la sonrisa que burbujeaba en su interior.

—¿Vivir juntos? Eso sí que es pensar en el futuro, Noah.

Él se llevó a la boca un trozo de pastel de frambuesa y lo acompañó de un trago de agua con hielo antes de responder, muy serio:

—Puede que me lleve un tiempo, Ren, pero soy la clase de persona que, cuando sabe lo que desea, lo sabe.

Parecía tan seguro, tan absolutamente convencido, que le entraron ganas de entregarle su corazón allí mismo para que lo protegiera.

—Conmigo es todo o nada —agregó Noah.

—Ya me voy dando cuenta —se rio ella.

Se quedó callado unos instantes y, más reflexivo, le dijo:

—Solo deseo estar contigo. —Y sonrió, arrugando sus ojos tristes.

—Puede que no seamos compatibles —contestó ella con el corazón encogido.

Noah inclinó la cabeza y, mientras lo reflexionaba, Ren se mordió el labio para contener la sonrisa, después lo vio incorporarse, apoyarse sobre la mesa y, acercando los labios a los suyos, le susurró:

—Quizá deberíamos averiguarlo.

—Quizá —respondió ella con una risa nerviosa.

Y Noah le rodeó la cara con las manos frías y callosas y la besó en los labios. Aquel fue el segundo beso en condiciones que le daban en su vida. Mejor todavía que el primero, pensó, temblando de emoción, felicidad y esperanza.

Noah sonrió con los labios pegados a los suyos y a continuación se apartó y apoyó la frente en la de ella un segundo.

—¿Y bien? —preguntó.

Ella fingió reflexionarlo unos segundos.

—Creo que somos compatibles —declaró.

—Ya me lo parecía —contestó él recostándose de nuevo.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —dijo Noah con un guiño, pinchó otro trozo de pastel y ella sintió una explosión de júbilo en su interior.

Entonces, con una sonrisa, Noah se levantó, fue hasta su lado de la mesa y ella se movió para dejarle sitio. Él levantó el brazo y Ren se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en el hueco de su cuello, mientras él jugueteaba con las pulseras de su muñeca y agachaba la cabeza para darle un beso en la coronilla.

Ren cerró los ojos y respiró hondo para embargarse de aquel momento.

—Tu amiga Liane es terrorífica, por cierto —comentó Noah.

Ella lo miró y se rio.

—Pues espera a conocer a Billy el Malo.

Se habría quedado allí, sentada en ese banco, para siempre, pero, cuando se terminaron el pastel y la camarera les preguntó si deseaban algo más, Noah preguntó: «¿Quieres ir a la playa?». Y ella pensó que nunca habría imaginado que Noah fuese a pedirle algo así, teniendo en cuenta que aún le costaba creer que estuviera allí, que hubiera ido hasta allí solo por ella.

Abandonaron la cafetería y caminaron en dirección al mar. El cielo estaba nublado y las gaviotas planeaban en el aire cálido. Ren estiró la mano hacia abajo con cautela para entrelazar los dedos con los de Noah. Temiendo en todo momento que él fuese a apartar la mano. Pero, en su lugar, se la apretó con fuerza y se la llevó al pecho como si no quisiera soltarla nunca.

Mientras caminaban, y la brisa marina le revolvía el pelo, Ren dijo:

—Noah.

—Dime.

—Si te hago una pregunta —comenzó ella mirándolo—, ¿me prometes que me la responderás siempre?

Noah dejó de andar y se giró para mirarla.

—Puedes preguntarme lo que quieras y haré todo lo posible por responder.

Ren asintió, asimilando lo que le estaba diciendo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Ren se puso de puntillas y, colocando las manos en sus hombros, le dio un beso en la mejilla. La había escogido a ella. Por primera vez en su vida, alguien había dicho: «Te escojo a ti».

—Yo solo quiero estar contigo también —susurró.

Noah la miró, después levantó la vista y miró a su alrededor buscando algo. A continuación, sin soltarle las manos, la condujo hacia la parte de atrás del chiringuito de playa frente al que estaban parados como unos adolescentes. Ren se rio nerviosa cuando él se detuvo, con la espalda apoyada contra la pared revestida de madera, y él a escasos centímetros de ella. Contempló la oscura intensidad de sus ojos, notó que se le entrecortaba la respiración y escondió las manos a su espalda, nerviosa y tímida de pronto. Noah se apoyó en la pared, colocando las manos a ambos lados de su cabeza, después se agachó y dejó que sus labios rozaran muy levemente los de ella. Ren sintió un escalofrío que le subía por la espalda. Después volvió a hacerlo, con más decisión esta vez, más urgencia, y los ruidos del pueblo y de la playa y de las olas se desvanecieron. Notó que su cuerpo se dejaba atraer por él, inclinó la cabeza hacia atrás y ahogó un grito cuando Noah se apartó, medio sonriendo, con brillo en la mirada. Se mordió el labio inferior, tímida de nuevo, pero también sonriente. Noah retiró las manos de la pared para posarlas en su cintura y, sin medias tintas esta vez, la atrajo hacia sí, extendió los dedos sobre su espalda, acariciándole las costillas con el pulgar, y agachó la cabeza. Y, cuando sus labios se encontraron, Ren dejó que sus brazos le rodearan el cuello, acercándolo más, apretándolo, pero no era suficiente. No deseaba soltarlo jamás. Sus cuerpos calientes y pegados, los dedos enredados en su pelo mientras con la otra mano le acariciaba la mejilla, la presión de la boca de Noah contra la suya, tan perfecta, como había estado esperando durante tantos años que casi se le olvidó respirar. Aquel era el beso que buscaba, y se habría quedado así para siempre.

Fue Noah el primero en apartarse, dejándola por un momento abandonada, con miedo a que dijera que lo mejor sería seguir caminando hacia la playa. Pero no dijo nada, no la soltó ni un poco, solo se quedó contemplándola.

—¿Por qué me miras de esa forma?

—Solo quiero contemplarte —contestó él—. Y pienso en la suerte que tengo y en que he estado a punto de ser un idiota.

—¿Sí?

—Sí —confirmó Noah esbozando una media sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella rodeándole de nuevo el cuello con los brazos.

Noah miró a izquierda y derecha, pero después volvió a posar la vista en ella y dijo:

—Me lo estoy pasando muy bien haciendo esto.

Ren sonrió, se puso de puntillas y, atrayendo su cabeza hacia ella, le dio un beso largo y lento, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, mientras las olas rompían en la arena a lo lejos, con el graznido de las gaviotas sobre sus cabezas. A continuación apoyó la mejilla contra la tela suave de su camiseta, sin desenredar los brazos de su cuello, y se quedó así, escuchando el latido de su corazón, con el cuerpo bien pegado a los duros ángulos de su torso, los dedos hundidos en su pelo, y los brazos de él rodeándole la cintura.

—¿Hay algún sitio al que te apetezca ir? —le preguntó Noah.

Ella se mordió el labio, reflexionando, después se apartó lo bastante para poder mirarlo y dijo:

—Bueno, conozco un apartamentito muy mono situado sobre una barbería. No es barato, pero tiene vistas a la montaña, si te asomas mucho por el balcón.

Vio agrandarse la sonrisa en su rostro y añadió:

—El problema es que se encuentra en la otra punta del país.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó él con un destello en la mirada.

Ren volvió a ponerse de puntillas, sonrió contra sus labios y respondió:

—Me gustaría mucho.

Agradecimientos

En primer lugar, siempre doy las gracias al equipo de One More Chapter, y en especial a Charlotte por su ingenio editorial, a Sofia por defender a Noah desde el principio, y a Kara por entusiasmarse tanto con todo. Muchas gracias también a mi agente, Rebecca Ritchie.

Siempre me han gustado las historias con un traslado de ganado, desde *Lonesome Dove* hasta *Cowboys de ciudad*. Y, cuando empecé esta serie, supe que el libro de Noah comenzaría así. De modo que me siento muy agradecida a todos esos vaqueros que se llevan sus GoPro al rayar el alba para reunir al ganado y grabar sus aventuras, sus contratiempos, sus pausas para comer y sus conversaciones —o la falta de las mismas— mientras cabalgan de vuelta a casa, y después lo suben a YouTube. He disfrutado horas y horas con esos viajes. Gracias.

Gracias también a mi amiga, Mariah, por decir que tendría que haber solo una tienda de campaña. Y muchísimas gracias a mis padres por insistir siempre en tener un árbol de Navidad que tocara el techo.

Por último, gracias a ti por leer la historia de Noah. Estoy un poquito enamorada de él, y confío en que tú también.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

